

LAS TEJEDORAS
DE DESTINOS
PARTE TRES



LA ELECCIÓN FINAL

GENNIFER ALB Lectulandia

LIBRE. INDEPENDIENTE. PELIGROSA. INTENTARON CONTROLARLA, Y AHORA ELLA LOS DESTRUIRÁ.

Las cosas están cambiando tras los muros del coventri y nuevas conspiraciones comienzan a tejerse en sus intrincados pasillos. Cuando Adelice regresa a Arras, pronto comprende que algo despreciable y oscuro ha tomado el control sobre el mundo... y que Cormac Patton la necesita para restablecer el orden. Sin embargo, la paz exige un precio demasiado alto.

Mientras la Corporación sigue manipulando a los ciudadanos de Arras, Adelice descubre que no está sola, y que deberá olvidar el pasado para luchar por la salvación de su mundo. Ha llegado el momento de elegir entre una inimaginable alianza y una cruenta guerra que podría destruirla a ella, y también su amor.

Lectulandia

Gennifer Albin

La elección final

Las tejedoras de destinos - 3

ePub r1.1

Titivillus 14.09.15

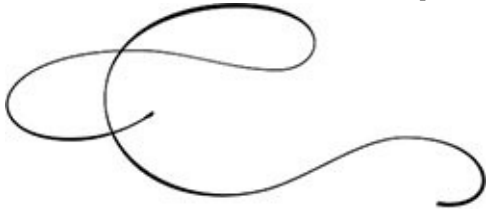
Título original: *Unraveled*
Gennifer Albin, 2014
Traducción: Montserrat Nieto

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



*Para James y Sydney,
que siempre quieren tres cuentos.*



PRÓLOGO

El mar está oscuro y hermoso y me llama hacia sus brazos. Podría dormirme en ellos. Pero cuando dejo de luchar, el agua me oprime el pecho y me sumerge, paraliza mi cuerpo. Abro los ojos rápidamente pero no hay luz. Soy nada. Soy el océano. Soy todo.

No hay ninguna superficie lo bastante próxima para emerger, así que debo aprender a respirar bajo el agua. Debo renacer. De mis brazos pende una docena de cajas de cristal que me amarran a mi pasado. En algunas se encuentran atrapados mis amigos, pidiendo ayuda a gritos. En otras, mis seres queridos reviven errores de los que no puedo escapar. Los frágiles recuerdos de las apuestas que he perdido y las partidas que sigo jugando me sujetan los brazos, impidiéndome nadar.

Podré cambiarlo todo si primero renuncio a algo. Si libero a Jost y a Erik. Si confío en quien Amie se ha convertido. Si olvido mi odio hacia Cormac. Debo mudar el pasado y surgir con una nueva y gruesa piel. Para remontar, me deshago del peso que me lastra y hunde. Ascendo por el agua. Me despido de ellos y a cada fragmento del pasado que abandono, floto cada vez más arriba, liberada de las cargas y vivencias que me empujaron a esta situación, porque soy libre.

Autónoma.

Independiente.

Peligrosa.

Nada me frena ahora. Y por ello la Corporación debería temerme. He renunciado a todo. No tengo nada más que perder. Soy capaz de salvar mundos, y lo haré.

Tal vez la Corporación permanezca al acecho, pero estoy preparada para enfrentarme a ellos.

UNO

Me despierto envuelta en una oscuridad que me empuja a un agradable ensimismamiento. Pero mis creencias y recuerdos se confunden en una maraña de pensamientos que no puedo desenredar, así que pido que se enciendan las luces. Me encuentro en una cama extraña y desconocida, y soy incapaz de distinguir dónde terminan los sueños y dónde comienza mi vida. Entonces recuerdo que estoy en las dependencias de Cormac, en una aeronave con destino a Arras.

Tengo las manos dentro de unos pesados calibradores, unos grilletes que me impiden utilizar mis habilidades. Sin poder mover las manos, lucho por levantarme como un pájaro con las alas rotas. A través de una pequeña ventana redonda contemplo el chisporroteo de luz y energía que surge del áspero entorno mientras la aeronave se desliza suavemente por la interfaz, el tosco tejido que separa la Tierra de Arras. Me rodea la probabilidad, el luminoso pulso del universo que emerge de las hebras doradas. Aunque tenga las manos inmovilizadas, siento que tengo el control. No poder acceder a la que podría considerarse mi arma más poderosa me recuerda que poseo otra defensa, una capaz de infligir mucho más daño: mi mente.

Cormac y la Corporación me han subestimado. En estos momentos, mientras me llevan de vuelta a los laboratorios de modificaciones y los telares del coventri, sé que tengo poder. Debo recordarlo, sobre todo mientras esté sola, apartada de mis amigos, mi familia y Erik.

Flexiono los dedos dentro de los calibradores de acero que los mantienen rígidos y examino estos cepos con aspecto de guante destinados a mutilarme. Parecen fabricados con anillos apilados unos sobre otros y luego fundidos entre sí. Su estructura es aparentemente sencilla pero, si aprieto con demasiada fuerza, una sacudida eléctrica me recorre la piel. Hay una pequeña luz azul encendida en el puño de cada calibrador. Respiro hondo y alzo las manos hasta mi boca para tratar de morder el pestillo. La luz azul lanza un destello y una descarga más intensa me corta la respiración.

Desisto de quitármelos.

Me han instalado en las dependencias de Cormac, que son tan pulcras e impersonales como el propio Cormac. Para un hombre que controla un mundo tan opulento como Arras, con sus estilizados rascacielos y una población embellecida por la cosmética, el gusto de Cormac resulta espartano. En el centro de la estancia descansan dos sillas de cuero rectas, y entre ellas una mesa de acero sobre un suelo de pizarra. La cama sobre la que desperté está encaramada a una plataforma de poca altura, cerca de la ventana. Ninguna obra de arte decora las paredes. En un pequeño espejo se refleja una muchacha con el pelo rubio rojizo tirando a pelirrojo intenso; es lo que queda de mi rutina cosmética en el coventri. De momento tengo la cara limpia, sin rastro de maquillaje, pura y pálida. Pero, ¿por cuánto tiempo? Mis ojos me devuelven la pregunta. Aún conservan el mismo verde esmeralda que los de mi

madre.

La puerta del pasillo se desliza hacia un lado y entra Cormac. Ha cambiado la ropa militar que llevaba durante el enfrentamiento en Alcatraz por su habitual esmoquin negro, aunque se ha dejado el cuello de la camisa desabotonado y ni siquiera se ha puesto una corbata. Supongo que esto será lo que él denomina atuendo informal.

Al principio parece el mismo de siempre con su vestimenta cotidiana, pero cuando se acerca distingo en su rostro unas leves ojeras azuladas y más canas en el pelo que rodea sus sienes.

—Me he tomado la libertad de pedirte algo de comer —dice.

Me sorprende que traiga él mismo la bandeja.

—¿Tú también trabajas? —le pregunto.

—Yo hago la mayor parte del trabajo pesado —responde mientras deja la comida sobre la resplandeciente mesa.

—Pobrecito. ¿Quieres que te dé un masaje? —le ofrezco.

—Eso sería maravilloso.

Levanto las manos para recordarle que sus hombres me las han inmovilizado.

—Quítame esto primero.

—Claro. Y te daré también las llaves de la cabina de mando. Buen intento, Adelice. Llevarás los calibradores hasta que... —Cormac pasea los ojos por el techo mientras busca una respuesta.

—¿Hasta qué? —insisto.

—Estoy tratando de decidir si te los quitaré en algún momento.

Me dejo caer sobre una de las sillas próximas a la mesa. Es tan incómoda como parece. Con Cormac todo es apariencia.

Trato de ignorar el plato que me ha traído, pero mi estómago ruge furioso. Ha pasado casi un día desde la última vez que comí. La cena que me ofrecieron en la hacienda de Kincaid estaba drogada, y me advirtieron que no la tocara.

Al tratar de descubrir por qué Kincaid me sedaba por las noches, topé con la verdad. Aprovechaba ese tiempo para tomar mis medidas, con la intención de modificarme y adaptarme a sus retorcidos planes para la Tierra y Arras. Con las prisas de escapar y encontrar al responsable del Plan Kairos, olvidé comer.

Tampoco llevamos comida en nuestra improvisada misión a Alcatraz. Estuve demasiado ocupada tratando de rescatar al científico que la Corporación había encarcelado allí y, aparte de un poco de té que nos preparó el doctor Albert Einstein, mi estómago ha permanecido vacío durante horas.

La bandeja de Cormac está repleta de carne de cordero asada y pan caliente con mantequilla. Supongo que el cóctel es para él.

Entonces me doy cuenta de que no puedo comer con los calibradores puestos. Cormac no podrá seguir negándose a quitármelos. Si quisiera impedir que volviera a utilizar las manos, podría hacerme cosas peores. Necesita mi habilidad, o me las

habría cortado en vez de amarrármelas. Sin embargo, no me siento mejor. Si no son los calibradores para controlarme, será una celda, o una modificación que me vuelva dócil, lo que me deja una sola opción: tengo que volver a ganarme su confianza.

—¿Vas a darme tú de comer?

Cormac hace una mueca con la boca y se aprieta el puente de la nariz con los dedos.

—Ya me estás levantando dolor de cabeza.

Al parecer no está dispuesto a grandes gestos románticos como alimentar a la mujer que ha encarcelado. Reconozco el conflicto en cada movimiento que hace con los ojos entre el plato y yo, pero finalmente ladea la cabeza para activar su chip comunicador. Es propio de Cormac llamar a otra persona para que se encargue del trabajo sucio.

—Hannox —dice Cormac para activar la comunicación con su hombre de confianza. Lleva dando órdenes al misterioso Hannox desde que lo conocí—. Traslada a Amie a una estancia segura y coloca dos guardias armados frente a la puerta. Si alguien trata de acceder a ella, matadla.

Se produce una pausa.

—Aunque sea yo —añade—. La probabilidad de un Protocolo Uno se mantendrá hasta que lleguemos a Arras.

—Parece un poco exagerado matar a alguien por entrar en una habitación —comento cuando su cabeza recupera una postura más natural.

—Tratándose de ti, toda precaución es poca —responde Cormac—. Debería haberlo aprendido la noche que te conocí. Desde entonces he descubierto quién eres en realidad.

Me gustaría decirle que yo me di cuenta exactamente de quién era él la noche que fue a recogerme a mi casa de Romen. Destrozó mi familia cuando mis padres trataron de escapar y alejarme de una vida encerrada en una torre. A partir de entonces, no ha dejado de demostrarme una y otra vez el monstruo que es en realidad.

—¿Significa eso que vas a quitarme estas cosas? —pregunto.

—¿Por qué no? —Cormac se relaja en su silla y sonrío con superioridad—. Si intentas cualquier cosa, tu hermana morirá. No podrás rescatarla de ningún modo.

Sus negros ojos centellean cada vez que lanza una amenaza de muerte.

—Tal vez me olvide de ella —respondo con una evasiva—. La has convertido en alguien distinto. Ya no la reconozco, y tampoco sé las mentiras que le has contado sobre mí.

—Es el único familiar que te queda, Adelize. Sé exactamente lo que harías por ella.

—No es el único —puntualizo. Cormac lo sabe mejor que nadie. La Corporación modificó a mi madre, le arrebató el alma y la envió a la Tierra para darme caza. Como remanente, sólo conserva el rostro de mi madre. Pero *sigue* viva, independientemente de lo que haya hecho. Además he conocido hace poco a otro

miembro de mi familia, alguien cuya existencia ignoraba: Dante, mi padre biológico, que huyó de la Corporación para que no le obligaran a utilizar sus habilidades de sastre. Su hermano, Benn, me educó como si fuera su hija y murió tratando de protegerme de la Corporación. Cormac me ha arrebatado mucho, pero no ha acabado con toda mi familia. Y ahora hay más personas a las que quiero, aunque la situación entre nosotros haya sido un poco complicada.

A pesar de mi actitud desafiante, trato de no pensar en Amie. Por fin está cerca de mí. Y en cuanto tenga las manos libres, dispondré de todas las armas que necesito para llegar hasta ella. Tal vez pueda acceder a su cuarto por una ventana o una habitación adyacente. Podría haber incluso opciones de fuga que no implicaran pasar junto a los guardias armados. Aunque rescatar a Amie y regresar a la Tierra no servirá de nada. No habrá paz entre ambos mundos —paz para mí o para mis seres queridos— hasta que yo la cree.

—Podríamos considerar a Amie como el último miembro de tu familia.

Ignoro el comentario de Cormac y me concentro en reunir tanta información como pueda antes de que vuelva a quedarse mudo.

—¿Qué es exactamente el Protocolo Uno?

—No me digas que no lo sabes después de todo el tiempo que has pasado en la Tierra con Kincaid y sus sastres —responde, y se lame los labios como si le hubiera dado algo con un sabor delicioso.

—Diviérteme un poco.

—Significa sencillamente que nadie, ni siquiera yo, puede ver a Amie hasta que hayamos alcanzado nuestro destino y se haya habilitado un determinado protocolo de seguridad.

—¿Por qué no puedes verla tú? —pregunto.

—¿Qué hacen los sastres, Adelize? —se inclina hacia mí, hostigándome.

—Modifican objetos e implantan y borran recuerdos —respondo.

—¿Y?

La respuesta es tan obvia que me golpea como un ladrillo lanzado con precisión.

—Cambian el aspecto de las personas.

—Ignoro cuánto has desarrollado tu habilidad para hacer modificaciones, pero sé que puedes matar —me dice. Cormac presencié en Alcatraz cómo le arranqué la hebra del tiempo a Kincaid, mostrándole así mis recién descubiertas habilidades. Ojalá hubiera permitido que se enfrentasen entre ellos en vez de involucrarme.

—No puedo modificar mi aspecto —le aseguro, dándome cuenta de que Cormac estaba advirtiéndome a Hannon que podría tomar su apariencia y engañarles para que liberaran a Amie—. Si pudiera, ¿no lo habría hecho ya? ¿Para evitar que me capturaras?

—Has estado con algunos de los mejores sastres que la rebelión nos ha arrebatado —responde Cormac, encogiéndose de hombros—. Hasta ahora tu actitud me había parecido vanidosa.

—¿Y ahora?

—Ahora me parece estúpida. Podrías haber adoptado el aspecto de cualquiera.

Lo que Cormac no entiende es que transformarme en otra persona no me habría supuesto ningún beneficio. La amenaza de Arras sobre la Tierra no habría desaparecido, mi hermana continuaría bajo su control, y yo tendría que seguir escondiéndome. En estos momentos, ser yo misma es mi mayor ventaja, porque Cormac parece ansioso de trabajar conmigo.

—¿A ella también la tienes atada? —le pregunto, dirigiendo la conversación de nuevo hacia Amie. La imagino encerrada en una celda en la bodega de la nave.

—Amie no me asusta —contesta Cormac—. Ni siquiera se dará cuenta de que está bajo custodia. Supongo que estará leyendo el *Boletín* o jugando con su digiarchivo. Portarse bien tiene sus recompensas, ya lo sabes.

—Creo que el buen comportamiento está sobrevalorado.

—No me sorprende —dice él—. En cualquier caso, Amie está vigilada. No podrás llegar a ella sin arriesgar su vida. ¿Está claro?

—Cristalino —mascullo.

Cormac se inclina hacia mí y desliza una tarjeta de acceso sobre la luz azul, que parpadea y se vuelve roja. Luego me quita los calibradores y los lanza junto a la bandeja de la comida. Siento dolor al estirar los dedos comprimidos, y me crujen los nudillos.

Ésta es mi oportunidad.

Podría aprovecharla. La aeronave seguramente disponga de sogas y equipo de rápel. No me costaría acabar con los guardias, y con Cormac, ahora que he recuperado la movilidad de las manos, e incluso podría regresar a la Tierra. Podría volver con Erik.

Pero mi regreso a la Tierra sólo supondría más peligro para mis seres queridos. Es mejor que permanezca aquí y recupere la buena relación con Cormac.

—Qué adorable —desliza un dedo sobre el reloj de arena de mi muñeca—. El símbolo de Kairos. ¿Un recuerdo?

A pesar de haber estado casi constantemente pendiente de mí, es la primera vez que Cormac se fija en mi marca.

—La tengo desde hace mucho —respondo con tono calculado. Podría alardear, hablarle de mis padres rebeldes, pero sé que eso pondría en peligro a Amie. Cormac sólo confía cuando cree tener el control absoluto. No puedo arriesgarme.

—Te la quitaremos, por supuesto —dice él.

Ojalá se olvide de ella. No quiero perder este pequeño recuerdo de mi pasado. Cojo un tenedor y remuevo el montón de puré de boniato.

Cormac me observa por encima del borde de su vaso.

—Esto me recuerda a nuestra primera comida juntos.

—¿Te estás poniendo sentimental? —le pregunto mientras me llevo una pequeña cantidad de puré a la boca y me odio un poco por estar hambrienta, por aceptar su

comida. Incluso el hambre parece una debilidad. Quiero que me tema.

—Aquel día tampoco comiste apenas —añade mientras remueve el líquido ambarino de su vaso—. Teníamos posibilidades, tanto tú como yo. Pero me temo que sólo uno ha cumplido las expectativas.

Suelto un resoplido y me permito tomar un segundo bocado más grande. Mi primera comida con Cormac fue en la estación Nilus, la noche de mi recogida, cuando la Corporación acudió en mi busca para convertirme en una tejedora. Aquella noche también insistió en que comiera. Aquella noche no estaba segura de si Cormac sería amigo o enemigo. Había momentos en que parecía querer ganarse mi confianza, e instantes después me estaba amenazando. Ahora sé cuál es la realidad. Cormac Patton, actual primer ministro de Arras, haría cualquier cosa que estuviera en su mano para conseguir tenerme a su lado. Transformó a mi propia madre en un monstruo para darme caza entre las ruinas de la Tierra. Modificó a mi amiga para que me siguiera. E incluso ha lavado el cerebro a mi hermana, Amie, para que se trague su idea de un mundo perfecto. Todo ello mientras esquilmbaba las materias primas de la Tierra para convertir Arras en un imperio. Sé que destruiré ambos mundos a menos que le convenza de buscar una solución pacífica. O que encuentre la manera de acabar con él.

Lo que suceda primero.

—Aún tengo posibilidades —digo por fin—. Y estoy dispuesta a aprovecharlas.

—¿Me estás amenazando? —Cormac alza las cejas mientras toma un trago de *bourbon*.

—Te estoy ofreciendo una *tregua* —esta propuesta suena extraña en mis labios, pero es exactamente lo que él quiere oír. Si soy inteligente, conseguiré utilizar a Cormac igual que él me utilizó a mí, pero sólo si juego bien mis cartas.

—Nunca dejas de sorprenderme, Adeline Lewys —su voz se tiñe de admiración, y me hace sentir sucia.

—He tenido tiempo para reflexionar —respondo, acallando mis verdaderos sentimientos—. Ahora entiendo que es necesario hacer concesiones para ayudar a ambos mundos.

—No podría estar más de acuerdo.

Fuerzo una sonrisa. Así es como conseguiré lo que necesito. Ganándome su confianza hasta que cometa un error o se dé por vencido. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

—Hay un último asunto que me gustaría tratar contigo —Cormac mete una mano en el bolsillo del esmoquin, y mi cuerpo se tensa.

—No te asustes —me tranquiliza—. Coincido en que una tregua es exactamente lo que unirá ambos mundos. ¿Y qué mejor manera de sellar nuestro acuerdo que comprometiéndonos el uno con el otro?

En su palma descansa una pequeña caja de terciopelo. Mis ojos vuelan hacia los suyos, deseando con todas mis fuerzas que no la abra, pero levanta la tapa con el

pulgar y deja a la vista un anillo.

—Ya te dije en otra ocasión que necesitaba una esposa —añade mientras coloca la caja sobre la mesa.

—Me llegaron noticias de que habías encontrado una —mascullo. Abandono el tenedor y la comida para contemplar la delicada curva de la dorada alianza y el grandísimo diamante engastado en su centro.

Cormac me dijo que trabajaríamos juntos, pero no creía que se refiriera a esto.

—Resultó inadecuada en más de un aspecto —Cormac se inclina hacia delante y junta las puntas de los dedos con gesto pensativo. Mantiene sus fríos ojos negros clavados en mí.

—¿Maela? —supongo. Era la candidata con más posibilidades, y la que más fácilmente podría sufrir un nefasto ataque de rabia que le hiciera perder su oportunidad. Fui testigo de su inestabilidad más de una vez mientras supervisaba con prepotencia mi preparación en el coventri. Confié en esa debilidad en el momento de mi huida, cuando me di cuenta de que no lograría llegar hasta Erik por mí misma. La provoqué para que lo empujara hacia la grieta que yo había abierto en el tejido. Sólo tuve que mencionar que le había besado.

—Jamás —responde Cormac con un gruñido—. Es demasiado... impaciente.

—Es demasiado astuta —le corrijo.

—De cualquier modo, Maela habría sido una mala candidata para el puesto —Cormac se ríe como si estuviéramos disfrutando de un nuevo juego.

Por mis encuentros con Maela en el coventri, empecé a sospechar que la relación entre Cormac y ella se había deteriorado. Ahora sé que estaba en lo cierto. Tuve que soportar el carácter irascible de Maela mientras estuve bajo su supervisión, ya que solía abusar de su posición como instructora de las nuevas candidatas. Ni me imagino la destrucción que habría provocado como esposa de Cormac.

Pero si no era Maela, la posibilidad que queda resulta aterradora.

—¿No sería... mi hermana? —pregunto, temiendo su respuesta.

—Demasiado joven —dice Cormac. Debería tranquilizarme que la vea así, aunque signifique también que Amie sigue siendo la niña atolondrada que soñaba despierta frente a una tarta la noche de mi recogida. Y Cormac lleva más de un año moldeándola (modificándola) para que confíe en él y en la Corporación.

—Tenía un acuerdo con Pryana —admite Cormac, dejando escapar un profundo suspiro de culpabilidad—. Mis hombres...

—Tus sastres.

—Mis sastres —repite Cormac— pensaron que podrían insertarle el material genético de Loricel. Pero jamás ha mostrado el talento natural que Loricel, o tú, teníais.

—Qué pena —respondo con serenidad. No quiero que descubra mi disgusto por lo que le hizo a Loricel, la maestra de crewel que me guió durante mi breve estancia en el coventri. Cormac recopila información igual que otras personas coleccionan

números atrasados del *Boletín*. Pero en él no es un pasatiempo inofensivo. Sabe bien qué datos, qué hechos intrascendentes debe conservar para utilizarlos más adelante en tu contra.

Sin embargo, Cormac sigue concentrado en Pryana.

—La he devuelto al coventri oeste y he cancelado la boda.

—Espero que no hubieras enviado las invitaciones —le digo.

—¿Y qué importaría eso? —pregunta con un resoplido.

Nada, por supuesto. Los sastres que tiene bajo su mando podrían eliminar el recuerdo de la invitación, modificar las mentes de las personas que hubieran tenido la fortuna —o más bien la desgracia— de haber recibido una. Todas las acciones de Cormac incorporan una red de protección. Jamás tiene que preocuparse de cometer un error político o evitar un desastre porque puede borrar su recuerdo.

Los sastres son como las pesadillas que no se recuerdan al abrir los ojos.

—Pero eres demasiado mayor para mí —protesto, buscando un tema de conversación que no gire en torno al anillo. Aunque, al final, me rindo—. ¿Por qué? Dime por qué debería aceptar tu... oferta.

—Está el pequeño asunto de tu hermana. ¿Necesito recordarte que se encuentra bajo mi custodia?

Niego con la cabeza. Soy muy consciente de que tiene a Amie.

—Bien. Sabía que me resultaría útil, pero hay algo más —continúa. Se endereza en la silla, dispuesto a hablar de negocios—. La razón por la que deberías aceptar es bastante simple. Han surgido problemas en Arras. Si vamos a trabajar juntos para asegurar la supervivencia de ambos mundos, tenemos que proporcionar a la gente algo en lo que pensar, algo de lo que preocuparse, ¿y qué mejor que la boda de un personaje importante? —me lanza una sonrisa cegadora con la que pretende cautivarme. Es una pena que eso nunca haya funcionado conmigo. Pero sé que tiene razón. La boda de Cormac se convertiría en tema de conversación en todas las ciudades de Arras. Acapararía las noticias del *Boletín* y las emisiones de la Continua durante meses, incluso años, o el tiempo que fuera necesario para desviar la atención de la población de lo que realmente esté sucediendo.

—Quieres distraerlos —exclamo.

—Los necesito en sus puestos, Adeline. Nuestros planes no tendrán éxito si la población está asustada.

—¿Qué está sucediendo exactamente en Arras? —pregunto.

—Nada que no pueda controlarse —asegura, pero pestañea al decirlo.

Salvo que necesita una boda —*una enorme distracción*— para controlarlo.

Alejo el plato y me froto las muñecas. No sé de cuánto tiempo dispongo antes de que me vuelva a colocar los calibradores en las manos, ahora que ha lanzado su propuesta.

—¿Has terminado de comer? —me pregunta. Mira los calibradores, y dejo escapar un suspiro al tiempo que alargo las manos hacia él. Una aeronave en medio

de la interfaz que separa la Tierra y Arras no es lugar para tratar de escapar. Ojalá Cormac se diera cuenta de ello.

—Los calibradores me protegen de ti —me explica mientras los coge—. Vi lo que le hiciste a Kincaid, lo cual fue admirable, pero no me apetece presenciar una repetición. Aún no. Aunque existe otra opción.

Echa una ojeada a la caja colocada sobre la mesa. Aún no la he tocado.

—Si acepto, ¿te olvidarás de los calibradores? —pregunto.

—Cuando te coloques ese anillo, Adelice, estarás adquiriendo un compromiso. Igual que yo —me recuerda—. Y para demostrarte que me tomo en serio nuestro empeño, mientras lo lleves puesto no habrá necesidad de esto —levanta los calibradores; yo los miro, y luego me fijo en el anillo.

Hasta que no alargo la mano hacia la cajita de terciopelo azul no me doy cuenta de que me tiemblan los dedos. ¿Todas las chicas se asustan tanto ante una propuesta de matrimonio? Probablemente no ayude que la mía venga acompañada de una verdadera cláusula de *hasta que la muerte nos separe*. Contemplo el anillo. Es perfecto, pero su belleza queda deslucida por su significado: control.

Sobre mí.

Sobre Arras.

—Permíteme —dice Cormac antes de deslizármelo en el dedo—. Sé que consideras esto como un medio para conseguir un fin, Adelice, pero recuerda: no hay que avergonzarse de hacer concesiones.

Hay que avergonzarse de mentir, pienso. Pero me trago mis palabras y las empujo hasta lo más profundo de mi ser.

—Magnífico —exclama. El anillo se me ajusta a la perfección, como si estuviera hecho para mí. Y probablemente sea así.

Muevo los dedos ante mí y noto el peso del anillo. La piedra capta la luz y resplandece con intensidad, lanzando su parpadeo de estrella por toda la estancia.

—¿Tenemos un trato? —pregunta Cormac.

—La propuesta con la que toda chica sueña —murmuro.

—No voy a hincar una rodilla en el suelo.

—Gracias a Arras.

Le miro fijamente. Luego contemplo el anillo. Cormac necesita una boda para distraer a la población de Arras de los problemas, sean cuales sean, pero también podría concederme tiempo a mí. Tiempo para descubrir lo que Cormac está ocultando a la gente. Tiempo para que los miembros del Plan que están en la Tierra se organicen. Porque allí el tiempo es algo valioso, y necesito conseguir tanto como pueda para mis amigos.

—De acuerdo —respondo, apartando el rostro de Erik de mi mente e ignorando la punzada de miedo que noto.

Nos miramos un instante con desconfianza, y luego alargo la mano y aprieto la suya firmemente.

—Qué formal —dice Cormac, y arrastra mi mano hacia su boca, pero antes de que sus labios la rocen, la puerta se desliza y entra Hannox. Se queda un instante paralizado, aturdido sin duda por el romántico gesto de Cormac. O tal vez por el terror que refleja mi cara.

—Siento interrumpir, señor.

Cormac agita una mano, quitándole importancia al asunto.

—¿Qué sucede? ¿Nos persiguen esos locos del Plan?

Ante la mención del Plan, retiro bruscamente mi mano de la suya, preguntándome si se referirá a Dante, Jost y Erik.

—El problema no está en la Tierra, señor —responde Hannox, y hace una pausa para que la información se asiente—. Está en Arras. Hay un apagón en el sector este.

DOS

Sólo he presenciado un apagón en mi vida —cuando era niña—, pero jamás lo olvidaré. La desaparición del cielo no es algo que deba tomarse a la ligera, por eso en la Continua se hablaba de casos pasados como parte de la programación aleccionadora. El mensaje de estos programas era claro: mantener la calma. Los apagones duraban unos minutos como mucho. Al menos, eso se suponía.

Nos advirtieron sobre ellos durante la instrucción en el coventri, sobre el efecto que producía en los ciudadanos. Provocar un apagón era una manera segura de perder tu puesto en el telar. Pero un simple apagón no requiere la atención del primer ministro.

—Vigíla —ordena Cormac a Hannox, y franquea la puerta antes de que me dé tiempo a preguntarle si puedo ayudar en algo.

Los calibradores regresan a mis dedos a pesar de mis protestas, y Hannox me obliga a abandonar las dependencias de Cormac.

—No los necesito —le aseguro a Hannox.

—Soy responsable de tu seguridad —responde sin alterar su tono de voz, aunque no se molesta en mirarme.

—¿Y cómo me protegen estas cosas? —insisto.

—Cormac te ha puesto bajo mi custodia. Llevo años observándote, Adeline. Te seguí la pista en la superficie de la Tierra, y en ese tiempo llegué a una conclusión.

Esto prometo.

—La persona más peligrosa para ti —hace una pausa y me mira a los ojos— eres tú misma.

Ojalá pudiera rebatir tal afirmación, pero es imposible.

A nuestro alrededor, personal con distintos tipos de atuendo militar va y viene apresuradamente por los pasillos. Algunos portan armas y otros cargan con equipos para rapelar. Éste es el aspecto que ofrece un estado de emergencia. Cormac puede mentir sobre la gravedad de los problemas en Arras, pero viendo esto sé que la situación se le está escapando de las manos. Espero a que alguien me dé instrucciones, pero me conducen hasta la cubierta de la aeronave, abarrotada de hombres que corren de aquí para allá y que me empujan al pasar a mi lado sin prestarme atención.

—¿Qué se supone que debo hacer? —pregunto a Hannox cuando se dispone a marcharse.

Hannox no es exactamente como yo esperaba. Lo había visto en las minas de la Corporación en la Tierra, pero ahora que está frente a mí, no sé qué pensar de él. Tiene el rostro terso y unos grandes ojos castaños que entrecierra al concentrarse. No va arreglado, ni es refinado y elegante como Cormac. Sin embargo, debo recordarme que es mortífero. No puedo confiar en su cara amable. Es Hannox a quien Cormac llama siempre para ocuparse del trabajo sucio. Debe de hacerlo bien.

—Estate callada y no te alejes de nuestra vista —responde.

—¿Eso es todo? ¿No puedo... ayudar?

Hannox mantiene la expresión amable, pero sus palabras suenan frías mientras comprueba que las esposas de acero que inmovilizan mis dedos estén ajustadas.

—Ignoro a qué acuerdo has llegado con Cormac, pero cuando necesitemos tu ayuda te la pediremos. Nos enfrentamos a una auténtica revuelta en el sector este. No tengo la más mínima intención de presentarme allí con la reina de los rebeldes y confiar en que nos eche una mano.

—¿Y si me escapo? —pregunto, con una ardiente animadversión bullendo por todo mi cuerpo. Pero al instante me arrepiento de mis palabras. Seguramente Hannox informe a Cormac.

—Me encantaría ver cómo intentas escapar con eso puesto —responde Hannox, señalando los calibradores—, pero si por algún milagro lo consigues —gira mi muñeca y activa el panel de control— te volaré las manos. Una maestra de crewel no sirve de mucho sin sus manos.

—Es verdad —respondo. Aparto las manos y vuelvo la cara para que no vea mi gesto.

Hannox se inclina y me susurra al oído:

—Y no olvides que tenemos a tu hermana.

No respondo. Me concentro en la actividad que me rodea, tratando de adivinar lo que planean hacer una vez que lleguemos a Arras. Nos desplazamos por la interfaz más deprisa de lo que jamás había visto, y al hacerlo enganchamos y cortamos sus hebras, dañando muchas de ellas en el avance. A mi derecha un hombre vocifera coordinadas con la cabeza ladeada, hablando a través de un chip comunicador con alguien lejano. Varios hombres se encaraman a la parte superior de la nave, ascendiendo por unos peldaños con ronzales y sogas cargados al hombro.

—¡Agárrate fuerte! —me ordena Cormac cuando pasa a toda velocidad junto a mí. Le sigo, ansiosa por saber más sobre lo que está sucediendo.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque vamos a frenar —grita por encima de su hombro.

—En estos momentos tengo las manos algo comprometidas —le recuerdo. Se detiene y se vuelve para mirarme, maldiciendo por lo bajo. Sin darme tiempo a reaccionar, me rodea la cintura con un brazo, me arrastra hacia él y agarra una barandilla cercana con la mano izquierda.

—Tus manos están comprometidas de varias maneras —dice mientras la aeronave frena bruscamente a través de la interfaz, impulsándome hacia atrás. Pero Cormac mantiene el brazo firme alrededor de mi cintura, me sujeta y me aprieta contra su pecho. La nave suelta un agudo chirrido cuando nos vemos obligados a parar, y a nuestro alrededor varios hombres pierden el equilibrio y caen sobre la cubierta. Mi mirada vuela hacia los que estaban encaramándose al fuselaje hace un instante y los encuentro allí, colgando de las costillas de acero de la aeronave. En cuanto el aparato

se detiene por completo, se ponen en movimiento, ascendiendo rápidamente hasta tocar la interfaz.

—¿Qué hacen? —pregunto, liberándome del abrazo demasiado entusiasta de Cormac.

—Esos hombres van a crear un pasaje —responde.

—¿Una tronera? —ya había visto una antes, en un viaje con el Plan. El túnel provisional permitía a los refugiados de Arras escapar a la Tierra, pero en aquella ocasión la habían abierto desde Arras.

—¿Así lo llaman tus amigos rebeldes? —pregunta Cormac, y empieza a avanzar por la cubierta. Le sigo mientras supervisa el trabajo de la tripulación—. Una *tronera*, qué poético.

Aprieto los dientes para evitar decir algo de lo que luego pueda arrepentirme. No conseguiré nada recordándole mis lazos con el Plan Kairos, el alzamiento cada vez más extendido que pretende separar ambos mundos.

—¿Cómo lo hacen? —pregunto, sin picar el anzuelo de Cormac—. Creía que las troneras, quiero decir, los *pasajes*, debían abrirse desde Arras. ¿La interfaz no impide que perforemos a través de ella?

Cormac no contesta. Recorre la cubierta de un lado a otro, a la espera de que finalice la apertura de la tronera.

—Yo no puedo hacer troneras —le recuerdo, segura de que piensa que utilizaré la información para escapar.

—Te he visto desgarrar nuestro mundo para escapar de mí.

—Eso fue distinto —respondo. Sé que mi huida del coventri oeste tuvo éxito únicamente porque ya estábamos cerca de la superficie de la Tierra.

—Tal vez. No sobrevivirías si te lanzaras por un pasaje normal, y he tomado medidas para que en el futuro no se produzca ningún incidente similar —dice.

—Tenemos un trato, Cormac —le recuerdo—. No voy a escapar.

Vuelve la mirada hacia mí y me observa un instante antes de darse por vencido.

—Utilizan una máquina para crear un nudo provisional en la interfaz que separa la Tierra y Arras y luego perforan el pasaje. La Corporación es la única que dispone de la tecnología necesaria para hacerlo.

Sé que no es cierto, porque el Plan tiene acceso a dicha tecnología. Cormac me quita los calibradores de las manos, pero apenas me doy cuenta. Y antes de decidir si desvelarle o no ese dato, Cormac toma de nuevo la palabra.

—La Corporación tiene controlada toda la actividad que se produce a través de la interfaz.

De ser así, se enteran de cada refugiado que huye a la Tierra, algo que el Plan ignora. Eso explica lo fácilmente que Valery y Deniel se infiltraron en la hacienda de Kincaid, siendo espías de Cormac. Tanto Valery como Deniel encontraron refugio junto a él con engaños. Deniel aprovechó sus habilidades de sastre para hacerse un hueco en la hacienda, y Valery, mi antigua esteticista, se convirtió en amante de

Kincaid. Deniel murió a manos de los hombres de Kincaid antes de cumplir las órdenes de Cormac; sin embargo, Valery nos mantuvo engañados el tiempo suficiente para infligir un daño importante. Por su culpa estoy aquí ahora.

Cuando la tronera está terminada, nos dividen en grupos mientras un oficial vocifera advertencias. Dadas las circunstancias, disponemos de muy poco tiempo para entrar en Arras antes de que la tronera comience a desplomarse.

—Avanzaremos en orden según la prioridad de nuestras acreditaciones —grita el oficial—. Nuestra misión es conducir al personal preferente de forma segura hasta la superficie. Si alguien os ordena que corráis, ¡corred! Recordad que el túnel carece de sujeción permanente que asegure su estabilidad. Eso significa que debéis moveros con rapidez.

»Se ha enviado una avanzadilla para afianzar el acceso al sector este —el oficial continúa con su perorata mientras yo escucho a medias—. Hay aproximadamente un kilómetro y medio entre la entrada y la salida. Avanzad deprisa, seguid a vuestro guía y pasad al otro lado.

Yo estoy en el primer grupo al que se permite el acceso a la tronera, junto a Cormac. Y en cuanto el equipo avanzado confirma que el pasaje es seguro, Cormac se pone en marcha. No sé si quiere pasar cuanto antes para evitar el riesgo de quedar atrapado por el desplome del túnel, o porque está ansioso de enfrentarse a los problemas en el sector este.

Mientras esperamos la autorización para acceder a la tronera, examino la red de protección plateada que han adosado a la interfaz. La boca del pasaje oscila cerca de la cubierta de la nave, y hay una plataforma para que entremos en el vórtice. Sólo tengo que avanzar por la plataforma y meterme en el túnel, lo cual suena sencillo, pero resulta aterrador. Los hombres que encabezan nuestro grupo transportan un enorme montón de aros metálicos con al menos dos metros de diámetro. Cuando llegan al final de la plataforma separan los aros y los vuelven a juntar, pero no apilados, sino formando una esfera. Hay un globo metálico colgando en el centro. No toca los aros: simplemente flota como si estuviera suspendido en el aire.

Jamás he pasado por una tronera, así que tengo un millón de preguntas.

—¿Qué es eso? —pregunto a Cormac, señalando el extraño artilugio que los oficiales están montando.

—Un estilete.

Le miro fijamente, a la espera de una respuesta mejor.

—Es una esfera armilar. Sirve para sujetar el pasaje mientras lo atravesamos —añade—. Deja de hacer preguntas.

Cientos de mariposas alzan el vuelo en mi estómago cuando nos conducen hacia la entrada de la tronera.

Entramos por grupos, avanzando en tropel uno tras otro como enormes oleadas. Nuestro guía dirige el estilete por control remoto cuando accedemos a la tronera. Los aros orbitan con rápidos movimientos, emitiendo zumbidos, girando cíclicamente

para crear un túnel despejado por el que pasar.

Al principio me cuesta mantener el equilibrio. El turbulento caleidoscopio de colores gira y me provoca vértigo. Cormac tropieza y suelta una maldición, pero yo me mantengo erguida. Cuando dejo de mirar a Cormac y me concentro en los brillantes colores del túnel, caminar se convierte en algo instintivo. Si quisiera, podría tocar el tejido, podría transformarlo. Aunque tal vez provocara el desplome del pasaje provisional. El hueco abierto ya es suficiente para que avancemos sin rozar la superficie.

Si me quitara las botas, ¿notaría en los pies el cosquilleo de la electricidad que fluye por las hebras combadas?

Esto es el universo en su máximo esplendor. A medida que avanzamos, las toscas hebras de vivos colores se tornan más finas y empiezan a desdibujarse en pura luz; esto me indica que la salida hacia Arras está próxima. Al llegar a la abertura remachada, me doy cuenta de lo que estoy a punto de hacer. Regreso a Arras. Cuando escapé de este mundo, dejé tras de mí desolación. Aquí no estoy a salvo. Titubeo en la boca del túnel, tratando de asimilar lo que hay al otro lado.

Una oscuridad atroz cubre el cielo y lo abarca en su totalidad, tiñendo la ciudad con su resplandor. Es artificial, como todo en este mundo, pero sé que esto no es obra de las manos de una tejedora sobre un telar.

Sino la ausencia de esas manos.

TRES

Las tinieblas inundan el cielo, expandiéndose como un abismo que flota por encima de nosotros. Pensé que en la Tierra había conocido la oscuridad, pero esto lo abarca todo. Allia, la capital del sector este, ha quedado reducida a un esqueleto bajo el resplandor de las luces de emergencia. Es el boceto de una ciudad que no puede ser real. Si alargara los brazos para tocarla, estoy segura de que mis manos toparían con un papel. Sólo el parpadeo de los focos de emergencia otorga profundidad y volumen a la ciudad. Me detengo en la abertura, dudando si entrar, pero Cormac me agarra del brazo y me arrastra.

—La red eléctrica está desconectada, señor —informa un oficial a Cormac al tiempo que le entrega unos anteojos—. Son dispositivos ópticos nocturnos que le permitirán ver mientras avanzamos. Están equipados con tecnología de infrarrojos y presentan las huellas térmicas en naranja.

—¿Huellas térmicas? —pregunta un oficial joven.

—Humanos. Animales. Cualquier ser vivo —le explica su superior.

Respiro hondo, preguntándome qué encontraremos en las calles. El oficial nos pasa unos anteojos a cada uno. Me estoy ajustando los míos a la frente cuando Hannox me los arrebató.

—Señor —vocifera, dirigiéndose a Cormac—. Creo que la señorita Lewys debería permanecer en retaguardia con la escolta.

—Pues yo creo que debería ir —replico, aunque no tengo claro por qué estoy protestando. No me atrae demasiado recorrer los oscuros callejones del sector este, así que tal vez sea que odio que me digan lo que debo hacer.

—Me parece una idea excelente —se burla Hannox. Se acerca a mí y me golpea el pecho con un dedo—. Llevemos a la maestra de crewel *rebelde* a que conozca a las tejedoras *rebeldes*.

—No he traído el manual *rebelde* para distribuirlo, así que creo que todo irá bien —cruzo los brazos sobre el pecho, y ambos nos volvemos hacia Cormac para que exprese su opinión al respecto.

—No dejaré que corree por ahí sin vigilancia —dice Cormac, y lanzo a Hannox una sonrisa presuntuosa. Puede que él conozca a Cormac desde hace doscientos años, pero es a mí a quien Cormac quiere contentar.

—La situación es ya bastante inestable sin involucrarla a ella —le recuerda Hannox.

—Entonces que oculten su secuencia personal con un velo —ordena Cormac. Hannox abre la boca, pero Cormac alza una mano—. No me apetece debatir este asunto. Los telares del sector este han quedado inutilizados, pero si crees que su presencia en el tejido supone una amenaza y quieres ponerle un velo, hazlo. De lo contrario, consíguele ropa militar.

—No soy buena disparando —digo. En realidad, odio las armas.

—No quiero que te vistas con ropa militar para que hagas de francotiradora — responde Cormac con un resoplido—. Únicamente me parecía buena idea que sobrevivieras hasta el día de nuestra boda.

Hannox masculla algo.

Parte de mí desea deslumbrarle con el anillo. La parte petulante por haber salido victoriosa ante el autoritario Hannox. Pero, dado que el compromiso con Cormac es algo de lo que no me siento orgullosa y que tampoco estoy deseando, mantengo los dedos quietos.

—¿Y sus manos? —pregunta Hannox.

—Los calibradores no serán necesarios. ¿Verdad, Adelize? —dice Cormac—. Hemos llegado a un acuerdo.

Al escuchar las palabras de Cormac, noto el anillo pesado en mi mano izquierda. He aceptado su proposición, lo que implica pequeñas indulgencias como tener las manos libres y viajar a sectores amotinados. No estoy segura de haber hecho un buen negocio.

—Es una mala idea —insiste Hannox una última vez, pero la enojada mirada de Cormac le hace callar.

Cuando Cormac se aleja, Hannox me pasa un uniforme militar sin ofrecerme ayuda para ponérmelo. Me enfundo con dificultad el grueso chaleco negro y los ásperos pantalones de nailon, cerrando corchetes y enganchando correas mientras los oficiales se mueven apresuradamente a mi alrededor. Los anteojos me pellizcan la nariz, así que me los dejo apoyados en la frente. Los equipos tácticos del sector no tardan en reunirse con nosotros en la boca del túnel. Cormac habla con ellos en voz baja, y soy incapaz de escuchar la explicación sobre lo que está sucediendo en el sector.

Cuando por fin comenzamos a inspeccionar la zona, encontramos las calles vacías. Teniendo en cuenta el estado próximo al pánico de la tripulación de la nave durante el vuelo, esperaba saqueos o multitudes de gente enojada. Pero la capital está tan silenciosa que parece muerta.

—Dijiste que había disturbios, ¿no? —le digo a Cormac mientras avanzamos en una larga caravana. No veo a nadie, a pesar de que nuestra camioneta ilumina el camino con los focos.

—No tardará en haberlos —contesta Cormac.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

—Por experiencia —responde, y en su boca se dibuja una triste sonrisa.

—Vaya —¿ha habido más disturbios?; ¿cómo empezaron?; ¿qué hizo en esas ciudades? Me gustaría preguntarle todo esto, pero permanezco en silencio, atenta a las escuetas conversaciones entre los oficiales del camión y a la reacción de Cormac al ver las calles vacías.

En Romen se produjo un apagón cuando yo era pequeña. No hubo ninguna advertencia. Nada que permitiera anticipar lo que estaba a punto de suceder. Amie era

sólo un bebé, y estábamos jugando las dos en el jardín mientras nuestra madre terminaba de fregar los platos de la cena. Yo cogía hojas de hierba, me las acercaba a los labios y soplabla encima de ellas para que sonaran como un silbato. Amie reía y daba palmas mientras nuestra madre nos vigilaba desde la ventana de la cocina. Y de repente el cielo desapareció.

Así de sencillo. Yo estaba sentada bajo los tonos rosados del atardecer, entreteniéndome a mi hermana, y un instante después el mundo se volvió negro, cubierto por una repentina y oscura noche. Recuerdo los gritos, los gemidos aterrorizados retumbando en la oscuridad, y hasta que mi madre no me subió a su cadera, con Amie encaramada al otro costado, no escuché su dulce voz tranquilizándonos:

—Tranquilas. No pasará nada, pequeñas.

Mis gritos se perdieron en la oscuridad, y no me di cuenta de que los sonidos que escuchaba salían de mi propia garganta. Papá se reunió con nosotras en la escalera y, afortunadamente, seguía habiendo electricidad en la casa. Pero ninguno de nosotros pudo apartar los ojos del inexistente cielo. Era su ausencia, que la mitad de nuestra realidad se hubiera desvanecido, lo que resultaba difícil de digerir. Papá nos acompañó hasta el sótano y luego regresó al piso de arriba mientras nosotras nos acurrucamos en los brazos de nuestra madre, que se apoyó contra la pared. Yo deslizaba los dedos por los ladrillos que tenía a su espalda. Eran firmes. Eran reales. No desaparecerían.

Yo jamás había tocado el cielo. Quedaba demasiado lejos del suelo, aunque me pusiera de puntillas, aunque las nubes programadas flotaran tan cerca que parecieran al alcance de la mano.

—¿Las nubes son reales? —le pregunté a mi madre.

Ella parpadeó al escuchar mi pregunta.

—Claro que sí, Ad.

—Pero no podemos tocarlas —señalé. La pared sí podía tocarla. Y a mi madre, y a Amie. Sabía que ellas eran de carne y hueso y de piedra, pero ignoraba de qué estaba hecha una nube o por qué el cielo era unas veces azul brillante y otras gris apagado.

Ahora me doy cuenta de que mi madre podría haberme explicado algo más sobre los telares y por qué estaba sucediendo aquello. Pero respondió simplemente:

—No, *nosotros* no podemos.

Aun así, aquello no fue una respuesta, sino una pista. Una manera distinta de mirar el mundo. *Nosotros* no podíamos, según dijo mi madre, pero había quien sí podía. Fue la respuesta que calmó mi respiración cuando era una niña, y que me la calma también ahora.

Justo en estos momentos, en esta ciudad, hay familias que aguardan tras las cortinas cerradas o en estrechos sótanos, y padres que ofrecen palabras de consuelo. Pero repiten las mentiras ensayadas durante generaciones: *Es normal. Pasará rápidamente. No tengas miedo.* Y sé que dicen todo eso no sólo para calmar a sus

hijos y detener el torrente de preguntas inocentes, sino para tranquilizarse ellos también. La población del sector este tiene todo el derecho a creer que se trata de un incidente pasajero, de un problema transitorio que pronto se resolverá. Sin embargo, han pasado horas desde que recibimos la noticia del apagón y lo de *pronto* debe de sonar a mentira incluso a quienes lo están diciendo.

—¡Alto! —exclama un oficial, y la camioneta se detiene con un chirrido. Hay un hombre en medio de la carretera. No parpadea cuando los potentes focos le iluminan. Da la sensación de que nos estuviera desafiando a seguir adelante y aplastarlo.

Un grupo de oficiales sale a toda velocidad de un vehículo, con las armas desenfundadas.

—¡TP! —ordena uno de ellos, pero el hombre no hace intención de mostrarle nada.

—¿Qué está sucediendo? —exclama el hombre.

—Necesitamos ver su Tarjeta Preferente —insiste el oficial, ignorando la pregunta.

El hombre avanza y trata de mirar dentro de los vehículos, pero le detienen con la culata de un rifle.

—Mi mujer y mis hijos están asustados. El cielo lleva horas oscuro —protesta.

—Regrese a su casa —le ordena el oficial.

Contengo la respiración, deseando en silencio que el hombre obedezca.

Que deje de hacer preguntas.

—Su misión es protegernos —continúa el hombre, apuntando con un dedo la cara del oficial—. Exijo respuestas.

—Señor, retroceda —la advertencia está cargada de violencia.

—Mi hija tiene cuatros años —dice el hombre—. Quiere saber dónde está el cielo.

No parece en absoluto peligroso. Es joven, aunque esté empezando a quedarse calvo, y la piel le brilla, cubierta por un sudor nervioso. Sus preguntas son fruto de la confusión, no de la sublevación. Simplemente está asustado, y no puedo reprochárselo.

Cuando veo aparecer a Cormac delante de la camioneta, pestañeo. Hace un instante estaba a mi lado.

—Dígale que el cielo no tardará en regresar —interviene Cormac. Me está dando la espalda, pero imagino su ensayada sonrisa.

—Primer ministro —exclama el hombre, y escucho la sorpresa en su voz.

—Regrese a su casa —repite el oficial que está junto al hombre. La orden es más insistente, casi nerviosa.

—¡No! —se niega él, y mi pulso se acelera un poco. Le apuntan más rifles.

Vuelve a casa, le suplico en silencio.

—Soy ciudadano de Arras y tengo derecho a saber lo que está pasando —dice.

De repente estalla una carcajada en el aire, aunque no relaja la tensión del

momento. Cormac se está riendo. La situación le hace gracia. Una alarma salta en mi cerebro.

—No sé qué es tan divertido —dice el hombre, pero su voz ya no suena confusa. Ahora está enfadado.

—*Tengo derecho a saber lo que está pasando* —repite Cormac con sorna. Se acerca al hombre a grandes zancadas y le coloca las manos sobre los hombros—. ¿De verdad quiere saberlo?

No escucho la respuesta afirmativa del hombre, pero me temo cómo va a acabar esto. Sin pensar, salgo de la camioneta y me dirijo hacia ellos. Un oficial me sujeta por la cintura y mis manos se lanzan hacia sus hebras, pero me contengo antes de hacerle daño.

—Vuestro mundo es una absoluta mentira —le explica Cormac—. Las tejedoras os han abandonado y vais a morir todos.

El hombre retrocede y lo mira fijamente, igual que yo. ¿No se da cuenta de que sus subalternos lo contarán todo?

Antes de que pueda comprender la temeraria indiferencia de Cormac, el hombre arremete contra él, pero el primer ministro se aparta a un lado y lo esquiva. Un instante después, resuena un disparo que alcanza al hombre directamente en el pecho.

—¡No! —grito, zafándome de los brazos del oficial y corriendo hacia el hombre.

Él retrocede tambaleándose, y un fugaz gesto de sorpresa surca su rostro. Cuando llego a su lado, hay un charco de sangre bajo su cuerpo. Presiono la herida con las manos, y él coloca las suyas encima.

—Mi hija —pronuncia estas palabras entre jadeos, como el aire que escapa de un globo.

—La protegeré —le prometo, pero no me oye. Me mira fijamente con los ojos perdidos, vidriosos como un océano en calma.

—Deshaceos de él —ordena Cormac mientras regresa al convoy—. Quiero que estemos en el capitolio en cinco minutos.

No me dirige ni una sola mirada cuando le sigo, pero al llegar al vehículo se detiene a la espera de que yo suba. Me quedo plantada delante de la camioneta con los brazos en jarras.

—No era necesario hacer eso —protesto. Mi voz temblorosa delata rabia.

—Tienes sangre en las manos —comenta Cormac, y hace un gesto para que alguien me traiga un trapo.

—Eres tú el que debería tener las manos manchadas de sangre esta noche —murmuro.

—Es lo que le hago a los traidores —dice Cormac—. Será mejor que lo recuerdes.

—Entonces hazme a mí lo mismo —le desafío, golpeándome el pecho con el puño para que sepa dónde apuntar—. Ese hombre hizo una pregunta y lo mataste. *Yo desgarré tu mundo, Cormac.* Es justo.

—No me tientes —gruñe, pero se trata de una amenaza vacía. Me aparta a un lado y sube al vehículo. Cormac necesita mi colaboración en su plan de boda para distraer a Arras y evitar futuros episodios como éste en los demás sectores.

No subo tras él, sino que contemplo cómo arrastran el cadáver del hombre hacia un lado de la calle. No se molestan en meterlo en una bolsa como hicieron con mi padre. En unas horas, su esposa saldrá a buscarlo. Llevará a su hija con ella, porque ninguna madre dejaría a un hijo solo durante un apagón. Tal vez lo encuentre muerto en la calle, sin ninguna pista de lo que le ha sucedido. Y entonces acudirá a la Corporación en busca de seguridad y esperanza. Sin saber jamás que fueron ellos quienes la traicionaron.

Yo vi la sangre de mi padre formando un charco en el suelo. Sueño con ello. La sangre pegajosa, negra como el alquitrán, que jamás se borra. Viviré el resto de mi vida con ese recuerdo, grabado a fuego en mi mente a los dieciséis años.

Su hija también vivirá acompañada por la muerte, aunque ella ni siquiera disfrutará de la infancia.

Mientras avanzamos por el sector este, otro pensamiento me provoca un escalofrío en la espalda.

La niña probablemente no tenga que vivir mucho tiempo con esa imagen.

CUATRO

Una elevada valla de hierro rodea el Ministerio Este, el complejo que alberga las oficinas del sector. Un vigilante se aproxima y autoriza nuestro acceso mientras otros dos hombres abren la verja y la cierran a nuestro paso. La falta de energía impide que la puerta funcione de manera automática, sin embargo las oficinas deben de disponer de algún tipo de generador porque en las ventanas parpadean unas cuantas bombillas. A un ciudadano normal probablemente le parezcan faros de esperanza. Para mí son señales de advertencia.

Ignoro por completo lo que nos espera dentro. Cormac se quedó mudo tras nuestro altercado en la calle. El terreno que rodea el Ministerio surge frondoso y agreste en la oscuridad. Resulta imposible distinguir si hay personas o animales moviéndose por el jardín o si se trata de las tinieblas engañando a mi mente.

Salimos en tropel de los vehículos y Cormac me da unos golpecitos en los anteojos. Me los coloco y el mundo se torna rojo. A pesar de la absoluta oscuridad, veo todo lo que me rodea. Cormac resplandece como un ascua frente a mí.

—La materia orgánica deja una huella de calor. Estos anteojos también utilizan tecnología de rayos infrarrojos para poder ver en la oscuridad —me informa.

Aunque me gustaría saber cómo funcionan, me encojo de hombros como si me diera igual. Todavía estoy muy enfadada con él.

—Registraremos el perímetro —anuncia Hannox.

—¿Para qué? —pregunto.

—Por si hay bombas, rebeldes armados...

—¡Mujeres sin maquillar! —grito con horror fingido.

—Esto no es una broma —Hannox entrecierra los ojos—. Si no puedes establecer tus prioridades...

—Os enfrentáis a un apagón —le interrumpo, acercándome a él—. La gente está asustada en sus casas. Habéis matado a un hombre en la calle. ¿Y todo porque unas cuantas mujeres se niegan a obedeceros? ¡Estableced vosotros *vuestras* prioridades!

—No tenemos ni idea de lo que nos espera ahí dentro. El protocolo habitual es registrar un edificio y sus alrededores antes de que el primer ministro acceda a él, incluso cuando no hay una sublevación activa en el entorno inmediato —me explica Hannox entre dientes. Estoy casi segura de que me está estrangulando mentalmente.

—Aquí no hay ninguna sublevación.

—¿Y cómo llamas a esto? —pregunta Hannox, señalando el cielo vacío con las manos.

—¿Unas tejedoras tomándose un descanso?

—Adelice —Cormac pronuncia mi nombre con tono de advertencia, pero no me callo.

—Creedme, no hay ninguna revolución armada esperándoos ahí dentro —les aseguro. Es como si no entendieran que alguien decidiera no obedecer, como si la

disensión sólo pudiera ser violenta. Estoy segura de que si un grupo hubiera planeado un levantamiento a gran escala, las calles no estarían vacías en estos momentos.

—Como si confiara en tu perspicacia —refunfuña Hannon—. ¿Podría finalizar mi trabajo, por favor, señor?

—Es un mal necesario —me dice Cormac, y agita una mano para que Hannon vaya a terminar su tarea.

—Contigo todo es un mal necesario —protesto, enfadada.

—No me apetece continuar con esta insignificante discusión.

Estoy muy furiosa, así que soy incapaz de encontrar las palabras adecuadas para explicarle que mi enfado por que haya asesinado a un hombre inocente no es una discrepancia insignificante. Cierro los puños, aunque los mantengo apretados contra el cuerpo.

—Eso está mejor —dice Cormac, y sonrío abiertamente al darse cuenta de que estoy tratando de controlarme—. Me alegra que por fin hayas aprendido cuál es tu lugar.

Nos rodea un muro de guardias, y Cormac da vueltas por el minúsculo espacio hasta que llega la confirmación de que todo está despejado. De algún modo logro contener el *os lo dije* que intenta escapar de mis labios. Cuando entramos, nos espera un grupo de ministros. Tienen ojeras y sus trajes están arrugados. Cormac pasa a grandes zancadas junto a ellos sin dedicarles ni una sola mirada. Únicamente se detiene para estrechar la mano del hombre situado a la cabeza de la fila.

—Grady, ¿qué ha sucedido? —le pregunta mientras el hombre acomoda su paso al de Cormac.

—El programa de reacondicionamiento ha fracasado, Cormac —responde Grady con voz compungida.

—¿Pero cómo se ha llegado a esto? Mis informes indican que el apagón dura más de cinco horas ya —dice Cormac. Su voz ha perdido el tono amistoso.

Cinco horas. Ha transcurrido menos de una desde que alcanzamos la tronera, pero antes de que la noticia nos llegara a la Tierra debió de pasar un tiempo considerable en Arras. La diferente velocidad temporal de cada mundo provoca que aquí corran los días mientras que en la Tierra sus habitantes no han pestañeado siquiera. Cuando la Corporación creó Arras, aceleró el tiempo para que transcurriera doce veces más deprisa que en la Tierra y de ese modo alcanzar rápidamente la supremacía respecto al mundo que habían dejado atrás. Pero las líneas temporales divergentes han evitado que Cormac recibiera los informes iniciales con puntualidad. Habían pasado ya tres días. No es de extrañar que todo el mundo esté nervioso.

—Es complicado. No pensaba que fueras a venir —admite Grady, y se tira de la corbata. Probablemente la sienta como la cuerda de una horca.

—Esperabas que no viniera —le corrige Cormac.

—No, pero no creo que tu presencia sea necesaria —insiste Grady.

—¿Porque tienes la situación bajo control? —pregunta Cormac—. No es así,

Grady. La ciudad está paralizada. El suministro de marisco y papel de Arras depende de tu sector. Por supuesto que tenía que venir. Cuando el ministro de un sector pierde el control sobre la población, debe intervenir su jefe.

—Y él es tu jefe —apostillo con tono burlón. Si la intervención de Cormac hubiera podido evitar esta situación, ¿por qué no había acudido antes?

—No te inmiscuyas, Adeline —me advierte Cormac.

—Un momento —le digo mientras me paseo entre los hombres—. No puedes presentarte aquí y actuar como si todo fuera culpa suya. ¿Hace cuánto que te oigo susurrar sobre los problemas en el sector este? Si quieres que lo solucionemos, debemos abordar el verdadero problema.

Junto a Cormac, Grady mira hacia otro lado, pero distingo una sonrisa revoloteando en sus labios.

—Se cree ingeniosa —le dice Cormac—. Adeline, ¿necesito recordarte cuál es mi actitud hacia los traidores?

Retrocedo un poco y le miro con el gesto fruncido, preguntándome a quién considera un traidor en esta situación.

—¿El reacondicionamiento no funcionó, Grady? —pregunta Cormac, retomando el tema inicial de la conversación.

—No, señor —responde Grady, y la tensión aumenta entre ellos. Cormac está reafirmando su autoridad recordándole a Grady su fracaso.

Grady nos conduce hasta su despacho y nos ofrece algo de beber, pero incluso Cormac lo rechaza mientras nos acomodamos. Cormac se sienta tras el escritorio, y Grady se ve obligado a colocarse a mi lado. Es incapaz de relajarse en la silla, y desde mi posición veo cómo sus pies golpean con nerviosismo el suelo.

—¿Cómo empezó todo? —pregunta Cormac.

—Como ya sabes, las mujeres en edad de trabajar del sector empezaron a mostrar cierta disconformidad.

Había oído hablar de ello a Cormac la noche del baile del estado de la Corporación, pero me da la impresión de que hubieran pasado siglos desde entonces. Sé que no es así, aunque tengo claro que el problema surgió hace al menos dos años.

—Se negaban a casarse —digo en voz alta, recordando la información que Cormac compartió conmigo.

—No se conformaron con eso —la voz de Grady suena agotada, como si llevara demasiado tiempo cargando el peso de la situación—. Aplicamos nuevos incentivos...

—Trataste de sobornarlas —le interrumpe Cormac—. Les aumentaste la paga, Grady. Con ello sólo les demostraste que podían conseguir lo que quisieran siendo obstinadas.

Grady aprieta los brazos de la silla con las manos, y me pregunto si estará conteniendo un puñetazo a Cormac.

—A mí me suena a progreso —comento.

—Por supuesto —Cormac ignora mi comentario—. ¿Cómo se filtró el problema al coventri?

En ocasiones, Cormac puede ser un tanto duro de mollera. Pienso en mi propia madre, quejándose de su jefe y el escaso sueldo.

—Se puso de moda. Resultaba imposible determinar si las candidatas estaban contaminadas.

¿Contaminadas? ¿Habla en serio?

—Y ahora nos encontramos con una huelga en toda regla, Grady. Si me hubieras escuchado cuando te sugerí...

—Modificar a toda la población del coventri este no era una opción —le interrumpe Grady—. Son sólo unas cuantas manzanas podridas que están estropeando el resto.

—¿Unas cuántas? —vocifera Cormac—. ¡Los telares están apagados! ¿Dónde están las manzanas sanas?

—Podemos razonar con ellas —insiste Grady—. Tenemos en el edificio a varias de las tejedoras responsables de iniciar el apagón, a la espera de un interrogatorio más exhaustivo.

—Quiero verlas. ¿Qué han confesado? —pregunta Cormac antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta con zancadas rápidas y decididas.

—¿Confesar? Nada. Quieren negociar.

—Negociar —repite Cormac con una mezcla de diversión y arrogancia.

—Están dispuestas a regresar a los telares, ministro —asegura Grady—. Sólo quieren hablar sobre ciertos cambios en la estructura del coventri.

—¿Ah, sí? —exclama Cormac—. Pero, al contrario que tú, yo no estoy dispuesto a escuchar las quejas de unas cuantas mujeres.

—¿De verdad? —exclamo yo.

—¿Quieres añadir algo? —me pregunta Cormac.

—Sí —respondo—. ¿Qué ha pasado con lo de colaborar y encontrar una solución?

Cormac me empuja contra la pared y acerca la boca a mi oreja.

—No me cuestiones delante de mis hombres. Tú no entiendes la gravedad de la situación.

—Porque no me la explicas.

—Porque no puedes arreglarla —responde furioso—. Ahora cierra la boca y sígueme, o te enviaré de vuelta a la camioneta con Hannox y créeme, eso no te gustaría nada.

—Sí, *señor* —enfático el tratamiento. Hasta aquí llegó lo de trabajar juntos.

—Quiero ver a esas mujeres —Cormac me suelta y tira del bajo de su chaqueta.

—Ministro, ya verá cómo no piden mucho...

—No me interesan sus demandas —le interrumpe Cormac.

—Pero...

—Ni tampoco lo que tú pienses, Grady. Has permitido que la situación se descontrolara. Y he venido a poner solución.

No puedo contenerme y pregunto:

—Entonces, ¿por qué quieres hablar con ellas, si no tienes intención de escucharlas?

Cormac se detiene y clava en mí sus ojos, tan negros como la habitación que nos rodea.

—Para contarles lo que les voy a hacer.

CINCO

Siento la humedad de las piedras al deslizar las puntas de los dedos sobre las toscas paredes. Reconozco el olor, el hormigueo que me provoca en la nariz. La celda en la que yo acabé cuando me trasladaron al coventri después de mi recogida era distinta. Ésta es amplia y tiene barrotes. Pensaba que Grady quería *negociar* con estas mujeres, pero da la impresión de que aún las considerase una amenaza. Los anteojos me permiten avanzar por los oscuros pasillos y, al doblar una esquina, distingo varias fuentes de calor delante de nosotros. Las prisioneras están tumbadas entre las sombras, arremolinadas para darse calor en la fría celda, pero cuando nos acercamos se dirigen hacia los barrotes.

—Señoras —las saluda Cormac con voz encantadora y relajada.

Se escucha una profunda inhalación en la estancia, como si todo el mundo hubiera tomado aire al mismo tiempo. Me pregunto cómo se sentirán ahora que Cormac Patton ha venido a verlas. ¿Creerán que está aquí para salvarlas, o le conocen tan bien como yo? Deben de conocerle. Incluso las tejedoras que fingían estar ciegas no podían evitar ver cosas.

Una de las mujeres se atreve por fin a hablar.

—Ministro Patton.

—¿Se podrían encender algunas luces de emergencia? —pregunta Cormac.

Se produce un revuelo de órdenes y unos minutos después surge un tenue resplandor sobre nuestras cabezas.

Me pregunto por qué será necesario un calabozo bajo las oficinas del Ministerio.

No me hace falta darle muchas vueltas.

—Señoras —Cormac tiene dibujada en la cara su sonrisa de político—. El sector este se encuentra completamente aterrorizado...

—Señor —la mujer osa dirigirse a él.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Cormac.

—Hanna —responde ella. Es algo mayor que yo, tiene la nariz respingona y la boca ancha, y sus ojos castaños brillan, cargados de rebeldía.

—Hanna, no hables hasta que yo te lo diga —Cormac pierde la sonrisa, mostrándoles la cara que yo conozco y detesto. Se masajea las sienes con los dedos. Supongo que no soy la única que le provoca dolores de cabeza—. Como iba diciendo, vuestros actos, o más bien vuestra inactividad, ha paralizado el sector por completo. Me encantaría escuchar los motivos por los que habéis abandonado vuestras tareas. Habéis dejado el sector sumido en el miedo.

Hanna no parece avergonzada tras la reprimenda de Cormac. Su gesto es más bien de enfado. Resulta obvio que le odia tanto como yo. Se me ocurre que en otro escenario podríamos haber sido amigas. Pero en estos momentos me encuentro al otro lado de los barrotes de la celda, y estoy segura de que me detesta igual que a él.

—Exigimos derechos básicos —dice Hanna. Pero la ira provoca un ligero temblor

en su voz que resta fuerza a sus palabras.

—*Derechos básicos* —repite Cormac—. Disponéis de ropa, comida, cobijo y seguridad. La última vez que lo consulté, eso eran derechos básicos.

—Queremos los mismos derechos que se conceden al resto de ciudadanos. Como poder casarnos y disponer de nuestras propias casas —añade Hanna.

—Eso son privilegios —la corrige Cormac.

—¿Y no merecemos privilegios? —explota Hanna. Luego aferra dos barrotes y encaja la cara entre ellos—. Trabajamos todo el día para que este mundo funcione, y nos encierra en una torre.

Sabía que me gustaba.

—Pero *también* vivís en casas bonitas, vestís ropa de diseño y coméis manjares —empieza a decir Cormac.

—No todas deseamos que nos exhiban como pavos reales —replica mirándome a mí.

Eso no es justo. Yo voy vestida con ropa militar, por Arras.

—¿Y vuestro plan para conseguir esas cosas que merecéis es ignorar vuestros deberes y aterrorizar a la población? —pregunta Cormac.

—Queremos que nos escuche.

—Os estoy escuchando, y os entiendo —asegura Cormac—. Pero debéis asumir que *no me importa lo que decís*. Vuestras reclamaciones no os absuelven del delito.

Cormac ya las ha catalogado de delincuentes. Esto no puede acabar bien.

—Estoy seguro de que las tejedoras ansían solucionar el problema —interviene Grady.

—Eso da igual —Cormac se da la vuelta y habla en voz baja con Hanno, que asiente con gravedad a unas órdenes que no logro escuchar.

Mientras Cormac habla con él, yo me paseo junto a los barrotes. La mayoría de las chicas aparta la mirada, pero Hanna se encara conmigo sin pestañear.

—¿Vienes a contemplarnos para sentirte superior? —me pregunta.

Deslizo los dedos por el frío acero que nos separa.

—Cormac también me ha tenido encerrada un tiempo.

—Pero ahora estás a su lado. Sin duda has mejorado tu relación con él. ¿A quién has traicionado para conseguir tal privilegio? —está claro que no la impresiono.

—Entiendo tu enfado. Yo también lo siento —le susurro.

—Oh, por favor —exclama ella con un exagerado gesto de fastidio—. ¿Y a qué te has enfrentado tú?

—A la muerte, la destrucción, la pérdida de mis seres queridos —respondo sin pestañear. Hanna cree haberme calado, pero ignora por completo cómo he acabado aquí.

O lo lejos que estoy dispuesta a llegar.

—Así que te rendiste para salvar a un chico —dice ella con tono burlón.

No le hablo de mi hermana ni de mi madre, a la que han convertido en un

monstruo, ni tampoco de la amiga que únicamente logró escapar derramando su sangre en una bañera. Hanna necesita descargar su odio. Le da fuerza para contener el miedo que atenaza su estómago. Conozco esa sensación. Jamás desaparece. Sólo puedes ignorarla o esconderla bajo la ira.

Pero en estos momentos mis razones para seguir la corriente son otras. Razones que ella es incapaz de comprender. Hanna sólo me ve al otro lado de los barrotes y eso me convierte en su enemiga.

De todos modos, una chica puede enloquecer encerrada en una torre día tras día. La percepción que Hanna y sus cómplices tienen de Arras está deformada. Resulta sencillo pensar que comprendes el funcionamiento de tu mundo cuando lo tienes bajo tus dedos cada mañana, tarde y noche. Y cuando el telar muestra un fragmento de ese mundo, te parece estar viendo el cuadro completo. Yo sujeté truenos con las manos y tejí ríos, pero no entendí a lo que me estaba enfrentando hasta que estuve bajo la interfaz y contemplé la realidad de *ambos* mundos. Entonces vi lo que Arras era en realidad: un parásito aprovechándose de la Tierra.

—Tu vida o la mía no es lo único que está en juego en estos momentos —le digo en voz baja—. Es la cruda realidad. Crees que puedes escapar, pero no hay ningún sitio adonde ir.

—Yo no quiero huir —replica Hanna con mirada fiera—. Yo quiero cambiar la realidad.

—Desde una celda no lo conseguirás —le recuerdo.

—Adelice ha madurado —comenta Cormac, y entonces me doy cuenta de que ha escuchado toda nuestra conversación—. Estamos trabajando juntos para que la estabilidad regrese a Arras.

—Me muero de ganas por ver cómo lo hacéis —dice Hanna.

—Es una pena que no puedas presenciarlo —responde Cormac.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamo. Ya no me importa lo que ninguno de ellos piense de mí. En especial cuando la situación empieza a descontrolarse.

—Sabes lo que hago con los traidores, Adelice. Lo has visto con tus propios ojos.

—Pero no lo ha experimentado —señala Hanna—. A ella la has perdonado. Si todas fuéramos jóvenes y guapas, tal vez hicieras una excepción también con nosotras.

—Sois jóvenes y guapas, Hanna, pero no puedo perdonar a todo el mundo —dice Cormac—. Adelice me ayudará a curar el daño que vuestra generación ha infligido a Arras convirtiéndose en mi esposa. Es el precio que está dispuesta a pagar por la paz.

—Mejor ella que yo —exclama Hanna, y lanza un escupitajo que aterriza a los pies de Cormac.

Él retrocede un poco y contempla el suelo con indiferencia.

—Si quieres saber por qué la elegí a ella a pesar de su clara falta de respeto hacia la Corporación, te lo diré. Adelice utiliza su inteligencia para luchar, lo que demuestra que es capaz de razonar. Y cada vez tengo menos claro que eso sea algo

que podáis hacer la mayoría de vosotras.

—Cuando dices *la mayoría de vosotras*, te refieres a las mujeres, ¿verdad? —replico.

—No te molestes, cielo —dice Hanna—. Dejaste de ser una de nosotras cuando te aliaste con él.

Su acusación no me hiere como podría haberlo hecho en otro momento. Hanna ha elegido su camino, y yo el mío. Aunque yo tengo la ventaja de unas experiencias que ella no posee. Hanna es joven y está enojada, pero hay desesperación en sus acciones y sus palabras. Una desesperación que interfiere en su capacidad de pensar racionalmente. La única manera que tengo de salvar la situación es adoptar la postura contraria. No conseguí nada con mi intervención cuando traté de salvar al hombre en la calle. Así que ahora no debo centrarme en un plan de acción, sino en prever el siguiente movimiento de Cormac. Está claro que planea ejecutar a las tejedoras. Pero no tengo claras las consecuencias que eso provocará en el sector este. Continuará el apagón. Dejarán de llegar suministros de alimentos. ¿Cuánto tardará la población en cruzar las fronteras? ¿Qué les sucederá entonces? Tengo que convencer a Cormac de que mantenga a las chicas en los telares.

Por eso las acusaciones que me lanza Hanna rebotan, incapaces de traspasar la gruesa coraza que me he construido. Necesito estar concentrada para urdir un plan. Necesito morderme la lengua. Necesito hacerme la tonta hasta haber encontrado las palabras adecuadas que hagan cambiar de idea a Cormac.

Porque sé que existen.

Las demás chicas nos contemplan con creciente miedo. Una ha empezado a llorar. Hanna es la cabecilla. Entonces veo cómo varias se apartan de ella, la abandonan, responsabilizándola de la revuelta.

—Volveré al telar —grita la chica que llora.

Cormac sonrío, pero luego hace un gesto admonitorio con el dedo.

—Es demasiado tarde para eso. Este sector está totalmente contaminado por la deslealtad.

—P-p-pero... pero... tartamudea la chica, tratando de contener los sollozos.

—Cormac —le agarro el brazo con suavidad— ya has dejado clara tu opinión.

—No, no lo he hecho —exclama, y se suelta de un tirón.

Trago con dificultad y digo algo que siempre me ha torturado, algo que jamás le había mencionado.

—Sé que puedes mostrarte indulgente. Una vez lo hiciste conmigo.

—Te necesitaba, Adelize. Siempre supe que te convertirías en maestra de crewel —admite Cormac—. Si hubieras sido otra tejedora cualquiera, habrías compartido su destino.

—¿Qué destino? —pregunto, pero no me responde. ¿Qué va a hacerles?

Se vuelve hacia el grupo de oficiales y funcionarios que lo rodean.

—El Protocolo Dos ha quedado activado. Las personas con privilegios fronterizos

deben ser evacuadas inmediatamente.

—No puedes hacer eso —Grady tiene el rostro ceniciento.

—Ya lo he hecho. La Corporación no puede seguir fingiendo que el problema se resolverá. Has tenido dos años para solucionarlo, Grady.

—Hay tejedoras inocentes —protesta Grady—. La mayoría ha permanecido en las torres. No puedes castigarlas a ellas por lo que han hecho otras.

—No lo estoy haciendo —dice Cormac—. Las castigo por su pasividad. Cinco chicas no han dejado el cielo negro. Cinco chicas no han paralizado el sector. La indiferencia alimenta la rebelión, y la Corporación lleva demasiado tiempo mostrándose indiferente ante este asunto. Asumo mi responsabilidad, pero hasta aquí hemos llegado.

—¿Y eso es todo? —exclama Grady, sin tratar ya de agradar a Cormac. Sus ojos han perdido la combatividad.

—Evacúa, Grady, y prueba suerte de nuevo si es que te atreves a presentarte en el Ministerio.

—¿Y cómo te presentarás tú? —le pregunta a Cormac.

—Orgullosa. Porque he hecho algo importante aquí.

—¿Quién tiene autorización para salir? —pregunta Grady.

—Los que dispongan de privilegios fronterizos. Nadie más.

—¿Y mi familia? —protesta Grady.

—Puedes conseguir otra.

—No quiero otra.

—Qué sentimental —se burla Cormac, y luego añade en un susurro—: ¿Habrías dicho lo mismo de tu última familia o de la anterior?

A juzgar por sus rostros confusos, Hanna y las demás chicas también le escuchan. Yo las miro y niego con la cabeza para que se hagan a la idea de que esto no va a acabar bien para ellas. Las tejedoras pensaban que estaban plantando cara, habían sucumbido a la ilusión de su propio poder. Es una trampa que se tiende desde un primer momento en el coventri: haz que una chica se sienta guapa e importante y empezará a creérselo; distráela mientras la conduces a una torre y le arrebatas los derechos; y no le enseñes jamás lo que le has ocultado.

Aunque la Corporación se equivocó al pensar que eso sería suficiente para mantener feliz a la población femenina. No contaron con nuestra propia evolución. Pero, a pesar de los errores, han logrado mantener ocultos sus principales secretos.

Durante mi estancia en la Tierra descubrí lo lejos que habían llegado para mantener su poder. Soy la única tejedora que conoce el verdadero alcance de ese poder, y la verdadera historia de la Corporación.

—No tenéis ni idea de a quién os estáis enfrentando —le digo a Hanna con tristeza—, ni de lo que es capaz.

Cormac nos lanza una sonrisa malévol.

—No tardarán en descubrirlo.

SEIS

La celda se inunda de personal militar. Un agente me empuja y me lanza sobre Cormac al mismo tiempo que un grito devuelve mi atención a las prisioneras. Los oficiales están arrastrando a las tejedoras fuera de la prisión para agruparlas. Los ojos de Hanna encuentran los míos antes de que las fuerzas de seguridad rodeen a las chicas. Entre la nube de uniformes negros se extienden varios brazos que tratan de aferrarse a la libertad, pero me conducen hacia el pasillo de la torre, lejos del enjambre de tejedoras.

La última mirada acusatoria de Hanna abrasa mi mente. Ella me considera parte del problema, otra chica no sólo controlada por la Corporación, sino dispuesta a hacer lo que le ordenen. Me gustaría pensar que soy peligrosa, que deberían temerme, pero ¿a quién asusto? Cuanto más pienso en ello, más clara veo la respuesta.

A mí misma.

A pesar de mis esfuerzos, no estoy más cerca de resolver la situación sin violencia, y mientras contemplo el caos, consciente de que las tejedoras no disponen de mucho tiempo más, mi gesto sereno se resquebraja, dejando paso al miedo y la culpabilidad.

Cormac se encuentra a unos pasos de mí. Aún puedo interrumpir su plan, cualquiera que sea. Si invoco nuestro compromiso, le recordaré que siempre es mejor hacer ciertas concesiones. Es la única opción que tengo, aunque una vocecilla me diga desde el fondo de mi mente que no bastará.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto. Ni siquiera me mira. Está demasiado abstraído en lo que tiene entre manos.

—No nos queda otra solución que iniciar el Protocolo Dos —responde—. Es necesario refrenar a las tejedoras, y tanto el coventri como el sector han quedado comprometidos.

—¿No puedes trasladarlas a otros coventris? ¿Separar a las que no se han sublevado? —no es tanto una pregunta como un deseo.

—No me interesa conservar a un grupo de traidoras —Cormac se detiene, pero a inspeccionar la estancia en la que nos encontramos. Para él nuestra conversación es simplemente otra molesta consecuencia de la situación.

Grady se mantiene apartado. No intenta detener a los guardias que se llevan a las tejedoras; se ha quedado paralizado.

—Tienes que parar esto —le grito—. Tú sabes lo que va a hacer, ¿verdad? ¡Párale!

Los soldados pasan junto a nosotros acompañados de las chicas y franquean la puerta del Ministerio. No tengo ni idea de adónde las llevan, pero está claro que a ningún sitio bueno.

—Cormac —interviene Grady por fin—. Ejecútalas si debes hacerlo, pero piensa en la gente. No merece ser castigada por los actos de unas cuantas tejedoras. Sin

ellas...

Me sube sabor a bilis a la garganta. Está dispuesto a sacrificar a esas mujeres para salvar a la población. Cormac se vuelve hacia él. Está pálido y le tiembla ligeramente el dedo con el que señala a Grady.

—¿Y dejar que la podredumbre de este sector se extienda por el resto de Arras? Si no contenemos la rabiosa propaganda aquí y ahora, lo siguiente será el Protocolo Tres.

—Eso no sucederá jamás —asegura Grady, pero se apoya contra la pared, como si no pudiera soportar el peso de tal posibilidad.

—Nunca has sido capaz de tomar decisiones difíciles, Grady. Ésta la he tomado yo por ti, así que de momento te has librado —con un movimiento de la mano, Cormac le indica la dirección de la salida—. Abandona Allia antes de que sea demasiado tarde. He ordenado que se realicen transposiciones de emergencia hacia los tres sectores limítrofes y que se exterminen a todas las tejedoras del sector.

El rostro de Grady se queda flácido y cede con el peso de la culpabilidad igual que un trapo empapado en aceite. Puede que Cormac piense que resulta sencillo marcharse sin más, pero yo noto la tensión en el ambiente. Es imposible justificar lo que está sucediendo aquí hoy. No habrá perdón para nadie.

—¿Y qué pasará con la gente? ¿Quién trabajará en los telares? ¿Qué será de todos esos inocentes si el coventri queda vacío? —le pregunto a Cormac mientras Grady abandona lentamente la estancia. Por las palabras de Grady me ha dado la sensación de que todo el mundo fuera a ser castigado por el apagón.

—Eso no importa. La decisión está tomada. Tú no te preocupes por nada —está demasiado ocupado enviando mensajes en su digiarchivo para mirarme siquiera.

—¿Es así como va a funcionar esto? ¿Yo pregunto algo y tú me das una palmadita en el hombro y me mandas de vuelta a la cocina? —me coloco las manos en las caderas, intentando que mi aspecto resulte desafiante.

—Para ser exactos, lo más probable es que te golpee el trasero —responde Cormac al tiempo que me agarra del brazo y me arrastra hacia él—, sobre todo si utilizas ese tono conmigo en público.

—Si piensas que voy a ser una mujercita obediente...

—Eso es exactamente lo que vas a ser —ruge Cormac y levanta una mano bruscamente, pero no me acobardo. Nos miramos a los ojos y encuentro fuego en su mirada habitualmente fría. Sin embargo, no me golpea; sólo hace un gesto a un grupo de guardias que se separan y dejan paso a Hannon. Éste se detiene e inclina la cabeza hacia Cormac.

—Deberíais casaros los dos —le digo a Cormac mientras Hannon se acerca—. Sin duda tenéis una relación muy especial.

—Tú y yo también la tendremos después de doscientos años.

—Oh, ¿me lo prometes? —pregunto, sin tratar ya de contener el imprudente rencor que aflora de manera natural en mí. Aunque sé que es una temeridad, no puedo

evitarlo. Las palabras medidas y los razonamientos amables no me han llevado a ninguna parte con Cormac. Es como si ni siquiera me escuchara.

—Hay algo que deberías comprender, Adeline —me susurra al oído. La urgencia de sus palabras y el calor de su aliento me provocan escalofríos en el cuello—. Yo soy quien tiene el poder en Arras.

—Yo también poseo ciertos talentos —replico.

—Que ahora me pertenecen —responde. Hannox aparece a nuestro lado y Cormac me señala con el dedo—. Llévala al vehículo. No tardaremos en partir hacia el Ministerio Norte.

—La devolveré al coventri oeste y... —empieza Hannox.

—No —le interrumpe Cormac—. Adeline se queda conmigo.

Hannox baja la voz.

—¿Cree que es buena idea?

—No me cuestiones, Hannox —gruñe Cormac.

Hannox tensa la mandíbula y me lanza una rápida mirada antes de dirigir a Cormac un saludo militar.

—Sí, señor.

—Llévala al vehículo —Cormac me empuja hacia Hannox, y aterrizo entre sus brazos dando traspiés.

He escuchado suficientes conversaciones entre ellos dos para saber que mi presencia ha tensado su relación. Lo gracioso es que en algunos aspectos Hannox se parece mucho a mí. Ambos estamos a merced de Cormac, alguien para quien una relación consiste en dar órdenes al otro. También me ha quedado claro que no voy a conseguir ninguna respuesta de Cormac respecto a la situación en el sector este.

En cuanto Hannox me conduce fuera, le pregunto por lo que está sucediendo. Tal vez se dé cuenta de que no somos tan distintos.

—Si Cormac no te lo ha contado, ¿por qué debería hacerlo yo? —me pregunta.

—Cormac no me dirá nada porque cree que mi ignorancia le da ventaja.

—¿Y crees que no es así?

—Es imposible que yo pueda detenerle —le explico mientras me lleva a toda velocidad hacia la salida del Ministerio Este.

—Es la primera vez que estoy de acuerdo contigo. Pero recuerda una cosa, estos días Cormac tiene muy malas pulgas —me advierte. Luego me indica con la mano que encabece la marcha, y termina la conversación.

Fuera del edificio veo dos estanques poco profundos que flanquean el sendero hasta la entrada. En cada esquina tienen una criatura fantástica con una larga nariz parecida a una manguera que se extiende entre unos cuernos de mármol y lanza agua. Ésta forma ondas e inmediatamente se integra en el estanque. Las fuentes son como los coventris: ambos aportan material directamente al conjunto, elementos que confluyen en un todo.

—Elefantes —dice Hannox junto a mí.

—¿Perdona? —exclamo.

—Esos animales son elefantes —me explica—. Trajimos varios ejemplares de todos los animales que había en la Tierra. Los elefantes eran mis favoritos.

—¿Y qué pasó con ellos? —le pregunto.

—Algunos animales murieron, otros evolucionaron debido a las distintas condiciones, y hubo unos cuantos a los que se consideró innecesarios.

—¿Y éstos? —insisto.

—Nadie encontró ninguna utilidad a los elefantes. Si un animal no servía para nada en concreto, era extraído para que Arras evolucionara de un modo más eficiente.

—¿Y los elefantes no tienen uso alguno?

—Supongo que no —responde con cierto tono de tristeza. Hannonx permanece en silencio hasta que me entrega al guardia de seguridad que espera junto al convoy de vehículos blindados cerca del Ministerio. Cuando conocí a Hannonx no me pareció un tipo amable, así que no estoy segura de por qué ha compartido conmigo un detalle tan peculiar. Aunque imagino que el sentimentalismo provoca reacciones extrañas en la gente.

En cuanto Cormac se reúne con nosotros, nos trasladan directamente desde la sala de transposiciones de emergencia del Ministerio hasta el sector norte. Sin embargo no nos dirigimos a las oficinas del Ministerio como Cormac insinuó antes. Aún no me ha explicado qué está sucediendo, y atravesamos la ciudad pegando sacudidas dentro de un megavehículo.

Respiro hondo y empujo fuera de mi garganta las palabras que no deseo pronunciar.

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo respecto al sector este. No tienes que destruirlo.

—No hay posibilidad de acuerdo —gruñe Cormac—. Nuestra colaboración no incluye el gobierno de Arras.

—Pensé que buscabas a alguien que te ayudara a controlar la situación —exclamo.

—Así es, pero yo te diré cuándo y cómo cumplir tal propósito —se coloca el chaleco que tiene firmemente amarrado con correas alrededor del cuello.

—Entonces no sé muy bien por qué me has traído aquí —respondo, sin apartarme a pesar de que se acerque mucho a mí. Noto una violenta descarga eléctrica en el espacio que nos separa. En cualquier momento podría estallar uno u otro, e ignoro cuánto tiempo seré capaz de mantener esta actitud amable.

—Nunca has tenido visión de conjunto —noto un picor en la nariz cuando su aliento me llega a la cara—. Si esta mancha se extiende por Arras, la Tierra morirá también. Me veré obligado a extraer más materias primas para reconstruir nuestro mundo.

—¿Y la única manera de detener la amenaza es destruir todo lo que has construido aquí?

Cormac me agarra la muñeca con tal fuerza que tengo la sensación de que se me fueran a partir los huesos.

—Lo tengo todo bajo control.

—¿Estás seguro? —pregunto con suavidad.

—No te atrevas a insinuar que he perdido el control —sus palabras suenan firmes, pero sus ojos transmiten algo distinto. Es incapaz de ocultar el feroz pánico que arde en ellos.

—Hay mucha gente inocente en ese sector —razono con él—. ¿Vas a abandonarlos?

Su voz se convierte en un susurro, porque lo siguiente va dirigido exclusivamente a mí.

—Dime, Adelize, ¿cómo sabes que alguien es inocente? Porque hace dos años me avisaron de que una recogida se había complicado, y acudí dispuesto a enfrentarme a una traidora. ¿Y sabes lo que encontré? Una muchachita incapaz de correr lo bastante deprisa para escapar —Cormac desliza un dedo por mi garganta, y mis puños se cierran con fuerza—. Parecías inocente, pero cómo nos engañaste a todos.

—Te equivocas —murmuro.

—¿Eras inocente? —me pregunta.

—No, pero sí que veo las cosas en su conjunto. Lo que sucede es que mi visión es distinta a la tuya —hago una pausa, esperando que me interrumpa, pero por una vez me está escuchando—. Estás mirando hacia el pasado, Cormac. Tu mundo se está haciendo añicos mientras tú entrecierras los ojos y finges que el conjunto no se está desmoronando, en vez de enfrentarte a la realidad.

—Y supongo que vas a iluminarme —pregunta con sorna.

—Yo no puedo hacerlo, y por eso me necesitas. Estás apretando tan fuerte que vas a estrangular Arras. Desactiva el protocolo y encontraremos una solución juntos.

Cormac vacila y mantiene sus negros ojos fijos en mí, parpadeando como si tratara de descifrar un código secreto. Pero no encontrará nada oculto, porque estoy convencida de cada palabra que he dicho.

—Este sector no está desahuciado —continúo—. Nada en este mundo ni en el que tenemos debajo está desahuciado. Que me trajeras aquí demuestra que lo sabes. Me diste otra oportunidad, Cormac. Y puedes hacer lo mismo con esas chicas.

Cormac dirige los ojos hacia el suelo y se endereza, incapaz de mantenerme la mirada. Es la primera vez que retrocede ante mí. Es la primera vez que gano.

Trato de contener la sonrisa triunfante que asoma a mis labios mientras él ladea la cabeza.

—Hannox —dice.

Pienso en los ojos sentenciosos de Hanna. Despreció mis métodos, pero he conseguido resultados a través de la diplomacia. Puede que Cormac sea un hombre retorcido, pero siempre hace lo que más beneficio aporta a su carrera. Y abandonar el sector este no le hubiera granjeado mucha popularidad.

—Interrumpe el protocolo —añade—. Espera mis órdenes.

En cuanto termina la conversación, reposa su cansada mirada en mí.

Mi corazón levanta el vuelo como un pájaro liberado de su jaula mientras atravesamos el centro de Cypress y dejamos atrás los altos edificios y tiendas para entrar en las calles uniformes de los barrios periféricos. Es de noche, las aceras están vacías, las luces parpadean en las ventanas y el toque de queda es inminente. Unos carteles nos advierten que retrocedamos: estamos accediendo a una zona restringida. Cuando finalmente nos detenemos, Hannon me ayuda a salir de la parte trasera del megavehículo. Estamos en un acantilado muy parecido al que Cormac me llevó durante una gira de buena voluntad que hicimos juntos. Hablan entre ellos con furiosos susurros hasta que Hannon sube de nuevo al megavehículo y nos deja solos a Cormac y a mí.

—¿Vas a seducirme? —le pregunto cuando aparece a mi lado. Una vez me ofreció Arras mientras lo contemplábamos desde un acantilado.

—No, estamos aquí para ver algo.

—¿El qué? —pregunto con desconfianza.

Cormac da unos golpecitos a su reloj de pulsera.

—Pronto lo sabrás. Creo que ha llegado el momento de que tengas una visión de conjunto.

Miro desde el borde del acantilado. En la parte baja se extiende una ciudad que lanza destellos. La noche está tranquila, no hay viento, pero cuando alzo los ojos no veo estrellas. Ni luna.

—¿Qué hacemos aquí? Pensé que íbamos al Ministerio Norte —pregunto sin querer descubrir por qué me ha traído a este lugar, aunque creo saber la razón.

—Nos encontramos en la frontera entre el sector norte y el sector este —me explica Cormac.

Su respuesta me hiela la sangre, pero no repito mi pregunta. La iluminación que veo procede de las velas y las luces de emergencia que la población ha encendido mientras el sector continúa a oscuras. Permanezco a la espera, temiendo la respuesta que sé que se acerca.

Estoy aquí para presenciar el Protocolo Dos.

En el oscuro cielo surgen unos destellos de arcoíris. Las ráfagas de luz surcan e iluminan el firmamento con brillantes tonos rubí y zafiro, que van fundiéndose entre ellos. Y entonces desaparece. Ya no es un espacio abierto, sino algo distinto. Se ha transformado en un enorme vacío. A nuestro alrededor vibra el espacio-tiempo, inundando el abismo que tenemos sobre nuestras cabezas con el tenue zumbido de la ausencia. Por debajo, la ciudad tiembla y desaparece, eliminada delante de mis ojos. Mi mente llena el silencio de gritos. Pero, ¿han gritado? ¿Los habitantes del sector este se han dado cuenta de lo que estaba sucediendo? ¿Han sentido cómo los arrancaban de Arras?

¿Han sido conscientes de que les arrebataban la vida? Entre los gritos perdidos

que retumban en mi cabeza surge un único pensamiento claro: Sebrina estaba en el sector este. He vuelto a fallar a Jost.

Me acerco al borde y, cuando el viento roza mis lágrimas, me doy cuenta de que estoy llorando.

—¿Qué has hecho?

—Mostrarte quién tiene el control aquí. No olvides lo que has visto.

Me trago mi propio alarido mientras contemplo la inmensidad, deseando saber cómo explicarle a Jost lo que acaba de suceder. Y esperando no tener que hacerlo nunca.

Durante un instante no hay nada, y de repente comprendo por qué existen unas estrictas leyes fronterizas en Arras. El paso entre los sectores está controlado para asegurar que los ciudadanos permanezcan donde se supone que deben estar y para que no vean nada que no debieran. Pero también porque podría ser necesario hacer *esto* en cualquier momento. Estoy convencida de que ya ha sucedido antes.

—¿Cuántas veces habéis hecho esto? —le pregunto a Cormac, manteniendo las manos apretadas contra el cuerpo, aunque ansíen alzarse y partirlo en dos.

—¿El Protocolo Dos? —pregunta.

Asiento con la cabeza, sin apartar la mirada del espacio vacío que se extiende ante nosotros. Nos encontramos en el límite de este mundo. Más allá no hay nada, excepto un hueco en la realidad.

—Nunca te lo diré —responde.

Me vuelvo y me pego a él.

—No puedes hacer esto. Ahí había gente inocente. ¡Niños!

El dolor se acumula en mi garganta y mi última palabra me ahoga. Mi corazón se resquebraja aún más por Jost y Sebrina y noto cómo me hundo bajo el peso de la culpa.

Cormac me agarra por los hombros y me aprieta hasta que empiezo a notar hormigueo en los dedos.

—No. Me. Cuestiones.

Cada palabra es una amenaza pronunciada en voz baja que provoca un escalofrío por mi espalda. Luego me suelta y se aleja, abriendo y cerrando los dedos compulsivamente mientras contempla el vacío.

La maldad de Cormac Patton no se limita a modificar la realidad. Bajo su autoridad nadie está seguro.

Un plácido tono grisáceo baña el ciclo vacío y las estrellas reaparecen. Mientras lo contemplo, el mundo se transforma en un tranquilo y quieto paisaje que borra la violencia del instante anterior. El espacio que hay por debajo del acantilado empieza a inundarse de agua. Surge de la nada y asciende en suaves ondas hasta alcanzar el borde del precipicio. Ahora me encuentro en una playa rocosa en vez de en el fin del mundo, aunque este océano sea una mentira. Ahora existen tres sectores en vez de cuatro. Ahora contemplo Arras bajo una nueva y terrorífica luz.

Podemos destruir el mundo tan rápido como lo hemos construido.

SIETE

Al término de la primera semana en el coventri sonrío, pero sólo para las cámaras de vigilancia que me observan. Al final de la segunda, empiezo a encargar productos de los catálogos que dejan a mi disposición. Me armo de paciencia y trato de olvidar lo que he dejado atrás.

Mi libertad.

Mi destino.

Y a Erik, al que aparto de mi mente mientras estoy despierta, pero que no deja de obsesionar mis sueños.

Los días pasan monótonos dentro de los límites del coventri oeste, porque aquí soy una prisionera, a pesar de que Cormac asegure que somos socios. No es el mismo recinto que recuerdo de cuando me trajeron como candidata. Las paredes siguen programadas con ventanas falsas que muestran paisajes relajantes, pero la distribución del coventri ha cambiado. Ahora las hebras que conforman el tejido de los muros están muy apretadas y entrelazadas con unas extrañas fibras artificiales. Fibras que no puedo traspasar. No lo habría intentado si no me hubieran dejado sola tanto tiempo como para empezar a pensar que estoy perdiendo la cabeza.

Mis dependencias son más opulentas que las que tuve cuando vine por primera vez. Dos de las paredes del dormitorio están programadas para mostrar una ventana con vistas al mar Infinito, aunque no tengo claro si es para relajarme o para recordarme que no puedo escapar. Hay otras cinco estancias en mi apartamento del piso superior de la torre alta, todas decoradas en tonos amarillos. Lo más probable es que el amarillo tenga por finalidad levantarme el ánimo, pero me está volviendo loca. Hay un baño amarillo brillante, un salón color mantequilla, un comedor dorado, un vestidor en tono limón en el que cabría una casa pequeña y un segundo aseo pequeño y gris (el único color que hace contraste) para cuando Cormac viene a visitarme.

No me está permitido relacionarme con las demás tejedoras, como si mi sublevación fuera contagiosa, una enfermedad contagiosa e incurable. Supongo que Cormac piensa que al proporcionarme una jaula amplia para revolotear a mi antojo me convenceré de que soy libre.

Mi personal cambia constantemente y permanece en silencio, obviamente con instrucciones de no hablarme. Ni siquiera charlan conmigo las esteticistas que acuden a diario para rizarme el pelo y pintarme los ojos. Realizan su trabajo sin pronunciar una palabra. Teniendo en cuenta lo que le sucedió a mi anterior esteticista, mentora y ayudante, supongo que es comprensible que nadie confíe en mí. Al principio traté de hablar con ellas, con la esperanza de que me proporcionaran la información que necesito para acabar con Cormac. pero en el coventri nadie está dispuesto a ayudarme. Cormac se ha asegurado de que no encuentre ni aliados ni amigos aquí dentro. Nadie que me ayude a descubrir el dato clave que necesito: dónde se aloja Cormac cuando viene al coventri. Atacarle mientras duerme podría ser el único

elemento sorpresa con el que cuente.

Me han maquillado por si Cormac acude a visitarme. Es la única información que he recibido sobre mi extraña rutina diaria. Me está preparando para ser la esposa perfecta: arreglada, a la moda y fuera de su camino.

Sin embargo, sé cuándo va a venir porque mi día cambia por completo. Aparecen mayordomos con decantadores y flores recién cortadas. Las sirvientas entran y salen apresuradamente para comprobar el suministro de papel higiénico y barrer el suelo impoluto. Llegan vestidos nuevos a mi ya abarrotado armario. Mi única tarea es escoger uno y dejar paso a la nube de sirvientas que precede al amo y señor.

«Amo y señor» es mi nuevo apodo para Cormac. Quiero soltárselo a la cara con desdén. Fantaseo con ello, aunque estoy empezando a descubrir el significado de un consejo que me dio un viejo amigo. Conseguiré más de él si me hago la tonta.

Cuando por fin llega, he tenido que pintarme de nuevo los labios. Cormac irrumpe en el apartamento con aire de propietario del lugar.

Lo es, pero eso no resta grosería a su actitud.

Observo cómo se afloja la pajarita y la deja colgando en torno al cuello desabotonado de su camisa. Se aprieta las sienes con los dedos, como hace a menudo estos días. Si tuviera madera de esposa, estaría esperándolo con un cóctel en las manos, pero dejo que se lo sirva el mayordomo. Cormac bebe más a cada visita, una señal de que su nivel de estrés está aumentando. Nunca hablamos sobre Arras o su trabajo. Lo intenté al principio, pero me quedó claro que no tiene ninguna intención de aprovechar mi presencia o mis habilidades. Ahora sólo me queda interpretar el papel de esposa diligente hasta que pueda reunir la información que necesito para provocar un verdadero cambio en Arras, empezando por el propio Cormac. Cuanto más seguro se sienta, más me podré acercar a él.

Nos sentamos el uno frente al otro en una mesa de caoba demasiado larga para dos personas. Sirven la ensalada y pincho las tiernas espinacas con una fuerza innecesaria. Cormac no se da cuenta.

—¿Te duele la cabeza? —le pregunto. Intento parecer preocupada, aunque actuar así me ponga nerviosa. Casi puedo ver cómo su cuerpo se deshilacha por los bordes, aunque no estoy segura de si está sucediendo realmente o es fruto de mi imaginación.

—Estoy bien —responde bruscamente. Luego toma otro sorbo del vaso y lo suelta de golpe sobre la mesa.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —a pesar de mi tono despreocupado, se me desboca el corazón al preguntarle.

—Me iré por la mañana —para mi decepción, no comenta nada más sobre sus planes.

—¿Cómo te ha ido la semana? —continúo, tratando de imitar a mi madre y su manera de hablar a mi padre durante la cena.

Cormac tensa la mandíbula y alcanza de nuevo el vaso. Lo tiene vacío y ha despedido al mayordomo, lo que significa que tendrá que dirigirme la palabra. Se

retuerce las manos y aprieta sus nudillos, que crujen de forma inquietante uno tras otro en la silenciosa habitación.

—Preferiría no hablar de trabajo.

—Pero me *interesa* mucho tu trabajo.

—¿Quieres que te hable de él, Adeline? —me pregunta. Yo asiento con la cabeza, sorprendida por su ofrecimiento. Es la primera vez que se muestra dispuesto a hablar directamente de la situación—. Está resultando imposible atajar los problemas relacionados con el sector este. Gran parte del comercio de marisco y productos de papel se realizaba a través de él. Tendremos que expandir otro sector para satisfacer dichas necesidades, lo que significa abrir nuevos yacimientos mineros en la Tierra y encontrar más chicas para trabajar en los coventris en un momento en el que las candidatas escasean.

—Es una lástima lo que sucedió en el sector este —murmuro.

—Yo no trato con traidores —hay muerte en sus palabras.

—Lo que me hace sentir afortunada —respondo con dulzura. Debo recordarle que es capaz de mostrar compasión, porque parece haberlo olvidado.

Cormac hace caso omiso a mi comentario. Últimamente se muestra menos dispuesto a pelear, menos veloz en sus insultos. Si no supiera que es imposible, pensaría que el trabajo lo está matando.

Ladea la cabeza para activar una llamada en el chip comunicador. Ésta es mi única fuente de información, a través de la cual he descubierto que el levantamiento en la Tierra sigue activo y que a Amie la tienen en el sector norte. Los apartes fortuitos y las conversaciones que escucho por casualidad durante nuestras infrecuentes cenas me han permitido dibujar un burdo boceto de lo que está sucediendo en Arras y la Tierra. Durante estas llamadas, Cormac suele escuchar largo rato y asentir solemnemente con la cabeza, y así es como he sabido que está perdiendo el control de la situación.

—La langosta no es mi prioridad en estos momentos —exclama, de nuevo enfadado—. Me da igual todo lo relacionado con su cría. Si es un problema tan grande, haz una limpieza general de la población. No pueden echar en falta algo que desconocen.

El marisco jamás había resultado tan peligroso. Ahora todo parece una amenaza. Cada bocado que tomo. Cada broma trivial. Tal vez sea porque estoy cerca de él, pero veo cómo los problemas empiezan a agrietar sus cimientos. ¿Cuánto tardará en resquebrajarse?

Cormac aparta de un empujón el plato lleno y pide el siguiente. Yo consigo tomar unos bocados más de ensalada antes de que me la retiren y coloquen frente a mí una sopera en miniatura. En cuanto levanto la tapa y veo la capa de pegajoso queso derretido, sé que se trata de sopa francesa de cebolla, la favorita de Cormac. Él sabe que a mí no me gusta. La revuelvo con la cuchara.

—No te veo comer sopa —dice Cormac.

—No soy muy aficionada a la sopa de cebolla —respondo con tanta suavidad como puedo. En silencio, añado: *La odio, y a ti también.*

—Es un manjar. Hay escasez de cebollas.

—¿De verdad? No me había dado cuenta.

—Porque me aseguro de que *a ti* no te falten —responde. Increíblemente, se ha comido ya casi toda su ración. No debería quejarme porque es una de las pocas cosas sin contenido alcohólico que consume—. Ése es mi trabajo.

—Nuestro trabajo es hacer lo más adecuado para Arras y la Tierra —es un simple recordatorio, no una advertencia. Cormac me trajo aquí para ser su aliada. Le sostengo la mirada incluso cuando deja caer la cuchara dentro de la sopera vacía. El cubierto choca contra la porcelana y suena un inquietante repiqueteo.

—Me preguntaba cuándo sacarías a relucir de nuevo ese asunto.

—¿Asunto? —repito—. Cormac, está muriendo gente. Tu propio pueblo. Tienes que darles una oportunidad. He visto las minas. Tú sabes que la situación es insostenible...

—Viste las minas cuando estabas jugando a ser rebelde, así que discúlpame si ignoro tu anecdótica evidencia.

—¿Me están diciendo que no hay ningún problema?

—Estoy diciendo que no te corresponde a ti solucionarlo.

Me ruge la sangre en los oídos. Es típico de Cormac recordarme mi sitio, mi debilidad. Lo único que no puedo simular que tolero.

—Esto no es lo que acordamos —le recuerdo—. Vine para ayudarte, no para estar de brazos cruzados.

—Pero lo haces tan bien... —dice él.

Como si supiera lo que se siente al fingir, al interpretar un papel cada segundo de tu vida.

Sin pensar, levanto la sopera llena y la lanzo por los aires. La porcelana se hace añicos contra la pared, esparciendo hebras de cebolla por la suave pintura dorada.

Apoyo las manos en la mesa y por un instante me planteo utilizarlas. Podría acabar con él, podría arrebatárle la vida igual que él hace alegremente con quienes lo amenazan, aunque no saldría viva de aquí. Cormac cuenta con garantías que aseguran mi buen comportamiento, así que clavo los dedos sobre las vetas de la madera para detener su temblor.

Cormac me ignora y activa el comunicador colocado en su extremo de la mesa.

—Siguiente plato, y envíen una doncella al comedor.

—Pero se va a enterar de nuestros problemas domésticos —le digo.

—Ordenaré que la extraigan cuando haya terminado de limpiar el lío que has montado —responde él, y me dejo caer en la silla.

Por esto me tienen aislada, porque siempre arruino la vida a personas inocentes como Jost y Enora. La doncella entra en la habitación y durante un instante mira boquiabierta la pared, pero sustituye la sorpresa por una ensayada indiferencia y se

pone a limpiar la sopa.

—Se me resbaló —comento en voz alta—. Soy terriblemente patosa —mantengo la mirada fija en Cormac mientras hablo, y él inclina la cabeza como un señor que diera su aprobación. Vuelvo a ser simplemente una humilde criada, como todo el mundo en Arras.

Cuando la doncella se marcha, espero a que realice la llamada para que la modifiquen o la extraigan, pero no la hace. Mi actuación le ha parecido satisfactoria.

El plato principal es una menestra de verduras —zanahorias, patatas, algún tipo de calabaza— con una espesa salsa de tomate. El primer bocado me revela complejos matices de vino tinto, y lo saboreo antes de comentar algo obvio.

—No lleva carne.

—Estoy tratando de comer menos. Órdenes del médico —me explica Cormac.

—Eres inmortal.

—No lo soy.

—Has utilizado las hebras temporales de otras personas para vivir cientos de años alego.

—Eso no es la inmortalidad.

—¿Entonces, qué es? —exclamo.

—Un privilegio.

Debe de estar bien ser hombre.

—Y ese privilegio me está permitiendo disfrutar de tan animada compañía —añade.

Sonrío.

—Si quieres, puedo lanzar este plato contra la pared.

—Creo que son suficientes daños colaterales para una noche.

Me encojo de hombros y finjo levantar el plato, pero no sonrío. El Cormac que podría valorar mi animada compañía parece estar desvaneciéndose con cada nuevo y dramático acontecimiento en Arras. Al menos con el antiguo Cormac era divertido pelearse. Ahora su comportamiento resulta impredecible.

—A pesar de tu actitud, voy a hacerte un regalo.

—No es mi cumpleaños —respondo, pero sigue sin sonreír.

—Te perdiste dos mientras estuviste fuera —me recuerda—. Me estoy poniendo al día —ahora sonrío, se muestra dulce, su proceder cambia por completo en segundos. No lo entiendo.

—¿Qué importa eso?

—Te lo traerán con el postre —añade.

—¿Se puede comer? —pregunto. Por algo con chocolate merecería la pena entusiasmarse.

—No se considera de buen gusto comerse los regalos.

—A menos que sea chocolate.

—No es chocolate.

—Vaya.

Cuando traen el postre, dejan el plato frente a mí. No puedo dejar de mirarlo.

Pero mi regalo no me devuelve la mirada.

—Amie se alojará en el coventri oeste durante un tiempo —anuncia Cormac. La observo, buscando algo que indique que se alegra, pero ella tiene los ojos clavados en su plato.

—¿Qué te parece? —pregunta Cormac.

—Dijiste que no era chocolate, pero lo que hay en este plato es claramente chocolate —respondo, sonriendo.

—El postre sí es de chocolate —comenta él.

—A Amie le encanta —es lo único que se me ocurre decir en estos momentos. Ella alza los ojos, pestañea y me regala una sonrisa vacilante, como si le costara demasiado ofrecerme una más amplia. No puede quedarse aquí. Amie es una distracción.

—Veo que en eso os parecéis —dice Cormac, y señala el postre que ambas tenemos delante: *torta di cioccolato*. El mismo que me sirvieron la primera noche que pasé en el coventri. Ahora lo estoy comiendo con mi hermana. La hermana que no debía haber acabado aquí.

—Está delicioso —dice Amie educadamente, aunque con un hilo de voz.

—Hay más. No os quedéis con ganas —responde Cormac—. No me gusta que mis chicas estén tan delgadas.

Se me encoge el estómago al escuchar cómo deja caer con indiferencia lo de *mis chicas*. Ninguna de nosotras le pertenece, pero ambas estamos en sus manos.

—¿Qué más te gusta comer? —le pregunto a Amie, incapaz de imaginar cómo sería una conversación normal entre nosotras. No podemos hablar de los dos últimos años de su vida, e ignoro las mentiras que Cormac le ha contado sobre mí. Pero tengo claro que la mejor forma de perder a mi hermana es tratar de descubrirlas. La última vez que la vi, me llamó bicho raro. No estoy segura de si el tiempo o las modificaciones habrán dulcificado su actitud hacia mí, pero no puedo arriesgar mi segunda oportunidad con ella.

—Curry —responde, insinuando una sonrisa.

—A mí también.

—Y me gusta la sopa de cebolla.

Cormac sonríe con superioridad ante esta revelación. Yo me guardo mi opinión al respecto. Alargamos esta extraña conversación unos minutos más, aunque sólo sirve para recordarme el distanciamiento que Cormac ha creado entre nosotras.

Amie fue primero mi hermana, luego se convirtió en Riya, una niña retejida en una familia distinta, y ahora está aquí, de nuevo como mi hermana. Sin embargo, no se trata de mi Amie. Jamás lo volverá a ser después de lo que le han hecho. Está demasiado callada, su chispa ha quedado sustituida por una tímida sumisión. Si mis padres no me hubieran preparado para enfrentarme a la Corporación, ¿habría acabado

así, convertida en una chica obediente encerrada en una torre?

Cuando retiran los platos, Cormac y mi hermana se disponen a abandonar mis aposentos, y por un instante deseo pedirle a Amie que se quede. Hay sitio más que suficiente y se puede hacer más. Pero sé que Cormac no lo permitirá. Él supervisará nuestros encuentros, escuchará nuestras conversaciones y permanecerá a nuestro lado el tiempo que pasemos juntas. Teme que pueda estropearle todo el trabajo que ha dedicado a Amie.

—¿Veré pronto a Pryana? —le pregunta Amie a Cormac.

—Por supuesto. Ha preguntado por ti —responde él. Amie da unos saltitos y palmea, una reacción que me coge por sorpresa. Tal vez la Amie que recordaba no haya desaparecido por completo. Tras ella, Cormac me sonrío, dejando a la vista dos hileras de dientes perfectos.

Soy incapaz de preguntar a Amie por Pryana, la única persona en el coventri con una verdadera razón para odiarme. Fui responsable de la muerte de su hermana, al menos según ella. Pryana no vio la lección que Maela quiso enseñarnos al arrancar gran parte de una escuela en Cypress: nadie está a salvo de la Corporación, y mucho menos quien trabaja en los telares. Pryana jamás me perdonó mi pasividad. A decir verdad, yo tampoco lo he hecho.

Amie sale de mi apartamento para regresar a su habitación, y contemplo cómo se aleja, deseando haberle preguntado algo mejor que las comidas que le gustan ahora. Pero lo que quiero saber no puedo preguntárselo delante de Cormac.

Él se detiene en la puerta y se saca la pajarita del cuello de la camisa. Durante un horrible instante tengo la sensación de que fuera a besarme cuando se inclina, pero susurra:

—Considera mi regalo como un recordatorio de lo que puedes perder.

Dejo que se marche sin responderle que ya he perdido a mi hermana, pero cuando la puerta se cierra corro hacia el baño. Sigue siendo el único lugar donde no me vigilan. Estiro la mano bajo el lavabo y palpo alrededor de las tuberías hasta que mis dedos se cierran sobre el cuchillo. Lo escondí en mi manga durante la primera cena después de regresar al coventri, asustada y sin saber qué esperar. Pero ahora no estoy pensando en defenderme, sino en cómo y cuándo atacar.

No puedo acabar con Cormac, especialmente ahora que por fin tengo a Amie cerca. Atacarlo sólo empeoraría la situación en Arras, y aún no tengo todo lo que me hace falta. Debo esperar la oportunidad adecuada, seguir la corriente hasta acceder a la información que necesito sobre las modificaciones para curar a mi madre y recuperar la hebra de su alma, que ojalá esté guardada en algún lugar del almacén del coventri. Una vez que consiga eso, tendré que incapacitar a Cormac para llevar a cabo mi plan final. Arras necesita un resurgimiento, que debe comenzar por él. Cormac debe cambiar. Si se niega, puedo obligarle a hacerlo. Me acomodo en el suelo, sosteniendo el cuchillo cuidadosamente en la mano. Veo mi anillo de compromiso reflejado en él, y contengo un alarido.

Con Amie aquí, dispondré de otra fuente de información. Escuchará cosas que se le escapen a Cormac y, si logro ganarme su confianza, ella misma me contará esos secretos. Aunque para conseguirlo, yo también deberé confiar en ella. Puede que Cormac la haya moldeado según sus propósitos, pero la antigua Amie continúa allí y sé cómo actúa. Conozco sus sentimientos tan bien como los míos. Cormac piensa que tiene ventaja, pero donde las dan las toman.

Las palabras de Albert resuenan en mi cabeza:

Destruye los telares. Si eliges este camino, otros te seguirán como Whorl. Recíbelos y confía en ellos, pero descubre lo que guardan sus corazones. Igual que deberías descubrir lo que guarda el tuyo.

OCHO

No sé cuándo volveré a recibir noticias de mi hermana. Tengo claro que sigue asustada de mí por lo de la noche en Alcatraz, cuando acabé con Kincaid; sin embargo, a la mañana siguiente me llega una nota. Ha organizado una sesión para que nos probemos vestidos al día siguiente, algo que no me apetece en absoluto. Pero es la primera vez que estaré a solas con ella desde mi recogida, así que me dejo llevar y accedo a realizarla en mi enorme apartamento.

Cuando llega acompañada de Pryana, sé que he cometido un error. Pryana pasea la mirada por las paredes del salón, por los sofás tapizados y las mesas talladas, todo ello la esencia de la elegancia y el lujo.

—Cómo has *prosperado* —el comentario de Pryana no va dirigido a mí. Es una simple observación, aunque cargada de malestar. Ésta debería haber sido su vida.

—No es realmente mi estilo —respondo mientras las conduzco a través del apartamento hacia el dormitorio. Mi vestidor está configurado para las sesiones de prueba, ya que dispone de plataformas rodeadas de espejos y mucho espacio para trabajar.

Amie entra apresuradamente y empieza a coger vestidos de las perchas para colocarlos sobre su delgada figura y contemplarse en el espejo de cuerpo entero.

—Como esposa de Cormac, no creo que necesites tener ningún estilo —dice Pryana en voz baja, para que sólo yo la oiga.

—No es que me interese demasiado imitar los gustos de mi... prometido —respondo.

—Qué moderna —dice Pryana. Se pasea por el vestidor y coge unos zapatos de tacón de la estantería para examinarlos—. Y estúpida.

Le arrebato los zapatos.

—Mi sobriedad es famosa.

Antes de que aumente la tensión entre nosotras, Amie tose educadamente. No me gustaría que quedara atrapada en medio de nuestra contienda, sobre todo porque no confío en los motivos de Pryana para acercarse a ella. Aunque tal vez Amie esté al corriente de lo que Pryana y yo sentimos la una por la otra.

Llegan las modistas y unas doncellas nos quitan los vestidos y los cuelgan para que nos tomen las medidas. En compañía de mi hermana y mi antigua enemiga y vestida sólo con unas braguitas, me siento sorprendentemente vulnerable. Pensé que superaría la incomodidad que me produce estar junto a Pryana, pero ella sigue tan serena como siempre. Una actitud que yo claramente no muestro.

—Me encanta el encaje de tu bajo —comenta Amie, y se agacha rápidamente para estudiarlo—. Creo que es Chantilly.

Es un comentario absurdo, pero consigue relajar parte de la tensión en la estancia.

—Amie es una experta en tejidos —me explica Pryana cuando ve que miro a mi hermana con curiosidad.

—Si no me eligen como tejedora —me susurra Amie—, quiero que me manden a la sección de confección.

Sonrío. Durante un segundo vuelve a tener cinco años y estamos en nuestro salón de Romen, tumbadas en el suelo, contemplando a las tejedoras que avanzan por la alfombra púrpura en el baile del estado de la Corporación.

Por aquel entonces éramos inocentes, y sólo veíamos la bella superficie de la clase alta de Arras. Saber que Amie sigue examinando los vestidos me hace sentir como si un globo lleno de felicidad se hinchara en mi pecho. De algún modo, y a pesar de todo lo que le ha sucedido, eso no ha cambiado. Y me da esperanza.

—Harías vestidos muy hermosos —le digo. *Y estarías a salvo*, añado en silencio. Nadie se preocuparía por una costurera.

—Tal vez fuera mejor tejedora —sugiere Pryana.

—Oh, aún quiero ser tejedora —asegura Amie, agarrándome las manos—. No te preocupes, Adeline. Te sentirás orgullosa de mí.

Tras ella, Pryana alza una ceja.

Eso sería lo último que me haría sentir orgullosa, pero no lo digo delante de ellas. Para mi sorpresa, los ojos de Pryana parecen reflejar mi misma preocupación.

Sólo han podido enviarnos dos costureras para la prueba, y Amie insiste en observar cómo nos toman las medidas a Pryana y a mí.

—Ésta es mi parte favorita. Quiero aprender a hacerlo, pero resulta complicado cuando es a ti a quien están midiendo —nos explica. Pryana y yo intercambiamos una mirada, aunque no le llevamos la contraria. Me subo a la plataforma y una muchacha empieza a medirme los brazos. Pryana se coloca justo delante de mí, así que tengo la sensación de estar frente a un reflejo distorsionado cuando las costureras estiran las cintas métricas junto a nuestras extremidades. Sobre nuestros bustos. Alrededor de nuestras cinturas. Mientras permanecemos paralelas la una a la otra, no sólo siento que Pryana es más adulta, aunque sólo sea un poco, sino que su aspecto físico también es de más mayor.

No es la niña que conocí en la jornada de presentación. Ya no. Aquel día Pryana estaba desenfundada, haciendo preguntas sin parar y agitando sus pestañas delante de mayordomos y oficiales. Era la imagen *perfecta* de una tejedora. Creía en su labor en el coventri, y en su derecho a ejercerla. Ahora se muestra tranquila y refinada. Aunque bajo su aparente confianza guarde algo roto. Por supuesto, sé qué es. Estuvo a punto de sustituirme como maestra de crewel y esposa de Cormac. En una chica con tanta ambición como Pryana, el rechazo debió de destruir algo vital.

Sin embargo, no está tratando de asesinarme. O eso creo. Algo es algo.

—Has adelgazado —me dice la costurera al consultar sus anotaciones—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última prueba.

Las medidas archivadas no son tan antiguas. Me subí a una plataforma como ésta hace menos de cuatro meses según mi línea temporal, durante los preparativos para acompañar a Cormac al baile del estado de la Corporación, pero para la costurera esas

medidas son de hace dos años. Desde que escapé a la Tierra, ha pasado mucho tiempo en Arras. Para mí, sin embargo, han sido sólo unos cuantos meses. Es algo que no sabría cómo explicarle.

—Tal vez no esté comiendo lo suficiente —comenta Pryana, y durante un segundo surge su antiguo yo, inteligente y cruel por igual. Un repentino pensamiento me provoca un escalofrío en la espalda: ¿por qué Cormac no ha modificado o borrado su memoria por completo?

La intervención de Pryana anima a la costurera a continuar:

—No entiendo cómo han dejado que pase tanto tiempo entre pruebas, sobre todo con la cantidad de viajes que vas a hacer.

—¿Viajes? —pregunto.

Amie levanta los ojos del cuadro de medidas que le ha birlado a la costurera y se ríe.

—¿Es que Cormac no te lo ha contado? Esto fue idea suya. Dijo que necesitarías ropa adecuada para tus desplazamientos.

Todas esperan mi reacción, pero yo sólo me encojo de hombros.

—No está muy hablador.

—Últimamente no —responde la costurera mientras coge uno de los alfileres que sujeta entre los dientes para pincharlo en una tira de tela alrededor de mi cintura.

—Tal vez Adelize y Cormac estén demasiado ocupados para hablar —sugiere Pryana. Amie parece horrorizada, sin embargo la costurera ríe con picardía.

—Vale ya —protesta Amie—. Vais a conseguir que se me revuelvan las tripas.

—¿Es que no estás emocionada por la boda? —le pregunta la costurera de Pryana a Amie.

Amie duda entre negar o afirmar con la cabeza.

—Me alegro por ellos, pero Ad es mi hermana y Cormac es como mi padre.

Noto un retortijón en el estómago. *Como mi padre*. Cormac es el culpable de que Amie no tenga padre. Se lo arrebató y ahora se atreve a asumir ese papel. Sé lo que pretende. Amie es sólo un peón, tan prescindible como cualquier otro en este juego perverso. Cuando ya no la necesite, la abandonará en la Tierra o dejará que se consuma en un coventri sin pensárselo dos veces. No me imagino a Cormac invirtiendo su energía en querer a un niño.

—Eso... complica las cosas —dice la costurera. Me pregunto si mi parentesco con Amie será *vox populi* o no.

—Pero tu vestido de dama de honor será precioso —interviene Pryana, distrayendo a Amie de la cuestión dolorosa—. E imagino que lo lucirás en la alfombra púrpura.

—¿Tú crees? —pregunta Amie casi chillando.

—Estoy segura de que la boda será un acontecimiento de gala.

—¿Y si no me invitan?

No tengo ninguna gana de que llegue el día de mi boda con Cormac, pero una

pequeñísima parte de mí imagina a Amie pendiente de la cola de mi vestido y sujetando mi ramo.

—Estás invitada —le aseguro. Si finalmente la boda se celebra, no creo que Cormac se atreva a decirme que mi hermana no puede asistir.

—Oh, gracias, Adelize —Amie se lanza sobre mí y me abraza. Me pilla por sorpresa, pero antes de que pueda empezar a disfrutarlo, se aparta con gesto de dolor —. ¡Alfileres!

—Tal vez deberíais guardar los abrazos para cuando haya terminado —dice la costurera.

—¿Me he perdido los abrazos? —pregunta una voz desde el dormitorio. No necesito ver a su dueña para reconocerla, ya que la he escuchado en una celda oscura y en un tranquilo salón, susurrando en mi oído y gritando en una estancia.

La mujer entra y advierto que sus ojos siguen siendo de color violeta, aunque luce unas llamativas mechas grisáceas en sus rizos negro azabache. Aparte de eso, su aspecto es el mismo que cuando me marché. Aparentemente ha envejecido con elegancia y *lentamente*.

—Qué sorpresa, Maela —exclamo.

Amie se queda paralizada un instante, pero ignoro por qué. Por un segundo, deseo agarrar a Maela y sacudirla para que confiese qué le ha hecho a mi hermana pequeña. Yo he soportado los accesos de ira de Maela. Conozco las retorcidas proezas de las que es capaz. Pero aprieto las puntas de mis dedos llenas de cicatrices y despliego una falsa sonrisa.

—Había oído que me estaba perdiendo una fiesta, y ya sabéis lo que me gustan las fiestas —los abundantes gorjeos y tonos acampanados de su voz ocultan la maldad que esconde. Una maldad que se lanza sobre ti sin que te hayas dado cuenta de que estabas en peligro.

—Deberíamos haberte invitado —se disculpa Pryana, aunque no creo que se aprecien en absoluto.

—Soy tu mentora —le recuerda Maela.

Eso es nuevo. La última vez que estuve aquí habían designado a otra persona para que ayudara a Pryana.

—*Eras* mi mentora —la corrige Pryana con voz suave. Es una conversación extraña. Maela mostrando su habitual inclinación por el drama mientras Pryana permanece serena, distante incluso.

—Finge ser maestra de crewel unos meses y se olvida de quienes la ayudaron a llegar hasta ahí —me dice Maela.

Me pregunto qué pensará de mí, si es que no le han borrado los recuerdos de nuestro pasado común. En cualquier caso, resulta evidente que sigue odiándome.

En el vestidor continúa la actividad, aunque las costureras trabajan con más lentitud, deseosas por supuesto de no perderse nada de lo que ocurra entre nosotras tres. Escuchan, conteniendo el aliento igual que los alfileres que sujetan entre los

dientes.

—¿Están diseñando tu vestido de boda? —pregunta Maela. Su voz resulta dulzona, como un té demasiado azucarado, e igualmente difícil de tragar.

Niego con la cabeza.

—Aún no. Para eso queda mucho.

—Vaya —responde con tono pensativo—. No es eso lo que había oído.

Es típico de Maela entrar en una habitación y actuar como si fuera la mujer más importante del coventri. Se comportaba igual cuando estuvo supervisando mi breve entrenamiento en los telares. Así que he aprendido a no creer nada de lo que diga.

—Hay muchos rumores circulando por el coventri estos días, Maela —comenta Pryana, casi como si me estuviera defendiendo. Al parecer, ambas miramos a Maela con el recelo que merece, aunque eso no nos convierta aún en amigas.

—He venido a hablar con Adelize —dice Maela, sin morder el anzuelo de Pryana.

—Pues estás de suerte —respondo, inclinando la cabeza a modo de invitación.

Maela frunce ligeramente los labios y lanza una mirada a las demás personas que están en la habitación.

—Aún no se ha anunciado de manera oficial —el énfasis de sus palabras roza la advertencia—, pero harás una demostración en el telar al final de la semana.

El corazón me aporrea el pecho y necesito toda mi fuerza de voluntad para contener una sonrisa que apenas entiendo.

—¿Para quién? —logro preguntar mientras empiezan a hormiguearme los dedos.

Maela hace una mueca al ver mi reacción.

—Para la Continua. Cormac quiere exhibirte como un trofeo.

La emoción desaparece poco a poco de mi cuerpo, se atenúa hasta concentrarse en mis dedos crispados, y es sustituida por un escalofrío que me entumece. Una distracción. Quiere utilizarme como distracción, y luego volverá a encerrarme.

—Yo supervisaré la grabación —continúa Maela.

Ya sabía que Cormac no estaría presente. Algo acapara su atención en otra parte... algo terrible si necesita utilizarme como señuelo para distraer a Arras.

—Gracias por informarme —susurro.

Maela estudia mi rostro como si hubiera notado mi cambio de actitud, pero al final se desentiende.

—Debería marcharme. Tengo muchas cosas que hacer.

En cuanto Maela abandona la estancia, Pryana suelta un ligero silbido.

—Estoy segura de que hay muchas tejedoras jóvenes a las que aterrorizar.

—Me preguntaba cuándo asomaría la cabeza. Siempre fui su favorita —añado yo, y compartimos una carcajada.

Amie deja escarpar una risilla nerviosa. No ha dicho ni una palabra desde la inesperada aparición de Maela, aunque no se lo reprocho.

—Maela puede resultar muy intimidante —le digo para intentar tranquilizarla—. Es su rasgo personal más encantador.

—Pues no me gustaría descubrir sus otras cualidades —Amie retuerce un trozo de encaje entre los dedos.

—Estoy de acuerdo, no te gustaría —coincide Pryana.

—¿Qué más rumores circulan por el coventri? —pregunto. Me cuesta sacar este tema porque no confío en Pryana, pero ella está *ahí afuera*, y sé que conoce todos los cotilleos.

—Nada nuevo. Tejedoras que se escabullen con mayordomos. Ministros que intrigan —responde sin darme ningún ejemplo concreto.

—Quiero saber los rumores sobre Cormac —me estoy arriesgando al preguntar esto. Ni Amie ni Pryana me guardan lealtad. Podrían estar conmigo simplemente para informar a Cormac. Pero mi situación no puede empeorar más. No espero conseguir una respuesta directa de Pryana y, aunque esté espiándome para él, no tengo nada que perder.

—Dicen que se está volviendo loco —la respuesta de Pryana me deja sin aliento.

Yo había pensado lo mismo. Pero, ¿cómo de extendidos están esos rumores? Siempre ha habido multitud de chismorreos en el coventri, normalmente con parte de verdad.

—Está perdiendo la cabeza porque el Whorl se acerca —susurra la costurera. Miro rápidamente a Pryana y ella asiente con la cabeza. No sé qué responder. ¿Cómo una costurera del coventri ha oído hablar del Whorl?.

—Están celosas —exclama Amie con fastidio.

—¿Celosas de quién? —le pregunto.

—De ti —responde ella. Su pálida piel adquiere un intenso rubor mientras habla —. Tienen celos de que vaya a casarse contigo y por eso cuentan mentiras sobre él.

Cormac se ha ganado el afecto de Amie en mi ausencia. Así que me doy cuenta con tristeza de que, si alguien me delata, será ella.

Aun así, Amie debería conocer la verdad. Tengo ya bastantes mentiras que ocultar. Y no es ningún secreto que me caso con Cormac obligada.

—Se lo regalo.

Ha sido un comentario temerario con Pryana delante, e inmediatamente deseo retirarlo.

—Él quiere que seas feliz, Ad —dice Amie en voz baja. La estancia se queda en silencio y la sesión termina sin que intercambiamos ni una palabra más.

Una de las costureras empieza a tararear una antigua melodía que mi madre solía cantarme de pequeña. Cuando miro a Amie, tiene los ojos brillantes por las lágrimas. La recuerda, estoy segura. Pero no sé si es capaz de ubicarla; tal vez le hayan borrado esos pequeños recuerdos de nuestra vida anterior. Cormac le ha causado un enorme daño, y no estoy segura de que sea reversible. Valery venció sus modificaciones, aunque tal vez sólo durante un tiempo. Por lo que sé, podría haberse vuelto en contra de Dante y el Plan en cuanto me marché con Cormac. Aunque lo dudo. Las modificaciones pueden cambiar muchas cosas en una persona, pero no afectan su

verdadera esencia. Existe una única manera de modificar la personalidad de alguien de forma permanente, y por mis encuentros con nuestra madre sé que Cormac no ha llegado tan lejos con mi hermana. Amie sigue conservando el alma.

Se produce una extraña pausa que deberíamos llenar con un abrazo, pero ninguna de las dos está preparada para ello. Así que nos decimos adiós.

Cuando Pryana se detiene en la puerta y anima a Amie a marcharse, me pongo en guardia.

—No voy a pegarte —dice ella.

—No sería la primera vez —le recuerdo, y me froto la mandíbula con los dedos para aliviar el eco del dolor que me viene a la mente.

—Las cosas han cambiado por aquí, Adelize —las palabras de Pryana suenan pesadas, cargadas de un significado que no llego a comprender—. Así que mantén los ojos abiertos.

Cuando me quedo sola, recorro las habitaciones una tras otra, escudriñando un vacío que resulta más profundo que nunca.

Y mucho más peligroso.

NUEVE

Los técnicos se arremolinan en el estudio mientras instalan la iluminación y las cámaras. Es una sala vacía y sencilla, pero lo bastante grande para albergar a los aproximadamente doce miembros del equipo que me filmará para la emisión de la Continua de esta noche. Tiro de mi corta falda, sintiéndome ya demasiado expuesta. No me entusiasma que me graben, pero Cormac ha organizado esta sesión para presentarme a la población antes de iniciar un recorrido de propaganda por todo Arras, algo que disminuye aún más mi interés por aparecer ante las cámaras. Me han vestido con un traje de lana rosa con botones dorados en las solapas porque Cormac dice que me da aspecto maduro.

Exactamente como una chica de dieciséis años quiere que la describan.

Él pretende que parezca una esposa, no una adolescente, pero no estoy segura de que un traje de lana pueda ocultar nuestra enorme diferencia de edad.

Maela se está encargando de los preparativos. Por el momento ninguna de las dos ha asesinado a la otra, así que podría decirse que todo va bien. De repente, entra corriendo en el estudio y empieza a ladrar órdenes y a empujar a los cámaras al pasar junto a ellos.

—Vamos con retraso —se queja en voz alta—. ¿Es que sois incapaces de trabajar con puntualidad?

—Estábamos esperándote —le digo. No es totalmente cierto, aunque tampoco creo que hubiéramos empezado sin ella. Lo más seguro es que hubiera interrumpido la emisión para dar rienda suelta a su rabieta.

—Se supone que la transmisión empieza en cinco minutos —dice ella.

—Señora, estamos listos para salir en directo. Si la señorita Lewys está preparada, empezaremos justo a tiempo —exclama un cámara con el ceño fruncido, y Maela se queda petrificada. Me pregunto si estará más enfadada porque el cámara se haya atrevido a hacerle frente o porque la haya llamado señora.

—Adelice —Maela se vuelve rápidamente y se cierne sobre mí—. Sólo tienes que insertar una tormenta en el sector sur. Como te expliqué, otra tejedora supervisará tu trabajo desde el estudio principal.

Porque soy demasiado peligrosa frente a un telar. Contemplo el que me han proporcionado para la demostración. Parece que hiciera un millón de años desde que tejí en uno y sus engranajes me llaman, mis dedos ansían tocarlo. He tenido entre las manos la materia prima del universo, pero jamás me resultó tan apacible como manipular el delicado tejido de Arras. Hay armonía en los meticulosos patrones empleados en la construcción de este mundo, y trabajar con ellos es algo tan instintivo en mí como respirar.

—¿Lo has entendido? —me pregunta Maela con voz severa. Al alzar los ojos, la encuentro mirándome fijamente.

—Lo siento —respondo—. Estaba pensando.

—Trata de no *pensar* durante la emisión —exclama—. Cormac quiere que causes buena impresión.

Por supuesto. Cormac confía en esta farsa para distraer a los ciudadanos de Arras de la tensión que existe dentro del tejido.

—¿Sólo quieres que añada unos rayos? —me aseguro. Estoy deseando tocar la lluvia, pero me han explicado claramente lo que se espera de mí.

—Lo que quiero es que no arruines el programa —sisea en voz baja y sólo para mí.

—Entonces soy la persona adecuada para hacer esto —respondo.

Una conmoción interrumpe nuestro diálogo, y los reporteros de la Continua se apartan de la puerta para dejar paso a Cormac. No debería extrañarme. Está obsesionado con coreografiar cada aspecto de mi regreso a Arras... y de nuestro falso compromiso. El simple hecho de que encargara a Maela la supervisión de este espectáculo demuestra lo poco que confía en que no vaya a estropeárselo todo.

—Primer ministro —murmuran los hombres con respeto a medida que Cormac atraviesa la estancia para unirse a nosotras. Cuando llega a nuestro lado, ignora a Maela, se inclina y me planta un beso en la frente. Se entretiene lo suficiente para que los fotógrafos que cubren el evento disparen sus cámaras.

—Concederé una entrevista al inicio de la emisión —anuncia.

Más de un rostro deja escapar una mueca. Sin duda, eso afectará a los horarios y la programación cuidadosamente planificados de la Continua. Pero nadie le cuestiona. Nadie se atrevería a negar al primer ministro la oportunidad de dirigirse a la población. Nadie que quiera conservar su trabajo o, más bien, la vida. Recuerdo al hombre que osó preguntar por mis padres en una estación, y cómo fue arrastrado hacia un destino incierto. Ahora sé que probablemente acabara en la Tierra convertido en un medio humano, en un remanente obligado a cumplir los deseos de la Corporación.

—Salimos en directo en treinta segundos —anuncia un hombre tras la cámara.

Cormac mira a un lado y se percata de que Maela sigue merodeando dentro del alcance del objetivo. Lanza un gruñido y la empuja fuera del plano. La torpe y grosera reacción de Cormac provoca un intenso rubor en las mejillas de Maela, pero ella apunta su mirada directamente hacia mí. Tengo que pedirle que no me ponga bajo la dirección de Maela en futuros eventos y programas.

—Estamos en el aire —dice el cámara, y señala con el dedo al joven reportero que ha sido seleccionado para entrevistarnos a Cormac y a mí.

—Es un verdadero honor para nosotros ofrecerles esta noche una entrevista con el primer ministro Patton desde los estudios del Coventry oeste —dice como apertura del programa.

—Me complace haber llegado a tiempo para presentar oficialmente ante los ciudadanos a la joven que ha atrapado mi corazón —responde Cormac. Se mantiene erguido, y tanto sus gestos como su sonrisa perfecta demuestran cómo se ha ido

abriendo camino hasta lo más alto de la Corporación.

—Hoy hemos tenido la oportunidad de conocer a la señorita Lewys —continúa el reportero con voz suave—, y me atrevo a asegurar que atraparé también los corazones de Arras.

Ni uno solo de estos hombres ha hablado conmigo. Ni siquiera el que ajusta los micrófonos para grabar el audio. Que vaya a convertirme en la esposa de Cormac no les importa en absoluto. Para ellos, es como si fuera parte del utillaje.

—Primer ministro, sé que todo el mundo en Arras está deseando saber lo mismo. ¿Cómo atrapé su atención la señorita Lewys?

Como cualquiera de los dos repita otra vez la palabra *atrapar*, grito.

Fue a mí a quien *atraparon*, y sin duda no fue algo romántico. Pero en política, las historias se cubren siempre con una capa brillante para que el espectador se distraiga con los destellos y no vea la fealdad que se oculta bajo la superficie.

—La señorita Lewys entró al servicio del coventri oeste de un modo realmente sorprendente.

Eso es un eufemismo.

—Su talento llamó mi atención casi de inmediato. Es una tejedora excepcional, aunque no tardé en descubrir que posee otras cualidades y virtudes.

Imaginen una mujer con más de un talento.

—¿Puede contarnos algo más? —pregunta el reportero.

Yo mantengo la sonrisa, aunque esté conteniendo la triste carcajada que bulle en mis labios. Me encantaría escuchar qué captó la atención de Cormac. ¿Fue mi tendencia a contestar de modo impertinente o mi obvio rechazo hacia la Corporación y todo lo que representa, incluido él?

—Bueno, es bastante hermosa —responde Cormac, e intercambia un asentimiento de cabeza con el reportero.

Sí, sin duda ése es mi rasgo más destacado... para Cormac. Estoy bastante segura de que odia todo lo demás de mí. Al menos nuestro matrimonio estará levantado sobre una base de aversión mutua.

—Es hermosa —confirma el reportero, como si estuvieran hablando de una estatua colocada a su espalda.

—Y esta noche quiere ofrecerles un peculiar obsequio —añade Cormac—. En la programación de la Continua no suele mostrarse la manipulación del tejido en tiempo real, pero Adelice tejerá hoy una tormenta sobre el sector sur. Quienes vivan en esa zona probablemente lleven todo el día pendientes de esos chubascos. Si no, es que han olvidado consultar el parte meteorológico.

Cormac lanza una mirada severa hacia las cámaras, pero luego relaja el rostro y sonríe.

—Sólo estoy bromeando, por supuesto.

No me lo creo. Cormac es incapaz de hacer bromas. Con él todo es una amenaza finamente velada, y ésta es evidente. Quiere asegurarse de que los ciudadanos de

Arras tengan las prioridades claras. Necesita que todo el mundo esté con los ojos clavados en mí.

—Adelice —Cormac extiende un brazo como si me estuviera presentando. No sé por qué me siento como una ofrenda en vez de como un entretenimiento.

Sonríó ampliamente y murmuro un suave hola. Me han advertido que no hable. El objetivo de este programa no es que se escuche mi voz. Es ofrecer un rostro a Arras, uno que ya conocían, si es que les han permitido recordarlo, al tiempo que se añade más *glamour* aún a las tejedoras. Ahora las niñas podrán soñar con vestidos bonitos, un lujoso estilo de vida y la posibilidad de llegar a casarse con el hombre más poderoso del mundo.

En el momento justo, el telar se pone en marcha con un zumbido y el tejido del sector sur se desliza suavemente por él. La mayor parte de Arras no será capaz de ver las hebras de la vida en el telar, pero me han comentado que los productores del programa disponen de ilustraciones para superponerlas a la imagen y mostrar lo que estoy haciendo. Pero nada de eso importa ahora que hay un fragmento del tejido en el telar. La tormenta está lista para descargar sobre todo el sector. Seguramente para demostrar el poder que las tejedoras pueden ejercer sobre toda la población a un tiempo. El *zoom* no está activado, ya que mi trabajo es meramente cosmético. Puedo añadir unos cuantos rayos y poco más. Pero cuando toco el tejido con los dedos desnudos, noto cómo la lluvia se estremece, fresca y húmeda, por debajo de ellos. Dejo que mis manos se entretengan en el suntuoso tapiz, disfrutando de la textura suave y mojada de las hebras.

Alargo una mano hacia la bandeja colocada al borde del telar y saco una hebra de la escasa docena que me han proporcionado para tejer los rayos durante el programa. Siento hormigueo en las manos y veo el chisporroteo de la electricidad mientras la entretejo delicadamente en una nube que se cierne sobre algún punto cercano al centro del sector. Imagino una ráfaga de luz surcando el cielo, seguida de un estruendo sobre las casas de los que están viendo la Continua en sus salones. Sin pensar, añado otro, más lejos esta vez, moviendo los dedos con destreza.

No quiero apartarme del telar. Me gustaría bajar a los estudios y tejer raciones de comida. Me gustaría perderme en los chubascos y nevadas programados con precisión. Me gustaría escapar a una vida anónima.

Podría acomodarme a esa realidad y olvidarlo todo. Así de adictiva, así de singular es esta experiencia Me consume. Me motiva. Durante un instante, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por entrelazar mis dedos con las hebras color pizarra de la lluvia cada día.

Y mientras ese deseo fluye por mis venas, extendiéndose como un veneno, mis dedos ansían algo nuevo: destrucción. Se me crispan las manos sobre las hebras del telar. Cormac desea mostrar mis habilidades, pero ¿no debería ver Arras de lo que soy capaz también? ¿Lo que todas las chicas aquí atrapadas pueden hacer? Respiro hondo y me concentro en el delicado tejido que tengo frente a mí. Rebosa energía, centellea

al entrelazarse con los fragmentos de alrededor.

Yo no traigo muerte. Yo soy vida.

—Qué impresionante demostración —exclama el reportero, interrumpiendo la euforia de mi trabajo. El telar se desconecta y el fragmento de tapiz desaparece.

Lo añoro de inmediato. Noto un dolor dentro de mí, y lo único que siento es el deseo de convertirme en parte de algo mayor.

Ésa es la razón por la que las tejedoras hacen su trabajo. La razón por la que no abandonan sus deberes. Porque, en el glorioso instante en que tocas el tejido del universo, eres uno con él. Te conviertes en el propio tejido mientras lo creas.

Por eso me parece increíble lo que hicieron las chicas del sector este. Se apartaron del tejido. Incluso ahora, con todo lo que sé, una parte de mí quiere suplicar a Cormac que encienda el telar unos instantes más.

Me giro sobre el taburete, cruzo las piernas de forma remilgada para la cámara y vuelvo a sonreír. Aunque me pregunto si las mujeres que estén viendo el programa desde sus casas distinguirán la sombra de vacío en mis ojos.

—Como han podido ver, la señorita Lewys es un valioso recurso para nuestros telares y nuestro mundo, y su labor irá evolucionando una vez que se convierta en mi esposa —dice Cormac.

—¿Trabajaré fuera de los telares? —pregunta el reportero. Su voz deja traslucir cierta vacilación, pero no sé si es porque teme hacer la pregunta o porque la insinuación de Cormac resulta sorprendente, incluso para mí.

—No sólo trabajaré fuera de los telares, sino también fuera de casa. Nuestro sueño es aumentar el poder y el prestigio de este mundo. Arras no ha dejado de evolucionar tecnológicamente año tras año, pero ha llegado el momento de que sus principales poderes abran juntos un nuevo camino. Como saben, a las tejedoras no les está permitido casarse. Así que podría decirse que la señorita Lewys y yo nos estamos embarcando hacia un nuevo mundo, no sólo hacia un nuevo matrimonio.

—¿Y cuál es su deseo para ese nuevo... mundo? —balbucea el reportero.

No escucho la respuesta de Cormac porque sé que son mentiras. Está diciendo lo que los disidentes progresistas quieren escuchar:

Mirad, concederé a una mujer algo de poder. Estamos avanzando, así que dejad de preocuparos por el destino de las futuras generaciones.

Pero cualquiera con un mínimo de inteligencia se daría cuenta de que no me está permitido hablar. Vería mi traje impoluto, elegido expresamente para mostrar un aspecto recatado y femenino ante la cámara, y sabría que no soy poderosa. Cormac pretende hacerles creer que incluso una mujer con gran autoridad está dispuesta a renunciar a ella para convertirse en esposa. Aunque no creo que se lo traguen, cuando ni siquiera Cormac se toma en serio mi poder.

Aun así, me ha colocado esta noche frente a un telar. Si yo fuera una verdadera rebelde, no habría obedecido. Habría provocado el caos en el sector sur, incitándolo al levantamiento. Y mientras pienso en ello, veo la marca de mi muñeca.

Yo no soy así. Al contrario que Cormac, no deseo abusar de mis habilidades para dañar a los inocentes. Él lo sabía cuando me trajo aquí esta noche. Me está poniendo en evidencia, pero ignora las cartas que escondo bajo la manga, en especial la tarjeta de acceso que le he robado a uno de los guardias. Cormac sabe que soy sastre, aunque dudo que haya pensado en cómo podría beneficiarme dicha habilidad.

Yo sí lo he hecho.

DIEZ

El sueño es siempre el mismo. Estoy en una habitación blanca y, cuando me fijo bien, los veo. Congelados. Atrapados. Los rostros de aquellos a quienes he querido y perdido. Mi padre. Enora. Loricel. Me contemplan con ojos muertos y caras translúcidas. Tienen la boca abierta y contorsionada, pero muda.

Aun así, me acerco a cada uno de ellos y les pregunto cómo puedo ayudarlos. No sucede nada, así que regreso al telar. En él hay hebras, pero están ensangrentadas. En el reluciente borde del telar veo un lazo con una tarjeta colgando en la que pone: *Elige*. Las hebras se mueren, se desvanecen sobre el frío acero y, cuando alargo los brazos para ajustar las correas del telar, me cortan las manos.

Para salvarlos debo sangrar.

Acerco los dedos, sujeto las pegajosas hebras entre el pulgar y el índice y las observo.

Jost, Amie y Dante. Se están muriendo.

Erik. Su hermoso rostro se contorsiona y transforma en una máscara de angustia, así que empiezo a trabajar sin vacilación. Espoleada por el dolor que me palpita en el pecho a cada corte que se abre en mis dedos mientras trato de ayudarlo.

Retuerzo, anudo e intento contener la sangre que fluye de las hebras pero, mientras lo hago, sangro más y más y más. Se forma un charco a mis pies y me doy cuenta de que no hay manera de salvarlos.

Empiezo a temblar, pero de repente escucho una voz.

—Adelice, ¡despierta!

Las palabras se tornan comprensibles y al abrir los ojos encuentro a mi hermana de pie frente a mí, con el ceño fruncido. Debo de haberme quedado dormida en una silla.

—Estabas soñando —dice ella—. Parecía una pesadilla.

Lo era, pero no se lo digo. En vez de contársela, alargo los brazos y la rodeo con fuerza. Durante un segundo la sensación resulta un tanto extraña, pero luego Amie se acomoda en mi abrazo. Su suave pelo rubio me hace cosquillas en la piel. Volvemos a sentirnos unidas.

—¿Te encuentras bien? —se aparta y me mira con preocupación.

—Estoy bien. Ni siquiera recuerdo el sueño —miento.

—He venido a decirte que estuviste increíble en la Continua. Ojalá hubiera podido acompañarte, pero Cormac me lo prohibió.

Frunzo el ceño. ¿Desde cuándo le preocupa a Cormac lo que haga Amie? Le ha dado total libertad de movimientos desde que llegó.

—Si estás cansada, me marchó —dice, malinterpretando mi gesto. Niego con la cabeza. El sueño se pega a mí como la sangre al telar. Quiero que Amie se quede porque la necesito. Me acaricia la mano y me recuerda a nuestra madre.

—¿Qué es esto? —Amie alarga una mano y desliza su suave dedo por mi marca.

—Credenciales —respondo sin pensar. Al instante deseo retirar mis palabras.

—¿De cuando estuviste con los revolucionarios?

—Sí —respondo vacilante. Amie no estaba allí cuando Benn, el hombre que ambas conocíamos como nuestro padre, me grabó el reloj de arena la noche de mi recogida. No recuerda que fueron nuestros padres quienes nos empujaron hacia aquellos túneles.

—Adelice, me estás mintiendo —se queja en voz baja—. Lo sé. No dejas de hacerlo. Es como si en ocasiones olvidaras que soy tu hermana. Te conozco lo suficiente para saber cuándo me dices la verdad.

Dejo escapar un suspiro. Esta Amie no es con la que yo susurraba por las noches o abría regalos en el solsticio de invierno. Ha cambiado. Duda en los momentos en los que antes se mostraba vivaracha. No corre hacia mí como solía hacer cuando íbamos a la escuela. No compartimos los mismos recuerdos ni experiencias. Y aunque quiera confiar en ella, no puedo evitar que la Corporación la utilice contra mí.

—Amie, escuchan todo lo que decimos —opto por una razón lógica para explicarle por qué le oculto cosas.

—¿Nos están vigilando? —pregunta. Sigue confiando en la Corporación de un modo muy infantil, así que no se percata de los complejos engranajes que oculta este lugar.

—Sí. Y no creo que a Cormac le guste que te hable de mi paso por la Tierra —añado, sabiendo que tampoco quiero contárselo—. Es peligroso que sepas esas cosas, y además no quiero revivirlas.

—¿Tan terrible fue? —me pregunta.

Que no vea que aquí soy infeliz demuestra lo subordinada que está.

—No, pero pertenece al pasado.

—¿Y ya está? ¿Has pasado años lejos de mí y no piensas compartir conmigo lo que te sucedió? ¿O por qué pareces igual de joven que la noche que fueron a buscarte? —le tiembla el labio inferior como cuando era pequeña y nuestra madre le negaba algo.

—No puedo hacerlo —respondo. Amie agacha la cabeza y se levanta para marcharse—. No puedo contarte *todo*.

Se sienta de nuevo y aguarda con expectación.

—Lo que voy a decirte no es un secreto —empiezo—. Al menos, uno que a Cormac le interese.

—¿Es algo bueno? —Amie solía preguntarme lo mismo cuando éramos pequeñas e intercambiábamos historias por la noche.

—He conocido a un chico —le confieso.

—¿Que no es Cormac?

—No —su pregunta me hace reír, pero ella se inclina hacia delante y me coge las manos.

—¡Cuéntamelo! —me pide.

—Se llama Erik.

Amie me suelta las manos y se muerde un labio con emoción.

—Me gusta el nombre.

Es exactamente lo que imaginaba que habría ocurrido una vez que hubiera empezado con las citas de cortejo. Si no me hubieran enviado al Coventry, Amie y yo habríamos cotilleado sobre chicos y reído hasta bien entrada la noche. Esto es lo más parecido que podré experimentar.

—Tiene el pelo largo y rubio. Un poco ondulado. Y los ojos de color azul intenso, como el mar Infinito.

—Parece guapo —comenta, apretando mi mano.

—Lo es —respondo—. Lo viste en la isla.

Estas palabras escapan de mi boca antes de que pueda sopesarlas. No debería mencionar aquella noche. Al menos mientras nuestra relación sea tan frágil como el cristal.

—No recuerdo mucho de esa noche —está mintiendo, y lo sé porque, a pesar de todo lo que ha cambiado, me resulta familiar cómo se tira del mechón que escapa de su recogido. El mismo mechón que caía suelto de sus coletas y trenzas cuando éramos niñas. Siempre que estaba nerviosa, lo enrollaba en sus delicados dedos y lo retorció.

—¿Le quieres? —me pregunta.

—Sí —noto un nudo en la garganta—. Pero eso no importa.

El rostro de Amie pierde la emoción.

—¿Y qué pasa con Cormac? ¿Le quieres?

Hay cosas sobre las que estoy dispuesta a mentirle, pero ésta no es una de ellas.

—No. Pero mi compromiso con Cormac nunca ha tenido nada que ver con el amor. Ames. Se trata de hacer lo mejor para Arras.

—¿Aunque seas infeliz? —me pregunta con los ojos muy abiertos y llenos de inocencia.

Ojalá fuera tan sencillo. Ojalá pudiera asegurarle que al final el amor y la felicidad vencen, pero eso sería otra mentira.

—Arras es más importante.

—¿Y la cicatriz que tienes en la muñeca? ¿Qué significa? —insiste.

Evoco las palabras que me dijo mi padre la noche que me apresaron: *Recuerda quién eres*. Trato de recordar quién soy, pero he descubierto demasiadas cosas sobre mí desde aquella noche. Ni siquiera estoy segura de seguir siendo la misma persona de aquel sótano. He cambiado en muchos aspectos.

—Decide quién eres —respondo—. Eso significa ahora.

—¿Y quién eres? —me pregunta con voz suave.

—Aún lo estoy decidiendo —admito. Recorro con la mirada el rostro de mi hermana y me sorprende que, a pesar del tiempo perdido, sólo vea a la joven Amie, como si para mí siempre hubiera tenido esta edad—. ¿Y quién eres tú?

—Yo quiero ser tejedora —confiesa. Luego me mira, pero aparta rápidamente los ojos.

Aunque su revelación me resulte amarga, sé que jamás recuperaré su confianza si menosprecio sus sueños.

—¿Y qué te lo impide?

—Cormac me ha dejado probar el telar —admite Amie, y noto una opresión en el pecho. No debería estar trabajando ya con el tejido. Ni siquiera tiene dieciséis años.

—¿Y? —pregunto.

—Intento verlo —responde con tristeza—, pero no lo consigo. Cormac está muy decepcionado. Incluso ha pedido a los médicos que me examinen.

Sabía que Cormac había modificado la memoria de Amie, pero esto me provoca un escalofrío en el cuello. No me extrañaría que hubiera intentado modificarla para que adquiriera mis habilidades. Es una posibilidad aterradora, teniendo en cuenta el control que ejerce sobre ella. Tal vez por eso no haya presionado aún para que me modifiquen. Porque ya tiene un sujeto para experimentar.

—Estoy practicando en un estudio privado —continúa Amie—. Cormac me dio permiso, pero tuve que prometer que le avisaría si veía algo.

—Déjame que te ayude —sugiero—. Cormac no ve el tejido, así que no es la persona adecuada para darte consejos —detesto utilizarla de este modo, pero necesito acceder al tejido. Tengo curiosidad por saber qué le ha mostrado Cormac de los telares.

—¿Lo harías? —por un instante, Amie es la hermana devota que me admira por mi sabiduría, y estoy a punto de romperme en pedazos.

Pero aguanto la culpabilidad y pego una sonrisa a mis labios.

—Por supuesto.

ONCE

—Aquí es.

Amie desliza la mano sobre uno de los nuevos paneles de seguridad y la puerta se abre con un chirrido. La empuja para abrirse paso hacia la estancia de piedra y las luces se encienden automáticamente, inundando el pequeño estudio. Hay un telar vacío justo delante de nosotras, y debo contenerme para no salir corriendo hacia él. Amie teclea su código de acceso y el telar se pone en marcha con un zumbido. Podría ver tantas cosas en el telar, por no decir cambiarlas... pero delante de mi hermana tengo que actuar con cautela.

Miro a Amie, cuyos ojos permanecen fijos en el telar vacío.

—No hay nada —digo con suavidad.

—¡Oh! —exclama avergonzada, aunque logra esbozar una sonrisa.

Alargo la mano y ajusto el telar para recuperar las coordenadas más recientes. Por desgracia, el último lugar que miró fue una ciudad normal y corriente en el sector oeste. Distingo toda la población —los barrios, el centro, los parques, las escuelas—, pero por mucho que lo intento no logro que salga nada más, excepto advertencias de seguridad. No debería sorprenderme que los telares estén tan controlados y vigilados, aunque había esperado encontrar alguna fisura en el prieto sistema de seguridad de Cormac, pensando que tal vez hubiera dejado algún punto ciego en torno a mi hermana. Recupero las coordenadas originales y me siento para que Amie pueda contemplar el telar.

—¿Ves algo? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza. Amplío la imagen para ver más de cerca los barrios periféricos y le pregunto de nuevo.

Esta vez le tiemblan los labios mientras responde que no.

—No pasa nada si no lo consigues —la tranquilizo, colocando una mano sobre las suyas. *Absolutamente nada*, añado en silencio.

—¡Sí pasa! ¿Qué voy a hacer entonces? —exclama ella.

—Pensaba que querías diseñar vestidos.

—¡Y quiero! Pero decepcionaré a Cormac. Confía en mí y le voy a fallar —Amie se limpia las lágrimas que corren por sus mejillas y me mira con sus enormes y llorosos ojos, buscando consuelo.

—Yo me ocuparé de Cormac —le aseguro—. Vamos a intentarlo una vez más.

Amplío el tejido tanto como puedo, configurando el telar como una cámara de vigilancia. Estamos mirando dentro del salón de alguien. Amie toma aire y estoy segura de que esto sí puede verlo, pero cuando me vuelvo hacia ella tiene los ojos brillantes por las lágrimas.

—Nada —susurra.

La rodeo con el brazo y la aprieto con fuerza, reconfortándola mientras solloza sobre mi hombro. ¿Cómo voy a explicarle que carece de esta habilidad?

¿Especialmente cuando es el último rastro de la antigua Amie que queda después de las modificaciones de Cormac?

De modo que la dejo llorar y contengo la alegría que siento por que no pueda ver el tejido ni trabajar en los telares. Siempre pensé que sería un alivio descubrir que mi hermana no podría ser tejedora, pero mis temores han dejado paso a su dolor.

—Tengo una idea —exclamo—. Vamos a colarnos en la cocina y a buscar chocolate.

Me mira a los ojos y en su rostro se insinúa una sonrisa mientras asiente con la cabeza. Tiro suavemente de ella para que se ponga en pie y avanzamos del brazo por el pasillo. Cuando pasamos junto a los estudios, veo algo que antes me pasó desapercibido: pesados cerrojos y paneles de seguridad, incluso en los estudios de racionamiento y meteorología.

No soy la única bajo estricta vigilancia.

No me extraña que anden susurrando que Cormac está loco, que el Whorl se acerca. Un mes así animaría a cualquiera a soñar con un cambio. Nadie nos echa el alto cuando nos deslizamos dentro de la cocina. Algunas sirvientas se mueven apresuradamente de un lado a otro y una chica se detiene para indicarnos la dirección de las golosinas.

—Mamá no nos dejaría comer chocolate a estas horas de la noche —le susurro a Amie con complicidad. Ella ríe nerviosa y yo hago lo mismo, ignorando el dolor sordo que noto en el pecho al pensar en nuestra madre.

Abro la alacena y descubro un montón de tabletas de chocolate, bombones y trufas. Más cantidad de chocolate que en la asignación de dulces de toda nuestra infancia. Me vuelvo rápidamente para mostrar con orgullo mi descubrimiento, pero Amie está de espaldas.

—¡Tachán! —exclamo. Amie no se gira. Me acerco y apoyo una mano en su hombro para animarla a mirarme. Ella se aparta a un lado y deja a la vista un gran pastel blanco con tiras de glaseado en forma de encaje que se entrelazan delicadamente sobre la superficie.

Casi noto en la garganta el sabor excesivamente dulce de la cobertura.

—¿Por qué siento como si me fuera a estallar el corazón cuando miro esa tarta? —pregunta Amie con un hilo de voz.

Me resulta casi imposible apartar los ojos del pastel para mirarla a ella, pero cuando lo logro veo el dolor escrito en su rostro. Le han arrebatado el recuerdo, pero no la pena.

—La noche de mi recogida comimos tarta de postre —le recuerdo.

—Los he olvidado —dice ella—. ¿Por qué?

—¿A quiénes?

—A mamá. A papá. Están aquí —se da unos golpecitos en la frente—. Pero al mismo tiempo no están.

Tengo dos opciones. Contarle la verdad sobre Cormac y las modificaciones,

decirle que le ha arrebatado gran parte de su infancia y moldeado su vida para excluir los terribles acontecimientos de aquella noche, o seguir mintiéndole.

—Es porque los echas de menos —le explico, y en cierto modo es verdad.

—¿Qué les ha pasado? —esta vez su pregunta suena apremiante. Sé que Cormac le ha contado algo sobre ellos, y teniendo en cuenta que Amie ha sufrido más de una modificación, probablemente haya escuchado varias versiones distintas sobre su vida. Pero ignoro lo que recuerda, o cómo lo recuerda. No puedo prever cómo reaccionará a la información que ansía desesperadamente.

Contarle la verdad no serviría para nada. Podría volverla contra Cormac, pero al final, si no encuentro la manera de salvar a mamá, tendría que vivir con el peso de lo que le han hecho a nuestra madre. Cormac ya ha jugado bastante con su inocencia. Soportaré yo sola la carga.

—Están muertos. Murieron cuando traté de escapar del escuadrón de recogida.

Amie retrocede como si la hubiera golpeado.

—¿Murieron porque escapaste?

En muchos sentidos es lo que sucedió, pero a pesar de la culpabilidad que oprime mi pecho, yo no fui totalmente responsable. Amie recuerda poco de nuestros padres, menos incluso de lo que yo sabía de ellos aquella noche. Pero soy incapaz de contarle que estaban relacionados con el Plan, ni tampoco de hablarle sobre Dante o de que nuestra madre sigue viva. Hay tanto que añadir a la historia que en nada ayudaría que Amie la recordara. De todas maneras da lo mismo, porque se ha creído lo poco que le he contado. Y me odia por ello. Lo veo en sus ojos verdes, en sus hermosas y frías esmeraldas... cuando se enfada, es exactamente igual que nuestra madre.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —exclama.

—No quería esta vida —estoy dispuesta a protegerla de lo que les sucedió a nuestros padres, pero no pienso fingir que convertirse en tejedora sea algo ideal. Necesita saber que existe un mundo aparte de esto.

—¿Qué tiene de malo esta vida? —pregunta una suave voz a nuestras espaldas. Sorprendidas, Amie y yo nos volvemos y encontramos a Pryana mirándonos.

—Que es una mentira —respondo.

Pryana ya lo sabe. Es lo bastante inteligente para haberlo sabido desde un principio.

Antes de que Pryana pueda hablar de nuevo, Amie ahoga un sollozo y corre hacia la puerta. Quiero sujetarla, pero el peso de la realidad me detiene. Es mejor así.

—Toda vida es una mentira que nos contamos a nosotros mismos para poder dormir —dice Pryana con una triste sonrisa.

—Yo no elegí esta mentira.

Pryana se acerca y me llega el aroma a coco de su piel.

—Quiero que sepas algo, Adeline. Toda vida se elige. Así que vamos a dejar de fingir que nos han obligado a estar en este mundo, o a hacer este trabajo. Tú decidiste regresar. Yo, seguir la corriente.

—Tienes razón —respondo, y me topo con su firme mirada—. Nosotros podemos elegir: tú y yo y Cormac. Pero buena parte de la población está indefensa y no puede hacer frente a la Corporación: ellos no tienen elección. Tú lo sabes.

—Por supuesto que lo sé. No pienso en otra cosa —responde Pryana.

Sus palabras me dejan sin aliento, no porque Pryana esté de acuerdo conmigo, sino por lo que implican.

—Veo que habéis estado comiendo tarta a escondidas —añade, cambiando de tema.

—Quería animar a Amie.

—¿Por qué está disgustada? —la voz de Pryana se eleva una octava.

—No ve el tejido en el telar. Pensé que podría ayudarla, pero he sido incapaz.

—Es algo complicado —comenta Pryana, mirándome fijamente—. Las modificaciones alteran las habilidades de un modo extraño. Pero no comprendo por qué no le has contado la verdad sobre tu recogida.

—¿Y por qué *iba a hacerlo*? —exclamo mientras recorro con impaciencia el pequeño espacio que hay delante de la nevera.

—Porque odias a Cormac —contesta Pryana—. Él es el único que gana algo al ocultarle la historia a tu hermana.

Así que Pryana sabe lo que Cormac le ha hecho a Amie.

—Amie también sale beneficiada.

—¿Cómo? —pregunta Pryana.

—Conservando la inocencia.

—La inocencia se la robaron hace mucho —dice Pryana, y su tono de voz me recuerda que Cormac y la Corporación nos la han robado a todos.

—Pero ella no lo sabe —respondo bajito—. No sé cómo explicarlo. Si le cuento por qué no puede recordar y lo que le sucedió a nuestros padres, tendrá que vivir con esa carga.

—Todos soportamos alguna carga —responde.

—Sí, es cierto, pero ella es mi hermana pequeña. Algún día lo descubrirá. No podré ocultárselo para siempre. Pero de momento se siente segura. No tiene pesadillas. No se culpa a sí misma.

—¿Y prefieres que te culpe a ti?

Respiro hondo, con ganas de mencionar un tema delicado.

—¿No harías tú lo mismo por tu hermana?

—No lo sé —admite Pryana con voz temblorosa—. La Corporación me la arrebató antes de tener la oportunidad de descubrirlo.

—Tú podrías haberle contado la verdad a Amie. ¿Por qué no lo hiciste?

Pryana vacila y se retuerce los dedos.

—No estoy segura. No me correspondía a mí.

—¿Por qué eres amable con Amie?

—Ya no tengo ninguna hermana con quien serlo —responde, abriendo la vieja

herida que compartimos. Yo había perdido la inocencia respecto a la naturaleza de nuestro mundo mucho antes del día en que Maela arrancó a la hermana de Pryana y a sus compañeras de clase de su escuela en Cypress.

—Culpa a Maela —le digo.

—Ya lo hago —prácticamente me escupe las palabras—. ¿Es que antes te pareció que fuéramos las mejores amigas?

A regañadientes, respondo que no. Parece como si lo que hubiera sucedido entre ellas en mi ausencia fuera tan terrible como lo que yo soporté a las órdenes de Maela. También tengo la sensación de que Pryana siguiera resentida conmigo.

—Es por Cormac —confiesa Pryana al fin—. Maela odia a cualquiera que atraiga la atención de Cormac.

—Y tú fuiste su prometida —añado.

—Brevemente —se encoge de hombros—. No puedo decir que lamente haberme librado de él. Era sólo una manera de salir de aquí.

—¿No querías ser maestra de crewel? —le pregunto sin ocultar mi sorpresa.

—Creía que sí, pero... —su voz se apaga y sus oscuros ojos se clavan en los míos. No necesita acabar la frase. Ambas conocemos las cargas de ser maestra de crewel.

—Todo esto por un patán como Cormac Patton —exclamo.

—Me extrañó que no lo supieras.

—Llevaba mucho tiempo sin ver a Maela. Creía que estaba loca por Erik.

—No me malinterpretes. A ti te odia aún más que a mí, y Erik tiene mucho que ver con eso —dice Pryana.

—¿Cómo se enteró de lo sucedido entre Erik y yo?

—Te vio besarlo en el jardín —me recuerda Pryana.

—No me refería a eso. Han pasado muchas cosas desde aquella noche...

Mi mente me trae recuerdos de un baile en un patio a la luz de la luna y de unos besos robados en la rocosa costa de Alcatraz. Me quedo pensando en Erik y no me doy cuenta de que he contado demasiado.

Pryana retrocede un poco, me observa y suelta una carcajada.

—Estás enamorada de él.

—Yo... —pero no sé qué decir, porque si miento se dará cuenta. Intento contener el rubor que inunda mi cara.

—Se rumoreó que habías escapado por Jost —Pryana parece impresionada.

—Es complicado.

—Normalmente lo es cuando tienes una relación ilícita —comenta Pryana, pero con un gesto de diversión que alcanza incluso su mirada—. Tienes buen gusto. Recuerdo su pelo... ¿no se lo ha cortado?

Me permito una leve sonrisa y niego con la cabeza. Aunque pensar en ellos, en Erik y en Jost, sin saber qué les estará pasando, si se encontrarán a salvo... me resulta casi insoportable.

—No he sido amable con Amie por venganza —admite Pryana, retomando la pregunta que desencadenó la conversación—. Me gusta Amie. Me recuerda a mi hermana.

—Pryana —hago una pausa, sin saber cómo decir lo que siento. Es demasiado tarde para una disculpa—. Me he excusado de mil maneras por lo que sucedió aquel día, pero lamento sinceramente lo de tu hermana.

—Yo también, y... no fue culpa tuya.

Esta mañana me habría parecido imposible que Pryana llegara a admitir esto.

—Hay cosas que nadie sabe en Arras —le digo, sintiéndome obligada a compartir algo con ella—. Cosas horribles. Si Amie supiera...

—¿Si supiera el qué? —me presiona.

—Nuestra madre no está muerta —respondo. Es un alivio confesárselo a alguien. En la Tierra nadie comprendió realmente lo difícil que fue asumir en lo que se había convertido mi madre. Incluso Dante se forzó a creer que merecía la pena salvarla cuando la dejó escapar, creyendo que parte de ella seguía allí. Yo no estaba tan segura—. Es un...

—¿Un remanente? —adivina, y me quedo boquiabierta—. Te dije que las cosas habían cambiado por aquí.

—Tú siempre te enterabas de los cotilleos interesantes, pero ¿cómo sabes lo de los remanentes?

Pryana alza una ceja y me indica con un gesto que deberíamos marcharnos. Cuando se gira para salir, desliza sus sedosos rizos sobre su hombro izquierdo y me muestra la nuca y una tenue marca de un reloj de arena.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Me lanzo hacia ella, le agarro el brazo con fuerza y susurro con furia:

—¿Pertenece al Plan?

Pryana avanza con paso firme y constante, sin titubear lo más mínimo ante mi acusación.

—¡Shhhh! *Las cosas han cambiado.*

Continuamos hacia la torre y, cuando me recupero de la sorpresa, noto cómo una sonrisa aparece en mi rostro.

—Tengo preguntas que hacerte —le digo—. Necesito mucha información.

—Ahora no —responde ella, separándose de mí en el ascensor.

—¿Cuándo? —le agarro el brazo, pero las puertas del ascensor empiezan a cerrarse y me aparto de un salto; Pryana articula una palabra.

—*Pronto.*

DOCE

Cuando Pryana aparece en mi puerta al día siguiente, recuerdo lo que Albert me dijo: que la gente me seguiría como Whorl. Ésta es mi oportunidad para comprobar si es cierto.

Pryana desliza un delgado brazalete alrededor de mi muñeca y me arrastra hacia el pasillo.

—Es un antifaz —me explica—. Engaña al sistema de vigilancia. Temporalmente.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—Treinta minutos. ¿Dónde quieres ir?

—A las clínicas —respondo sin vacilar—. Y a la estancia de Cormac.

—No te garantizo que tengamos tiempo para los dos sitios.

—Entonces a las clínicas —odio tener que elegir, pero lo primero es conseguir información sobre anteriores modificaciones, en especial sobre el paradero del alma de mi madre. Si la relación con Cormac se tuerce, tal vez no tenga otra oportunidad de encontrarla.

Atravesamos la torre principal, accedemos al resto del complejo y pasamos junto a los estudios cerrados con llave que vi anoche. No hay nadie por los pasillos. Las tejedoras se encuentran en los telares.

—Han instalado un programa artificial en las paredes.

—Lo sé —respondo—. Aquí no hay ni una sola ventana.

—No sólo eso —dice Pryana con cierta tristeza—. Ahora es una enorme cámara. Regla número uno de la vida en el coventri: ándate con cuidado. Porque sin duda te están vigilando.

Dirijo la mirada rápidamente hacia las paredes, casi esperando encontrar ojos atisbando a través del yeso.

—¿Pero esto impide que nos vean? —pregunto, alzando el brazalete.

—Sí. Regalo del Plan —responde Pryana, y me dedica una sonrisa.

—¿Cómo las has conseguido? —intento que la desconfianza no impregne mi voz.

—Regla número dos: el Plan está en todas partes.

¿Cómo? No tiene sentido. Nadie más se había sublevado cuando escapé. Entonces recuerdo la información oculta en el digiarchivo de Enora. Erik la ayudó con ello.

Las semillas de la rebelión quedaron plantadas cuando escapamos, y brotaron mientras estábamos lejos. Me doy cuenta de que, por primera vez, la línea temporal acelerada de Arras está trabajando a favor del Plan.

—¿Qué estás buscando? —me pregunta Pryana mientras esperamos en silencio junto a las puertas que conducen al ala médica del complejo. Antes de que pueda responderle se lleva un dedo a los labios. Salen dos enfermeras charlando, y Pryana sujeta la puerta con la punta del zapato y la vuelve a abrir para mí.

—Quiero saber lo que le han hecho a Amie —miento, sin sentirme preparada para

compartir con ella todos mis planes. Mi alianza con Pryana es aún demasiado frágil para eso.

—Eso ya lo sabes —replica Pryana, lanzándome una mirada—. Han modificado su memoria, se la han borrado.

—Pero quiero saber lo que le han hecho exactamente... para conocer los posibles efectos secundarios —le explico, esperando sonar más convincente.

—¿Y eso es todo? —exclama Pryana. No se lo traga.

—Voy a intentar revertir lo que le han hecho.

Pryana abre mucho los ojos.

—¿Cómo?

—Conozco a unos cuantos sastres con mucho talento —no menciono mi propia capacidad para hacerlo. Cuanto menos sepa Pryana sobre mis planes, más seguras estaremos si la atrapan.

—Deberíamos mirar primero en los archivos —propone—. Sé dónde están.

En cuanto entramos en las clínicas me vuelve todo a la memoria, hasta el olor a antiséptico que me irrita la nariz. Pasamos junto a la fría mesa de acero para los reconocimientos, pero cuando alzo la mirada no veo encima el casco con engranajes y tubos que me cartografió el cerebro para la Corporación. ¿Hasta qué punto son necesarios las medidas y el cartografiado para modificar a alguien?

Cuando aparto mi atención de la fantasmal estancia, Pryana ya ha accedido a la base de datos principal.

—Amie Lewys —Pryana me deja sitio para que pueda revisar los archivos.

Leo por encima los informes en busca de algo que indique cuánto daño le han hecho a Amie hasta que mi mirada cae sobre las palabras *experimento concluido*. Dejo escapar un largo suspiro. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—No van a seguir modificando a Amie —señalo la pantalla de la base de datos.

Pryana lo lee por encima de mi hombro pero, en vez de mostrarse aliviada, frunce el ceño.

—¿Ocurre algo? —pregunto, aunque temo la respuesta.

—Tienes razón sobre Amie, pero ¿qué significa esto? —desliza el dedo índice por la pantalla y me inclino para leer lo que está señalando:

Se recomienda ampliar los experimentos del Proyecto Cypress a candidatos de cualquier edad o género.

Nos miramos a los ojos y sé que ambas estamos pensando lo mismo. Signifique lo que signifique, no es nada bueno.

—¿Sabes qué es el Proyecto Cypress? —le pregunto.

—No, pero no me gusta cómo suena.

Chica lista, pienso, sopesando si debería contarle lo que sé y si la Corporación podría responder de forma violenta ante una tejedora que conozca el Proyecto Cypress. Si el Plan empieza a compartir información sobre ello, Cormac sabrá que ha

partido de mí.

—Las tejedoras no son algo natural. La Corporación nos creó mediante experimentos genéticos.

—Pero... —su voz se desvanece al tiempo que se muerde un labio—, ¿por qué sólo a chicas?

—Como forma de control —respondo con voz inexpresiva—. Cualquier chico que desarrollaba la habilidad era eliminado.

—¿Los sastres? —adivina Pryana.

Asiento con la cabeza, impresionada de cuánto ha aprendido del Plan en Arras. A lo mejor, incluso mis padres lo sabían, y simplemente decidieron no compartir conmigo la información. Hago caso omiso al estremecimiento que sube por mi espalda al pensar en mis padres y en los secretos que me ocultaron. Ya casi no me molesta.

—Pero no sé lo que significa «ampliar los experimentos» —le digo cuando me aparto del escritorio y me pongo a contemplar las blancas paredes de la clínica. Ellas me devuelven la mirada como un lienzo vacío a la espera de mi siguiente movimiento. Cuanto más las miro, más preguntas surgen en el torbellino de mi mente, hasta que una se detiene y se abre paso a través de mis labios.

—¿Te parece extraño que guarden esta información aquí?

Pryana se encoge de hombros mientras revisa los archivos en la base de datos.

—Probablemente hayan hecho algunos de los experimentos aquí.

Recuerdo el casco metálico y la luz cegadora, seguidos por una serie de preguntas destinadas a cartografiar el funcionamiento de mi cerebro. Para eso me trajeron. Si no hubiera escapado, habría acabado en una de estas mesas para que unos sastres modificaran mi memoria y me volvieran más dócil. Aquí es donde traerían a Loricel la noche de mi huida.

—¿Has vuelto a pasar por aquí? —le pregunto a Pryana.

—Sí —aparta los ojos de la base de datos y me mira fijamente—. La noche que escapaste. Cuando intentaron modificarme. Cormac quería que me injertaran el material genético de Loricel para que pudiera tomar el relevo como maestra de crewel. ¿Alguna pregunta más?

Ni siquiera pestañeo. Pryana debe saber lo sospechoso que resulta su cambio de actitud.

—Una.

—Adelante. Me muero de ganas de saber cómo demostrarte mi valía —parece dolida.

—¿Por qué Cormac no acabó contigo? Sabías demasiado para confiar en ti. ¿Por qué no modificó tu memoria?

Pryana resopla y sacude la cabeza.

—Lo hizo. O al menos eso cree. Hay algo que deberías saber del coventri, Adelize. Este lugar está lleno de miembros del Plan.

—¿Y el Plan te salvó?

—Un sastre lo hizo —responde—. No tienes por qué creerme, pero ¿en quién más puedes confiar?

Las palabras de Albert resuenan en mi mente. *Descubre lo que guardan sus corazones*. No estoy segura de llegar a saber jamás lo que guarda el corazón de Pryana.

Pero Amie sí.

—Si mi hermana confía en ti, yo también.

Pryana no parece demasiado impresionada por mi confesión, y se concentra en la base de datos.

—No nos queda mucho tiempo. Necesito saber lo que buscas realmente.

—Ya te lo he dicho...

—No me vengas con que quieres descubrir lo que le han hecho a Amie. Las dos sabemos lo que le han hecho. Tú necesitas otra cosa, y estoy deseando saber qué es —sus oscuros ojos centellean y en sus labios se despliega una sonrisa arrogante.

El problema con Pryana es que nos parecemos en muchos aspectos, y engañar a alguien que piensa como tú resulta difícil. Lo que no significa que vaya a confesarle que he venido a buscar información para volver a unir los pedazos de mi madre. Ella me diría que eso pone en peligro al Plan.

—Una chica necesita tener sus secretos —respondo, y me encojo de hombros.

—Y también necesita aliados.

Sus palabras me paralizan. Enora me dijo lo mismo, y también Albert —dos personas mucho más sabias que yo.

—La hebra del alma de mi madre está aquí, en algún lugar —le confieso—. Quiero encontrarla.

Su mirada se ensombrece.

—Sé dónde están las hebras. Cuando descubrí lo de los remanentes, me puse a buscar información sobre Ursula.

Jamás le había oído mencionar ese nombre, pero el dolor que empaña su voz me revela al instante de quién se trata.

—Tu hermana —digo—. ¿Encontraste algo?

—No había nada que encontrar. Maela destruyó su escuela. Era imposible rescatar nada.

Me planteo rodearla con el brazo, pero la culpabilidad me aplasta y me impide levantar un solo dedo.

Pryana respira hondo para calmarse.

—Encontrar el alma de tu madre es un acto generoso. A eso puedo ayudarte. ¿Pero a saber lo que hay en la estancia de Cormac?

—Eso es más complicado. Déjame que te enseñe algo —deslizo los dedos sobre la pantalla de la base de datos pero, antes de que pueda abrir cualquier archivo sobre modificaciones de aspectos personales, la bombilla que tenemos encima parpadea en

rojo y una apacible voz femenina anuncia repetidamente: «Acceso no autorizado»—. ¿Cuánto tiempo se suponía que actuaba el antifaz? —pregunto a Pryana mientras nos ponemos en marcha a toda velocidad.

—Treinta minutos —responde, antes de añadir—: teóricamente.

—Podrías haber mencionado antes lo de «teóricamente».

Se escuchan chirridos de botas sobre el linóleo del pasillo. Nuestra única posibilidad es que no sepan qué estancia ha sido quebrantada. Con suerte, el antifaz podrá conseguir al menos eso.

—¡Por aquí! —exclama Pryana, empujándome hacia la pequeña sala de observación que hay adosada a la oficina. Se me engancha un pie en la mesa metálica de reconocimiento y resbalo por el suelo hasta golpear contra un carrito cercano. Pryana tira de mí para ponerme de nuevo en pie y me arrastra tras ella sin dejar siquiera que me recupere del tropezón. Nos detenemos en la puerta y echamos un vistazo al pasillo, que, milagrosamente, está vacío. Dudo un instante, pero Pryana se lanza hacia el acceso que conduce a la zona principal del complejo, y no me queda otro remedio que seguirla.

A medida que franqueamos las sucesivas puertas de vaivén, los gritos amortiguados que nos persiguen se van acercando, hasta que Pryana me agarra por los brazos y me arrastra dentro del comedor.

—Ven.

En cuanto entramos me empuja hacia una silla vacía y se acomoda en la contigua. El comedor ha cambiado. Ya no está la larga mesa de caoba que ocupaba la sala cuando vine al coventri por primera vez. En su lugar hay hileras de mesas individuales. En cada una come una tejedora en solitario. Al igual que en los estudios de la planta baja, cada chica está confinada en su propio espacio, lo que evita que hablen entre ellas.

Algunas cabezas se vuelven hacia nosotras, y yo les sonrío alegremente. Las chicas se concentran de nuevo en sus platos sin devolverme el gesto. Delante de mí veo pollo sin ningún aliño y un pedazo de pan. En el pasado, se servían extravagantes festines a la hora de las comidas: *currys*, hojaldres y sopas. Esto es funcional, alimento y nada más.

Pryana llama mi atención y señala el plato. Cojo el tenedor e intento comer, a pesar de lo acelerado que tengo el pulso. Mientras mastico la carne reseca, observo a las demás tejedoras. Sus vestidos son tan sencillos como la comida. Algunas llevan el pelo recogido, pero casi ninguna esta maquillada. Pryana y yo parecemos pavos reales en comparación con ellas, lo que me pone aún más nerviosa.

Resulta obvio que no encajamos aquí.

Me concentro en el plato y me obligo a comer. Para no desentonar.

La puerta se abre a nuestras espaldas y entran varias personas atropelladamente, lo que provoca que todas las chicas se enderecen y vuelvan la cabeza. Yo contengo el aliento y las imito.

Varios guardias se quedan apostados en la puerta y cuando Maela se abre paso a empujones entre ellos, se me encoge el estómago. Echa un vistazo a la estancia y clava sus ojos en mí.

—Señoras —exclama—. Se ha producido una violación de la seguridad. Por favor, formen una fila junto a la pared.

Nadie dice nada. Las chicas ni siquiera se lanzan miradas de soslayo mientras hacen exactamente lo que les han ordenado, como yo. Pryana se apretuja a mi lado, pero no me atrevo a volverme hacia ella cuando Maela empieza a recorrer la fila de un lado a otro, observándonos. No se detiene frente a mí, aunque debe de saber quién es la culpable. Está jugando con nosotras.

—Una de vosotras ha entrado sin permiso en una zona de acceso restringido —dice—. ¿Quién ha sido?

Me gustaría dar un paso al frente, pero me quedo quieta. Cormac no está aquí para salvarme de la ira de Maela.

Maela agita un dedo hacia el grupo.

—Vamos. Como no confiese alguien, me veré obligada a castigaros a todas. No quiero tener que enviaros a las clínicas.

Bastante gente ha muerto ya por mi culpa, así que muevo los pies, pero Pryana me retiene.

—He sido yo.

Sorprendida, me inclino hacia delante para mirar a la chica que ha hablado. Tiene la piel oscura y completamente uniforme, y sus mejillas regordetas hacen que parezca más joven incluso que Amie. A su alrededor, algunas chicas la observan confusas, pero nadie dice nada.

—¿Gillian? —Maela alza una ceja y se coloca las manos en las caderas—. ¿Has sido tú quien ha entrado en las clínicas?

Gillian asiente con la cabeza, mirando fijamente a Maela.

—Pensé que podría escapar.

Doy un pequeño paso hacia delante, consciente de que no puedo permitir que esta chica mienta para salvarme. No sé por qué lo ha hecho, pero conozco el castigo para las chicas que intentan huir. Sin embargo, cuando me dispongo a abandonar la fila, Pryana me clava las uñas en el brazo y me arrastra hacia atrás.

—Muy bien —Maela hace un gesto con la cabeza a los guardias. No encadenan a la muchacha. Ella simplemente se acomoda al paso de los hombres, como si supiera exactamente lo que tiene que hacer. Un escalofrío me recorre el cuello.

Maela agita la mano para que el resto del grupo se disperse.

—Podéis acabar de comer.

Cuando se gira para marcharse, sus ojos tropiezan con los míos. Entonces ladea la cabeza de un modo que resultaría imperceptible para cualquier otra persona. Y es que aquí nadie conoce a Maela como yo. El mensaje es claro: me toca mover ficha.

Cuando finaliza el turno de cena, Pryana y yo regresamos a toda velocidad a mi

apartamento, y en cuanto franqueamos la puerta la arrastro hacia el baño.

—Buen truco —dice cuando abro los grifos para ahogar nuestra conversación.

—Aprendí a sobrevivir aquí dentro. Y parece que tú también.

Pryana se encoge de hombros.

—Cumplimos con nuestro deber.

—¿Que incluye dejar que una chica inocente confiese una traición? —intento hablar en un tono más bajo que el del agua corriente, a pesar de que la sangre me palpita en los oídos.

—No vi que tú te adelantaras.

—¡Lo intenté! ¡Exijo respuestas! —grito, perdiendo el control del volumen de mi voz.

Pryana aprieta la mandíbula y me mira fijamente con sus ojos color café. Luego aparta la mirada y sacude la cabeza.

—Gillian se ha sacrificado por la causa.

—¿Cómo? —logro preguntar—. ¿Qué causa apoya el Plan que requiera el suicidio?

Pryana pone cara de fastidio.

—No te hagas la tonta, Adelize. Sabes bien por qué estamos luchando. Gillian ha hecho lo que tenía que hacer para proteger al Whorl.

—Sal de aquí —susurro—. Sal y dile a todo el que esté jugando a rebelde en el coventri que no necesito protección.

Pryana entrecierra los ojos, pero no me cuestiona. Cuando se marcha, me acerco al lavabo. Coloco las manos bajo el agua, me mojo la cara y contemplo cómo las gotas se deslizan por mi piel. Me froto la cara, el cuello y las manos hasta que quedo tan limpia y pura como la chica que se ha entregado hoy por mí. Pero da igual lo fuerte que restriegue, porque jamás me quitaré su sangre de las manos.

TRECE

Suenan unos golpecitos en la puerta. Nadie llama antes de entrar, excepto Pryana y Amie cuando me visitan, y estoy casi segura de que las dos están molestas conmigo. Sólo viene gente a traerme comida o a limpiar o a comprobar mí base de datos, y nunca esperan a que les deje pasar. Pero, cuando abro la puerta, sé que la persona que encuentro ha venido a verme a mí.

—¿Puedo pasar? —pregunta Maela.

Me aparto a un lado y le permito acceder al salón. Se pasea por la estancia y coge un jarrón de la repisa de la chimenea. No me sorprendería que intentara metérselo en el bolsillo. Lo lleva escrito en la cara: todo esto debería haber sido suyo. Sus aposentos. Su trabajo.

Su Cormac.

Pero eso no explica por qué está aquí.

—¿Puedo ofrecerte algo? —le pregunto—. ¿Una bebida? ¿Un plano para que regreses a tu habitación?

—Yo también me alegro de verte —responde ella. Maela no capta la indirecta y se deja caer en un sillón reclinable; luego cruza las piernas, como si estuviera poniéndose cómoda.

Me rindo y tomo asiento frente a ella.

—Pensaba que vendrías antes a visitarme.

—Cormac te tiene bajo llave. No me estaba permitido verte —me explica.

—Jamás has dejado que eso se interponga en tu camino.

Maela considera las normas como algo opcional. Durante mi periodo de aprendizaje, demostró en más de una ocasión su flexibilidad al interpretarlas: arrancó del tejido un colegio entero, me torturó con un hilo afilado como una cuchilla... Obedecer no va con ella.

—Sin embargo, cuando te vi antes en el comedor, supuse que podría pasar a saludarte.

—Un almuerzo interesante —la miro directamente a los ojos—. No recordaba que los interrogatorios estuvieran en el menú.

—Las cosas han cambiado en el coventri, Adeline.

—Han cambiado en todo Arras —la corrijo.

—Y tú has resultado ser el catalizador —me observa detenidamente, a la espera de mi reacción. Yo mantengo el rostro inexpresivo, a pesar de su acusación. Maela no es la primera que me responsabiliza erróneamente de la agitación en Arras.

—Da la impresión de que estuviera sucediendo algo más de lo que yo pueda haber provocado —le digo.

—Y, aun así, aquí estás. En el ático de la torre alta. Con un anillo en el dedo —comenta ella.

Volteo el anillo de compromiso y oculto el diamante en mi puño cerrado. La

mayoría de los días olvido que lo llevo puesto. Cormac sólo viene una vez por semana, el único momento en el que tengo que afrontar mi inminente boda.

—¿A qué has venido? —le pregunto—. ¿Es que echabas de menos torturarme?

—He echado de menos tu don para el drama.

—¿Mi don? Eso me suena a lo de la sartén diciéndole al cazo que se aparte, que le tizna —exclamo.

—No te preocupes, no busco tu amistad, Adeline —dice Maela.

—Qué alivio, porque no cojo solicitudes.

—Y aun así dejas que alguien como Pryana entre en tu apartamento sin pensártelo dos veces.

—Pryana es una amiga —no es exactamente cierto, pero casi.

—Deberías replantearte en quién confías —me advierte Maela.

—Eso significa mucho viniendo de alguien en quien no confío.

—No gano nada mintiéndote —Maela se inclina hacia delante, como si estuviera compartiendo conmigo algo íntimo—. Al contrario que Cormac. Y Pryana. Incluso Erik.

—Erik no está aquí para mentirme —respondo, empujando las palabras a través del nudo que tengo en la garganta.

—La confianza en la gente se ha convertido en tu prisión —dice ella.

—¿Y cuál es tu prisión, Maela? ¿Qué te ha convertido en un pajarillo asustado? —le pregunto. ¿Es que no se da cuenta de que está en una jaula, que no tiene el control? ¿Es que no ve los barrotes, los cerrojos, los secretos que la mantienen encerrada?

Maela me sonrío con descaro, y tras su mirada surge algo salvaje. Pero, antes de que pueda responderme, suena un chasquido que nos distrae de la conversación. Cormac está de pie en la puerta. No me gusta que haya pillado a Maela torturándome. En el pasado, cuando Cormac acababa implicado, la situación con Maela no hacía sino empeorar. Ahora conozco la razón, por supuesto. Aunque la información está lejos de ser poder.

Maela eludió antes mi pregunta, pero la respuesta aparece escrita en su rostro cuando mira a Cormac. Si la creyera capaz de ello, pensaría que es amor lo que arde en su mirada. Ahora sé por qué jamás ha ascendido. Ella misma se ha construido su prisión.

—Siento interrumpir la visita —dice Cormac—. Me habían informado de que Adeline estaba sola.

—Créeme, no interrumpes nada —le aseguro—. Maela ya se iba.

Maela se levanta y deja escapar una carcajada hueca. Pero, al pasar junto a Cormac, le roza con el cuerpo, desliza los dedos por su hombro y le susurra algo que no llego a oír.

Cuando se ha marchado, alzo una ceja.

—No preguntes. Maela y yo... —no termina la frase, aunque no hace falta.

—No me interesa el sórdido pasado de ninguno de los dos —afirmo.

—Debería interesarte. Después de todo, vas a casarte conmigo.

—¿A qué debo este honor tan inesperado? —pregunto, esquivando el tema de sus conquistas pasadas—. Todavía no he pedido la cena, pero podría hacerlo.

—No te preocupes. Estoy aquí por cuestiones oficiales. No te molestaré mucho tiempo —a pesar de todo, se quita la chaqueta y la lanza sobre una silla. A continuación, se servirá una copa. Luego evitaré mis preguntas. Nuestros encuentros se han convertido en algo automático.

—No me molestas —miento con un ensayado tono de voz que apesta a obediencia y a inferioridad y a todo lo que Cormac desea encontrar en mí.

Cormac alcanza la chaqueta y saca de ella una caja delgada.

—Un regalo para nuestra próxima fiesta de compromiso.

—No deberías haberte molestado —le digo mientras levanto la tapa para encontrar un par de resplandecientes guantes de satén negro.

—Me han asegurado que los guantes van a ponerse otra vez de moda, y mi futura esposa debe vestir con el máximo estilo —se tira de la pajarita para aflojársela un poco sin desanudarla.

—Gracias. Son preciosos —aparto la caja a un lado, sabiendo que los guantes no son la razón de su visita. Podría habérmelos enviado con mi esteticista—. ¿Por qué has venido?

—El Ministerio está preocupado por tu seguridad —dice Cormac.

—Me tienes encerrada en un edificio reforzado con Arras sabe qué tecnología —le recuerdo, y hago una pausa para permitir que me contradiga. Pero, como no lo hace, añado—: ¿Quieres que continúe?

—Es suficiente —asegura—. Para mantener la atención de la población en la boda, será necesario que viajes. Por eso voy a designar a alguien para que esté pendiente de ti... y te proteja.

—Y me vigile —le corrijo.

—Maldita sea, Adeline. ¿Es que quieres que te maten? —me está gritando con los puños cerrados, pero yo sólo puedo mirarle fijamente. Luego su rostro recupera la calma, y añade en voz baja—: Lo creas o no, no quiero que acabe contigo ningún revolucionario.

—¿Crees que el Plan va a matarme? —le pregunto, negando con la cabeza por lo ridículo de la idea.

—El Plan es impredecible. Podrían tratar de llevarte con ellos. Y eso no sólo invalidaría nuestro acuerdo, sino que arruinaría todo por lo que hemos trabajado.

—Me estás sobreprotegiendo —le digo riendo, porque me hacen gracia las palabras que ha utilizado. Incluso en privado, Cormac se comporta siempre como un político. Entonces me agarra del brazo y me zarandea con tanta fuerza que se me nubla la vista.

—No te rías de mí —me advierte con ira en la voz.

Me suelto de un tirón y clavo los ojos en él, tratando de enfocar la mirada. ¿A qué ha venido eso?

—No me estaba riendo de ti —protesto.

Sus ojos continúan llenos de furia pero, pasados unos minutos, se tranquiliza y me ofrece una letanía de disculpas.

—¿Así que tendré mi propio escolta? —le pregunto.

—Sí.

—Estupendo. Siempre había querido que un chico con traje me siguiera.

—Alixandra no es exactamente un chico —se mofa.

—¿Alixandra? —repito, entrecerrando los ojos.

—¿Creías que te dejaría a solas con un chico después de las experiencias pasadas? —me pregunta.

No le falta razón. Aunque en estos momentos no estoy buscando ningún romance.

—Me sorprende que le confíes a una mujer algo tan importante como esto.

—Alixandra conoce su lugar —responde Cormac—. Así que tal vez aprendas algo de ella.

—¿Cuándo la conoceré? —pregunto.

—Llegará mañana y te acompañará a la fiesta al final de la semana. Estará contigo en todo momento.

—¿Hasta cuando vaya al baño? —insisto.

—Por supuesto.

—¿Me vigilará mientras duermo?

—Y te pasará el hilo dental si se lo ordeno —exclama Cormac, cortando mis preguntas—. No me haces gracia, cariño.

—No pretendo ser graciosa.

—No permitiré que te hagan daño; ni siquiera tú misma.

—¿Y qué pasa con nuestro trato? —imploro.

Cormac ignora mis protestas y coge la chaqueta. Antes de marcharse, me dice algo que yo ya sabía.

—Los tratos cambian.

CATORCE

La fiesta de compromiso es un evento típico de la Corporación que incluye hasta *flashes* y entrada coreografiada en el Ministerio Norte sobre la alfombra púrpura. En torno a una pista de baile color gris pizarra se han distribuido mesas con manteles de lino recién planchados y cuidadosos arreglos florales. Incluso mi atuendo tuvo que ser aprobado por Cormac —un vestido de seda gris que envuelve mis imperceptibles curvas y cae en suaves ondas hasta mis pies—. Está adornado con cristales plateados distribuidos en diseños triangulares que realzan mi cintura y atrapan la tenue luz del salón. Hay camareros pasando bandejas con martinis. Yo cojo uno de inmediato, pero lo suelto en cuanto lo pruebo.

—No despilfarres —me dice Cormac, señalando la bebida abandonada. Tiene una mano apretada contra la parte baja de mi espalda.

—¡Cormac! —una mujer alta con un vestido color vino se acerca a toda velocidad y rodea a Cormac con los brazos, sorprendiéndonos a ambos.

—Dawna, qué agradable verte —Cormac la saluda diplomáticamente mientras se libera de su abrazo. Echa un vistazo al brillante vestido de la mujer y entrecierra los ojos. Debe de haber incumplido su estricto código de vestimenta.

—Tu prometida tiene un gusto magnífico —dice la mujer mientras señala el salón de baile repleto de objetos con el típico estilo de Cormac. Me doy cuenta entonces de que no debe de conocerlo muy bien, porque cualquiera cercano a Cormac vería que esto es todo obra suya.

—Así es —responde él. Luego deja de prestar atención a Dawna y recorre la multitud con los ojos, buscando a alguien más importante con quien hablar.

—En realidad —digo yo, pegando una sonrisa a mi cara—, el evento lo ha organizado él.

—Pero Cormac, tienes que dejar que la novia planifique estas cosas. Después de todo, es su boda —Dawna chasquea la lengua al final de la frase para añadir énfasis.

¿Que organice yo el gran día? Ambos haremos todo lo posible por evitarlo.

—¿Te gustaría, Adeline? —me pregunta Cormac, lanzándome una mirada de *donde las dan las toman*. Él también puede fingir ser un novio amantísimo.

—No me atrevería a cuestionar tus deseos —empujo las palabras entre los dientes apretados, sin que desaparezca en ningún momento la sonrisa de mi cara.

—Ya veo cómo te pescó, Cormac —exclama Dawna, golpeándome el hombro—. Eres una chica con suerte.

—Claro que lo soy —mascullo mientras me aliso una arruga del largo guante de satén.

—Son adorables —Dawna desliza la mano sobre mi muñeca—. ¿Es que se van a poner otra vez de moda los guantes?

Lanzo una mirada a Cormac, pero está ocupado inspeccionando la multitud.

—Eso me han dicho.

—Pues tendré que conseguir un par —dice ella.

—Perdónanos, estoy viendo al ministro... —Cormac no se molesta en terminar la excusa y me arrastra lejos de las garras de Dawna. En cuanto nos encontramos a una distancia prudencial, me retuerce la muñeca—. Deja de decirle a todo el mundo que no quieres casarte conmigo.

Tiro para soltarme de su mano, pero no lo consigo.

—No le he dicho eso a nadie, y de momento sólo hemos hablado con una persona. No seas dramático, querido.

—Necesitamos que los cuatro sectores estén concentrados en la boda...

—Tres —le recuerdo con suavidad—. Ahora hay tres sectores.

—Por supuesto —replica. Se tira de la pajarita, pero le aparto la mano.

—No te la desanudes. La gente imaginará que estás ya borracho y entonces pensarán que eres *tú* el que no quiere casarse *conmigo*.

—Qué complicado, ¿verdad? —pregunta Cormac.

—¿El qué?

—Fingir que deseas casarte con alguien. Estresante incluso.

Antes de que rompamos la relación en nuestra propia fiesta de compromiso, se acerca un grupo de hombres.

—Permanece callada y sonrío —me ordena.

Gracias por recordármelo. Esto está resultando peor de lo que había temido.

Pierdo la noción de quién es quién y quién dirige qué, hasta que finalmente desisto de acordarme de cada persona nueva. Siento una punzada al recordar que era Enora la que me ayudaba con todo esto, pero han pasado demasiadas cosas desde entonces. Y ahora no está cerca para echarme una mano. Me fijo en la multitud. Da la impresión de que, en los dos años que he estado fuera de Arras, Cormac hubiera limpiado la casa. Por el rabillo del ojo distingo a Alixandra, vigilándome. No podría escaparme de Cormac aunque lo intentara.

Me planteo acercarme a ella. Es la única persona a la que conozco. Aunque, después de casi una semana bajo su protección, he descubierto que Alixandra no es muy habladora. Cuando estamos juntas viste como una tejedora, y según la versión oficial es mi asistente personal. Pero todo el mundo sabe que se trata de mi servicio de vigilancia. Permanece siempre al acecho (incluso vestida con traje de noche) aunque todavía no me trago que Cormac esté preocupado por mi seguridad. Ella no es mi guardaespaldas.

Es mi carabina.

Alixandra es menuda, y tiene el pelo largo y rubio y la nariz diminuta. No le va a resultar difícil pasar desapercibida, y me cuesta creer que, llegado el caso, sea capaz de luchar. Aunque las apariencias pueden resultar engañosas. Si Cormac confía en ella, tiene que ser letal. Poco más sé de ella.

La tarde que nos conocimos me recorrió con la mirada, evaluándome con desinterés. Tuve la clara impresión de haber suspendido cualquier examen al que me

hubiera sometido.

—Soy Adelize —dije por fin, mientras ella continuaba observándome. Extendí la mano, sintiendo que era lo correcto.

Alixandra no me la estrechó. En lugar de eso, empezó a pasearse a mi alrededor.

—Así que escapaste de la Corporación —dijo con voz fría.

—No me interesa hablar de mi vida contigo —si ella quería remover el pasado, yo no tenía por qué participar, pero aun así deslicé los dedos por la marca de mi muñeca para tranquilizarme.

—A mí no me interesan tus comentarios mordaces —dijo ella sin elevar en ningún momento la voz por encima del mismo tono uniforme—. Huiste con dos chicos.

—De hecho, hermanos —respondí. No tenía ni idea de por qué insistía en hablar de aquello.

—Sí, lo sé —Alixandra se detuvo frente a mí. Tenemos más o menos la misma altura, pero algo fiero en sus ojos me empujó a retroceder—. Me sorprende que Cormac se vaya a casar contigo.

—Bienvenida al club —exclamé, y me mordí un labio. Gran parte de la gente se muestra amable delante de mí, pero sé que la mayoría de Arras no aprueba que Cormac se case con alguien tan joven como yo. Alixandra fue la primera persona que lo expresó.

—Me refiero a que no puede estar seguro de que hayas mantenido los estándares de pureza mientras correteabas por la Tierra, ¿no?

—Sí puede —repliqué, alzando la barbilla con altivez—, porque lo hice.

—¿De verdad? —preguntó ella.

—Sí.

—He visto a esos chicos, y me sorprende —la conversación no fue en absoluto amistosa. No me quedó claro si me creyó respecto a los estándares de pureza, y por supuesto no comprendí por qué le preocupaba.

—Debes entender que no soy tu amiga, Adelize —me dijo Alixandra—. Mi trabajo es vigilar tu seguridad y alejarte de los problemas.

—No estoy planeando meterme en problemas —respondí. Así era. Empeorar la situación en el coventri o en Arras no entraba dentro de mis planes. No había regresado para crear conflictos. Y sabía que, si quería mantener a salvo a mis seres queridos, tenía que seguir la corriente.

—Me alegra oír eso, pero de todos modos no apartaré los ojos de ti —me advirtió. Alixandra no me apreciaba en absoluto. Eso estaba claro.

—¿Estarás conmigo en todo momento?

—Sí, son órdenes de Cormac —respondió Alixandra.

—¿Y una vez que estemos casados?

—Haré lo que él me pida. Aunque yo no contaría con que relaje la seguridad en torno a ti, especialmente cuando lleguen los niños.

Sentí náuseas, pero las contuve con la mano. En nuestras conversaciones no se habían mencionado los niños.

—No parece deseosa de tener hijos —comentó Alixandra.

No lo estaba.

—Está pasando todo muy deprisa. Son demasiado cosas que asimilar.

—Cormac querrá un heredero, por supuesto, y luego... —sus palabras se desvanecieron y dejó la frase sin acabar.

Quería qué continuara, pero me sentía incapaz de digerir más comentarios sobre mi futuro con Cormac. Después de aquello, evité la conversación.

—¡Adelice! —la voz de Cormac me devuelve al presente, y pestañeo al mirarlo—. El ministro Swander te ha pedido que bailes con él.

—Por supuesto —murmuro, tratando de recordar quién es el ministro Swander. El apellido me suena familiar, pero me sorprende ver que se adelanta hacia mí un hombre joven y atractivo. Me viene a la memoria la última fiesta a la que asistí en el coventri —cuando Erik me recordó que todos los oficiales estaban casados—. La mujer de Swander no debe de andar lejos. Tomo su mano, dispuesta a terminar rápidamente con esto.

El ministro Swander me conduce hasta la pista de baile y deja suficiente hueco entre los dos mientras baila de modo formal, es decir, con rigidez. Por un instante me gustaría estar bailando con Erik, pero alejo de inmediato el pensamiento de mi mente. Entonces me doy cuenta de que, con cada cuidadoso paso, el ministro me está dirigiendo hacia el otro lado de la pista de baile, cada vez más lejos de Cormac.

—Cormac ha conseguido por fin una nueva maestra de crewel —dice con tono desenfadado.

Le observo detenidamente. Es justo como imagino a Cormac a la misma edad. Demasiado superficial y con una sonrisa demasiado fácil.

—Supongo que sí —respondo—. Perdona mi atrevimiento, pero parece un poco joven para ser ministro.

—Y usted demasiado joven para ser maestra de crewel.

—En eso tiene razón.

—Nací en una familia dedicada al servicio ministerial —me explica—. Mi padre era funcionario.

—¿Era? —pregunto.

Un gesto de confusión recorre el rostro del ministro.

—Murió.

—Lo siento.

—No tiene por qué —agita la mano para quitar importancia al asunto, como alguien que nunca hubiera llorado la pérdida.

—¿No tenían buena relación? —sugiero.

—Sí, la teníamos —asegura el ministro—, pero la vida es así.

En absoluto, pienso. No para la Corporación. Los funcionarios no mueren sin más

y los ministros no olvidan lo sucedido.

—¿Cómo murió su padre? —insisto.

—De viejo, por supuesto.

Veo que no voy a sacarle nada, así que cambio de tema.

—¿Ha venido su esposa? —pregunto.

—No estoy casado —responde.

No puedo evitar comentar:

—Qué inusual.

—Supongo que estuve casado, pero mi esposa ya no está conmigo —confiesa a trompicones, y parpadea como si tratara de aclarar su mente.

De repente, sé dónde he escuchado ese apellido. Regresa a mi mente un antiguo recuerdo y noto un retortijón en el estómago.

La profesora ha tenido un accidente.

Fue lo que nos contó Amie. Antes de que pueda calmarme, el ministro se detiene y aparta las manos de mí.

—La pieza ha terminado. Supongo que tendremos que regresar junto a su prometido —me ofrece el brazo. Su mirada continúa perdida, como si buscara algo en la distancia mientras me conduce hasta donde se encuentra Cormac. Le agradece el baile.

—De nada —responde Cormac—. Daba la impresión de que tuvierais una conversación agradable —creo que quiere saber lo que me estaba diciendo el ministro. Claro que quiere.

—Me estaba contando cómo murió su padre —le confieso.

—¿De verdad? —pregunta Cormac. No sé cómo interpretar su reacción.

—En realidad, estaba *a punto* de explicármelo —añado, y me vuelvo hacia el ministro Swander con expectación.

—Perdónenme, estoy viendo a Brient —responde el ministro, eludiendo mi pregunta una vez más—. Gracias por el agradable baile.

Se aleja a toda velocidad, y me doy cuenta de que se encamina directamente al baño.

—¿Cómo murió su padre? —le pregunto a Cormac—. Pensaba que la Corporación había acabado con ese inconveniente.

—Aún morimos, Adelize —masculla Cormac.

—No me digas.

—La muerte es un asunto complicado. Aparece con muchas caras.

Me pregunto qué cara tendrá la muerte cuando visite a Cormac. Me pregunto si se parecerá a mí.

—¿Y su esposa?

Cormac se encoge de hombros.

—Tuvo un accidente —le recuerdo—. Le diste un castigo ejemplar.

Me acuerdo del respetuoso relato de Amie sobre su maestra en la mesa de nuestro

comedor. Me acuerdo del temor susurrante en las voces de mis padres. Me acuerdo de todo lo sucedido aquella noche.

—Te encantan las historietas —protesta Cormac, agarrándome del codo y apartándome del alcance de oídos curiosos.

—La verdad es mucho más interesante —respondo en voz baja.

—Descubrir la verdad cuesta —me advierte—. Algún día, cuando hayas vivido toda una vida, lo entenderás.

—¿Y cuánto tiempo tardarás tú en darte cuenta de eso?

Me lanza una mirada asesina, y me escabullo hacia la multitud, con el corazón aporreándome el pecho mientras mi pasado y mi presente colisionan.



La cena consta de varios platos. El primero es la sopa de cebolla que detesto. La sorbo ruidosamente, fingiendo disfrutar cada cucharada. Cormac hace caso omiso y charla con los demás invitados de la mesa. Luego picoteo un poco de faisán asado, pero al final lo dejo.

—¿Cuándo es la boda? —me pregunta la esposa de uno de los ministros desde el otro lado de la mesa.

Pestañeo. No hemos fijado ninguna fecha, lo que me parece bien. De este modo Cormac dispone de más tiempo para aprovechar la distracción, y yo de más tiempo para descubrir qué me está ocultando.

—No estoy segura —respondo con voz almibarada—. En este momento Cormac está pendiente de otros asuntos. No querría distraerlo con mis estúpidos planes de boda.

La mano de Cormac aterriza en mi pierna y me aprieta con fuerza. Es una advertencia.

—Pero debes de estar nerviosa —la mujer coloca las manos juntas bajo su barbilla, y su rostro adquiere una expresión soñadora.

—Lo estoy —miento—. Espero que sea pronto.

Cormac se inclina hacia mí.

—No querría hacerte esperar mucho.

Fuerzo una sonrisa, esperando que parezca real. Sus palabras no me tranquilizan.

Cormac se pone en pie, alza su copa de champán y espera a que las demás mesas queden en silencio. Algunas personas golpean las copas con el tenedor y muy pronto todas las miradas están fijas en él. Las conversaciones van apagándose, pero diviso a varias personas susurrando e incluso a unas cuantas que ponen cara de fastidio.

—Amigos —comienza Cormac—, me honra poder disfrutar de vuestra compañía esta noche.

Supongo que quienes recibieron la invitación no tuvieron otra opción que acudir.

—Mi bella futura esposa y yo estamos ansiosos por inaugurar una nueva etapa en Arras. La unión de la Corporación y el coventri en un matrimonio es algo, digamos, sin precedentes.

Antes de continuar, Cormac espera a que se atenúen las escasas risas que ha provocado su comentario.

—Nuestra gran nación está cambiando, algo de lo que se da cuenta hasta un viejo solterón como yo. He estado casado con mi trabajo durante mucho tiempo, pero Adelice me ha enseñado que es necesario reajustar los valores y las prioridades. No debemos subestimar la importancia de la familia, y estoy deseoso de poder contribuir finalmente —guiña un ojo— a resaltar el papel de la familia en Arras. Con ayuda de mi encantadora prometida, por supuesto.

Intento taparme la cara con la servilleta. Tal vez parezca que estoy llorando, porque la mujer que está sentada a mi lado me da una palmadita en el hombro.

—Así que levantad, por favor, vuestras copas para brindar por la bella e inteligente Adelice. La mujer que me ha robado el corazón de tal modo que he sido incapaz de dejarla escapar.

Jamás se había dicho verdad tan grande. Levanto mi copa, pero no me da tiempo a llevármela a los labios. Se produce una explosión en el salón que me lanza contra la mesa. La multitud escapa aterrada, y miro hacia donde se encontraba Cormac hace unos segundos.

Pero ha desaparecido.

QUINCE

La humareda se extiende por el salón de baile mientras la gente se dirige hacia la salida tosiendo y dando tumbos. Derriban a una mujer pero nadie la ayuda a levantarse, demasiado preocupado todo el mundo por sus propias posibilidades de morir como para darse cuenta. Me abro paso entre la multitud, tratando de llegar hasta ella, pero la muchedumbre me aleja a empujones. Alixandra me saca del barullo de un tirón.

—¿Qué está pasando? —le pregunto. Me ahogo con el humo que me abrasa la nariz y la garganta. Me deja sabor a ceniza en la lengua y tengo la boca tan reseca que soy incapaz de tragar para quitármelo.

Alixandra me manda callar, y se asoma al otro lado de la puerta para echar un vistazo al caos.

—No veo a Cormac —lo dice de manera fría, como un mero hecho: no hay emoción ninguna, ni siquiera ira o inquietud. Es sólo parte de su trabajo. Ha protegido una mercancía valiosa y ahora tiene que ocuparse de la siguiente.

—Deberíamos buscarlo —hago intención de franquear la puerta.

—No, mi responsabilidad es protegerte a ti.

—Está bien —desisto, y me apoyo contra la pared—, pero dime al menos de qué necesito protegerme.

—De los revolucionarios, por supuesto. No habíamos tenido ningún problema desde que Cormac resolvió el asunto del sector este, pero esto es un ataque organizado.

—¿Es el Plan? —intento que la esperanza no inunde mi voz. No sólo porque no me apetece que Alixandra la note, sino porque no quiero hacerme ilusiones.

—¿Aquí arriba? De ninguna manera.

—¿Entonces, hay otra revolución en Arras? —pregunto, haciéndome la tonta.

—Me comentaron que habías presenciado la amputación del sector este — Alixandra me contempla como si yo fuera un pequeño insecto que no sabe si ignorar o aplastar.

—Y a mí me comentaron que aquello había sido un incidente aislado y que la cuarentena evitaría que se extendiera a los demás sectores.

Alixandra deja escapar un resoplido.

—No creas todo lo que te digan.

—¿Entonces, la revuelta es general?

—Pregúntale a Cormac cuántos sectores había cuando crearon Arras.

—¡Espera! ¿Qué?

Pero Alixandra vuelve a ignorarme. Se levanta la falda y deja a la vista la funda que lleva amarrada en torno al muslo, de la que saca una pistola compacta. Ladea la cabeza y solicita un vehículo.

—Pero seguimos sin saber dónde está Cormac —le recuerdo. En realidad no

estoy preocupada por su seguridad, aunque a una pequeña parte de mí le inquieta el caos que se produciría si lo asesinaran.

—Mi prioridad eres tú. Cormac dispone de su propio equipo de seguridad. De hecho, es probable que ya se haya marchado —dice ella.

—Pero...

Alixandra levanta un dedo y establece otra comunicación.

—Prioridad uno. Acceso Alfa Dos.

Mientras indica el código de seguridad, se aleja un poco de la puerta y veo mi oportunidad. Antes de que pueda detenerme, me lanzo de nuevo hacia la estancia repleta de humo. Hay varias personas desplomadas en el suelo, pero aparte de eso el salón está desierto. La persistente neblina me escuece en los ojos, pero sigo avanzando, buscando a Cormac, sin estar segura de si quiero encontrarlo entre los que yacen en el suelo.

El sonido del percutor de una pistola me detiene en seco. Levanto las manos con actitud teatral.

—Me has pillado —le digo a Alixandra.

—Date la vuelta —me ordena una voz masculina, y me invade un terror helado. El hombre lleva puesta una máscara de gas y no veo su cara. Lo que sí veo es con lo que me apunta a la frente.

En cuanto me vuelvo hacia él, relaja la mano sobre el arma. Pero, antes de que pueda decir nada, Alixandra le golpea la cabeza con su pistola.

—Ven aquí —exclama, y me agarra del brazo—. ¿Es que quieres que te maten?

—Iba a bajar la pistola —le digo, tratando de sobreponerme a la confusión.

—Es un alivio saber que un grupo de mercenarios armados no disparará a una chica inocente —se burla, y me arrastra de nuevo hacia la salida.

—No ha sido sólo eso. Daba la impresión de que quisiera algo de mí.

—Probablemente, y probablemente no fuera nada agradable —dice Alixandra. En el exterior, nuestro vehículo se detiene con un chirrido y dos oficiales con chalecos antibalas salen apresuradamente para ayudarnos a entrar en la parte trasera de la camioneta. Alixandra me empuja dentro antes de que pueda protestar.

—Nuestras órdenes son escoltar a la señorita Lewys hasta la residencia privada del ministro Patton —nos informa uno de los guardias.

—Mira, Adeline —masculla Alixandra con una lúgubre sonrisa—, vas a tu casa.



La casa de Cormac está situada sobre una colina, con vistas a la ciudad de Cypress. Es una combinación desordenada de cristal y vigas de acero que sobresalen en extraños ángulos. Cuando nos acercamos, veo a Cormac a través de la ventana, caminando de un lado a otro. El interior carece de muebles. El eco de nuestros pasos

sobre los suelos de pizarra inunda el amplio vestíbulo vacío, y el olor a lejía impregna el aire, sin duda un efecto secundario de mantener las superficies tan resplandecientes e impolutas. No hay fotografías ni obras de arte. Ningún indicio de que el hombre que aquí habita haya tenido una vida extraordinaria. Tal vez Cormac conozca la insignificancia de los objetos materiales en un mundo donde todo puede crearse. O tal vez no tenga nada por lo que sienta apego, incluso después de doscientos años.

Los oficiales me conducen a través de tres puertas de seguridad distintas. Y, en cuanto nos dejan a Alixandra y a mí en nuestro destino, se marchan.

—Estoy bien —respondo cuando Cormac me pregunta cómo me encuentro—. No te preocupes por mí.

—Sabía que Alixandra te sacaría de allí —añade, casi a modo de disculpa.

—Regresé a por ti —le recrimino.

—Eso fue una estupidez.

—No te preocupes. He aprendido la lección —le digo—. No volverá a suceder.

—¿Y por qué apartaste los ojos de ella? —le pregunta a Alixandra.

—Es rápida y no escucha —responde ella.

Pienso con gusto que eso es quedarse corta.

—¿Qué sabes del ataque? —continúa Cormac.

—El equipo de seguridad está barriendo la zona —le informa Alixandra—. Si los revolucionarios han logrado entrar, supongo que tendrán un contacto dentro.

—Habrá que desactivar al personal que hemos empleado esta noche.

—¿Señor? —Alixandra palidece visiblemente ante la amenaza de Cormac.

—A ti no —ruge él—. Quiero que compruebes los refuerzos que instalamos y que vuelvas a revisar el coventri...

—Le aseguro que el coventri es inexpugnable desde dentro y desde fuera —le interrumpe Alixandra.

—Compruébalo otra vez —le ordena Cormac con impaciencia.

Cormac me indica con un gesto que tome asiento y Alixandra abandona la habitación para realizar sus llamadas. No ha dejado de caminar de un lado a otro desde que lo divisé a través de la ventana. Tiene la pajarita desanudada y no lleva chaqueta. Jamás lo había visto tan desaliñado. Debo admitir que ha soportado mucho esta noche.

—Tenemos que asumir que ha sido un intento de asesinato —dice Cormac.

Eso suponía.

—Pero desconocemos el objetivo —continúa.

Me quedo mirándolo fijamente.

—Yo tengo una idea bastante aproximada.

—Ahora mismo no estoy para bromas. Esto es serio —exclama él.

—Pues perdona mi forma de hablar, pero lo digo *completamente* en serio. ¿No creerás que andaban detrás de alguien que no fueras tú?

—Podrían andar detrás de *ti* —responde Cormac—. Ahora eres un objetivo de

perfil alto y tu muerte causaría un gran disgusto entre la población.

Pienso de nuevo en el hombre con la máscara de gas. Sin duda estaba bajando el arma.

—No iban a por mí.

—Eso da igual.

—Yo en tu lugar me concentraría en cómo entraron en el salón de baile —había seguridad por todas partes. Cormac no puede confiar ya en sus propios hombres.

—Alixandra y yo nos ocuparemos de esos asuntos —dice Cormac—. Ha llegado el momento de tomar medidas drásticas.

—La última vez que tomaste una medida drástica Arras perdió un sector entero —exclamo furiosa.

—Esta vez mi decisión traerá unión —me asegura—, no destrucción.

No me gusta cómo suena eso.

—Voy a adelantar la boda —anuncia Cormac.

—¿Por qué? —pregunto. Honestamente, es lo último que esperaba escuchar, y lo último que según mi opinión debería preocuparnos.

—Para enviar a Arras un claro mensaje de que nos encontramos en un momento feliz.

—Oh, sin duda —digo con voz monótona—. ¿Y por qué no modificar sin más a todo el mundo?

—No se trata únicamente de un mensaje para la población.

—Es también una advertencia para los terroristas —adivino.

—Exacto. Quiero que sepan que no me asustan.

Y, aun así, ésta es claramente la reacción de un hombre desesperado. Sin duda, los revolucionarios lo interpretarán así.

—¿Y cuándo será? —le pregunto.

—Estaba pensado en la semana que viene, en cuanto Alixandra haya confirmado la estabilidad de las nuevas medidas de seguridad.

—¿La semana que viene? —trato de hacerme a la idea. La boda con Cormac me daría acceso a su casa, su oficina, su vida. Todo lo que necesito y todo lo que detesto.

—Permanecerás en el coventri hasta que el personal de seguridad esté preparado para transferirte hasta aquí —me informa—. Aprovecha para despedirte de Amie.

—Pero asistirá a la boda, ¿no? —la pregunta me oprime la garganta.

—De ninguna manera —responde Cormac con un gruñido.

—¿Por qué quieres castigarla? Ella no tiene nada que ver con esto —mis palabras suenan densas, recubiertas por una mezcla de miedo, ira y decepción.

—Alguien ha intentado asesinarte esta noche —me recuerda—. No pondré a Amie en peligro. Final de la discusión.

Me quedo petrificada, sin entender por qué a Cormac Patton le preocupa lo que pueda sucederle a mi hermana. Sé que algo no cuadra, pero soy incapaz de descubrir qué.

—Ella no está en peligro.

Cormac golpea su silla con el puño.

—Eso lo decidiré yo. No arriesgaremos la vida de Amie.

—¿Para que puedas utilizarla en mi contra? —sugiero, fulminándole con la mirada y crispando los dedos dentro de los guantes.

—Tú no eres el centro de todo, Adeline.

—¿Y por qué te preocupa mi hermana?

Se presiona la sien con el dedo índice.

—Crees que soy un insensible, pero tal vez me comprendas cuando estemos casados. Afortunadamente, será en menos de una semana.

Ahogo un grito ante este nuevo cambio de planes.

—No estoy preparada.

—Es hora de crecer, Adeline.

—No espero que lo entiendas —respondo con voz apagada, no para polemizar, sino porque es verdad. Pensé que dispondría de más tiempo. Tiempo para olvidar a Erik. O al menos para encontrar otra manera de detener a Cormac.

—¿Por qué? ¿Porque te debes a tu *destino*? —se burla—. ¿Porque eres el Whorl?

—Yo no pedí serlo.

—¿Crees que porque un loco te puso un apodo eres alguien especial? —pregunta. Entonces, me agarra y me empuja contra la pared—. Yo decido quién es especial en este mundo.

—Lo que tú haces es mucho peor que tomar una simple decisión —me aferro a la pared que tengo a la espalda. Ya no puedo aguantarme—. Tú distorsionas la realidad, Cormac. La realidad, la naturaleza, y lo peor de todo: a la gente. En especial a ti.

—Y ahora el Whorl va a detenerme, ¿verdad?

Sopeso la sugerencia. Quiero detenerlo. Necesito hacerlo.

—Creo que nada podrá pararte los pies.

Excepto una cosa.

Lanzo los dedos hacia él para agarrar sus hebras. Si consigo sujetarlas del modo adecuado, quedará bajo mi control.

Lo único que hará falta después será manipularlo. Una vez que esté en mis manos, podré incluso acabar con él. Las posibilidades son infinitas. Sólo tenía que darme cuenta de que jamás se redimiría —que no quiere hacerlo.

Pero mis dedos topan con su camisa.

En vez de desgarrarla y atravesar la materia de la que está compuesto Cormac, mis dedos chocan y les recorre un ardor. Retrocedo y noto llamaradas bajo la piel. Trato de quitarme los guantes de satén, pero Cormac me agarra las muñecas, sujetándomelas con fuerza.

—¿Crees que soy tan estúpido como para acercarme a ti sin protección? —pregunta.

—¿Son calibradores? —exclamo, y Cormac asiente con la cabeza—. Entonces,

adiós a la confianza.

—No te creas la protagonista de esta historia, Adeline. Esto no es una relación basada en la confianza. Jamás lo será —dice él—. En el Coventry te esperan más guantes. Los llevarás siempre que estés en mi presencia hasta que encuentre una solución más permanente.

Su amenaza me provoca un temblor por todo el cuerpo.

—¿Y si no lo hago?

—Estoy protegido. Recuérdalo —me advierte.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz.

—¿Cuál es tu plan? ¿Matarme? ¿Tomar mi aspecto? ¿Modificar mi memoria? —se carcajea y retrocede hasta llegar a la repisa de la chimenea.

Así que ha sabido todo el tiempo que tenía intención de modificarlo. Mostré mis cartas cuando atacé a Kincaid, y Cormac ha sido lo bastante inteligente para protegerse incluso después de nuestro acuerdo.

—¿Aún quieres mantener esta farsa?

—Ni te imaginas lo lejos que estaría dispuesto a llegar por Arras —entonces se acuclilla, alarga el brazo hacia la hoguera, coloca la mano en el fuego y retira un pedazo de madera mientras yo lo contemplo, incapaz de reaccionar.

Se levanta, se vuelve hacia mí y aprieta el ardiente tronco entre las manos hasta que se convierte en ceniza y ennegrece sus palmas abrasadas. Está por encima de todo lo mortal, incluido el dolor. Ha evolucionado más allá de todo ello.

En vez de quedarme apoyada en la pared, me lanzo hacia él y le golpeo el pecho con un dedo.

—Llegaré un día, Cormac, en que ninguna tecnología te salve, y no sólo estaré ahí para verlo, sino que tu vida estará entre mis manos.

—No tienes ni idea de a quién te enfrentas —gruñe Cormac, pero no vuelve a tocarme. Luego llama al mayordomo para que le traiga unos parches de renovación. El personal de seguridad llega poco después para escoltarme hasta la estación de transposiciones. Antes de marcharme, Cormac aparta la mirada de sus heridas y sonrío.

—Buenas noches, Adeline. Te veré por la mañana.

La despedida es casi dulce, así que asiento con la cabeza, notando una enorme confusión en mi interior. Mientras subo las escaleras seguida por un guardia, ese sentimiento se transforma en miedo.

Si yo fuera realmente el Whorl, podría salvar lo que me rodea. Pero se está desmoronando todo. Incluso Cormac.

DIECISÉIS

Amie deambula por mi apartamento mientras los criados entran y salen apresuradamente y llenan mis baúles con todo lo necesario para la boda, que se celebrará en el sector norte. Se esfuerza por parecer entusiasmada, pero la alegría no llega a sus ojos. En cuanto regresé de la fiesta de compromiso, Cormac le envió un telecomunicado con la noticia de que no podría asistir a la boda, dejándome a mí la tarea de lidiar con su decepción durante los últimos dos días. En su mensaje Cormac le explicaba que era demasiado joven para asistir a un acto político.

Por una vez, ha llamado a las cosas por su nombre. Después de todo, nuestro compromiso es una cuestión política.

—No vas a perderte nada —le aseguro—. Un montón de ministros estirados y sus esposas, compitiendo entre ellos por el título de mayor adulator.

—Oh, lo sé —responde ella, pero entre sus palabras intercala suspiros—. Podré verlo en la Continua. Aparecerás en la alfombra púrpura. Cormac me prometió que grabarían todo el evento.

La admiración tiñe sus palabras, y me estremezco. Yo ya no soy la niña que veía con júbilo la alfombra púrpura en el salón de mi casa. Ahora sé guardar el equilibrio sobre unos tacones y esquivar ministros borrachos con manos largas. Pero miro el rostro de Amie y de repente me entran ganas de poder disfrutar de todo esto. Finjo sentirme aturdida, aunque sólo sea para alegrarla un rato.

—¿Y si tropiezo? —le pregunto, dejándome caer en la cama y abriendo los ojos de forma exagerada.

—Deberías practicar —Amie coge unos zapatos de tacón de una estantería abarrotada y los lanza a mi lado—. Enséñame cómo se hace.

Deslizo los pies dentro, empezando por el izquierdo. Busco cualquier indicio de que Amie haya reconocido este antiguo ritual de nuestra madre y nuestras abuelas, pero su rostro no refleja nada.

—¿Llevarás guantes? —coge un par de pequeños guantes blancos.

—Se han puesto otra vez de moda —comento con voz tensa.

—Tendré que conseguir unos —responde ella mientras los deja de nuevo sobre la cama.

Me muerdo el labio con tal fuerza que noto sabor metálico en la lengua. Las órdenes de Cormac fueron claras. Tendré que ponérmelos en cuanto abandone el recinto del coventri. No ha vuelto a mencionar la solución permanente que mutilará mis habilidades para siempre, y espero que de momento los guantes le apacigüen. De cualquier modo, cuando me marche, perderé el tacto. No volveré a tocar nada realmente. Me robará mi sentido más poderoso, con un par de guantes o una modificación. Lo único que conservaré será el recuerdo del cosquilleo que me producía el tejido en la punta de los dedos, y de la presión de los cálidos dedos de Erik entrelazados con los míos.

—¿Regresarás? —me pregunta Amie, devolviéndome al presente.

—Cormac quiere que viva con él en el sector norte —respondo, conteniendo las lágrimas.

—Oh —Amie se desinfla un poco, así que tomo su mano.

—Podrás mudarte con nosotros en cuanto se haya acabado la tontería de la boda.

—¿Me lo prometes?

—Sí —lo digo en serio. Si esto sigue adelante, tal vez pueda reconstruir un poco mi familia. Pero cuando Pryana entra en la habitación, la miro con la esperanza de que me traiga algún mensaje del Plan; deben de conocer la intención de Cormac. Ella niega ligeramente con la cabeza, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¡Pryana! —Amie se levanta de un salto y corre a saludarla—. Adelize dice que podré vivir con ella y Cormac en el sector norte.

—Enhorabuena —las palabras de Pryana suenan forzadas y, cuando nuestras miradas se encuentran, el reproche arde en sus ojos, aunque se esfuerce por ocultarlo. Le estoy arrebatando otra hermana.

—¿Vienes a darme algún consejo conyugal? —le pregunto, intentando relajar el ambiente—. Habla ahora o calla para siempre.

—No, te he traído un regalo —Pryana me alarga una pequeña caja envuelta—. Ábrelo en privado. No quiero que tu hermana *se sonroje*.

Amie simula taparse los oídos, pero le aparto las manos y finjo una carcajada.

—Gracias —le digo a Pryana, y ella me devuelve una sonrisa tensa.

Se quedan conmigo hasta que a Amie se le cierran los párpados, y entonces Pryana la obliga a ponerse en pie. Abrazo a mi hermana, que es tan alta como yo, y trato de encontrar la manera de despedirme de ella.

Al final le digo las palabras que he guardado en mi interior todo el tiempo.

—Te quiero. Ames.

Ella asiente con la cabeza, llorosa, y tras unos minutos me suelta y se aleja, aunque mantiene los ojos fijos en mí, como si fuera a desvanecerme. No recuerda lo que sucedió la noche de mi recogida, pero las heridas continúan ahí.

Pryana me da un abrazo breve y extraño.

—Abre el regalo en un lugar seguro.

Asiento con la cabeza, abriendo mucho los ojos y sintiendo cómo se me acelera el pulso. La acompaño hasta la puerta con una mezcla de tristeza y esperanza, y en cuanto cierro vuelvo a coger la caja. Me tiemblan los dedos mientras la llevo al baño. Rasgo el papel y descubro otra caja dentro de la primera, como un juguete que tenía de niña. Cuando la saco, lo único que hay dentro es un cubo de cristal con una delicada y resplandeciente hebra plateada en su interior.



A la mañana siguiente me apiño en una diminuta sala de espera junto a veinte miembros del equipo de seguridad y asistentes. A pesar de la aglomeración, nadie habla conmigo. Mi esteticista para el viaje es dicharachera y alegre, y charla distraídamente con las demás chicas que la acompañan como ayudantes. Alixandra vigila desde un rincón, apartada como de costumbre. Pero no sólo de mí, sino de todo el mundo. Los guardias susurran y permanecen alerta. Se puede cortar la tensión que inunda la estancia y nos crispa los nervios a todos. Han pasado sólo unos días desde el ataque en la fiesta, y la sensación es que podría producirse otro en cualquier momento.

La estación de transposiciones del Coventry Oeste está preparada para nuestra marcha y no tenemos que esperar mucho. La mitad del personal de seguridad se adelantará, y la otra mitad vendrá detrás. Me han repetido una docena de veces el programa, las posibles variaciones del programa y las variaciones de las variaciones.

Ni siquiera finjo atender. Voy a casarme con Cormac. Jamás volveré a utilizar mi don. Estas palabras resuenan en mi mente vacía, amenazando con destruir lo poco que me queda. Dedico toda mi energía a conservar la razón.

Mientras finaliza la primera serie de transposiciones, espero sentada y sola, atenta a las noticias que puedan escapar de labios descuidados. En esto me he convertido. En una voluta de humo. En un cero a la izquierda. Obligada a cazar cotilleos —como si sirviera de algo.

—¿Creéis que a cualquier otra tejedora la enviarían con este séquito? —comenta una chica en voz baja. No llega a susurrar, ya que sin duda quiere que la oigan. Un tono de «escucha lo que digo» impregna sus palabras—. Pensaba que estábamos en un periodo de austeridad, pero supongo que eso no te afecta si eres la esposa del primer ministro.

—Futura esposa —la corrige otra chica con voz de posible candidata.

—He oído que Patton se ha vuelto loco —continúa la primera—. Creo que todo esto demuestra lo paranoico que está.

—¡Vaya, yo también lo había oído! Pero dicen que es el favorito para las próximas elecciones.

Me gustaría preguntarles a quién le han escuchado esas cosas, pero permanezco en silencio.

—Creo que pasa algo raro —comenta otra más—. Patton no sólo se ha vuelto loco. Es como si fuera una persona distinta.

—Pues esa persona va a ganar la reelección —gorjea una cuarta.

—Y supongo que todas vosotras tenéis tan buena relación con el *ministro* Patton que estáis al corriente de esas cuestiones —interviene Alixandra, apareciendo detrás del grupo. Su rostro permanece inexpresivo. Me encantaría saber qué está pensando de lo que dicen las chicas pero, como de costumbre, se muestra distante y profesional, y completamente indescifrable.

—Cotillear un poco no hace daño —responde una de las chicas, y deja escapar

una risilla nerviosa como para insinuar que sólo estaban haciendo el tonto.

Alixandra se inclina, la examina y vuelve a enderezarse.

—Hace mucho daño, pero no a la persona de la que se murmura, no sé si me entiendes.

La mayoría asiente con la cabeza pero, en cuanto Alixandra se aleja, la miran con expresión de fastidio. Estoy segura de que Alixandra nota sus gestos, aunque no los vea. Recuerdo la sensación de diminutos puñales clavándose en mi espalda que se convirtió en algo familiar después de mi prueba. Al contrario que a mí, a Alixandra no parece molestarle.

Pero al menos he descubierto una cosa. No soy la única preocupada por los cambios de Cormac Patton. Da la impresión de que los rumores se estén extendiendo. Se empieza a hablar de ello por todas partes. ¿Cómo afectará esto a sus planes? Si la confianza en Cormac ha sido socavada, ¿qué propósito tiene realmente esta boda?

—Puede pasar el siguiente grupo —anuncia la azafata, y consulta una lista en su portafolios.

—Nos toca —dice Alixandra, y me agarra del codo para conducirme hacia la sala de transposiciones. No vamos a utilizar la que conozco de otros envíos, sino una nueva estancia más amplia. Suponía que a Alixandra y a mí nos enviarían desde la misma plataforma, pero veo dos tarimas contiguas.

—Pensé que viajaríamos juntas —comento.

—Así es, pero el procedimiento deben realizarlo dos personas para que sea totalmente seguro —responde con el mismo tono irritado que emplea siempre que le pregunto algo; como si todo lo que saliera de mi boca hiera una completa estupidez.

—Entiendo.

—El ministro Patton se preocupa tanto por tu integridad física como por tu seguridad.

—Apuesto a que sí —mi insustancial comentario recibe una mirada de reproche. Creo que mi sentido del humor no es del gusto de Alixandra.

La azafata nos prepara, soltándonos la misma retahíla de advertencias y recordatorios que he escuchado cada vez que he viajado vía transposición. Asiento con la cabeza, sin prestar apenas atención a sus palabras. No me extraña que me amarre los brazos a la silla.

—¿No vas a ponerme un terrorífico casco metálico? —le pregunto.

La azafata pestaña.

—Estarás sola parte del proceso —me explica Alixandra mientras se acomoda en su asiento—. Podremos vernos, pero técnicamente nos encontraremos en espacios distintos. Así que quiero asegurarme de que no te sucede nada.

—¿Y dónde podría ir? —exclamo. El proceso ya implica suficiente riesgo incluso sin abandonar la plataforma antes de que haya acabado.

—Has protagonizado escapadas increíbles. No puedes reprocharnos que seamos precavidos —dice Alixandra.

—¿Cuánto dura el envío? —le pregunto a la azafata.

—Sólo una hora —responde mientras me coloca una almohada en la espalda. Quiero librarme de estas esposas y de esta extraña postura.

Aunque la almohada *ayuda*. Pienso en la azafata que asistió mi primer envío, la noche de mi recogida. Ella también fue amable y trató de atenuar el pánico que me invadió al verme atada y de camino a una nueva vida. No le pregunté su nombre.

—¿Gracias...? —dejo la pregunta en suspenso entre la chica que me está ayudando y yo.

—Diana —responde.

—Gracias, Diana.

—Ha sido un placer, señorita Lewys —dice ella, y se detiene para añadir el obligatorio—: y mis mejores deseos para su matrimonio.

—Gracias —contesto. Me mira a los ojos y veo comprensión en su mirada. Sabe, como debe de saber todo Arras, que no se trata de un matrimonio por amor. Cormac está tomando una esposa. Me está tomando a mí.

Y antes de que pueda hacerme a la idea —de que me dirijo a mi boda con Cormac Patton—, Diana abandona la estancia y empieza la cuenta atrás en el reloj.

—¿Podré hablar contigo durante el proceso? —le pregunto a Alixandra. Los envíos siguen poniéndome algo nerviosa.

—¿Por qué íbamos a querer hablar?

—Déjalo —respondo.

—¿Necesitas decirme algo, Adelice?

—Me mareo un poco —admito—, y tal vez me ayude tener alguien con quien distraerme.

Mi sugerencia parece incomodarla.

—Pero olvídalo —no he necesitado la compañía de Alixandra antes, y no la necesito ahora.

—Adelice, mi trabajo es protegerte, y no sólo para Cormac —dice ella, haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas. Nos miramos un instante a los ojos y su calculada serenidad desaparece, dejándome entrever cierta vulnerabilidad.

—¿Pues para quién lo haces? —le pregunto.

Su rostro recupera la máscara mientras alcanza un *Boletín* de la mesa de la plataforma.

—Para los habitantes de Arras, por supuesto. Te has convertido en una especie de símbolo para ellos.

—No te creo —exclamo, pero Alixandra sólo se encoge de hombros. De ella no voy a conseguir respuestas.

¿Y cómo debería sentirme respecto a lo de ser un símbolo? En primer lugar, es por razones equivocadas. ¿Qué pensarían mis padres si me convirtiera en el ideal de femineidad en Arras? ¿O Erik? ¿O Jost? ¿O Dante? ¿Cómo se sentirían si asumiera el rol de esposa perfecta y ciudadana obediente? Se suponía que las cosas no iban a

acabar así.

Y no lo harán.

Me concentro en ese pensamiento mientras termina la cuenta atrás en el reloj y empieza a desdibujarse la estancia. Me pregunto a qué tejedora habrán considerado lo suficientemente hábil para acelerar el proceso de envío, y espero que sus dedos tengan tanto talento como aseguran. Acabar partida en dos por alguien que está integrando tu hebra en otra sección de Arras no es mi idea de pasarlo bien.

Las suaves paredes blancas de la sala parpadean, se desvanecen de forma intermitente ante mis ojos, y noto un retortijón en el estómago cuando el vértigo inunda mi cuerpo. Ladeo la cabeza para mirar a Alixandra, que está absorta en su *Boletín*. La veo, pero es como si la contemplara a través de una tela fina y estirada. Estamos en el mismo lugar, pero sin estarlo.

—Alixandra —hago una prueba, pero no responde.

Me dirijo a mi boda con Cormac Patton.

Ha pasado sólo un mes desde que me pidió que me casara con él. Pensé que tardaría en llegar, pero está sucediendo.

Habrà una cena oficial y varias entrevistas para la Continua. El miedo está empezando a fluir por mis venas. Cuando accedí, me pareció una buena idea. Tener acceso ilimitado a Cormac me daría la oportunidad de modificarlo y entrar en el coventri. Pero ahora sé que él también podrá acceder a mí de manera ilimitada. Y que encontrará el modo de reducir mi poder, quizás para siempre. Mis habilidades no sirven de nada ahora que ha encontrado el modo de protegerse de las modificaciones, y muy pronto, estoy segura, me transformará en la esposa perfecta.

Todavía no he asumido por completo que voy a ser su esposa. Desde que me sacaron de mi casa en Romen, en las noches felices me he permitido imaginar que me casaba. Imaginaba cómo sería dormir con mi esposo. Cuando regresé a Arras, traté de evitar esos pensamientos, pero Erik invadía mi mente en los tranquilos instantes previos al sueño. He intentado borrar la fantasía de que, de algún modo, Erik ocuparía conmigo el lecho conyugal, porque sabía que este día llegaría.

Y sabía que resultaría más doloroso cuando tuviera que enfrentarme a mi boda con Cormac.

No me equivocaba.

Me cosquillea una lágrima en la mejilla y trato de limpiármela, olvidando las esposas que amarran mis muñecas. Sigue rodando y se transforma en sal sobre mi cara —una línea invisible que nadie ve, pero que yo noto adherida a la piel, tensa—. El amor ha dejado en mí cientos de diminutas cicatrices que son invisibles, pero se sienten. El rostro de Erik vaga por mi memoria. Cierro los ojos con fuerza y trato de visualizarlo, pero cuanto más lo intento más difícil me resulta. Mi mente me lo está robando, lo esconde para protegerme del dolor que arde en mi pecho y atenaza mis extremidades.

Al abrir los ojos, veo su imagen con más claridad. Es como si lo tuviera delante.

Me doy cuenta de que si quiero conservar a Erik, no debo apartarlo de mí. No puedo ignorar su recuerdo o perderé incluso eso. Porque, cuando abrazo el dolor de nuestra separación —cuando libero su recuerdo—, vuelve a ser real.

Erik me sonríe y yo le devuelvo el gesto, dejando que las lágrimas corran por mi cara. Cuando resulta demasiado doloroso, aparto la mirada.

De repente, veo que Alixandra está fuera de la plataforma.

La miro fijamente. Se supone que no debe abandonar su asiento. Es la regla número uno de las transposiciones.

Al principio creo que me está haciendo señas con la mano, así que niego con la cabeza para decirle que no tengo ni idea de lo que quiere. Apenas puedo mover las manos, pero señalo su silla con un dedo por si acaso está sufriendo algún tipo de locura transitoria que pueda curarse con un simple recordatorio de que debería sentarse.

Entonces me doy cuenta de que está tratando de rasgar la delgada barrera que separa su plataforma de envío de la mía. Me fijo más en su parte de la sala y noto que poco a poco va desapareciendo en dirección a las grises paredes de la estación de Cypress. Alixandra no tarda en empezar a desvanecerse con ella.

No es posible. Nos están enviando juntas. No debería estar esfumándose de mi vista, porque nos dirigimos a la misma sala, a la misma estación. Alixandra me aseguró que no me apartaría de su lado durante el proceso y, mientras asimilo esa idea, su imagen parpadea y se borra por completo.

Sin embargo, en ese último instante que la veo no está gritando ni manoteando. En el segundo previo a que su envío finalice, Alixandra mira a mi espalda y asiente con la cabeza mientras levanta las manos una vez más para rasgar la barrera.

Miro nerviosa a mi alrededor y veo los oscuros contornos de una sala de envío. El reloj de la pared está parado. La estancia está helada.

Pero de pie en medio de todo hay alguien que hace bullir mi sangre.

Erik.

DIECISIETE

No puedo moverme hasta que los últimos fragmentos de la estancia ocupan su lugar. Erik es real. Erik está aquí.

Se acerca con cautela.

Esta vez consigo pronunciar su nombre.

—¿Erik?

Corre hacia mí, me quita las esposas, me levanta y me rodea con un fuerte abrazo. Pero, antes de que pueda empezar a disfrutarlo, me suelta.

No sé dónde estamos ni cómo he llegado hasta aquí. La estancia se encuentra en silencio y extrañamente fría. Mi mente aúna detalles, pero no llega a ninguna conclusión.

—Sígueme —es poco más que una orden, y me quedo paralizada un instante. Pero, cuando Erik abandona la habitación, le sigo a pesar de la sorpresa y la confusión que batallan dentro de mí.

Salgo y accedo a una oficina. No, no es exactamente una oficina. Se parece más a una gran sala de reuniones débilmente iluminada por lámparas y linternas. Antes de que pueda reaccionar, Valery me rodea con sus brazos.

—Lo han conseguido —exclama casi sin aliento.

No estoy completamente segura de a quiénes se refiere, ni de qué han hecho o cómo lo han logrado, pero asiento con la cabeza mientras aprieta mis manos entre las suyas. No ha cambiado nada, aunque no lleva maquillaje y se ha cortado la negra melena a la altura de la barbilla.

—¿Te gusta? —me pregunta, ahuecándose el pelo.

—Sí. Te queda bien —es una conversación completamente irreal. La última vez que vi a Valery fue en Alcatraz y acababa de admitir que nos había traicionado, pero ahora está aquí. Aunque eso no explica exactamente dónde es *aquí*.

—Quítate eso —señala mis guantes.

Tardo un instante en comprender su sugerencia pero, cuando lo logro, me los arranco de las manos sudorosas y los tiro al suelo.

—Gracias —le digo con un nudo en la garganta al empezar a darme cuenta de que soy libre.

Reunidas en torno a una mesa hay una docena de personas que examinan cuidadosamente unos planos y, cuando un hombre se levanta para marcharse, los veo.

Dante y Jost.

Se encuentran los dos aquí.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Erik, agarrándole el brazo. Él me aparta la mano rápidamente, pero estoy segura de haber notado un ligero apretón cuando lo ha hecho.

—La tenemos —anuncia Erik, y todo el mundo se detiene para mirarme. Se escuchan algunos vítores. Hay quienes me observan con curiosidad. Otros no parecen

en absoluto impresionados. Aunque lo único que importa es la sonrisa que se despliega en el rostro de Dante, porque durante un instante me siento como si hubiera regresado a casa.

Se acerca a grandes zancadas y coloca las manos en mis hombros. Aún va vestido con los vaqueros y la camisa que llevaba en Alcatraz, y parece cansado.

—Te noto cambiada —me dice.

—He estado preparándome para convertirme en la mujercita de Cormac — respondo, pero apenas puedo concentrarme en sus palabras. Estoy demasiado ocupada inspeccionando la estancia, tratando de asimilar el increíble cambio de mis circunstancias. No hace ni una hora que estaba de camino a mi boda, y ahora me encuentro aquí, dondequiera que sea.

—Pero no te has casado, ¿verdad? —pregunta Erik, y me parece distinguir una ligera ansiedad en su voz.

—No.

—Gracias a Arras. No quería perderme el feliz acontecimiento —dice Dante.

—¿Esperabas ser el padrino? —le pregunto.

—Tenía intención de oponerme.

—Tú no eras el único —interviene Erik.

—Habéis llegado justo a tiempo —les digo—. Iba de camino a la ceremonia.

—Tuvimos poco tiempo para organizarnos hasta que llegamos aquí —me explica Dante—. Por las líneas temporales relativas, ¿recuerdas?

—Sí, pero ¿*dónde* estamos? —pregunto. Me vuelvo y observo todo lo que me rodea. Me llama la atención una hilera de retratos enmarcados en una pared lejana. Es una habitación común y corriente. Podría tratarse de cualquier sala de reuniones de Arras, pero eso no explica cómo han logrado acceder a Arras mis amigos—. ¿Ésos son primeros ministros?

—Te encuentras en las oficinas del Ministerio Este —me explica Dante.

—El sector este ha sido destruido.

—¿Te crees todo lo que te dice Cormac? —me pregunta. Luego me conduce hasta una ventana que da a un patio y, cuando distingo las fuentes con los elefantes, sé que dice la verdad.

Estuve aquí hace menos de un mes, pero se ha transformado en un verdadero fortín del Plan. Las paredes de la estancia son lo único que me recuerda que esto fue territorio de la Corporación, antes de que Cormac lo destruyera —o más bien pretendiera hacerlo.

—¿Por qué me mentiría Cormac? Me aseguró que había destruido todo el sector. Me obligó a presenciar cómo desaparecía.

—Para asustarte —responde Valery con voz suave—. El miedo es control.

Tiene razón. ¿Cuántas veces me he plegado a los deseos de Cormac para que no se alterara? Me asustaban los estragos que habría causado entre la gente inocente que nos rodeaba. No había pensado que pudiera tratarse de un ardid.

—Cormac aisló el sector, lo que significa que no tardará en morir —añade Dante—. No tuvo que molestarse en destruirlo porque, sin las tejedoras, el sector sólo podrá autoabastecerse unos meses. Si las minas de la Tierra se agotaran, podrían pasar años, puede que décadas o siglos, antes de que su pérdida amenazara a la totalidad de Arras. El sector este, sin embargo, dispone de un tiempo considerablemente menor, porque Cormac no ha dejado ninguna tejedora y los telares están en su mayoría destruidos.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —pregunto.

—Eso depende —responde Dante, y luego señala a Jost y Erik—. Nosotros te seguimos inmediatamente, pero tardamos un poco en establecer comunicación con los que quedaron en la Tierra. Ahora es cuando empezamos a controlar la situación. Por suerte, el Plan se ha extendido por gran parte de Arras, así que logramos reagruparnos rápidamente.

—¿Entonces, estáis aquí desde la separación del sector este? —pregunto.

—Vinimos poco después. Tú ya te habías marchado. Cormac prácticamente nos entregó el lugar. Aquí hemos podido organizarnos sin peligro, pero algunos de los nuestros han llegado en los últimos días. Falon se unió ayer.

Falon levanta la cabeza al oír su nombre, mira fijamente a Dante y aparta los ojos de inmediato. Luego se coloca la oscura melena sobre un hombro para que oculte su rostro como una cortina.

Dante lleva aquí semanas, con Jost y Erik, y yo ni siquiera lo sabía. Me pregunto si Pryana y el Plan del coventri oeste estarían al corriente. Decido que probablemente no. Habría supuesto un riesgo demasiado grande para el núcleo del Plan. Imagino que, cuanto más importante sea una misión, más en secreto debe permanecer.

Parece que tal vez Falon tampoco haya sabido dónde estaba Dante. Reconozco su actitud fría, sobre todo porque Erik también me está haciendo el vacío a mí.

—Tengo un montón de cosas que contaros —trato de concentrarme en algo importante para no pensar en la sensación helada que provoca en mi cuerpo el desdeñoso comportamiento de Erik.

—En breve —responde Dante. Me indica con un gesto que lo acompañe hasta una mesa cercana y, cuando la gente nos abre un hueco, veo que Einstein y Jax están también allí, analizando una ecuación de aspecto complicado garabateada en una hoja de papel. Están ocupados haciendo ajustes, refutando uno los cambios del otro. Es una imagen curiosa: el joven y larguirucho Jax llevando la contraria a Albert, con su rostro arrugado y sus décadas de sabiduría.

—¡Hola! —exclamo, saludándoles con entusiasmo. A pesar de la sorpresa por todo lo que está sucediendo y de la extraña actitud de Erik, estoy realmente contenta de verlos a los dos.

—Mi joven Whorl —responde Albert, y alza sus pobladas cejas al sonreír.

—Hace un mes que me dijiste que era el Whorl, pero aún no comprendo lo que significa —admito mientras me acomodo en la silla que hay junto a él.

—Cada cosa a su tiempo —responde—. Hay muchos temas que tratar.

Entre ellos, por qué Erik está actuando como si no me conociera. O cómo ha logrado el Plan instalar su cuartel general en el sector este sin que Cormac se haya enterado. Pero, sobre todo, cómo han logrado desviar mi envío a pesar de la seguridad que tenía asignada.

—Me imagino que tendrás un millón de preguntas —dice Dante, dejándose caer en la silla que hay frente a mí—, pero estamos en medio de una operación. Cuando recibimos la noticia de que ibas a ser enviada, tuvimos que modificar la estrategia para atraparte.

—¿Cómo lo habéis hecho? —pregunto—. En los últimos días apenas he podido ir al baño sola. Mi envío debía de estar protegido.

—Es casi imposible romper la seguridad de un envío protegido —confirma Dante.

—Lo sé. Pero si es imposible, ¿cómo lo habéis conseguido? —pregunto de nuevo.

—Nada es imposible para una maestra de crewel —responde a mi espalda una voz familiar.

Me giro sobre mi asiento, sabiendo que *esto* sí es imposible... incluso para una maestra de crewel.

—He aprendido algunos trucos nuevos en tu ausencia —añade Loricel.

—¿Como por ejemplo resucitar? —pregunto sin poder contener el tono de sorpresa.

—Ni siquiera yo puedo lograr eso —responde ella. Loricel frunce el ceño y me mira fijamente, como si esperara algo mejor de mí. Sin su traje elegante ni el pelo arreglado me recuerda a mi abuela. Parece haber encogido desde la última vez que la vi, como si el peso de los acontecimientos la hubiera desinflado. Pero sigue pareciéndome la mujer más poderosa que he conocido—. ¿Crees que Cormac tuvo el valor de acabar conmigo?

—Aseguré que lo había hecho —respondo.

—Lo intentó, pero ya conoces a Cormac. Es un acaparador. Si encuentra la más mínima utilidad a algo, lo conserva por si acaso —Loricel me guiña un ojo, pero sin alegría. Diría que prefiere continuar esta conversación en privado.

Me gustaría preguntarle cómo escapó, pero decido esperar a que ella saque el tema.

—¿Qué misión estáis preparando? —pregunto, retomando las palabras de Dante.

—Hemos obtenido datos relevantes de fuentes locales e informes públicos —me explica Dante.

—¿En relación al Protocolo Tres? —espero conseguir por fin alguna respuesta.

—No —contesta Dante lentamente—. ¿Qué sabes del Protocolo Tres?

—Se lo oí mencionar a Cormac. Probablemente no sea nada preocupante —le digo. Dante no parece convencido.

Jost toma la palabra a mi espalda y, a pesar de todo lo que ha sucedido entre nosotros, noto unas diminutas alas agitándose en mi pecho al escuchar su voz.

—Hemos localizado a Sebrina.

Me vuelvo hacia Jost sin saber qué decir. Sus ojos azules se clavan en los míos y descubro fuego en ellos. A su alrededor, el aire está cargado de electricidad esperando ser liberada. Encontrar a Sebrina es lo único que siempre ha deseado, y quiero que lo logre.

—Sabía que la habían retejido en el sector este —le digo. Lo descubrí la noche que escapamos de Arras a la Tierra. Jost llevaba entonces tres años separado de ella, y en todo momento había creído que estaba muerta, víctima de la advertencia de la Corporación al pueblo natal de Jost. Lloré por ambos la noche que Cormac separó el sector este.

—Destruyeron gran parte de los archivos cuando aislaron el sector de Arras —dice Jax, haciendo crujir sus dedos mientras habla—. Tuve que colarme en el ordenador central de la Corporación para recuperar la información. Me llevó un par de días.

Jax lanza una mirada pesarosa a Jost, pero éste hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Lo principal es que la hemos encontrado.

—¿Sigue aquí? —pregunto con un hilo de voz.

Dante asiente con la cabeza.

—Estamos casi seguros de que aún está en el sector este.

—Los ministros que evacuaron la zona dejaron abandonadas incluso a sus familias —comenta Jax.

Eso lo sabía, así que asiento con la cabeza. Me pregunto si Grady acabaría marchándose.

—Escuché a Cormac decirle a un hombre que abandonara a su familia porque podría conseguir una nueva.

—¿Estabas allí? —Erik tensa la mandíbula mientras pregunta.

—No fue decisión mía —replico. Debe quedarle claro que intenté impedir lo sucedido.

—Es evidente que el Protocolo Dos ha dejado en cuarentena a todo el que no fuera oficial de alto rango de la Corporación.

—Deben proteger su secreto —interviene Loricel con voz suave pero cortante.

Me vuelvo hacia ella y la miro de nuevo a los ojos. ¿Significa eso que sabía lo de los funcionarios? ¿Lo ha visto en alguna otra ocasión?

Cuando conocí a Loricel, traté de imaginar cuántos años tendría. Creí haberlo adivinado más o menos tras el breve periodo en el que fue mi mentora en el coventri, pero ya no estoy tan segura. Sigue teniendo la piel fina como el papel, arrugada por la edad, y el mismo pelo plateado. En algún momento, decidió empezar a envejecer en vez de mantener la farsa de la eterna juventud.

—Soy más mayor de lo que piensas —me dice.

Está claro que Loricel recuerda cada instante que hemos compartido. Y mientras pronuncia esas palabras —las mismas que escuché en nuestro primer encuentro—, me doy cuenta de que siempre me ha dicho la verdad.

Pero que yo no la he escuchado.

Loricel sabía cómo actuaba la Corporación y lo lejos que podía llegar la tecnología de la renovación, aunque no me lo contó. Mantuvo oculto el mayor secreto de la Corporación: sus miembros se volvían inmortales a costa de las vidas de otras personas; ampliaban sus propias existencias utilizando las hebras del tiempo de personas cuyas vidas acortaba la Corporación.

—Si Sebrina está ahí fuera —digo, tratando de concentrarme en la tarea que tenemos entre manos y no en las preguntas que abrasan mi mente sobre los secretos de Loricel—, tenemos que ir a buscarla.

A pesar del caos y los preparativos que nos rodean, Dante sonrío. Tiene aspecto de loco. Por eso sé que somos parientes.

—Ése es el siguiente punto en el orden del día, cariño.

DIECIOCHO

Las calles están desiertas, como si los ciudadanos continuaran bajo el toque de queda que Cormac impuso en el sector antes de separarlo de Arras. Pero se nota que la gente ha salido de sus casas. Los escaparates de vidrio de las tiendas crujen hechos añicos bajo nuestros pies. No hay ni una sola ración en la cooperativa de alimentos. Me pregunto cuántas madres y padres se habrán enfrentado entre ellos por la escasa comida almacenada en sus estanterías. Cuánta gente se habrá quedado sin alimentos desde que el sector está en el limbo. Así dejó las cosas Cormac. Cuando amputó el sector delante de mí, pensé que era un monstruo. Pero después de saber que ha abandonado a millones de personas que están pasando hambre en la oscuridad, me planteo si la palabra *monstruo* es suficiente para describirlo.

Cambio mi ropa de viaje y los tacones por algo más práctico: botas y vaqueros. Valery es más baja que yo, y los pantalones y la chaqueta que me ha prestado me quedan un poco cortos y ajustados para sentirme cómoda, pero sigue siendo mejor que correr por ahí con falda y medias.

—Tenemos que actuar deprisa porque estimamos que los recursos se agotarán en sólo dos semanas —me explica Dante.

—¿Y qué pasará luego?

—Que la gente empezará a morir —deja escapar un largo suspiro de frustración—. Debemos evacuar a todo el mundo antes de que llegue ese momento.

—Dante —susurro. No sé si quiero que Jost escuche lo que tengo que decir. Bastante preocupado debe de estar ya por Sebrina—. ¿No te parece que hay demasiado silencio aquí?

Dante responde con un rápido asentimiento de cabeza que los otros no perciben.

—Es el mismo patrón de comportamiento de las personas que quedaron abandonadas en la Tierra después del éxodo. Está claro que ha habido saqueos. Los suministros de alimentos están en su mayoría comprometidos. Pero tienes razón, está todo demasiado tranquilo.

—¿Qué crees que pasa?

—No estoy seguro —dice Dante—. Pero, si la Corporación está implicada, no es ninguna casualidad.

Jost y Erik caminan unos cien metros por delante, atentos a cualquier peligro. Valery avanza entre nosotros y los hermanos Bell. Me gustaría pedirle que se acerque, pero necesito hablar con Dante y aún no sé si confío en ella. Puede que a los demás les haya mostrado fidelidad de algún modo, pero para mí su traición está todavía reciente.

Al contemplar a Jost y Erik en la distancia, no puedo evitar pensar que ambos me están evitando, y aun así verlos trabajar juntos me arranca una sonrisa. Han recuperado la amistad en mi ausencia.

—¿Y esos dos? —hago un gesto hacia los hermanos.

—Parece que hubieran alcanzado algún tipo de acuerdo después de que Cormac te atrapara. Resultó bastante obvio porque dejaron de pelearse constantemente. De hecho, ha sido un alivio.

—Cormac no me atrapó —le corrijo.

—Para un hombre es muy duro admitir que una mujer se haya sacrificado por él —dice Dante—. Para un padre también.

—Qué desperdicio de energía —respondo.

—Mira quién fue a hablar —Dante se ilumina la cara con la linterna y alza una ceja—. Pero no te falta razón.

Jost alza una mano para que nos detengamos. Aminoramos la marcha y esperamos mientras él se interna unos pasos en un callejón. Su cuerpo desaparece tras un edificio, y Erik le sigue. Ambos son engullidos por la oscuridad y, antes de que pueda llamarla, Valery se une a ellos.

—¿Se creen que me voy a quedar aquí esperando y...?

Un grito desgarrador corta la noche.

Dante y yo corremos hacia el callejón y nos detenemos de golpe en la oscura entrada. Delante de nosotros hay una silueta, apenas visible bajo el oscuro cielo. Dante dirige hacia ella la linterna y la recorre con el haz de luz. Es Erik, que agita una mano para que apartemos el foco.

—Recuérdame que hable con él respecto a deambular por callejones oscuros sin linterna —masculla Dante. No apaga la luz, sino que la dirige hacia el suelo.

—Hecho.

Nos acercamos a Erik con cautela, sin saber qué esperar, pero, en cuanto nos ponemos a su altura, la luz de Dante dibuja a Jost acucillado cerca del muro del callejón.

—¿Qué está...? —no me da tiempo a terminar la pregunta porque cuando mis ojos se adaptan a la oscuridad veo que Jost no está solo.

—¡Shhh! —Erik me manda callar, y es entonces cuando oigo las voces. Una suena calmada y tranquilizadora, pero la otra habla a borbotones, entremezclando palabras con risas nerviosas y gemidos.

Me acerco a Jost, pero la mujer con la que está hablando se asusta y empieza a alejarse de prisa por el callejón.

—No os acerquéis más —nos advierte Jost.

Llama a la mujer, pero sólo consigue que ella se aleje más, dando empellones.

—¿Qué está pasando? —pregunta Dante, y dirige la linterna hacia nosotros. La mujer suelta un alarido cuando el resplandor la alcanza, y entonces me doy cuenta de que no es una mujer. Es una chica poco mayor que yo.

Pero su aspecto es horroroso. A la luz, sus pupilas aparecen dilatadas y negras, y eso no es lo más aterrador. Tiene las escleróticas enrojecidas, y la piel de las mandíbulas le cuelga como unos enormes carrillos. Hay una parte que se le ha despegado por completo de la cara, y algo bulle por debajo. No, *se arrastra*. Ella

sisea, gime y suelta carcajadas mientras araña los muros de ladrillo con los dedos. Es como si se estuviera descomponiendo en vida.

—Jost —le llamo lo bastante alto para que me oiga—. Deberíamos marcharnos.

Avanzo un poco con cautela y le rozo el hombro.

—Necesita ayuda —responde él, lanzándome una mirada decepcionada.

—Nosotros no podemos ayudarla —le digo.

—Dante sí —me corrige—, y Erik.

Así que Erik le ha confesado por fin a su hermano que es un sastre.

—Entonces hablemos con ellos —tiro de su brazo para animarle a retroceder hasta donde se encuentran los demás.

Cuando nos reunimos con ellos, Dante y Erik están discutiendo algo con voz sombría. Valery se ha rodeado el pecho con los brazos, y para tranquilizarla le coloco una mano en el hombro. Ella no levanta la mirada, y Dante nos mira con expresión seria.

—Esa chica necesita vuestra ayuda —dice Jost—. Sé que podéis hacer arreglos.

—Jost —Erik pone una mano en el hombro de su hermano—. Mis conocimientos sobre arreglos son muy básicos. No creo que pueda curar un daño... tan extenso.

—Yo modifico por intuición —se disculpa Dante—. Carezco del conocimiento médico o del equipo para un caso tan severo de...

—¿Y ya está? —exclamo, frustrada por la insensibilidad que parecen mostrar. A mi lado, Jost se endereza un poco en respuesta a mi indignación, como si estuviera apoyando físicamente mi postura moral.

—No es sólo eso —Erik hace una pausa—. Jamás había visto unas lesiones como éstas.

—Eso no significa que no puedas arreglarlas —replico con firmeza.

Detrás de nosotros, la chica suelta un gemido que queda estrangulado cuando jadea en busca de aire. Jost se dirige hacia ella, pero Erik le agarra para evitar que la ayude.

La chica alarga las manos hacia nosotros mientras su piel se va descolgando, formando nauseabundos pingajos de carne que llegan hasta el suelo. Sus gemidos se debilitan, retumban en algún profundo hueco de su interior, hasta que se queda en silencio y quieta.

No puedo apartar los ojos de su cuerpo. No he hecho nada para ayudarla. Sólo he contemplado cómo moría.

Nos quedamos mudos y conmocionados mientras tratamos de asimilar lo que acabamos de presenciar.

—¿No os recuerda a algo? —pregunta Erik por fin.

No tengo que pensar mucho. El frenético modo de hablar, las reacciones casi animales y, sobre todo, su extraña apariencia.

—A un remanente —respondo—. Pero los remanentes son más ágiles, y ella no tiene cicatrices en la piel.

—No creo que la hayan modificado —dice Erik. Sus palabras son lentas y calculadas—. Esto es algo completamente distinto.

La idea me provoca un escalofrío. Quería que la ayudaran, pero sin duda es algo a lo que jamás nos hemos enfrentado.

—Parecía que se estuviera descomponiendo.

—Creo que es exactamente lo que le ha pasado —dice Erik.

—¿Sabes algo sobre esto? —le pregunta Dante—. ¿De cuando trabajabas con la Corporación?

Erik alza las manos. No parece culpable pero es obvio que Dante aún no confía en él.

—Había un montón de rumores revoloteando por el coventri, pero jamás descubrí cuál era cierto. La Corporación siempre estaba probando nuevas armas y modificaciones. Supongo que es a lo que nos estamos enfrentando. Pero no tengo ninguna experiencia con *esto*.

—¿La has tocado? —le pregunta Dante a Jost.

—No, ¿por qué?

—Hasta que sepamos de qué se trata, debemos asumir que es contagioso.

—Yo he visto cómo era —les digo—. Parecía un enjambre de insectos.

Dante mira a Erik, que asiente lentamente con la cabeza. Sé que él lo ha visto también.

—Es posible —confirma Erik—. Han modificado personas para crear remanentes. No sería tan complicado manipular animales o insectos de un modo similar.

—¿Crees que era un insecto modificado? —si es así, hay muchas posibilidades de que vea esas cosas en mis sueños.

—La Corporación dicta lo que se crea en Arras. Pueden erradicar especies enteras o... —Erik no acaba la frase, dejándola a nuestra imaginación.

—O fabricar armas —termina Dante.

—Deberíamos movernos —sugiere Erik. Yo asiento con la cabeza, pero antes de que salgamos del callejón aparece un hombre que nos bloquea la salida. Tiene el mismo aspecto en descomposición que la chica muerta.

—Tenemos que salir ya —murmuro.

—¿Quieres pasar corriendo a su lado? —pregunta Dante. Tiene razón—. Necesitamos una distracción.

Erik rebusca en su mochila pero saca las manos vacías.

—Podemos dispararle —sugiere de manera poco convincente.

No sé qué contestar a su propuesta, aunque tampoco tengo ninguna alternativa. No estoy segura de que mis poderes funcionen en esta extraña existencia paralela. Podría hacer más mal que bien.

—No sabemos cómo se propaga la enfermedad. Será mejor que su sangre no se disperse por todas partes. Es demasiado peligroso —dice Dante.

—Me he quedado sin ideas —admite Erik.

Si tocamos al hombre, podríamos infectarnos. ¿Pero cómo vamos a pasar junto a él sin tocarlo ni herirlo?

Dante nos indica con un gesto que nos agrupemos pero, cuando nos acercamos los unos a los otros, me doy cuenta de que falta alguien. Nuestro grupo se ha reducido.

—Un momento. ¿Dónde está Val? —pregunto, aunque me temo que ya lo sé. Me asomo fuera del grupo e inmediatamente la diviso. Valery ha dejado de esperar en silencio junto a nosotros. Sé lo que pretende. Y conozco la razón. La necesidad de sentirse legitimada tras la traición, el ansia por demostrar su fidelidad, la han empujado a sacrificarse. Y es demasiado tarde para detenerla.

—¡Val! —grita Jost para que regrese, pero ella está a sólo unos pasos del hombre en descomposición. Cuando se vuelve, él rodea con los brazos su frágil figura. A continuación, el hombre abre la boca y sale de ella un enjambre de insectos que envuelven a Valery y cubren su piel como un negro abrigo en movimiento.

—¡No! —grito. Agito los dedos en el aire, tratando de aferrar el tejido que nos rodea, pero Dante me sujeta la mano.

—Detente —me ordena. Sólo entonces veo el desgarrón que he provocado. El tejido que rodea el corte se deshilacha poco a poco y deja sueltas unas débiles y frágiles hebras. Este mundo se está muriendo. Valery se está muriendo. Y no puedo hacer nada por impedirlo.

Valery grita hacia la oscuridad de la noche, pero sus palabras suenan amortiguadas. Lo único que entiendo con claridad es:

—¡Corred!

—Es demasiado tarde —exclama Dante, y me arrastra con él. Sé que tiene razón. Cuando pasamos a toda velocidad junto a Valery, los insectos han desaparecido, pero entonces los veo agitándose bajo su piel, que se arruga y levanta hasta que los bichos consiguen desgarrar la carne. A pesar de la agonía, Valery logra esbozar una ligera sonrisa.

Alargo los dedos hacia ella, pero Dante me empuja fuera del callejón.

—¿Alguien ha tocado a la chica? —pregunta Dante.

Soy incapaz de responder. Valery no tardará en morir. No hay modo de detenerlo. Y, si alguno de nosotros se ha infectado, muy pronto estaremos todos muertos.

—¡Ad! —Dante me sacude.

—Está limpia —responde Erik—. Si alguno de nosotros se hubiera infectado, habría indicios. Ya has visto lo rápido que ha contagiado a Valery —me coloca un brazo alrededor de los hombros con gesto protector, y Dante se vuelve hacia el resto del grupo. Nadie muestra signos de infección. Debemos suponer que estamos a salvo, aunque lo cierto es que ninguno sabe a lo que nos estamos enfrentando.

Mantenemos las linternas encendidas y avanzamos apiñados. Nadie habla. Una sensación de prisa compartida palpita entre nosotros.

—¿Por qué lo habré hecho? —pregunta Dante por fin. Sus palabras son una mezcla de furia y admiración, y estoy casi segura de que no espera una respuesta.

—Culpabilidad —responde Erik de todas formas, aunque sin apartar los ojos en ningún momento de la calle que tenemos delante—. Nos traicionó. Ha sido su manera de compensarlo.

Me gustaría agradecerle la obvia respuesta, pero sé que sería únicamente para desahogar mi ira. O tal vez hacer algún comentario gracioso que alivie el dolor que noto en el pecho; sin embargo, esta vez no va a resultar tan sencillo. Si es que alguna vez lo fue.

—Pero no necesitaba suicidarse —aunque Erik sólo dice esto, sus palabras están llenas de significado.

—Hay ocasiones en que la muerte es la única absolución —sentencia Dante.

Niego con la cabeza. No estoy en absoluto de acuerdo.

—En la muerte no hay absolución, sólo huida.

—La absolución está en el sacrificio —añade Erik con ternura. Noto en su voz el dolor de su propio sacrificio. ¿Pero a qué ha renunciado él, y por qué?

—La casa de Sebrina debería estar en la siguiente manzana —interviene Jost, cambiando a una cuestión práctica para distraernos de la pérdida que hemos sufrido.

—¿Y si no estuviera ahí? —pregunto, pero inmediatamente me arrepiento de mis palabras.

—Está —asegura Jost. No hay ni rastro de duda en su voz.

Ojalá tuviera yo esa misma convicción. Ojalá fuera tan simple como decidir creer —en nuestro plan, en el futuro, en quién soy—. Mi mundo está tan salpicado de pequeñas mentiras que ya no estoy segura de qué hacer o en qué creer. El sector este está jugando con mi mente.

La oscuridad se desliza a nuestro alrededor y me recuerda el mundo que dejé en el coventri. Pero aquí es imposible burlar al monstruo que nos acecha. Aquí es sólo cuestión de ser más rápido que él.

Lo único que hay que conseguir es que nadie te toque.

DIECINUEVE

La calle está llena de casas que se funden con la noche, todas perfectamente sencillas y discretas. Los árboles están marchitándose, y sus delgadas ramas van soltándose como extremidades rotas sobre las matas de hierba y los restos de plantas de cada jardín. Lo que una vez estuvo bien cuidado y resultaba agradable es ahora un barrio fantasma. Cualquiera de estas casas podría estar infectada con lo que sea que la Corporación haya liberado. No hay vitalidad en el tejido. Las deslustradas hebras temporales se entretajan con los quebradizos y raídos hilos que forman el mundo que nos rodea. Hace sólo unas horas pensaba que el sector este había desaparecido. Ahora que estoy aquí sé que, sin los telares, no durará mucho. Todo muere a medida que el tiempo y el espacio se deslizan de nuevo hacia el universo.

Pasamos en silencio junto a cada casa y me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento, a la espera de un nuevo ataque.

No se produce ninguno, y eso es casi peor.

El espacio que separa el miedo de la anticipación se convierte en una pesadilla de recriminación y duda. Me siento permanentemente atrapada en la convicción de mi propia inferioridad.

¿Sería capaz de hacer el mismo sacrificio que Valery?

¿Al final, acaso importaría?

Cuanto más avanzamos en silencio, más preguntas bullen en mi cabeza. No encuentro respuestas y la falta de conclusiones alimenta nuevas dudas hasta que mi cerebro queda anestesiado, atestado de preguntas que soy incapaz de contestar. Es como una mesa repleta de platos sin comida, un festín de hambruna con el que atiborrar mi mente mientras nos acercamos a Sebrina.

Me concentro en la misión. *Puedo* lograr un cambio. *Puedo* salvar a la hija de Jost.

Puedo hacerlo.

Puedo hacerlo.

Puedo hacerlo.

Lo repito mentalmente una y otra vez, pero no llego a creérmelo.

Jost se detiene frente a una de las casas y esperamos sus instrucciones. Pasados unos minutos me doy cuenta de que está tan bloqueado como yo, atrapado en un bucle de desconfianza en sí mismo.

Le cojo de la mano.

—Vamos a por Sebrina.

Pero no se mueve; sólo se gira para mirarme. Hay una expresión suplicante en sus ojos.

—¿Y si está muerta?

—No lo está —canalizo su anterior seguridad e intento que mis palabras suenen tan confiadas como las suyas.

—No va a conocerme —continúa Jost—. Soy un extraño, no su padre.

Esta vez contesta Dante.

—Tú siempre serás su padre. Nada puede cambiar eso.

Se me forma un nudo en la garganta. El pobre Dante es el que más cerca está de comprender cómo se siente Jost.

Sé qué es lo que asusta a Jost. Le preocupa que, después de todo lo que ha sufrido para encontrarla, Sebrina lo rechace. ¿Cómo te tragas la verdad después de una dieta de mentiras?

—Vamos a salir de dudas —dice Erik, y nos empuja al pasar.

Me gustaría detenerlo, porque no soporto ver cómo otra persona se adentra en lo desconocido. Pero sigo sus pasos, y rodeamos la casa para buscar signos de presencia humana.

La vivienda parece desierta.

—Creo que está abandonada —le digo a Erik.

Él me lanza una mirada sombría y no necesita decir lo que sé que está pensando. *O sus habitantes están muertos.*

—No lo sabremos hasta que entremos —dice Jost, y se dirige hacia la puerta.

Está cerrada con llave. Cierra el puño pero, antes de que pueda llamar, la puerta se abre con un chasquido.

—¿Eres el médico? —pregunta una vocecilla.

Jost se arrodilla hasta quedar a la altura de la niña que se asoma por la rendija.

—Hemos venido a ayudar —responde con voz ronca, conteniendo las lágrimas.

—Mis padres están enfermos —dice la niña—. No pueden salir de la habitación.

Noto un retortijón en el estómago. Tienen el virus.

¿Y Sebrina?

Me inclino y le sonrío.

—¿Podemos entrar y ayudaros?

La niña vacila un instante, pero luego asiente con la cabeza.

Cuando me incorporo, Dante me susurra al oído:

—No la toques.

No me gusta que haya dicho eso. No sólo porque me produzca aversión lo que está pensando, sino porque me preocupa lo que le sucederá a Jost si Sebrina está enferma. Y porque esta presentación ha quedado cubierta por una capa de miedo en vez de alegría.

La puerta se abre y ahí está. Me llega casi a la cintura y, por el tiempo que hemos pasado en la Tierra, calculo que tendrá unos cinco años. Espero encontrar las mismas cavilaciones en los ojos de Jost cuando me vuelvo para hablar con él, pero no es así.

Sebrina era un bebé cuando la Corporación se la arrebató. Ahora es una niña con suficiente autonomía para abrir la puerta al médico. Tiene los ojos grandes y curiosos, y del mismo azul que los de su padre. Su pelo, sin embargo, es rubio y rizado. Arruga la nariz y cruza los brazos mientras nos deja pasar.

—No parecéis médicos —dice.

—Nosotros no lo somos —respondo señalando a Jost, pero añado rápidamente—: Ellos sí.

Como sastres, Dante y Erik son lo más parecido a un médico que cualquiera de nosotros podría ser en estos momentos.

—¿Qué haces? —me susurra Dante al oído—. No podemos salvar a sus padres. No tenemos parches de renovación ni medicamentos. ¡Probablemente ya estén muertos!

Sebrina alza los ojos rápidamente hacia él y empieza a temblarle el labio inferior.

—¿Cuánto tiempo llevan tus padres enfermos? —le pregunto a la niña mientras cojo su pequeña mano, ignorando la preocupación de Dante.

—Papá se fue a por comida. Me dijo que estaba demasiado oscuro para que le acompañara, pero echo de menos salir y echo de menos el sol —divaga como hace un niño pequeño, tratando de explicarse lo más rápidamente posible, pero distrayéndose por el camino.

—Lo sé —aprieto su mano—. ¿Cuándo se marchó tu papá a por comida?

—No lo sé —responde, y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Ad —Erik me llama desde la cocina—. Encontró un poco —sobre la encimera hay varias cajas de comida instantánea de la cooperativa de alimentos.

—Pero no sabemos cuánto tiempo lleva esto aquí —le digo en voz baja.

Sebrina recupera el ánimo.

—Sólo me he comido una. La conduciré hasta que me quedé dormida.

El orgullo es evidente en su voz, aunque ignore cuánto me ha dicho en realidad.

—Debe de haber ido hace unos días —le digo a Erik—. Puede que no demasiados, si sólo se ha comido una caja.

—Entonces sus padres podrían seguir vivos —responde él. A nuestra derecha, Jost inhala con fuerza. Entonces recuerdo que Sebrina aún tiene un padre vivo, e inmediatamente me siento culpable.

—Deberíamos llevarla con nosotros —propone Dante—. Aunque estén vivos, no será por mucho tiempo.

No estoy segura de qué dirá Jost ahora. Ha esperado años para recuperar a su hija y ha perdido demasiado tiempo tratando de encontrarla. Pero aun así no se abalanza sobre ella, sino que niega con la cabeza.

—Quiero hablar con sus... padres.

—Están infectados —le recuerda Erik.

—No espero que lo entiendas. Yo apenas soy capaz. Pero esta gente no es responsable de lo que hizo la Corporación —se explica lentamente, como si él mismo estuviera asimilando la idea—. La cuidaron mientras yo no pude. Necesito que sepan que seguirá atendida.

No puedo fingir que entienda sus sentimientos. Es la barrera que siempre nos ha separado a Jost y a mí. Yo jamás he sentido nada tan profundo como él.

—¿Dónde están tus padres? —al preguntar, Jost tropieza en la última palabra.

Sebrina toma su mano y lo lleva hacia un corto pasillo. La casa me recuerda a la mía en Romen. Sencilla y práctica. Baño, cocina, comedor, salón y dos habitaciones. Sebrina es la única hija, así que no necesitaban una casa mayor. La Corporación les entregó a la niña por ser serios y responsables, y para compensar algo que el Estado no podía controlar. Pero así es como acabarán: víctimas del gobierno al que obedecieron.

Sebrina se detiene frente a una puerta cerrada y mira a Jost con los ojos muy abiertos. Él se acuclilla junto a ella.

—Ahora voy a hablar con tus padres. Quiero que esperes ahí fuera.

Me acerco para llevarla de nuevo a la otra habitación, pero Erik se me adelanta. Antes de que pueda reaccionar, Erik la coge en brazos y la aleja de la puerta del dormitorio.

Jost me mira a los ojos, y yo alzo una ceja. Sin duda, su relación ha cambiado desde que me marché.

—¿Te quedas conmigo? —me pregunta.

—Claro.

Jost golpea suavemente la puerta, pero no obtiene respuesta. Llama otra vez más fuerte, y la puerta tiembla como si algo hubiera golpeado contra ella.

—Jost... —digo en voz baja.

Él levanta un dedo y esperamos, conteniendo el aliento.

—Estoy aquí para ayudar —dice Jost en alto—. Su hija me ha contado que están enfermos.

—Márchese —la voz procedente del otro lado de la puerta suena áspera y débil.

—Por favor —insiste Jost—. Necesito hablarle de su hija.

La puerta se abre un poco, pero no vemos a la persona que hay tras ella.

—¿Está bien?

—Sí. Se lo explicaré si abre la puerta.

—¡No! —grita la mujer—. No deben entrar aquí. Llévensela.

—Lo haré —promete Jost—. Pero hay algo que debe saber. Soy el padre de Sebrina. Su padre biológico. Llevo mucho tiempo buscándola.

Se produce una larga pausa antes de que la mujer responda.

—La Corporación nos dijo que era huérfana.

—A mí me dijeron que estaba muerta —contesta él—. Quería...

—¡No lo sabía! —la voz de la mujer se transforma en un alarido, y noto con qué intensidad trata de mantener el control mientras la enfermedad devasta su cuerpo.

—Me gustaría agradecérselo —dice Jost, colocando una mano en la puerta—. Y quiero que sepa que conmigo estará segura.

—No queda ningún lugar seguro en Arras —un sonido estrangulado acompaña sus palabras.

—Voy a sacarla de Arras. Estará bien. Se lo prometo.

Pienso en Amie, retejada como Riya, y me pregunto en quién se habrá convertido la hija de Jost.

—¿Cómo se llama ahora?

La expresión que pone Jost al mirarme demuestra que no se le había ocurrido pensar en eso. Pero la respuesta de la mujer no es la que yo esperaba.

—Nosotros la llamamos Sebrina. Nos dijeron que ése era su nombre.

—Lo es —responde Jost—. Y siempre lo será.

—Cuide de ella —su madre parece más tranquila ahora, como si el saber que Sebrina estará a salvo le hubiera proporcionado paz suficiente para enfrentarse a la muerte.

—Adiós —dejo la despedida suspendida entre nosotros mientras Jost se vuelve y recoge a su hija de los brazos de Erik. Ella no se niega. Es como si supiera que él la cuidará, aunque no pueda recordarle. En ocasiones el amor sobrevive a todo, incluso a las peores circunstancias.

VEINTE

En cuanto entramos en las oficinas de la Corporación, Dante ordena a los miembros del Plan que se quedaron en el edificio que bloqueen el acceso. Se trata de un antiguo complejo ministerial, así que dispone de numerosos controles para asegurar que nadie entre o salga sin permiso. Sin embargo, no puedo evitar la sensación de que nos estuviéramos encerrando a nosotros mismos en una jaula.

—¿Dónde está Valery? —pregunta Jax cuando entramos en la sala de reuniones.

Jost le lanza una mirada de advertencia. Lleva en brazos a Sebrina, casi dormida aunque trate de mantener los ojos abiertos. No le reprocho que quiera ver dónde la han llevado.

—¿Tenemos algo de comer para la niña? —pregunta Jost.

Jost se negó a coger las raciones que el padre adoptivo de Sebrina había conseguido llevar a la casa. Insistió en que no eran seguras. Tal vez tuviera razón, pero sé que su intención fue que les quedara algo de comida a los padres adoptivos de Sebrina. Ninguno de nosotros se atrevió a decirle que era un desperdicio inútil.

Jax encuentra algunas raciones y los restos de un alijo de chocolate oculto en la oficina de uno de los ministros. Sebrina se come la golosina a grandes mordiscos, suspirando con satisfacción mientras los demás la contemplamos.

—Voy a buscarle un sitio para dormir —nos dice Jost, y toma a su hija en brazos. Me sorprende ver lo mucho que la niña confía en él, con todo el tiempo que ha pasado. Tal vez se sienta rodeada de amor cuando Jost está cerca. Me gusta pensar que es así.

—¿Y Valery? —vuelve a preguntar Jax en cuanto Jost se marcha.

Niego con la cabeza.

—Nos atacaron. No logró escapar.

—¿Que os atacaron?

—Hay algo ahí fuera —susurra Erik—. Una enfermedad o un virus.

—Un enjambre —añado yo, recordando cómo se abalanzó sobre Valery y desapareció bajo su piel—. Valery se sacrificó para que el resto pudiéramos escapar. Sucedió todo muy deprisa. Se infectó antes de que llegáramos hasta ella —al recordar el ataque, me convenzo aún más de que nos enfrentamos a un fenómeno que no es natural. La Corporación está tramando algo.

—¿Seguro que estáis limpios? —pregunta Jax. No se aparta de nosotros, pero noto que quiere hacerlo.

—Confía en mí —responde Erik—. Es algo que se ve. Además, se extiende rápido. Cuando vimos a la primera víctima, su piel se estaba descomponiendo. Casi no parecía humana.

—Me recordó a un remanente —comento. No puedo quitarme de la cabeza la última imagen de Valery, ni las palabras que susurró cuando pasamos a su lado.

Valery y yo tuvimos una relación complicada en la Tierra, pero habíamos sido

amigas antes, del mismo modo que fui amiga de Enora, mi mentora y su amante. Nos mostramos amables la una con la otra, nos ayudamos incluso, pero ninguna de las dos compartió quién era en realidad hasta que fue demasiado tarde. Ahora me doy cuenta de que no éramos tan distintas. Ambas perdimos a nuestros seres queridos. Y ninguna huyó hasta que se vio obligada a hacerlo. Lo único que nos diferenciaba era mi habilidad, que a mí me proporcionó un tiempo y unas oportunidades que no merecía más que Valery.

—¿Decís que se le descomponía la piel? —pregunta Jax mientras nos acomodamos en una larga mesa.

Al deslizar los dedos por la lustrosa madera de la mesa, me pregunto qué importantes decisiones habrán tomado los funcionarios en ella. Arras cuenta con otras tres mesas como ésta, en las que se reúnen los ministros para discutir los problemas de nuestro mundo. ¿Seré uno de los asuntos en el orden del día de hoy, o habrá logrado Cormac ocultar mi huida?

—Jamás había visto nada igual —dice Erik.

—No puedo creer que Valery ya no esté —me susurra Jax—. Quería arreglar las cosas contigo, Adeline. Hablamos sobre Enora y todo lo que recordaba. Intenté ayudarla a revertir la mayoría de las modificaciones que le habían hecho.

—¿Y lo conseguiste? —le pregunto. Tal vez el legado de Valery sea ayudarnos a salvar a los remanentes o a las personas afectadas por la enfermedad que asola las calles.

—Un poco. Modificar a la inversa es complicado.

Pienso en Amie y en lo ansiosa que está por recordar nuestro pasado común, a pesar de las múltiples modificaciones que ha sufrido.

—Sea lo que sea —interviene Dante—, no es algo natural. Se contagia muy deprisa. Durante la misión nos topamos con varios infectados en diferentes fases de la enfermedad, incluida la madre adoptiva de la niña.

—¿Pero la madre no os atacó? —pregunta Jax.

—No tiene sentido —reflexiono.

—La Corporación lo denomina guerra genética —interviene Albert, sentándose frente a mí—. ¿Por qué desperdiciar un material valioso si puedes utilizarlo para luchar contra tu enemigo? De ese modo una plaga común, incluso algo tan vulgar como la *Tineola bisselliella*, se convierte en un aliado en la batalla.

—¿El qué? —pregunta Erik.

—La *Tineola bisselliella*, una polilla que afecta a los tejidos —le explica Albert—. Me temo que esto es culpa mía. Cuando al principio sopesamos los posibles problemas del Proyecto Cypress, me refiero a cuestiones teóricas y demás, analizamos si determinadas especies de la Tierra podrían tener un impacto negativo en el tejido artificial. Yo bromeé sobre las polillas de la tela.

—No sé si quiero saber lo que es una polilla de la tela —noto un retortijón en el estómago cuando la conversación me trae a la mente los últimos instantes de Valery.

—Un insecto que se come los tejidos.

—Déjame adivinar. En este caso, ¿nosotros somos la tela? —pregunto.

—Me temo que sí.

—¿Pero por qué soltar algo así aquí? Esta gente estaba ya medio muerta —señala Dante.

—El sector este se había sublevado. Esto asegura que ninguno de sus habitantes pueda tomar represalias —dice Loricel.

—¿Cómo va a tomar represalias alguien del sector este? —pregunto.

Loricel me dedica una lúgubre sonrisa desde el otro lado de la mesa.

—Cormac es un hombre meticoloso.

Eso es un eufemismo.

—Y aun así escapaste de él —comento.

—Patton no soporta despilfarrar recursos —dice Dante.

—¿Tú sabías que estaba viva? —le pregunto, señalando a Loricel.

—Lo intuía. De todos modos, estar *vivo* es algo relativo para un sastre. En ese aspecto, Cormac es igual que Kincaid. Cuando cree que alguien puede aportarle algún beneficio, lo conserva —Dante se encoge de hombros, como quitándole importancia al asunto.

—¿Pero cómo la rescatasteis? —insisto.

—Eso es una historia apasionante que me deja en muy buen lugar. Por desgracia, tendré que contártela en otro momento —responde él.

—¡No voy a moverme de aquí hasta que alguien me explique lo que sucede! —pongo los brazos en jarras y lo miro fijamente.

—Veo que estás en fase mocosa desagradecida —dice Dante—. Te hemos salvado. Muestra un poco de gratitud.

—Tenía planes —exclamo—. Iba a modificar a Cormac, tal vez a tomar su aspecto. Pero ahora he perdido la oportunidad de acercarme lo suficiente a él. Jamás salvaré a los remanentes ni detendré las perforaciones en la superficie de la Tierra. Estoy harta de que la gente trate de rescatarme, de que todo el mundo piense o actúe como si yo no pudiera hacer nada bien. Ya he tenido bastante de eso con Cormac.

—Lo hizo Valery —dice Dante, dispuesto por fin a responder mi pregunta—. Conseguimos datos suficientes para deducir dónde tenía encerrada Cormac a Loricel. Con una pequeña modificación y mucha suerte, conseguimos entrar.

—¿Y por qué no podías decirme simplemente eso? —le pregunto.

—Valery no quería que lo supieras.

—¿Por qué? —no se me ocurre ni una sola razón para que me lo ocultara. Valery tenía un largo camino que recorrer antes de ganarse de nuevo mi confianza. Su participación en el rescate de Loricel sólo habría facilitado el proceso.

—A duras penas conseguimos salir del almacén... —la voz de Dante se desvanece y poco a poco empiezo a comprender—. La situación se descontroló. Cometí un error —le tiemblan los dedos cuando se los pasa por el pelo rapado—. Y

desapareció.

—¿Qué desapareció? —pregunto con voz hueca, temerosa de saber ya la respuesta.

—El almacén, y todo lo que contenía.

La conmoción me deja el cuerpo helado y me lo paraliza. La posibilidad de salvar a los remanentes se ha esfumado.

Excepto a mi madre, Meria, cuya hebra está a salvo en mi equipaje. Un equipaje que no escapó conmigo.

—Lo siento —se disculpa Dante en voz baja. Sé que lo lamenta, porque para él significa que Meria ha dejado de existir. Vi cómo la miraba cuando la liberó en la hacienda de Kincaid. Algunas cosas cambian con el tiempo, pero otras no, y un amor como el suyo deja su impronta. Puede atenuarse con el tiempo, pero siempre está ahí, esperando a que lo contemples bajo la luz adecuada.

—Ahora van a mostrarnos algo —me recuerda Dante. Me percató de las miradas incómodas de las otras personas que están en la estancia. Soy incapaz de confesar a Dante que tengo la hebra del alma de Meria, no después de que haya acabado con nuestra oportunidad de salvar a los demás.

Jax mira a Dante buscando confirmación para empezar, pero mi padre sólo logra asentir débilmente con la cabeza. Veo un haz de luz que ilumina la pared más lejana y proyecta una imagen de Arras sobre una pantalla, y agradezco pensar en otra cosa que no sean amigos muertos y una madre desaparecida. Es un sencillo mapa que me enseñaron una vez en la escuela. Un rectángulo con cuatro puntos en los extremos norte, sur, este y oeste: los coentris. Resulta extraño verlo así, después de saber que Arras es mucho más que ese dibujo. No es un mundo plano, y tampoco está delimitado por cuatro esquinas. Ahora sé cómo es en realidad. Arras envuelve y engulle la Tierra como un hermoso pero mortífero parásito.

Jax se levanta con un digiarchivo entre las manos y aspecto algo nervioso.

—Así es como Arras es presentado a la población en general.

—No estoy seguro de haber llegado tan lejos en la escuela —bromea Erik.

—No le hagas caso —aconsejo a Jax, haciéndole un gesto para que continúe.

—Está bien —desliza un dedo sobre la pantalla del digiarchivo y la imagen empieza a cambiar—. Lo que el mapa no muestra son las *dimensiones* de Arras.

El dibujo se transforma en una media esfera y aparece por debajo una representación de la Tierra. Aunque haya estado en ese otro planeta, sigue sorprendiéndome. Es grande, azul y redondo, y Arras cubre su cuarta parte.

—Arras se extiende por encima de la Tierra —continúa Jax.

—Eso ya lo sabemos —comenta Dante, pero Falon le manda callar.

—Como iba diciendo —añade Jax, mirando a Dante con expresión molesta—, los dos mundos están conectados entre sí. Sin embargo, Arras sólo existe gracias a la Tierra.

—Está bien, ahora me he perdido... —admite Dante.

—Querido muchacho, has visto las minas. Usa tu imaginación —le interrumpe Albert. El científico toma notas sin parar. No comprendo por qué, aunque sé que él comprende cosas que nosotros apenas captamos. Entonces levanta la hoja que tiene delante y nos muestra una serie de complejas ecuaciones.

—Creo que hablo por todos, excepto por Jax, si digo: *¿qué demonios significa eso?* —exclama Erik.

—Estoy con Erik —digo yo.

—Vale, olvidadlo —responde Albert. Luego forma una bola con el papel y se quita el jersey de un tirón. Escarba en el tejido flojo, empieza a tirar de una hebra y lo deshace hasta que queda un pequeño agujero en la manga—. Podría recoger esta lana y tejer un nuevo jersey, ¿correcto?

Asiento con la cabeza.

—Pero si lo hiciera —continúa Albert—, acabaría con este jersey.

—¿Eso quiere decir que Arras está destruyendo la Tierra? —concluyo—. Pero eso ya lo sabíamos.

—Por desgracia, la existencia de la Tierra es más vital para el universo que mi jersey —añade Albert secamente—. Deshacer este jersey no supondría ningún cambio importante en el espacio-tiempo, aparte de hacerme pasar un poco más de frío.

—¿Qué sucedería si la Tierra se destruyera? —pregunto con un nudo en la garganta.

Jax interviene de golpe.

—Que se produciría una singularidad —entonces mira avergonzado a Albert, como si hubiera hablado a destiempo.

Albert agita la mano, quitando importancia a la interrupción de Jax.

—Explícalo con tus imágenes. Es mucho más sencillo de entender.

—Lo del jersey lo he pillado —le dice Erik a Albert.

—¿Qué es una singularidad? —pregunta Jost. Me sorprende que se encuentre aquí, teniendo en cuenta que está por fin con su hija. Supongo que recuperarla le ha recordado por lo que está luchando.

—Bueno, es algo parecido a esto —responde Jax.

En la pantalla la imagen empieza a cambiar. Contemplamos cómo Arras se alimenta de la Tierra, abriendo un hueco en ella. Aunque Arras se mantiene igual, los haces de luz que le llegan desde la Tierra agrandan el agujero cada vez más. Finalmente, el orificio es tan profundo que la Tierra se desploma sobre sí misma. El brillante destello final deja únicamente un gran círculo negro tras de sí.

—¿Qué ha sido eso, por Arras? —pregunto.

—Una singularidad —responde Albert con voz sombría.

—Básicamente, al robarle los recursos. Arras está poniendo en peligro la existencia de la Tierra en el universo —nos explica Jax.

—¿Pero dónde ha ido? ¿Dónde está la Tierra? —pregunta Erik.

—En el caso de que se produjera una singularidad, la Tierra dejaría de existir. Un enorme pozo gravitatorio arrastraría todo, incluida la luz, dentro de la singularidad, destruyendo la Tierra y Arras —Jax hace una pausa para que asimilemos la información.

—¿Qué sucede dentro de un agujero negro? —pregunto.

—Lo ignoramos —responde Jax—. Dentro de él la gravedad es infinita, así que es imposible saberlo.

—¿Y eso qué significa?

—Que no existiría *nada*.

—Entonces, en esa hipotética situación —pregunta Erik lentamente—, ¿moriría todo el mundo?

—Sí. Sin duda. Cabe la posibilidad de que sobrevivieran los átomos de algún modo y en algún lugar, o más bien los leptones, quarks y demás elementos subatómicos —Albert responde con visible fastidio, como si todo esto fuera perfectamente obvio. Pero ni escuchando su explicación parece más real.

—Cormac no debe de saber esto. Ni siquiera él sería tan estúpido de destruirlo *todo* —exclamo.

—Lo sabe —dice Jax—. Cada vez desertan más sastres y científicos de la Corporación, que huyen a la Tierra y tratan de localizarnos. Creemos que Cormac está planeando una demolición controlada.

—¿Qué significa eso? —pregunto lentamente.

—Si logra extraer suficientes materias primas de la Tierra y controlar su destrucción, tal vez pueda evitar la singularidad.

—¿Tal vez? —repite Erik, sacudiendo la cabeza—. Un plan fantástico.

—Tiene que haber algún plan para casos como éste —dice Dante, pasándose una mano por el pelo.

Y entonces me doy cuenta de que lo hay.

—¿Qué es el Protocolo Tres? —le pregunto a Einstein. Él conoce perfectamente a la Corporación, así que tiene que saberlo.

—El Protocolo Tres. No había oído ese término en mucho tiempo —para mi sorpresa, es Loricel quien responde.

—Cormac lo mencionó —informo—. Bueno, en realidad, fue casi una amenaza.

—No me sorprende —dice ella—. El Protocolo Tres es la última respuesta a un problema.

—Dejad de hablar con acertijos —protesta Dante.

—Existen tres protocolos para lidiar con los problemas en Arras —le explica Loricel.

—El Protocolo Uno es la modificación —interviene Erik. Me mira, se encoje de hombros y articula—: *juventud malgastada*.

—La Corporación emplea el Protocolo Uno para evitar la divulgación de información y enfrentarse a los comportamientos problemáticos —explica Loricel.

—Lo utilizaron aquí —añado.

—Pero el descontento aumentó y fue imposible manejar la situación mediante el Protocolo Uno —continúa—. Lo que condujo al Protocolo Dos.

—Amputar un sector entero de Arras —digo yo.

—¿Alguna vez os habéis preguntado por qué se llama la Corporación de las Doce Naciones? —pregunta Loricel.

Trago con dificultad al escuchar su pregunta y asiento con la cabeza.

—Sólo quedan cuatro de los doce sectores originales —continúa Loricel.

—¿Los demás fueron destruidos? —pregunta Jost.

—Sí. Cuando un sector se volvía demasiado progresista, se le separaba del resto, o cuando se declaraba una enfermedad, o si alguno quería la independencia. El Protocolo Dos servía para resolver esas situaciones —nos explica Loricel.

—¿Entonces, Arras era más grande? —pregunta Dante.

—Estaba más dividido. Una vez que el sector amputado se quedaba sin recursos y se desvanecía, ampliábamos los sectores restantes para ocupar su lugar.

—¿Y nadie se daba cuenta?

—A medida que fueron separándose sectores, simplificamos el mapa y revisamos la historia para reflejar que sólo habían existido cuatro. Gracias al control de la educación, la Corporación se aseguraba de un modo sencillo que la población sólo supiera lo que le contaban.

—¡Pero estaba sucediendo a su alrededor! —no puedo creerlo, y aun así sé que es cierto.

—Resulta más fácil concentrarse en lo cercano que mirar el conjunto —dice ella.

—¿Entonces, qué le va a suceder a este sector? —pregunto—. ¿A qué te refieres con «desvanecerse»?

—¿El exterminio? —pregunta Jost con indignación.

—La enfermedad que asola las calles sólo aumenta el ritmo de descomposición del sector.

—Tenemos que sacar a todo el mundo de aquí —exclamo.

—¿Y qué crees que hemos estado haciendo? —pregunta Falon con tono irritado.

—¡Han pasado semanas!

—¿Lo habrías hecho tú mejor? —me pregunta.

—Esto no nos conduce a nada —interviene Dante—. Tenemos un plan, Adeline. Esperamos haber sacado a todos los supervivientes en una semana.

—¿Y los enfermos? —insisto.

—No podemos llevarlos con nosotros —responde él.

No puedo evitar sentirme decepcionada con Dante. Liberó a mi madre aunque la Corporación la hubiera convertido en un monstruo, pero ahora vuelve la espalda a los habitantes del sector este.

—Lamentablemente, si es cierto lo que decís, el virus se expande tan rápidamente que no tenemos tiempo de encontrar una cura —dice Loricel—. Pero los enfermos

representan una amenaza clara e inmediata para nuestras operaciones aquí.

—Da la impresión de que en la Tierra tampoco estaríamos más seguros —masculla Erik.

Junto a él, Jost palidece. Sin duda está pensando en cómo proteger a Sebrina. Me gustaría darle un puntapié a Erik.

—¿Podemos evitar la singularidad? —pregunto, tratando de concentrarme en algo positivo.

—Para eso sirve el Protocolo Tres —me explica Loricel.

Si los dos primeros protocolos modifican la mente de las personas y destruyen ciudades enteras, no estoy segura de querer saber qué hace el Protocolo Tres.

Albert es quien termina la explicación.

—El Protocolo Tres pondría fin al Proyecto Cypress.

—¿Poner fin? —repito. El Proyecto Cypress surgió de una idea: la hipótesis de que, con ayuda de las máquinas, los hombres podrían manipular las hebras fundamentales del universo para crear un mundo perfecto. Y esa idea se materializó en Arras.

—Las personas que lo creamos éramos científicos. Parece lógico que ideáramos un procedimiento de conclusión por si el experimento fracasaba —dice Albert.

—¿Y Arras es un fracaso? —pregunto, sintiéndome ligeramente ofendida.

—Será un fracaso si supone la destrucción de dos mundos.

—Pero la población de Arras...

Loricel alza una mano.

—El Protocolo Tres permite la evacuación de todas las ciudades de Arras antes de la desaparición del planeta.

—¿Y ya está? —pregunto—. Apretamos un botón y ¡puf! ¿Se acabó Arras?

—Es una manera un tanto simple de explicarlo, pero... así es —responde Albert.

En cierto modo es lo que quería, pero he visto la Tierra y sé las dificultades a las que tendrán que hacer frente varias generaciones para reconstruir ese mundo.

—¿No te importa que Arras desaparezca? —le pregunto a Loricel.

Ella se ríe.

—Llevo cientos de años intentando que así sea.

No puedo evitarlo. No quiero ver cómo Arras se destruye. ¿Eso me iguala a Cormac?

—Una vez me hablaste del bien común —le digo.

—La madurez comprende lo que la juventud ni siquiera intuye —responde ella, pero no me ofrece más explicación.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunto.

Jax y Albert intercambian una mirada y siento un retortijón en el estómago.

—Ésa es la parte complicada —responde Albert.

VEINTIUNO

Según Jax, lo que tenemos que hacer más o menos es irrumpir en las oficinas de la Corporación en Cypress, hacernos con el control e iniciar el proceso de evacuación. Y lo conseguiremos —si no nos cogen—. Regresar de forma inadvertida a un Arras controlado por la Corporación no será fácil, sobre todo si tenemos que colarnos en las oficinas ministeriales. Y luego queda el asunto del código de autodestrucción, un código que sólo Cormac conoce.

Pero es que no queremos que la misión sea demasiado sencilla.

—Puedo sacárselo —aseguro por fin.

—Me encantaría saber cómo vas a hacerlo —dice Falon.

—Dejadme que regrese. Le contaré que me secuestrasteis y que escapé.

—No se lo va a creer —interviene Jost.

—No me importa si se lo cree o no —exclamo—. Sólo necesito acercarme a él.

Cormac podría tener tantas ganas de continuar con la farsa de la boda como para tragarse mi mentira, y sólo necesitaría un poco de tiempo para quedarme a solas con él.

—De ninguna manera —protesta Erik, lo cual me sorprende teniendo en cuenta lo distante que se ha mantenido desde que llegué. Pero miro su rostro y sé que habla en serio. No estoy segura de cómo sentirme.

Abro la boca para contradecirle, pero Dante levanta una mano.

—Ha sido un día largo. Adelize debería descansar. Deberíamos descansar todos.

En cuanto Dante dice esto, me doy cuenta de que estoy agotada. Más de lo que me he sentido en semanas. Apenas puedo reprimir los bostezos.

—Necesitamos un plan —dice Falon.

—Y podemos pensar uno dentro de ocho horas. Pero no conseguiremos nada si estamos cansados y no paramos de discutir —responde Dante con amabilidad.

—Creo que deberíais pasar la noche con aquellos a quien queréis —nos advierte Albert—. Nuestro tiempo aquí se está agotando.

No quiero preguntarle a qué se refiere, si a que se está agotando nuestro tiempo en Arras o nuestro tiempo en general.

—Voy a ver a Sebrina —Jost me mira y luego dirige los ojos hacia su hermano y comparten un serio asentimiento de cabeza. ¿Es que han elaborado un código secreto mientras yo no estaba?

—Hemos habilitado unos cuantos refugios en varias oficinas abandonadas. Puedes dormir ahí —me dice Dante.

Me conduce hacia una estrecha escalera y Erik nos acompaña. Dante se detiene junto a una puerta y, mientras la abre, nos observa a ambos con ojos inquisitivos.

—Imagino que tendría que darte un sermón o algo así. Como padre.

—¿Sobre qué? —pregunto mientras entro en la habitación.

Se ríe y entonces me doy cuenta.

—Oh.

—Vosotros dos deberíais hablar —antes de marcharse, Dante vuelve la mirada una vez, pero finalmente alza las manos al aire, masculla algo y nos deja solos a Erik y a mí.

La puerta se cierra muy despacio tras él. Inmediatamente, Erik me rodea con los brazos y me arrastra hacia su cuerpo. La distancia que sentí antes desaparece, sustituida por la urgencia.

—Pensé... —de repente sus labios están sobre los míos.

Erik se retira, sujetándome la espalda con las manos.

—¿Pensaste que había cambiado de idea? —adivina.

Asiento con la cabeza, abrumada de repente por la emoción que asciende abrasadora por mi garganta, de camino hacia mis ojos. No puedo contenerla y se derrama por mis mejillas. Erik me limpia las lágrimas y besa por donde han caído.

—Jamás —dice en voz baja—. Estaba intentando ser... profesional.

—¿Profesional? Eso es nuevo —respondo con cierta frialdad.

—Cuando mi hermano esté cerca, quiero evitar disgustarlo. Ha perdido demasiado. Tenía que concentrarme en ayudarlo a rescatar a Sebrina. Se lo debía.

—Estás siendo muy considerado —le digo. Por supuesto, lo que sentimos el uno por el otro podría amenazar la paz que Erik y Jost hayan encontrado en mi ausencia.

—Pero te he hecho daño —Erik aparta las manos de mi cuerpo, e inmediatamente extraño su tacto.

—No, lo comprendo —le aseguro, negando con la cabeza mientras el insignificante enfado que sentía minutos antes se esfuma—. Debería haber sabido lo que pretendías.

Nos quedamos un instante en silencio, sin saber ninguno de los dos qué decir. Pero siento los latidos de mi corazón impulsando mi sangre, llenándome de vida, animándome a cerrar el espacio que nos separa. Erik y yo hemos sido amigos mucho tiempo, sin embargo esto es nuevo. Aún estamos aprendiendo a estar juntos, y debemos decidir lo que queremos compartir con el resto del mundo.

—Mientras ellos hablaban de estrategias —dice Erik, tomando un mechón de mi pelo entre sus dedos—, yo sólo podía pensar en besarte.

Trato de contener la sonrisa que asoma a mis labios, pero no puedo, no totalmente.

—Por desgracia, la sala de reuniones no es el lugar adecuado para recuperar el tiempo perdido —añade, y se despliega una sonrisa en su rostro.

—Ya no estamos en ella —le recuerdo.

No necesita mayor aliciente. Las luces de emergencia del refugio parpadean a nuestro alrededor y, con un suave movimiento, Erik gira el interruptor del generador, dejando la habitación a oscuras. No le veo, pero noto su presencia y siento el calor que irradia su cuerpo cuando me arrastra hacia él. Sus labios recorren la curva de mi mandíbula y se detienen junto a mi oreja.

—Te amo, Adeline —susurra.

El tiempo se detiene mientras sus palabras me iluminan, y en mi pecho algo estalla en un millón de pedazos que se vuelven a unir al instante, convirtiéndome en alguien totalmente distinto.

—Yo también te amo.

Entonces sus labios se acercan a los míos y nos fundimos en un abrazo. Nos transformamos, el uno en brazos del otro, en alguien más fuerte, pero también más vulnerable. Sus dedos agarran el bajo de mi blusa, pero se detiene.

—Adelante —susurro hacia su pecho, aunque las sensaciones que inundan mi cuerpo amenacen con hacerme estallar. Busca torpemente los botones, y me río.

—No esperaba que estuvieras nervioso —mis palabras suenan demasiado agudas y me doy cuenta de lo impaciente que parezco, pero Erik se ríe como yo.

—También es la primera vez para mí.

—Erik —digo suavemente, y él se detiene. Su rostro parece un esbozo de líneas suaves y fluidas en la oscuridad, y sus ojos surgen plateados mientras espera mis palabras—. Estoy asustada.

Me rodea la cara con las manos y me regala una triste sonrisa. No necesito explicarle de qué tengo miedo. De la guerra, de lo que sucederá luego, de la transformación de Amie, de la locura de Cormac. Y, sobre todo, de quién seré tras este instante, porque este amor aún no ha madurado. Aunque siento ya sus cicatrices en mi cuerpo, quejándose por la sensibilidad de la piel recién suturada.

—No lo estés —susurra. Sus manos no abandonan mi rostro. Las siento cálidas y firmes mientras espera. Finalmente, se las aparto y las sujeto entre las mías. Doy un paso hacia atrás, pequeño pero firme. Y otro. Y otro. Hasta que mi pantorrilla topa con la estructura de madera del catre. Me tumbo y Erik se desliza a mi lado. Nuestros cuerpos se juntan cuando lleva sus labios hacia los míos.

Erik no actúa de manera impulsiva, aunque sus caricias sean apremiantes; le comprendo, porque yo misma me he estado conteniendo durante mucho tiempo —desde aquella primera noche en el patio cuando bailamos bajo la luz de la luna y le besé porque se atrevió a darme esperanza—. Con él todo encaja. Sus labios suaves pero a la vez carnosos sobre los míos. El modo en que mi cuerpo se entrelaza con el suyo. Nuestro primer beso surge como un resplandor en mi mente. La luz plateada de la luna, los árboles recortados sobre el oscuro patio, nosotros, bailando sin música. Pero ahora, mientras nos encontramos el uno al otro, el mundo se ilumina a mi alrededor y forma una brillante aureola de vida en torno a Erik, y la música del tiempo llena el aire con una suave y lenta armonía que se transforma en suave cadencia.

Erik se muestra cuidadoso y amable, atento siempre a mis señales. Cuando me toca, mis nervios se tensan, soltando chispas de vida, y de repente noto su piel sobre la mía y mi cuerpo empieza a arder, lleno de deseo, hasta que el espacio que nos separa desaparece por completo.

VEINTIDÓS

Me despierto entre los brazos de Erik y lo miro detenidamente, adaptando mis ojos a la oscuridad, contemplando su pelo rubio revuelto sobre la almohada. No sé si tirar de la arrugada sábana para cubrirme y arriesgarme a despertarlo. Mientras sus ojos permanezcan cerrados, podré mantener a raya el dolor que me corroe por dentro, así que observo cómo duerme y me pregunto qué sentiré cuando esos ojos azules finalmente se abran. Me paso los dedos por el pelo para comprobar si lo tengo tan enmarañado como él y luego recorro mi cara, en busca de algún cambio. La confusión bulle en lo más profundo de mi ser. Soy exactamente la misma, pero todo es distinto.

Me deslizo fuera de la cama, me envuelvo con la sábana y contemplo mi imagen en la ventana. Al otro lado del cristal, el mundo surge negro y mi pálida silueta se refleja en él. Dejo caer la sábana y miro mi cuerpo. Sigue siendo el mío. No distingo ningún cambio, aunque exista. No puedo verlo ni tocarlo, pero lo noto, instintivamente. En algún lugar fuera del refugio se enciende un foco; retrocedo y vislumbro a una mujer en el reflejo del cristal. Parece mi madre, pero me doy cuenta de que soy yo. El haz de luz pasa junto a la habitación, entra sesgado a través de las ventanas e ilumina el rostro de Erik, que cambia de postura. Está hermoso dormido, pero sus ojos no tardan en parpadear. La primera oleada de incertidumbre me inunda, me corta el aliento. Se levanta con elegancia y se restriega el sueño de los ojos, sin darse cuenta del profundo cambio que ha provocado en la habitación.

—Estás preciosa —murmura, y me arrastra hacia él, me besa el cuello mientras caigo entre sus brazos.

Miro fijamente la ventana, contemplo la imagen de dos amantes mientras trato de entender la evolución de nuestra relación —lo que hemos compartido—. Los ojos reflejados de Erik encuentran los míos, pero permanece callado. No necesita hablar; su mirada lo dice todo. En la ventana, parece un hombre. Delgado y alto. Con los ángulos de la mandíbula más definidos bajo la ligera barba. Mi aspecto sigue siendo el de una niña. Demasiado flaca. Sin curvas. Aunque algo en mi rostro refleja lo contrario. La pareja del cristal comparte un secreto. ¿Resultará obvio para los demás cuando nos vean? ¿Lo sabrán?

No me da tiempo a buscar respuestas, porque la puerta de la oficina se abre y Jax asoma la cabeza.

—¡Llama primero! —le grita Erik mientras me cubro con la sábana.

—Perdón —se disculpa Jax, apartando la mirada—. Es que tenemos un problema. Dante necesita que bajéis los dos ahora mismo.

—¿Qué sucede? —pregunto, tropezando con la sábana mientras recojo mi ropa.

—Alixandra está aquí —responde.

—¿Qué? —detengo mi azarosa búsqueda y miro fijamente el cogote de Jax.

—Ahora te lo explico. Diles que ya vamos —Erik empuja la puerta para cerrarla

—. Vístete. Te lo contaré por el camino —me dice, alargándome una bota.
—Cuéntamelo ahora.
—Por favor —suplica, dirigiendo toda la intensidad de sus ojos azules hacia mí.
Tuerzo el gesto, pero me pongo la bota como me ha pedido.
Y, antes de que yo abra la puerta, Erik me agarra y me arrastra hacia él.
—Tengo la sensación de que voy a tardar en hacer esto otra vez.
Aprieta sus labios contra los míos, prendiendo una hoguera en mi pecho. Me gustaría quedarme aquí, muy cerca de él. Cuando se aparta, permanecemos quietos un instante, mirándonos a los ojos.
—«El amor no se modifica por ser breves sus horas o semanas, sino que firme perdura hasta el borde del abismo» —susurra Erik, recitando el soneto que leímos juntos en la Tierra. Parece que hubiera pasado toda una vida desde aquella noche.
—¿Es esta tu manera de levantarme el ánimo? —le pregunto.
Erik insinúa una sonrisa.
—Sólo quiero que lo recuerdes.
—Jamás lo olvidaré —le aseguro. Él me da otro suave beso en los labios, pero luego tenemos que marcharnos.
En los pasillos, vemos personas que pasan apresuradamente con bolsas y carpetas.
—¿Qué ocurre? —le pregunto a Erik con temor.
—Vamos —me agarra la mano y corremos hacia la sala de reuniones. En cuanto franqueamos la puerta, me suelta y me mira con gesto pesaroso. Le respondo con un guiño.
—Repugnante —dice Falon.
—Yo también me alegro de verte —sonrío con dulzura, pero luego clavo los ojos en la mujer que hay tras ella—. ¿Qué haces aquí? —exclamo.
—Cómo me alegra verte de nuevo —responde Alixandra—. Siento interrumpir tu luna de miel.
Su comentario me provoca un intenso sonrojo, pero aparte de eso consigo mantener la compostura.
—Empecemos de nuevo. Dime por qué razón no debería partirme en dos.
—Recuérdame que no te salve la vida en el futuro —Alixandra me lanza una mirada asesina.
—¿Quiere alguien explicarme qué está haciendo ella aquí?
—Pensé que ibas a contárselo —le dice Jost a su hermano.
—Estábamos... —pendientes de otra cosa responde Erik.
Dante se tapa los oídos y mira hacia otro lado.
—No quiero escuchar esto.
—Estábamos hablando —dice Erik.
—¿Es así como lo llaman ahora? —pregunta Falon.
—¡Falon! —Dante la apunta con el dedo—. Vale ya.
—Tenía la impresión de que hubiera una emergencia —les recuerdo a todos.

—Así es, querida niña —dice Albert cuando entra en la habitación arrastrando los pies y ayudado por Jax. Me doy cuenta de que tiene peor aspecto que ayer, como si todos los años robados le estuvieran alcanzando de golpe—. Pero el amor juvenil es igualmente apasionante.

Erik se lleva la mano a la boca y sé que está ocultando una sonrisilla. Le golpeo el hombro.

—Un poco de seriedad.

—Supongo que ya sabemos quién lleva los pantalones en esta relación —comenta Alixandra.

—No sé por qué sigues siendo mi mejor amiga —Erik se hace el ofendido.

—¡Espera! ¿Alixandra? ¿Alix? —soy incapaz de controlar el volumen de mi voz.

—Has tardado, ¿eh? —dice ella.

—Pero Alix es un chico —exclamo, tratando de asimilar este confuso giro de los acontecimientos—. Alix tiene que ser un chico.

—¿Por qué? —pregunta Erik.

—Cre-crecisteis juntos y Alix tra-trabaja para la Corporación —tartamudeo—. ¿Y qué pasa con la segregación?

—Todo eso es cierto —dice Erik—, pero ella sigue siendo una chica.

—Podías haberlo mencionado —protesto, golpeándole de nuevo.

—No se me ocurrió.

—Gracias. Eso es muy halagador —dice Alix.

Acomodado en su asiento, Jost apoya los pies en la mesa y nos contempla con una enorme sonrisa.

—Estás disfrutando demasiado —se queja Erik.

—Sí, es cierto —responde Jost, colocándose las manos detrás de la cabeza—. Te lo dije, Ad. En Saxun no existe la segregación. Yo me casé con Rozenn el día que la descartaron en las pruebas.

—A ver, hay una emergencia real —vocifera Dante mientras empuja los pies de Jost fuera de la mesa. Todos miramos a Alixandra y ella saca un digiarchivo de su mochila.

—Cormac ha puesto en marcha la destrucción del sector —nos informa.

—¿Te refieres al Protocolo Tres? —pregunto.

—El Protocolo Tres permite la evacuación antes de que el sector sea destruido —interviene Jax—. Esto no es un Protocolo Tres.

—Pero ¿por qué ahora? —pregunta Erik—. Ha infectado a la mitad de la población, no quedan recursos. Es sólo cuestión de tiempo.

—Sabe que estamos aquí —intuyo, y miro a Alix en busca de confirmación. Ella asiente con la cabeza.

—No va a desaprovechar la oportunidad de destruir al Plan —dice Dante con voz sombría.

—¿Sabe que yo estoy aquí? —podría enviar un mensaje a Cormac. Si se entera de

que me encuentro en el sector, tal vez revoque la orden de destrucción.

—Lo sabe —responde Alix—. Gané tanto tiempo como pude antes de tener que huir.

—Supongo que la boda se ha suspendido —comento.

—Bien. Ya puedes deshacerte del anillo —dice Erik, y me doy cuenta de que aún lo llevo puesto. Me lo saco del dedo y lo tiro al otro lado de la habitación.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Dante, sintiéndome más ligera y dispuesta a enfrentarme a Cormac.

—Evacuar —contesta él.

—¿Pero qué pasará con la gente? —protesto—. No todo el mundo en el sector este se ha infectado.

—No disponemos de tiempo —responde.

—¿Y dónde iremos? —pregunta Jost—. ¿De nuevo a la Tierra? La situación allí no tardará en empeorar.

Tiene razón.

—Escapar no nos beneficiará en nada —razono—. Si perdemos tiempo regresando a la Tierra, Cormac estará más preparado que nunca cuando volvamos. Tenemos que asegurarnos de que no se desencadene la singularidad.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo? —pregunta Falon.

Entonces me doy cuenta de que jamás podré salvar ambos mundos. Debo elegir. Eso es lo que implica realmente ser el Whorl. No puedo mantener los dos mundos unidos por más tiempo, sobre todo porque éste está escapando cada vez más a mi control.

—Tenemos que iniciar el Protocolo Tres —anuncio en voz baja.

Todo el mundo permanece callado un instante, digiriendo la idea y dándose cuenta de que estoy admitiendo la derrota. Para los que hemos vivido gran parte de nuestras vidas en Arras resulta algo insoportable, aunque me consuela la promesa de la Tierra. Si logramos iniciar el Protocolo Tres y evacuar a los ciudadanos de Arras antes de que este mundo empiece a autodestruirse, podremos reconstruir el planeta que dejamos atrás.

—¿No hay que acceder al sector norte para conseguir eso? —pregunta Erik.

—Siento interrumpir, especialmente con malas noticias —dice Alix, alzando su digiarchivo—. Sé que no tenéis tiempo de leer este informe, pero Cormac ha bloqueado las comunicaciones entre todos los sectores.

—Así que, aunque iniciemos el Protocolo Tres... —comienza a decir Dante.

—Los avisos de evacuación no se transmitirán —confirma Alix.

—Tenemos que encontrar la manera de evacuar a la población.

—Es demasiado tarde para... —la entrada de Loricel interrumpe a Falon.

—No se puede confiar en Cormac. Le conozco desde hace cientos de años, y su comportamiento muestra signos de locura —declara Loricel con voz majestuosa.

—Hay que detenerlo —insisto—. No podemos volver a la Tierra y pensar en un

nuevo plan. Tenemos que pararle los pies.

—Estoy de acuerdo —dice Albert, y todo el mundo se vuelve hacia él—. Creé este mundo para acabar con la violencia y, mientras trato de evitar que la violencia se apodere de él, he llegado a la conclusión de que Cormac Patton se ha convertido en una amenaza para la raza humana.

—Entonces estamos de acuerdo —interviene Erik—, pero ¿cómo vamos a acceder al sector norte?

—Dejad eso en mis manos —dice Loricel—. Saqué a Adeline de allí. Así que podré meteros de nuevo.

—No podemos ir todos —comento.

—Adeline tiene razón —coincide Dante—. Necesitamos un grupo que informe de lo que está sucediendo a los líderes de la resistencia en los demás sectores. Los ministros pueden iniciar los procesos de evacuación, y hay protocolos para abrir troneras por todo Arras.

—¿Y la gente que está aquí? —pregunta Jost, pensando sin duda en Sebrina.

—Otro grupo tendrá que quedarse para sacarlos a todos. Si enviamos a alguien a través de la tronera, podremos evacuar al resto de los supervivientes en minutos —sugiere Albert.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

—Yo me encargaré de ello —dice Erik, adelantándose. Nos miramos a los ojos, conscientes de que nuestros talentos son necesarios en demasiados sitios a la vez para poder seguir juntos.

—Pero, en cuanto entremos en los otros sectores, localizarán nuestras secuencias de identidad personal —nos advierte Falon—. Nos arrancarán en minutos.

—Usaremos un velo —dice Loricel—. Los velos enmascararán vuestras secuencias de identidad personal. Para fabricarlo, aprovecharemos el talento de los sastres aquí presentes.

—No dispongo de los materiales necesarios —dice Erik.

—Pero me tienes a mí —le recuerda Loricel.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le pregunta Dante a Alix.

—Aproximadamente una hora —responde ella.

—¿Una hora de Arras o de la Tierra? —pregunta Jost.

—Eso es relativo —contesta Albert.

—¿Qué significa eso? —insiste Jost.

—Significa que en estas circunstancias disponemos de una hora. Así que será mejor que nos pongamos en marcha.

Todo el mundo sale corriendo en direcciones opuestas y, antes de que pueda despedirme de Erik, Dante me arrastra tras él. Nos marchamos con Jax y Falon.

—¿No viene nadie más? —pregunto—. ¿Cómo vamos a conseguirlo siendo sólo cuatro?

—Jax permanecerá contigo en todo momento, Adeline —responde Dante.

—No soy muy buen guardaespaldas —comenta Jax.

—Tú sabes cómo iniciar el Protocolo Tres y Adelice va a conseguir que Cormac le diga el código de acceso —dice Falon.

—Eso era antes de saber que había ordenado mi muerte —señalo.

—Muéstrate el doble de dulce —me aconseja Dante.

—¿Y los demás sectores? —pregunto, ignorando el útil consejo de Dante.

—Dispondremos de varios minutos en cada sector antes de que los coventris detecten cualquier anomalía —nos explica Loricel—. Debéis correr la voz antes de que yo inicie el siguiente envío.

—Deberíamos ir por separado. Para abarcar más territorio —dice Dante.

—Os puedo trasladar de dos en dos; más me resultaría complicado.

—Yo iré al coventri oeste —propongo—. Pryana me ayudará a poner en marcha las evacuaciones, y tengo que asegurarme de que Amie logra salir.

—Debemos concentrarnos en la población, no en los coventris —protesta Dante.

—No pienso negociar este asunto —le digo—. Tengo que asegurarme de que Amie sale, y Pryana pertenece al Plan. Ella puede informar a otros.

—Amie estará a salvo, Ad —me asegura Jax.

—Sólo si los planes de evacuación están operativos —respondo—. Somos cuatro. Podemos cubrir todos los sectores y el coventri oeste.

—Está bien —cede Dante—. Loricel, ¿podrás hacerlo?

—Por supuesto —responde ella.

—Entonces Falon se ocupará del líder del sector sur, Jax del sector norte, y yo del sector oeste, y luego nos reuniremos en el Ministerio Norte para enfrentarnos a Cormac todos juntos.

Asiento con la cabeza y mi pulso se desboca. A partir de este instante, tenemos el tiempo contado pero, antes de que pueda pensar en el gran peligro al que vamos a enfrentarnos, aparece Erik.

—He oído que necesitáis unos disfraces.

VEINTITRÉS

Siempre había pensado que una modificación dolería, pero, a excepción de un cosquilleo inicial en los nervios, no he sentido mucho más.

—¿Qué tal vas? —me pregunta Erik.

No le miro, porque entonces veré lo que está haciendo y no me apetece.

—Estupendamente —respondo con tanto entusiasmo como puedo—. Pero aún no tengo claro lo que haces —nunca llegué a dominar mis habilidades de sastre más allá de las modificaciones básicas, y siempre trabajé supervisada por Dante o Erik. Esto supera con creces el alcance de mis conocimientos.

Erik suelta un resoplido, pero le estoy diciendo la verdad: no duele.

—El velo crea un patrón de información alternativo en tu secuencia de identidad personal. Si regresaras a Arras sin él, la alerta de seguridad se activaría en segundos. Uno de los muchos y desgraciados efectos secundarios de tener control absoluto sobre un mundo artificial es lo sencillo que resulta encontrar a cualquiera.

De niña, saber eso me hacía sentir segura. Pero, ahora que soy yo a quien persiguen, veo el problema desde una nueva perspectiva.

—Pero una de las ventajas —continúa Erik— es que se puede manipular lo que ven en los telares de seguridad.

—¿Y lo que ven en persona?

—Eso no cambia y, por desgracia, no tengo tiempo de modificar tu aspecto. Aunque tampoco quiero —añade.

—Entonces ¿no es un verdadero disfraz?

—Sólo para los telares de seguridad.

—¡Pues vaya! —exclamo, tratando de relajar el ambiente—. Estaba deseando librarme de estas pecas. Supongo que tendré que conformarme con unas gafas divertidas o un sombrero grande.

—Yo adoro esas pecas —Erik se inclina, me besa rápidamente el hombro desnudo, y se endereza de nuevo cuando Jax se vuelve hacia nosotros.

—¿Cuánto tiempo nos proporciona el velo? —pregunto.

—Eso depende —Jax parece inquieto y, cuando lo miro, veo que tiene la piel cenicienta. Podría ser la luz, pero creo que se está mareando.

—¿Te encuentras bien?

Él señala mi brazo, y sin pensar bajo la mirada. Erik tiene los dedos dentro de mi carne. Hay una cantidad sorprendentemente pequeña de sangre, aunque la verdad es que en ninguna de las modificaciones que he presenciado había demasiada. Aun así, resulta inquietante ver sus dedos dentro de mi brazo, con la piel separada como una tela suelta.

—Qué apetitoso —digo.

—Respondiendo a tu pregunta —dice Jax, dando nerviosos golpecitos con el pie en el suelo—, cuando entremos, el velo en nuestras secuencias de identidad personal

evitará que nos localicen automáticamente. Pero al final se darán cuenta de que hay secuencias sin identificar en los patrones de los sectores.

Dante reaparece masticando unas raciones. No sé cómo puede comer.

—Por eso necesitamos entrar y salir de los sectores, y acceder a las oficinas de Cypress antes de que nos localicen —me explica.

—Podríamos contar con minutos u horas —concluye Jax, encogiéndose de hombros.

—Os trasladaré a los cinco minutos del primer envío —nos informa Loricel.

—¡No será suficiente! ¿Y si no encontramos a nadie? —pregunto.

—No disponemos de mucho tiempo antes de la destrucción del sector este —me recuerda—. Trabajo deprisa, pero no tardaré en quedarme sin lugar para hacerlo.

—Espera. Si permaneces aquí —digo lentamente, uniendo toda la información—, no lograrás salir.

—Probablemente no —responde ella, aunque no parece preocupada.

—Morirás.

—Lo sé —afirma Loricel—. No te entristezcas por mí, Adeline. He tenido tiempo más que suficiente para aceptar la inevitabilidad de mi muerte. Demasiado, de hecho.

—Pero... —sé que tiene razón, aunque la idea de que Loricel se quede aquí y muera mientras nos ayuda a escapar me revuelve el estómago.

—Además, no estaré sola —añade ella suavemente.

—¿Quién te acompañará? —pregunto.

Entonces diviso a Albert merodeando por un rincón, detrás de ella. Loricel me guiña un ojo y tengo que contener la carcajada. Sigo triste, pero si las dos personas más sabias que conozco quieren que esto suceda, debo creer que no se equivocan.

—¿Qué pasará cuando entremos? —le pregunto a Jax.

—Una vez que nos colemos en el Ministerio de Cypress, accederé al sistema y activaré el Protocolo Tres.

—¿Y el código de acceso? —añado.

—Tienes que conseguir que Cormac lo escupa —interviene Falon, cruzando los brazos sobre su pecho. Sin duda me cree incapaz de lograrlo, así que me entran ganas de ofrecérselo en una bandeja.

—Una vez que el protocolo esté activado, y en cuanto Cormac diga el código de acceso, el sistema iniciará el proceso de autodestrucción —continúa Jax.

—¿Sólo tengo que conseguir que lo diga? —pregunto—. Entonces no debería ser... demasiado complicado.

—Sí, pero tiene que decirlo él. Está codificado por voz —me explica Dante—. No funcionará a menos que sea él quien lo diga.

—De acuerdo —respondo lentamente. Así que no será tan sencillo como rebuscar en su oficina si Cormac se niega a colaborar—. ¿Y si no está allí?

Dante exhala pesadamente.

—Tenemos que asumir que estará. Dio la orden de destruir el sector desde su

oficina.

—No me gusta pensar que Adeline vaya a estar de acá para allá, arriesgando su vida, sin que estemos seguros de la ubicación de Cormac —dice Erik. Ha terminado con mi brazo y me aprieta ligeramente la mano antes de empezar con Jax.

—Es una misión suicida la mires por donde la mires —dice Falon. Da la impresión de que no le preocupara en absoluto—. Así que deberíais despediros.

Sé que probablemente no vuelva a ver a Erik. Que lo más seguro es que muera hoy, pero no necesito que Falon me lo recuerde en estos momentos.

—Falon —Dante llama su atención en voz baja. Se supone que es una advertencia, pero ella pone cara de fastidio.

—¿Por qué mentirles o darles falsas esperanzas? Dejémosles un minuto a solas.

—No hay tiempo para eso —protesta él.

—Nunca hay tiempo para eso —replica ella antes de girarse y salir de la habitación. Entonces me doy cuenta de qué es lo que fastidia a Falon. No es tan negativa como pretende parecer. Simplemente está enfadada con Dante porque ya es tarde para ellos. Han dedicado demasiado tiempo a pelear, en vez de pasar juntos un instante.

—Es que está enamorada de ti, ¿sabes? —le susurro a Dante.

—¿Falon?

—¿No te habías dado cuenta? —pregunta Erik.

—No doy por sentado que todo el mundo esté enamorado de mí —replica Dante, pero sus ojos se dirigen rápidamente hacia la puerta.

—Corre, tonto —le animo, y Dante sale a toda velocidad de la estancia.

Nos quedan unos minutos para disfrutar de toda una vida. Deberíamos aprovechar cada segundo al máximo.

VEINTICUATRO

Debemos marcharnos para empezar con los envíos a los distintos sectores tan rápido como sea posible, pero Erik me agarra del brazo y me arrastra hacia un pasillo oscuro, lejos de los que corren a ultimar preparativos.

—Tengo que irme y sacar a toda esta gente del sector antes de que Cormac acabe con él —me dice.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos, y parpadeo para contenerlas.

—Esto no es una despedida, Ad —me sostiene la barbilla y me obliga a mirarle.

—Eso no lo sabes —respondo.

Esta posibilidad existía, pero ahora que nos enfrentamos a ella apenas puedo respirar. Cuanto más miro a Erik, más asustada me siento. ¿Qué probabilidades hay de que sobrevivamos los dos? Le recuperé ayer y ya le estoy perdiendo de nuevo.

Deslizo los dedos por la tenue cicatriz que señala el lugar donde me ha aplicado mi velo.

—No es amor el amor que se modifica por momentos —murmuro débilmente, recordando su soneto favorito—. Te amo.

—Yo también te amo —repite él con una sonrisa—, incluso al borde del abismo.

Me da un beso de despedida y me fundo con él, ansiando una noche más o al menos unos minutos, pero se termina antes de empezar.

Una tos incómoda nos sobresalta, y vemos a Jost entre las sombras, con los pulgares enganchados en los bolsillos de los vaqueros.

—Lo siento. No pretendía interrumpir —dice.

—Ya habíamos... acabado —contesta Erik, apartando las manos de mí.

—Dejad de hacer eso —protesta Jost.

—¿El qué? —preguntamos Erik y yo al mismo tiempo.

—Fingir que no estáis enamorados —dice él—. No me molesta.

¿Cómo es posible, cuando a Erik y a mí nos incomoda tanto?

—Lo siento —dice Erik.

—No te disculpes. El amor es algo que no debería enfadar a nadie —contesta Jost—. Y si no fuera por vosotros, no habría recuperado a Sebrina. Así que gracias.

Avergonzada, murmuro:

—De nada.

—No tienes que agradecerémoslo —añade Erik, sacudiendo la cabeza—. Tú habrías hecho lo mismo por cualquiera de nosotros —me doy cuenta de que tiene razón. De algún modo, en la vorágine del tiempo que hemos compartido, he logrado encontrar una familia, aunque sea extraña y confusa. Ellos son mi familia.

—Tenéis que prometerme una cosa —Jost hace una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Si me sucediera algo, cuidad de Sebrina, por favor.

—No necesitas pedírnoslo... —empiezo a decir.

—Debo hacerlo. No porque desconfíe de vosotros, sino porque necesito saber

que, si algo me sucediera, os ocuparéis de ella.

—Vas a regresar —dice Erik con firmeza—. Esa niña no perderá otro padre. Lo juro por mi vida.

—Veo que vas a ser un tío protector —a Jost se le quiebra la voz, y trata de disimularlo con una sonrisa.

—Eres nuestra familia —le digo al tiempo que Erik desliza un brazo alrededor de mi cintura—. Así que ella también lo es.

Esta vez Jost me regala una sonrisa auténtica, no la mueca retorcida que comparte con su hermano. Es una sonrisa cálida y llena de esperanza que ilumina hasta sus ojos.

—Ven aquí —dice Erik, y hace un gesto con la mano para que Jost se acerque a nosotros.

Él nos rodea a cada uno con un brazo y estrechamos el círculo, sabiendo que probablemente sea la última vez que hagamos esto. Lo único que tengo claro es que uno de nosotros debe sobrevivir para cuidar a Sebrina.

—Si no regreso... —empiezo a decir, pero Erik me manda callar. Parece incapaz de aceptar tal posibilidad—. No, por favor, escúchame —continúo—. Encontrad a Amie. Ella puede cuidarse sola, pero tendrá preguntas. Necesito que sepa por qué hice lo que hice.

—Amie sabe que eres buena persona —me asegura Erik.

—¿Lo soy? —pregunto.

—Sí —responden los dos al mismo tiempo, y por primera vez en mucho tiempo me lo creo.

Al menos uno tiene que seguir con vida. Para contar nuestra historia. Para escribirla. Nadie ha presenciado más de cerca esta tragedia, si es que se trata de una tragedia. Ya no creo que lo sea. Ahora me parece una historia de esperanza, al contrario de lo que antes pensaba.

—Os dejo solos —dice Jost, empujando el brazo de Erik hacia mí.

Pero antes de que podamos entretenernos en nuestra despedida, aparece Dante y nos grita que nos pongamos en marcha.

Erik y yo no nos decimos nada más. No nos damos un último beso. Sólo intercambiamos una mirada, más valiosa que cualquier adiós susurrado.



Loricel se ha instalado en la improvisada sala de envíos que utilizaron para trasladarme hasta aquí. Tiene un amplio telar frente a ella, más grande que la mayoría de los que vi en el coventri, incluido su telar personal de la torre alta. Está vacío, y me entran ganas de contemplar el tejido de Arras por última vez, antes de que sea demasiado tarde. Sé que no debemos encenderlo hasta que vayamos a marcharnos,

pero la idea de no volver a tocar jamás las minuciosas y bellas hebras de un telar me produce un dolor que crece poco a poco en mi interior.

—¿Cómo vas a hacerlo? —pregunto a Loricel mientras contemplo el panel de mandos.

—Será como cuando te enviaban de una estación a otra —responde mientras ajusta los engranajes.

—Pero para eso se necesitaba una hora.

—Porque los telares los manejaban personas menos hábiles. Además, tenían que esperar a que los burócratas les indicaran cuándo iniciar el proceso y permanecían vigiladas todo el tiempo...

—Está bien —me rindo—. Lo entiendo.

—Estás en buenas manos —me asegura.

—No confiaría en nadie más para hacer esto —respondo yo.

—Es una pena —dice Loricel—. Tienes que aprender a abrir de nuevo tu corazón, Adeline.

Pienso en Erik y Jost. En la niña que podría llegar a depender de mí algún día. Y en mi hermana.

—Hay gente en la que confío —le aseguro.

—Te hice creer que el amor es una carga —sus ojos se dirigen a Albert.

—Lo es —respondo suavemente. Tengo la impresión de que parte de mí estuviera fuera de esta habitación, de camino a una peligrosa misión que no puedo controlar. No quiero pensar demasiado en ello porque noto cómo suben las lágrimas por mi garganta, amenazando con minar mi voluntad. Pero, a pesar del miedo que crece en mi interior, siento un firme convencimiento. Estamos haciendo lo correcto. Erik y yo lo sabemos. Y seríamos incapaces de seguir viviendo si no lo intentásemos.

—Tal vez —dice Loricel—, pero el amor también nos da una fuerza que jamás imaginamos tener.

—Me alegra que vayáis a estar juntos —le digo mientras miro a Albert—. Ojalá tuvierais más tiempo.

—Me siento afortunada de poder contar los minutos que paso junto a la persona que quiero —me asegura.

Es fácil decir eso cuando sabes que vas a morir junto a tu amado. Erik y yo... no quiero pensar en ello.

—Quiero un minuto más.

—Lo tendrás —responde ella con firmeza.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Lo sé —me dice—. Permanece atenta.

Antes de que pueda preguntarle qué significa eso, Albert coloca su mano en mi hombro.

—¿Unas últimas palabras?

Asiento con la cabeza, sintiendo escozor en los ojos por las despedidas. Albert me

acompaña hasta un rincón tranquilo y espera a que yo hable.

—Aún tengo preguntas.

—Y nos hemos quedado sin tiempo para respuestas. Es la triste realidad de la vida, señorita Lewys. Si me permites el juego de palabras, no todo puede atarse con un bonito lazo —sus ojos se hunden bajo el peso de los años.

—¿Por qué todo el mundo piensa que soy el Whorl? —pregunto—. ¿Porque puedo tejer y modificar?

—No son tus habilidades lo que te convierten en alguien especial, sino que hayas elegido luchar. El Plan Kairos te llamó Whorl porque necesitaba alguien en quien creer. Todas las rebeliones cuentan con teóricos, pero pocas cuentan con hombres de acción —al decir esto sus labios insinúan una sonrisa.

—Pero piensan que estaba destinada para ello.

—Eres una chica inteligente, Adelize —dice él—. Nosotros forjamos nuestro propio destino. Nunca lo olvides —abro la boca, pero la pregunta muere en mis labios porque me arrastran lejos de él y me colocan en la silla que vamos a utilizar para los envíos.

Este traslado no se parece en nada a otros. Esta vez el suelo desaparece bajo mis pies y la habitación cambia tan rápidamente que siento un vuelco en el estómago, igual que si estuviera cayendo. Levanto los brazos a ambos lados del cuerpo como para recuperar el equilibrio, pero sólo encuentran vacío. El mundo que me rodea es un remolino de colores y sonidos. Un estruendo de cuerdas metálicas chocando entre sí inunda el espacio a mi alrededor, y da la impresión de que el tiempo estuviera avanzando demasiado deprisa, descomponiendo la realidad.

Y entonces aparezco en el pasillo color bermellón de la torre alta donde viví una vez. Echo a correr y llamo a una puerta. No contesta nadie, así que vuelo hacia las escaleras. No tengo tiempo para esperar el antiguo ascensor metálico.

Franqueo atropelladamente la puerta del siguiente piso y entro en el salón de la torre alta. Resbalo por el suelo de mármol y estoy a punto de tropezar con un sillón de cuero. En ese mismo instante, las puertas del ascensor sueltan un *ding* y se abren para dejar paso a Pryana. Sus ojos se abren desmesuradamente al verme.

—¿Adelize?

—¿Dónde está Amie? —pregunto entre jadeos.

—En su habitación. En la torre inferior —responde ella—. Te llevaré hasta allí.

—¡No hay tiempo! —grito—. Debes iniciar el proceso de evacuación. Contacta con el Plan. ¡Tiene que salir todo el mundo de Arras ahora mismo!

—¿Cómo? —pregunta Pryana.

—Tenéis que sacar a la gente y llevarla a la Tierra —le explico— o morirán todos. Por favor, llévate a Amie.

Pryana frunce el ceño.

—No lo entiendo. No he recibido noticias de ninguna actuación de Cormac.

Sus palabras me detienen en seco. Si la información se ha filtrado hasta Alix,

¿cómo no ha alcanzado a otros miembros del Plan?

—Adelice, ¿quién te dijo...? —se queda callada cuando una figura femenina se desliza dentro de la habitación.

La mujer abre mucho los ojos y su boca se curva, dejando a la vista una sonrisa llena de dientes. Otra tejedora se habría sorprendido al verme, pero Maela parece encantada.

—Como sospechaba —sisea. Sus palabras rezuman el odio que ha acumulado hacia nosotras.

Doy un paso adelante y siento cómo me hormigean los dedos en los costados mientras planeo mi próximo movimiento. Las debilidades de Maela son todas psicológicas, así que no necesito levantar una mano contra ella, ya que puedo destruirla con una palabra. Pero antes de encontrar la correcta, mi cuerpo se agita y siento un vuelco en el estómago. Loricel me está trasladando de nuevo.

Me lanzo hacia delante con la esperanza de agarrar a Maela y arrastrarla conmigo en el envío. No debe impedir que Pryana advierta al coventri. No se lo permitiré. Pryana se coloca delante de mí, con los puños apretados.

—Déjame que... —empiezo a decir.

—Yo acabaré con ella —me promete Pryana mientras Maela echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. El sonido de su risa recorre mi cuerpo y trato de apartar a Pryana mientras el mundo suelta chispas y se resquebraja a mi alrededor. Me estoy desplazando otra vez, y lo último que veo del coventri oeste es a Pryana cargando contra Maela. Si gana, habrá esperanza para el coventri, pero si pierde nadie ayudará a mi hermana.

Esta vez caigo rodando junto a Dante.

—Teníamos que habernos sentado —refunfuña Dante mientras se pone en pie y se sacude los pantalones.

—¿Estamos dentro? —pregunto, y me levanto de un salto.

—Creo que sí —responde él mientras escudriña lo que nos rodea.

—Espera —exclamo—, sí. Estuve aquí hace unas semanas. ¿Pero dónde están los demás?

—Imagino que Loricel tendrá que trasladarnos por tandas —dice, pero mira fijamente a su alrededor mientras esperamos a que Jax y Falon se unan a nosotros.

Un instante después, aparece una figura en la habitación y cae de golpe en el suelo. Jax se da la vuelta con un quejido.

—Esto ha dolido.

Después de esperar unos minutos, me doy cuenta de que no va a llegar nadie más.

—Dante —le llamo con suavidad—. Falon te echará la bronca si aparece y estamos aquí esperando.

Jax me apoya.

—Sí, tío. No podemos esperar.

—Tenéis razón —responde Dante, pero en ningún momento me mira a los ojos.

Sigue inspeccionando el aire, a la espera de que Falon aparezca.

Jax nos distribuye unos aparatos que me recuerdan a los digiarchivos, aunque son más pequeños.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Un ITP. Instrumento de telecomunicaciones portátil —responde.

—¿Como un panel comunicador móvil? —pregunto.

—Es más parecido a un chip comunicador, pero sin llevarlo incrustado en el cerebro. Se los entregan a los funcionarios de bajo rango de la Corporación. Con ellos podremos comunicarnos entre nosotros —me explica—. Pero si te cogen destrúyelo.

—¿Destruirlo?

—Con el tacón de la bota y el suelo —dice él—. Si no lo haces, el personal de seguridad podrá localizar a los otros dos... tres del grupo.

Si Falon se reúne con nosotros, porque aún no hay ni rastro de ella.

—¿Qué hacemos primero? —pregunto.

—Tengo que acceder al ordenador central y meterme de lleno en él mientras tú consigues que Cormac diga el código de acceso.

—¿Cómo sabremos que se ha iniciado el protocolo? —pregunta Dante.

—Lo sabréis —responde Jax—. El edificio está programado para alertar a todo el mundo de la evacuación inminente.

—¿Estás diciendo que saltará una alarma? —pregunto.

—Sí —contesta él con una tímida sonrisa.

—Y queríamos pasar desapercibidos —exclamo con una mueca. Ahora que estamos aquí, mi bravuconería no tarda en diluirse. Tal vez pudiera adivinar el código de Cormac, o buscarlo en su oficina. Conozco ya sus preferencias: cajas de puros y decantadores. Si estuviera escondido en alguna parte, lo encontraría. Pero convencerle de que lo diga es otra historia, sobre todo si tengo que esperar a que una alarma me indique el momento apropiado.

—Esta misión no iba a permanecer mucho tiempo en secreto —me recuerda Dante. Avanzamos rápidamente por los pasillos, siguiendo los planos que Jax ha descargado en su digiarchivo.

—Yo me quedo aquí —anuncia Jax, señalando una puerta a su derecha.

—Buena suerte —le digo, y sin pensarlo le doy un abrazo.

—No hay tiempo para eso —exclama Dante, pero se dan un apretón de manos, acompañado de una significativa inclinación de cabeza.

—La oficina de Cormac está en la tercera planta —añade Jax.

—Lo sé —les he asegurado que podría hacer hablar a Cormac pero, mientras recorremos los pasillos del Ministerio, noto cómo crece el miedo en mi interior, inundándome con una vertiginosa energía. El edificio está en silencio, tanto que nuestras pisadas retumban sobre los suelos de baldosas blancas. Todas las puertas por las que pasamos se encuentran cerradas, y aún no hemos visto ni un alma.

—¿Estás bien? —me pregunta Dante.

Asiento con la cabeza, pero soy incapaz de ocultar los temblores que sacuden mi cuerpo. Todo depende de conseguir que Cormac haga una cosa por mí. Y Cormac jamás ha hecho nada por mí. No sé por qué espero que esta vez sea diferente. Cuando giramos hacia el pasillo que conduce directamente al despacho de Cormac, unas fuertes manos me agarran por detrás.

—Mira lo que he encontrado —se burla una voz áspera en mi oído. Hannox, por supuesto. Lanzo una patada a mi captor, pero estoy sin aliento después de haber corrido y algo mareada por el envío, así que mi pie no le alcanza. Él se ríe—. Cormac te está esperando —dice. Luego me empuja hacia delante y tropiezo.

—No quería presentarme por sorpresa —trato de mantener un ambiente distendido, aunque tenga el pulso desbocado. Echo un vistazo a mi alrededor y finalmente localizo a Dante. Un guardia de seguridad lo tiene inmovilizado, y apunta un arma contra su cabeza.

—Aun así, estás utilizando un velo —dice Hannox.

Me muerdo un labio y le miro fijamente. No tengo ni idea de cómo lo ha adivinado.

—Encontramos a vuestra amiga. Se resistió bastante —continúa Hannox—. Aunque no habríamos tardado mucho en localizar las secuencias veladas en el patrón.

—¿Qué le habéis hecho? —vocifera Dante. Otro guardia le agarra con fuerza, y además tiene los brazos amarrados a la espalda.

—Lo que le hacemos a los traidores —le escupe Hannox. Luego se acerca mucho al rostro de Dante y añade—: Arrancamos la hebra de esa muchachita. Y ahora arrancaremos la suya también —dirige su pulgar hacia mí.

Dante tensa la mandíbula pero, antes de que pueda decir algo para distraerle, golpea la nariz de Hannox con la frente. Un chorro de sangre salta por los aires, y el guardia está a punto de dejar caer su arma.

—Bastardo —grita Hannox agarrándose la nariz, y levanta la mano a toda velocidad.

—¡Basta! —ordena Cormac—. Éste no es modo de tratar a nuestros invitados.

—Me ha roto la maldita nariz —aúlla Hannox.

—Gracias por informarme —dice Cormac—. Traedlos a mi oficina.

Hannox me agarra bruscamente y me conduce hacia la puerta abierta al final del pasillo. Pienso en las lesiones que podría provocarle y por un instante el picor y el cosquilleo que noto en los dedos me animan a atacar. Pero, si acabo con el hombre de confianza de Cormac, jamás conseguiré que me dé el código de acceso.

Así que me dejo arrastrar por el estrecho pasillo hasta entrar en la guarida de mi enemigo.

VEINTICINCO

—Me sorprende que sepas controlarte —me dice Cormac cuando Hannox me empuja dentro del despacho. Hannox y sus hombres nos obligan a sentarnos en unas sillas y nos atan las manos a la espalda. Ni siquiera me resisto. Sólo necesito que Cormac hable, y tal vez lo haga si me cree inofensiva. Cormac intercambia unas palabras en voz baja con su hombre de confianza mientras uno de los guardias termina de atarnos. Hannox me lanza una larga mirada antes de ordenar a sus hombres que lo acompañen fuera de la estancia.

Estamos a solas con Cormac. Algo que debería hacernos sentir como una victoria.

—Esta vez no escapé —le recuerdo ahora que Hannox se ha marchado—. Me cogieron.

—Aun así veo que no llevas mi anillo —ruge—. Y noto cierto resplandor en ti. ¿Has estado con el joven Erik? ¿O ha sido con Jost? Soy incapaz de seguirte la pista.

—Capturamos a Adelize —interviene Dante—. Ella nos convenció de que la trajéramos de vuelta.

—Guarda tus mentiras para otro —dice Cormac al tiempo que tira de su pajarita—. Me rompió el corazón descubrir que la joven Alixandra era una traidora. Estoy deseando ponerle las manos encima, ahora que ya no la necesito.

¿Necesitarla? Echo un vistazo a Dante para ver si ha escuchado lo mismo que yo, pero tiene la mirada perdida. Está maquinando.

—Habéis entrado ocultos tras un velo después de pasar por cada uno de los sectores que quedan en Arras —continúa Cormac—. Tenéis a alguien con mucho talento trabajando para vosotros.

No hago ningún gesto. Ignoro las consecuencias que podría acarrear el admitir que está en lo cierto, pero sé que Cormac guarda toda información para distorsionarla más adelante en beneficio propio.

—Saluda a Loricel de mi parte —dice Cormac— A menos que... —deja la frase suspendida en el aire, fastidiándome como un picor.

—¿A menos que qué? —no puedo evitar animarle a que continúe.

—A menos que vengáis del sector este.

—¿Y si fuera así? —pregunta Dante.

—Entonces no tardaré en ofreceros mis condolencias.

Contengo la sonrisa. Cormac no sabe que estamos al corriente de su plan. No sabe que hemos tenido tiempo de evacuar el sector.

—No escondas la sonrisa, Adelize. Siempre he adorado esa mueca *petulante* —dice Cormac. Luego se dirige a grandes zancadas hasta el escritorio y se sirve una copa—. Aunque lo que más me gusta es borrártela de tu *petulante* cara.

—Esta vez no, Cormac —le digo.

—¿Crees que no sabía que Alixandra iba a traicionarme? —pregunta.

Con esto logra cortarme la diversión.

—No has ordenado la destrucción del sector este —digo con voz monótona.

—Por supuesto que no —responde Cormac—, pero tu gente estará ya agrupada en un bonito rebaño listo para entrar en el matadero.

Erik. Jost. Sebrina. La lista de personas que están evacuando el sector en estos momentos pasa rápidamente por mi mente.

—No. Haré todo lo que quieras.

—Ya lo has hecho —exclama Cormac—. Me has quitado de encima un sector problemático, has provocado el pánico en el resto de Arras y me has entregado a los líderes del Plan Kairos. ¿Crees que la gente escuchará a unos extraños gritando que el ciclo se viene abajo? Arras volverá la mirada hacia mí, y estoy más preparado de lo que nadie imagina para los trágicos acontecimientos de hoy.

—Jamás tuviste intención de casarte conmigo —me doy cuenta de repente.

—Ahora lo entiendes.

No me utilizó para distraer a los ciudadanos de Arras, sino para distraer al Plan Kairos. Por mi culpa han caído en la trampa tendida por Cormac en el sector este. Pero lo peor de todo es que he estado tan absorta en adivinar el siguiente movimiento de Cormac en nuestro orquestado plan, que no he visto venir nada de esto.

—¿Pryana? ¿Alix? ¿Sabías que formaban parte del Plan? —le pregunto.

Los labios de Cormac se curvan mientras asiente con la cabeza.

—Lo supuse. Y ambas me han resultado bastante útiles. Estaban demasiado ocupadas creyéndose inteligentes...

—Para darse cuenta de que la información provenía de ti —termino la frase por él. Por eso Pryana no había escuchado nada sobre la orden de Cormac. Él le dio el soplo a Alix, sabiendo que nos lo comunicaría a los demás.

—Fue sencillo. Bastó con pasarle información podrida a una rebelde para que ella envenenara al resto del grupo, observar cómo se extendía la mentira y descubrir a los demás traidores. La plaga del Plan no tardará en quedar erradicada.

—Y ahora Arras te considerará un héroe —interviene Dante—. Porque no quedará nadie que cuente lo contrario.

—Has logrado afianzarte en las mentes de los ciudadanos de Arras —me dice Cormac—. Así que, cuando compartas con ellos mi angustia por tu rebeldía, sentirán la ira que sólo una traición puede despertar.

—¿Y quién trabajará en los telares? —le pregunto—. ¿Qué harás cuando la Tierra deje de proporcionarte tus preciadas materias primas?

—Una vez que acabemos con la amenaza que dejamos allí abajo, no tendré que preocuparme por la intromisión de escoria como vosotros.

—¿Y si se produce una singularidad? —le desafío.

—Eso es sólo una teoría —responde Cormac agitando una mano—. Mis hombres no lo consideran una amenaza.

—Albert sí —digo en voz baja—. Como sigas extrayendo materiales, destruirás la Tierra y Arras.

—¿No te están tomando demasiado en serio el papel de Whorl? —aprieta los labios y me ofrece una delgada sonrisa—. El Whorl no existe. Es sólo una leyenda creada por hombres desesperados.

Me da igual que Cormac se ría de mí o del Plan, porque no entiende nada. Yo misma empiezo a comprenderlo ahora.

—Esos hombres desesperados son tu pueblo, y creen en su *leyenda*.

—¿Y de qué sirve una creencia? Puede que te ayude a dormir por las noches, pero tú y yo sabemos que carece de poder.

—No se trata sólo de la creencia —replico mientras la semilla de la determinación germina en mi mente, y extiende sus raíces hasta mi alma—, sino de la posibilidad. Y una vez que la gente descubre lo que es posible, aunque sólo sea durante un brevísimo e insignificante instante, es capaz de imaginar más. En la imaginación sí hay poder. Un poder innegable, impredecible, incontrolable. Tienes razón. El Whorl podría ser nada más que una fantasía, pero la idea ha devuelto a la gente la capacidad de soñar. Ahora no va a resultarte tan sencillo controlarlos.

Cormac tensa la mandíbula, pero su rostro no refleja furia, ni fastidio, ni siquiera diversión. Me está provocando.

—Ya lo has visto —continúo—. Las chicas y chicos que deciden no casarse. Las tejedoras que se niegan a permanecer en sus telares. ¿Qué harás cuando todas las tejedoras comiencen a soñar?

Cormac me regala una sonrisa de superioridad.

—Toda sociedad debe evolucionar.

Entonces levanta los dedos y dibuja con ellos un patrón invisible en el aire. Tras un instante, aparece una grieta en el tejido de la habitación.

—¿Qué has hecho? —exclamo casi sin aliento.

—Hay quienes piensan que los hombres no deberían tener este poder, sin embargo yo no estoy de acuerdo —responde Cormac—. Es cierto que no debería poseerlo *cualquier* hombre. Pero yo no soy *cualquier* hombre.

—Te has estado haciendo modificaciones —exclamo en voz alta. Su comportamiento errático. La cicatriz que entreví. Tiene sentido.

—¿No fue eso por lo que expulsaste a Kincaid? ¿Por pervertir las investigaciones realizadas para el Proyecto Cypress? —pregunta Dante—. ¿O fue para robarle la idea?

—Kincaid era un loco. Estaba siempre demasiado ocupado fanfarroneando para pensar en lo que necesitaba la gente que tenía alrededor.

—Eso me recuerda a alguien que conozco —comento con inocencia fingida.

—Mira quién fue a hablar —replica Cormac.

Tal vez tenga razón. Incluso ahora estoy más pendiente de alardear y mostrarme insolente que de pensar en lo que debería hacer para que los demás salgan vivos de ésta.

—¿Y eres una tejedora o un sastre? —le pregunto mientras hago fuerza contra la

cuerda que inmoviliza mis manos. Antes no me asustaba estar en la misma habitación que él. Ahora sí.

—Soy intelectual. Sastre. Tejedora. Espía —responde—. Pero lo más importante de todo, soy maestro de crewel.

—No te creo —exclamo, porque necesito que sea falso. Necesito creer que no posee esa habilidad.

—Oh, te aseguro que es cierto, Adelize. Gracias a tus medidas, nuestros científicos han logrado sintetizar un componente genético que me ha dotado de tus mismas destrezas.

Le miro fijamente, tratando de asimilar sus palabras. No se trata únicamente de que hayan modificado a Cormac para poseer esas habilidades. Sino que las han sintetizado, como en los primeros experimentos realizados en la Tierra con los sueros. Experimentos que han acabado terriblemente mal. Lo cierto es que Cormac es sólo un caso de prueba, lo que explica su comportamiento imprevisible y su actitud errática en las últimas semanas.

—Te había notado raro —le digo—. Lo achaqué al estrés, pero da la impresión de que era algo más que eso. Has estado desarrollando tu propio Proyecto Cypress todo este tiempo.

Cormac no estaba perdiendo la razón. La estaba moldeando, estirando sus propias habilidades genéticas hasta el límite.

—No necesito tu condescendencia, Adelize —dice Cormac—. Ni tampoco la agradezco.

—Estás loco —exclama Dante—. ¿Agradeces eso?

—Soy poderoso —replica Cormac—. Si estuviera loco no habría prosperado tanto.

—Has obligado a todo un mundo a vivir una mentira...

—Que están ansiosos de creer —me interrumpe Cormac.

—¿Piensas que es tan fácil tragarse las mentiras? —le pregunto—. Arras sabe que eres un absoluto engaño, Cormac, y no tardará en tener pruebas.

—¿Y quién va a descubrirselo? —pregunta—. ¿Tú?

—Créeme, estoy dispuesta a asumir el reto.

Antes de que Cormac pueda contestar, suena una estridente sirena. Jax ha logrado activar el protocolo y la alerta de evacuación. Ahora sólo necesitamos que Cormac diga el código de acceso y el Protocolo Tres se pondrá en marcha.

No debería resultar complicado, teniendo en cuenta su endiosamiento.

—Veo que no habéis venido solos —dice Cormac—. ¿Qué decías sobre que querías regresar y conseguir que las cosas funcionasen?

—No tengo ni idea de qué está sucediendo —respondo con gesto inexpresivo. Lo cierto es que no sé dónde está Jax.

Cormac levanta los ITP que Jax nos dio para comunicarnos y los agita.

—¿Quién está al otro lado? —me pregunta.

—Nadie que conozcas —respondo.

—¿Entonces no es mi querido Erik? Qué pena. Me encantaría librar a Arras de ese incordio. No obstante, es alguien a quien tú conoces, Adelize. ¿Sabes?, una vez nos hiciste una jugarreta en el coventri —continúa Cormac—, y he pensado a menudo en ello. Ignoraste las normas de proximidad. ¿Recuerdas?

Sé a qué se refiere. Localicé el almacén del coventri en el telar de la habitación de Loricel y lo retejí en las extrañas pantallas de su estudio, para acceder a él y buscar información sobre mi hermana. Al manipular el espacio que tenía a mi alrededor, arriesgué la integridad del tejido del coventri. Era algo que no debería haber podido hacer, y probablemente no lo habría logrado si hubiera utilizado otro telar distinto al de Loricel. Aun así, el telar me advirtió lanzando una alerta de proximidad. Sin embargo, ignoro qué tiene que ver eso con el ITP que me conecta a Jax.

—He ordenado que instalaran un juguetito en mi oficina —añade Cormac, y aprieta un botón para abrir un panel oculto en la pared y dejar a la vista un reluciente telar nuevo.

—Ahí está el problema, Cormac —le digo—. Un telar no es un juguete. Y como pienses lo contrario, este mundo está condenado. Ni siquiera puedes trabajar en él desde Arras —ahora sé por qué ha mencionado la alerta de proximidad. No es seguro tejer y hacer crewel dentro de las fronteras del planeta, por eso los coventris están situados entre la Tierra y Arras, como medida de seguridad. Pero Cormac está pasando eso por alto. He invertido demasiado tiempo en reírme de su afición a la bebida para darme cuenta de que su verdadera adicción es el poder.

—De todas maneras, vamos a ver lo que podemos hacer con él —dice.

Aprieta varios botones en el lateral del telar y éste se enciende con un zumbido. Tiro de mis ataduras para conseguir una perspectiva mejor.

—¿Sabes lo peligroso que es eso? —le pregunto en voz baja—. Ya has demostrado lo que querías.

—No, no lo he hecho —grita y retrocede hasta mí para acercarse a mi cara—. Porque todavía no me respetas. No me temes.

—¿De eso se trata? —pregunto—. ¿Quieres que te tenga miedo? Pues lo has conseguido. Verte jugar con ese telar sin tener en cuenta su poder o las consecuencias de tus actos me asusta, Cormac. Y si fueras sensato, te asustaría a ti también.

Este Cormac no es el mismo que fue a buscarme la noche de mi recogida. Aquél hacía lo que creía mejor para el conjunto, aunque su percepción de lo que era mejor estuviera distorsionada. Ahora es incapaz de razonar o reflexionar. No ve nada excepto tonos grises.

Y eso lo convierte en un peligro para todos.

Antes de que pueda reaccionar, aparece en el telar un fragmento del tejido. En comparación con las sirenas del protocolo que atruenan en la habitación, la parpadeante alerta roja de proximidad parece débil e intrascendente. Aunque eso no significa que sea menos peligrosa.

—Tengo el tejido de esta habitación en el telar —anuncia Cormac con una sonrisa.

Ahí estamos, expuestos ante él. Y sólo tendría que hacer un ligero movimiento con la mano para destruirnos, si es que posee la habilidad necesaria. ¿Se la habrán injertado o es demasiado arrogante para reconocer que carece de ella?

Si no actúa con precisión, arrancará toda la oficina. Eso acabaría con la amenaza de Cormac, pero no resolvería nuestro principal problema. Arras está lleno de hombres demasiado viejos y demasiado acomodados para cambiar de rumbo. Simplemente surgiría otro líder corrupto en lugar de Cormac —y otro y otro—. Tal vez suceda lo mismo en la Tierra, si evacuamos Arras, pero al menos evitaremos que una singularidad acabe con la humanidad.

Cormac coge el ITP que Jax me dio y aprieta el botón de comunicación.

—¿Estáis bien, chicos? —la voz de Jax crepita en el altavoz, y mi corazón pega un vuelco.

—¡Es una trampa! —grito, pero es demasiado tarde. Cormac lo ha localizado y ahora quiere jugar con su presa.

—Mientras Adelice y yo charlábamos —dice Cormac hacia el ITP—, tú trabajabas como una hormiguita.

—Estás perdido, Cormac —responde Jax—. He blindado el protocolo de evacuación y reabierto los canales de comunicación entre los sectores. Están al corriente de lo que has hecho.

—¿Y crees que confiarán en un rebelde? —pregunta Cormac, prácticamente gritando al ITP.

—No será necesario que lo hagan —dice Jax—. El comunicado lo envió Loricel.

Cormac lanza maldiciones contra el ITP y lo tira al suelo.

—Pantalla —brama.

Y aparece una pantalla sobre nosotros.

—Quiero que veáis esto —exclama furioso—. No sé quién es vuestro amigo, pero debe de ser bastante brillante para haber violado nuestro sistema.

—Lo es —respondo—, y mucho mejor persona que tú.

—Qué conmovedor —se burla Cormac. Vocifera unas coordenadas hacia la pantalla y las cámaras de seguridad en esa zona del edificio proyectan sus imágenes sobre nuestras cabezas. Jax avanza rápidamente, vigilando por encima de su hombro. Quiero advertirle, pero sé que es inútil gritar. No me oye, y aunque lo hiciera tampoco importaría. Cormac ha descubierto donde está, y además tiene un telar.

Cormac puede tejer, lo que significa que es capaz de arrancar hebras.

Siento un retortijón en el estómago y me sube bilis a la garganta, pero me la trago mientras Cormac regresa al telar y mira fijamente el radiante tapiz desplegado ante él, vacilando un instante.

—¿Qué mira? —me pregunta Dante—. Sólo veo una maraña.

Me extraña un poco que Dante no lo distinga con claridad, aunque siempre me

han sorprendido las minúsculas diferencias entre una tejedora y un sastre.

—Es esta habitación —respondo—. Ha enfocado el edificio con el telar.

Dante dirige los ojos rápidamente hacia la pantalla y forcejea con la cuerda que lo amarra a la silla. Jax es su mejor amigo y no puede hacer nada para avisarlo.

—No lo hagas —le pido a Cormac—. La población está evacuando Arras. Ven con nosotros. Empieza de nuevo en la Tierra.

Cormac me ignora mientras gira un engranaje para agrandar la imagen.

—Vuelve a casa —añado con suavidad.

—Yo no tengo casa —responde Cormac, apartando un instante los ojos del telar y concediendo a Jax unos preciosos segundos más—. Vosotros la habéis destruido.

—Arras jamás ha sido un hogar —replico—. Este mundo era una mentira, y ha llegado el momento de acabar con él. ¿Cuál es el código de acceso para el Protocolo Tres?

—Así que has venido por eso —exclama con una carcajada—. Para que Cormac Patton traicione a Arras.

—No, he venido para que te redimas —le digo—. Si no separamos Arras, ambos mundos desaparecerán. Tú puedes detenerlo. Serás un héroe.

—Es demasiado tarde para eso, y no tengo a nadie con quien disfrutar mi redención —responde él. Entonces se vuelve hacia el telar y, con la seguridad de una tejedora experta, arranca una única hebra. Sale lentamente, y por encima de nosotros Jax se queda paralizado y empieza a desaparecer, borrándose poco a poco de la realidad.

—¡Detente! —vocifera Dante, pero es demasiado tarde.

No sé qué sentir. Hace un instante Jax estaba ahí, corriendo por un pasillo, a punto de escapar. Y de repente se ha desvanecido.

Lo terrible de este sistema es lo sencillo que resulta extraer a alguien sin que te produzca ninguna sensación. Parece irreal incluso viéndolo suceder, como si Jax fuera a aparecer de nuevo en la pantalla. Pero conozco este mundo lo suficiente para saber que no será así. La prueba de que Jax ya no existe descansa en las manos de Cormac.

—Hubo un tiempo en que esta hebra habría servido para hacer modificaciones —comenta Cormac.

—Para fabricar remanentes —replico—. ¿Es que has abandonado tu guerra en la Tierra?

—Oh, no. Pero hemos desarrollado métodos mucho más efectivos para librarnos de la plaga que asola ese planeta.

Mis palabras suenan estranguladas.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy seguro de que lo viste en el sector este.

Las polillas. Los habitantes del sector este descomponiéndose ante nuestros ojos, mientras sus hebras eran devoradas lentamente.

—No amputaste el sector porque fuera necesario —le acuso—. Sólo querías probar tus bichos.

—Y han funcionado tan magníficamente como imaginábamos.

—Entonces... —pierdo el hilo de mis pensamientos.

—¿Quieres saber si os hemos estado vigilando todo el tiempo? —pregunta Cormac—. Por supuesto que sí.

—Pero amputaste el sector —dice Dante.

—Exactamente. Lo separé. No lo destruí. El sector sigue existiendo.

Dante y yo intercambiamos una mirada y sé que ambos estamos pensando lo mismo. ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos? Esto significa que Cormac conoce nuestros planes. Que estaba al corriente de la participación de Loricel y Albert. Que...

—¿Cuánto has visto? —le pregunto con la voz entrecortada.

—Todo —responde con énfasis—. Demasiado para los estándares de pureza, ¿no crees?

Noto una opresión en el pecho al saber que mis momentos con Erik han estado a la vista de Cormac. Me siento como si me hubieran robado, además de producirme asco y enfado.

—Maldito hijo de...

—Compórtate como una dama —dice él.

—Oh, te aseguro que ya no soy una dama —respondo, escupiendo mis palabras.

De repente algo me golpea al pasar rápidamente junto a mí, y empieza a girar todo a mi alrededor. Antes de que pueda saber qué ha sucedido, Cormac se desploma en el suelo. Miro la silla vacía que hay a mi lado y veo una cuerda cortada en dos. Desde que llegamos, Dante ha estado modificando poco a poco la cuerda con los dedos. Ni siquiera se me había ocurrido intentarlo porque estaba distraída hablando con Cormac. Eso explica por qué Dante ha permanecido en silencio gran parte del tiempo.

El tejido de la habitación se rasga y la luz entra de golpe por el hueco mientras Cormac y Dante se desgarran entre ellos.

Tiro de mi cuerda, palpo su composición y la parto. Ya no hay razón para hacerlo discretamente. Obviamente, Dante se ha adjudicado el elemento sorpresa.

Cuando me levanto, no se me ocurre qué hacer. Dante y Cormac están rodando por el suelo y ambos tienen ya cortes superficiales que sangran. Ninguno de los dos ha logrado sujetar al otro lo bastante fuerte para inmovilizarlo, pero intentar agarrar a cualquiera de ellos sería inútil. Cada vez hay más sangre, y sé que gran parte es de Dante, porque tiene que enfrentarse al traje reforzado de Cormac.

Me acerco al telar y deslizo los dedos por encima para ajustar el campo de visión y buscar la habitación en la que estamos. Es la única opción que me queda para ayudar a Dante. Si localizo el despacho, podré arrancar la hebra de Cormac. El telar muestra una estancia tras otra, pero no encuentro ésta.

Me vuelvo hacia ellos mientras pelean en el suelo, y me planteo lanzarme sobre Cormac justo cuando Dante consigue sujetarlo contra el suelo. Corro hacia ellos, esperando poder ayudar. Dante no debe acabar con él: necesitamos que diga el código de acceso para que el Protocolo Tres se ponga en marcha. Aun así, Dante alarga la mano hacia el pecho de Cormac.

—¡No! —grito. Dante dirige su mirada rápidamente hacia mí y entonces me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

He distraído a Dante.

Aunque ha sido sólo un instante, es justo lo que Cormac necesitaba. Me lanzo hacia él para detenerlo, pero es demasiado tarde. Cormac hunde la mano en el pecho de Dante mientras yo caigo al suelo, con la mirada fija en la dorada hebra que sujeta firmemente entre los dedos.

—Por favor —es lo único que puedo decir en este momento.

—Como me lo has pedido amablemente —dice Cormac—, te daré un segundo para que cierres los ojos.

—No tienes que hacerlo —le recuerdo—. Puedes elegir.

—Claro que sí —y de un tirón arranca limpiamente la hebra del tiempo del cuerpo de Dante.

Miro a mi padre y él me sonrío.

—Cierra los ojos, pequeña. Me alegro de haberte conocido.

Los aprieto con fuerza y trato de ahogar el desagradable chirrido que produce el tiempo al desvanecerse, la antinatural disonancia de los años arrancados al cuerpo de Dante demasiado pronto. No tuvimos suficiente tiempo.

—Abre los ojos —me ordena Cormac. Yo niego con la cabeza, apretando con fuerza los párpados para contener las lágrimas que no quiero que vea.

—Ya te he visto llorar otras veces —me recuerda.

Entonces los abro y dejo que las enfurecidas lágrimas caigan rodando. Son lágrimas de acusación y odio, aunque no estoy segura de que las haya provocado Cormac.

No dejo de pensar que ha sido culpa mía, una sensación que ya conozco y de la que he aprendido algo.

Que da igual.

Los errores van y vienen como el océano y si te entretienes en ellos, la corriente te arrastra y te ahoga.

Cormac está cubierto de polvo y se lo sacude como si no fuera nada. Luego deja caer la hebra del tiempo a sus pies. Yo alargo la mano, la recojo y la sostengo en la palma.

—Consérvala —me dice.

Tiro la hebra. Ahora, yo sola puedo sacudir los pilares del mundo.

VEINTISÉIS

Lanzo un puñetazo a Cormac, pero me esquivo y caigo al suelo.

—Piensa lo que haces —me advierte.

—Lo sé perfectamente —respondo, y me levanto rápidamente para abalanzarme de nuevo hacia él.

—Me necesitas —dice Cormac—, y no podrías vencerme aunque lo intentaras. ¿Estás dispuesta a dejar que muera gente inocente por tu impaciencia?

Aprieto los brazos contra el cuerpo y le miro fijamente. Mis lágrimas siguen fluyendo, pero ya no me importa.

—¿Vas a darme el código de acceso? —le pregunto, aunque conozco la respuesta.

—De ninguna manera.

—Sabes bien cuál es la situación —digo en voz baja.

—¿Cuál es? —pregunta Cormac. Me inclino sobre el escritorio y apoyo las manos en la suave madera, esperando el momento adecuado para atacar mientras él se sirve una copa.

—Que ambos mundos están en peligro. Lo que no tengo claro es cómo piensas que Arras va a sobrevivir sin la Tierra. Según los cálculos de Albert...

—¿No te has planteado que sean los desvaríos de un hombre decrepito?

—Mira quién llama a otro decrepito —mascullo.

Cormac me ignora, pero suelta el vaso con demasiada fuerza.

—¿Qué harías tú? ¿Repoblar la Tierra? Eso es una locura. Sólo puede sobrevivir uno: la Tierra o Arras. ¿Cuál elegirías, Adelice? ¿Un mundo en el que todos tienen lo que necesitan o un planeta moribundo lleno de delincuentes y perversos?

—Los habitantes de Arras no tienen todo lo que necesitan —replico.

—¿Y qué les falta? —sus labios golpean la última palabra.

—Libertad —mantengo los ojos clavados en los suyos. No puede negar que es algo de lo que Arras carece y que jamás conseguirá bajo el control de la Corporación.

—Eso es un *deseo*, querida —responde Cormac sin vacilar—. Nadie *necesita* libertad.

Supongo que en eso discrepamos.

—Podríamos matarnos el uno al otro. Aquí y ahora —continúa Cormac—. Pero entonces ¿qué sería de Arras? ¿Y de la Tierra?

—¿Y qué sucederá si ambos sobrevivimos? —digo suavemente. No sé si alguno de los dos merece salir de aquí. Y aun así, si ninguno lo consigue, ¿qué pasará con todos los demás? La singularidad que Albert predijo podría ser otra forma de control, información falsa difundida por Cormac para distraernos de sus planes y atraerme hasta aquí. ¿Pero se lo creyó Albert? Porque estoy segura de que a Loricel y a mí no nos mentiría.

—No es demasiado tarde. Podemos aliarnos —sugiere Cormac.

—Acabas de matar a mi padre —le recuerdo—. Nuestra relación está construida

sobre bolsas para cadáveres, Cormac. No imagino nada peor que aliarme contigo. Además, has admitido que tu intención ha sido siempre deshacerte de mí.

—Una cuestión a tener en cuenta —su fría mirada se mantiene imperturbable. No se está divirtiendo. Ni está evaluando la situación. Sus ojos tienen el color de la oscura noche cuando el mundo permanece en suspenso. Está maquinando—. ¿Entonces, no va a quedar ninguno de los dos?

Como si me estuviera dejando elegir.

Con Cormac no existen elecciones, sólo trampas cuidadosamente tendidas. Eso es algo que sé demasiado bien.

—Arras no sobrevivirá, pero si iniciamos el Protocolo Tres salvaremos a la gente —argumento—. Desde que te conozco, siempre has actuado en beneficio de la población, aunque tus métodos fueran un poco retorcidos para mi gusto —se lo explico amablemente, con la esperanza de tentarlo con promesas almibaradas y palabras dulces.

Él se ríe, descubriendo mi intención.

—No trates de conmovirme, Adelize. Durante toda mi carrera he tergiversado las palabras para conseguir lo que quería. No habrá concesiones respecto al Protocolo Tres.

Miro mi inútil digiarchivo. No hay nadie a quien llamar. Todos los canales comunican con el vacío.

—Veo que aún quieres arreglar la situación, pero puedes dejarlo ya —dice Cormac—. Has interpretado tu papel increíblemente bien, Adelize.

No siento la bola de rabia ardiente que suele formarse en mi pecho cuando Cormac se burla de mí. Ni me viene a la mente ninguna réplica ingeniosa. En su lugar aparece algo mucho más pavoroso: un terrible vacío que inunda mi interior y me hace sentir como si me hubiera rendido. ¿Cómo se puede salvar el mundo de hombres como Cormac? Hay demasiados para derrotarlos a todos.

Demasiados para considerarlo siquiera una posibilidad.

Cormac me observa con interés mientras una sonrisa juguetea en sus labios.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

—Encuentro tu reacción un tanto sosa —contesta—. Esperaba una pelea. Me parece de mal gusto acabar con alguien que se queda de brazos cruzados, sin defenderse. Si no supones una amenaza, ¿qué mérito tiene?

—Si lo que dices es cierto, entonces *nunca* he sido una amenaza para ti.

—Tienes razón, y aun así... —Cormac hace una pausa y ladea la cabeza ligeramente. Los paneles comunicadores de la estancia nos solicitan una vez más el código de acceso, aunque ahora las sirenas de evacuación parecen un ruido de fondo. Escucho el mensaje, pero ya da igual.

—Hannox, envía las tropas al sector este.

Miro rápidamente a Cormac y esta vez distingo un destello de diversión en sus ojos. Se ha construido su propio teatro de marionetas.

—¿Quieres verlo? —me pregunta.

—¿Es necesario que hagas esto? —respondo mientras busco cualquier argumento que pueda detenerlo—. Las polillas se propagarán más deprisa por la Tierra si dejas que los ciudadanos accedan a la superficie.

—¿Quién parece desesperado ahora? —brama un código de seguridad a la pantalla, y empiezan a aparecer imágenes del sector este. Hay una multitud reunida junto las oficinas del Ministerio. La cámara está bastante lejos del suelo, pero distingo a Jost y Erik organizando el grupo.

—No sigas adelante. Por favor, no lo hagas.

—¡No me detendré! —golpea el vaso contra el escritorio, lanzando el contenido por los aires—. Mientras el mal continúe en el sistema, no dejará de expandirse.

—Entonces tendrás que matarme a mí también —le digo, levantando la barbilla con gesto desafiante y mirándolo fijamente.

—Será un placer —responde.

Cormac no se ha dado cuenta de que he cambiado ligeramente de postura. Que ya no estoy sentada, sino más bien acuclillada sobre la silla, y que tengo los brazos tensos y preparados. Así que, cuando me lanzo hacia él y mis pies recorren los pocos pasos que nos separan, no tiene tiempo de reaccionar.

Me subo de un salto al escritorio antes de que pueda apartarse y, con un golpe preciso y certero, agarro su hebra del tiempo con la mano izquierda. Es dorada y nueva, mucho más joven de lo que correspondería a alguien tan mayor como Cormac. La entrelazo con mis dedos y la levanto a la altura de mi cara, para que podamos contemplarla los dos. La sangre cubre mis dedos y escurre sobre la hebra de la vida de Cormac.

—La izquierda por delante —susurro—. Todas las maestras de crewel lo saben.

—Supongo que has ganado —dice Cormac con voz jadeante. Ansiosa.

—Nunca pensé en esto como un juego —respondo mientras retuerzo la delicada hebra. Sólo tengo que partirla, pero ¿será demasiado tarde?

—¿Esperas a algo? —pregunta Cormac.

—Tú siempre has actuado pensando que las cosas simplemente se hacen o no se hacen —respondo—, pero eso me ha enseñado a reflexionar sobre mis actos.

—Supongo que quieres que suplique clemencia.

—En absoluto —y así es. Cormac es demasiado orgulloso para suplicar, aunque ahora veo algo distinto en sus ojos. Podría confundirse con temor, pero parece más bien la certeza de lo inevitable.

—El mundo nos dice que existe el blanco y el negro. Nos cuentan que las personas pertenecen a una de esas dos categorías, Adeline. Bondad y maldad. Luz y oscuridad. Pero es una absoluta mentira. Todos existimos en el gris. Sólo somos capaces de vivir en esa percepción matizada de la realidad —dice.

—¿Quiere decir eso que lo que has hecho no estaba mal? —pienso en mi madre y mi padre. En Dante. En Erik y Jost, que probablemente estén muriendo en estos

momentos por su culpa.

—Según tú está mal, pero ¿es que no ves el gris? —me pregunta—. Si estuvieras en mi lugar, ¿serías capaz de renunciar? ¿Al poder? ¿A las oportunidades?

—¿Y dejar en paz a la gente inocente? —pregunto—. Sí.

—Aun así, muchos inocentes han muerto a consecuencia de tus actos —replica.

Contemplo la hebra del tiempo enrollada en mis dedos y me pregunto cómo ha podido deformarse tanto su percepción. Ya no se trata simplemente de lograr el bien común. Cormac se ha erigido en héroe. Se ha otorgado el poder del creador, después de conceder ese *don* a otros antes que él. No cree haber cometido ninguna tropelía, porque ha hecho lo que creía correcto.

Y aquí estoy yo, con su vida en mis manos y sabiendo exactamente lo que significa mantenerse en el gris. Cormac Patton merece morir, de eso estoy segura. Pero ¿merezco matarlo yo? ¿Tiene alguien el derecho de matar a otra persona?

Hay suficiente sangre en mis manos para toda una vida.

Podría acabar con Cormac y esperar. Esperar a que se produjera la singularidad. Esperar a que los funcionarios de la Corporación me encuentren. Esperar a morir de un modo u otro. Ya da igual.

Porque en este escenario nadie gana.

—¿No me digas que has tenido un repentino ataque de compasión?

—Estoy pensando —aprieto la hebra con fuerza entre mis dedos y Cormac jadea.

—¿Cuál es el código de acceso? —repito.

—Jamás te lo diré.

—Vas a morir, Cormac —le recuerdo. De hecho, ya ha comenzado a deteriorarse. Su pelo se va volviendo poco a poco blanco y le están apareciendo arrugas en la lustrosa piel. No tardará en dejar de ser el rostro atractivo de la Corporación—. Y sin nosotros, Arras desaparecerá —añado suavemente—. Así que ¿por qué no me dices el código de acceso?

—Porque he vivido más de doscientos años y voy a morir solo —responde—. Desapareceré y nadie llorará por mí.

—No estarás solo —me doy cuenta de que lo que nos separa ahora es el miedo, y sólo yo puedo apartar esa barrera. Pero no voy a decirle que lloraré por él. No voy a mentirle.

—Tú también morirás —las palabras de Cormac no son una amenaza, sino algo entre la reflexión y la pregunta. Como si necesitara hacérmelo saber, que yo lo reconozca.

—Todo tiene un principio y un fin —le digo, y tiro suavemente de la hebra del tiempo, con cuidado de no sacarla por completo. Noto su extremo final apenas sujeto, todavía insertado en el cuerpo de Cormac. Podría arrancarla por completo, acabar con él, pero decido retorcerla con suavidad y partirla dentro de su pecho. Tal vez le queden segundos. Tal vez días.

—¿Por qué no me matas? —me pregunta.

—Quiero que te enfrentes a tu propio final —al quitarle gran parte de la hebra, le he arrebatado la vida que había robado a otros. Podría haber terminado con él y observado cómo se convertía en polvo, pero quiero que mire a la muerte a la cara, siendo consciente de que no puede detenerla.

Pero cuando le suelto me empuja contra la pared y me aprieta la garganta con el brazo. Lucho por respirar y empiezo a ver motitas negras salpicando mi visión. Sin embargo, no me defiendo. De repente me suelta y retrocede a trompicones, riendo a carcajadas. Jadeo cuando mi tráquea vuelve a abrirse y el aire entra apresuradamente en mis pulmones.

—No importa. Me aseguraré de que te desvanezcas conmigo. Ninguno de los dos será el héroe de esta historia —me dice, y cae de espaldas, aferrándose el pecho—. Autorización: Alfa Uno Destruir Tres. Arras desaparecerá, y tú con él.

Cormac no va a dejarme salir de aquí, y no se lo reprocho.

—Ahora estamos empatados —añade entre jadeos—. Moriremos los dos. Así que ninguno gana.

Su respiración se vuelve más pesada y sé que está cerca del final. Palidece. Ya está. El hombre que me arrebató todo va a morir por fin. Apenas importa que haya encontrado la manera de acabar conmigo.

—La evacuación ha comenzado. La población está a salvo. Da igual que yo muera —digo sin estremecerme.

—¿Estás preparada para quedarte sin los telares? ¿Para perder el control? —me pregunta—. Podrías haber vivido para siempre.

—Prefiero morir a continuar con esta mentira.

—Se necesita inteligencia para hacer algo así —dice él.

Le contemplo un largo instante antes de responder:

—Lo sé.

Su cuerpo se agarrota, la luz desaparece de sus oscuros ojos y expira. Entonces me pongo en pie para acercarme a la ventana y mirar hacia el exterior. Ya no vale la pena intentar escapar. No hay ningún sitio al que ir. Las fuerzas de seguridad que hayan permanecido en el edificio no permitirán que me marche, aunque dudo que quede alguien por los alrededores.

La puerta se abre de golpe y entra Hannox, con la nariz aun ensangrentada. Se queda parado y mira fijamente el cuerpo marchito y sin vida de Cormac. Cierro los ojos y espero, tanto el castigo como la paz.

Pero no sucede nada. Cuando los abro de nuevo, Hannox tiene la mirada clavada en mí.

—¿Está muerto?

Soy incapaz de interpretar la expresión de su rostro. No transmite pensamiento alguno ni emoción, lo tiene casi fláccido por la apatía.

—Sí.

Hannox alza los ojos al techo, los baja e inclina la cabeza una vez.

—Llevo mucho tiempo esperando este día.

—Eras su mejor amigo —exclamo con la esperanza de provocar alguna reacción en él, porque noto cómo empieza a fluir el miedo por mis venas. No estoy segura de querer desvanecerme sin más con Arras. Preferiría morir luchando.

—El deber y la amistad no son lo mismo —responde él.

En el exterior, el cielo se ha transformado en un brillante lienzo de colores que va cediendo y diluyéndose en un espectacular despliegue de luz. Cierro los ojos y escucho la discordancia que producen el espacio y el tiempo al colisionar y entrecruzarse, mientras la estructura de este mundo se desploma. Me pregunto qué sentiré al perderme en el universo. Imagino el entumecimiento de la no existencia deslizándose por mis extremidades como una droga que avanza lentamente, y aun así me siento extrañamente en paz.

De repente oigo un crujido en la habitación, y al girarme me encuentro cara a cara con Alix.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mirándola fijamente.

—No hay tiempo para explicaciones —responde mientras me lanza una mochila.

Entonces miro a Hannox. Alix se queda petrificada e instantáneamente desenfunda un arma de su cadera. Yo grito:

—No —y al mismo tiempo escapan unas palabras de los labios de Hannox:

—Por favor.

El disparo sale antes de que cualquiera de estas exclamaciones alcance a su destinatario, y Hannox cae contra la pared. Sus ojos encuentran los míos, y me sonrío. Entonces me doy cuenta de que no estaba pidiendo clemencia, sino que lo liberáramos.

Alix retrocede un poco.

—No sabía que fuera un aliado.

—Creo que él tampoco.

Alix sacude la cabeza como para deshacerse del sentimiento de culpabilidad.

—No podemos preocuparnos de eso ahora. Ponte la mochila.

Examino el macuto sin saber muy bien qué hacer con él, hasta que Alix suelta un gruñido y lo agarra por los tirantes. Desliza las tiras por encima de mis hombros y me rodea la cintura con una correa. Yo abrocho la hebilla y espero a que me dé alguna explicación de lo que está ocurriendo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto cuando veo que no dice nada.

—¿Tú qué crees? —me suelta mientras da vueltas por la habitación como si estuviera buscando una vía de escape.

—Cormac destruyó el sector este —insisto.

—Gran parte de él, pero Loricel es inteligente y no iba a rendirse sin luchar —Alix ve el cuerpo de Cormac y deja escapar un silbido—. Ojalá pudiera contarle esto.

—No ha sido nada —respondo con firmeza. Me parezco lo bastante a Loricel como para saber que ella encontraría la victoria tan insignificante como yo. Me

pregunto qué estaremos esperando, qué imposible hazaña se sacará Loricel de la manga.

Y mientras pienso eso aparece una fisura de luz que divide la estancia por la mitad, como una costura desgarrándose. Pero debajo de nosotras ya no existe la interfaz. El Protocolo Tres la ha desintegrado como parte de la destrucción de Arras. ¿Éste es el plan? La situación no es la misma que cuando yo escapé de Arras. En aquella ocasión el coventri estaba en la interfaz, más cerca del suelo. No sobreviviremos si saltamos a la Tierra desde aquí.

Pero a Alix no parece preocuparle y, sin perder tiempo, me agarra y me arrastra con ella a través del corte en el tejido.

Caemos demasiado deprisa para que pueda agarrarme a las hebras de la Tierra. Alix señala su chaleco y tira de un cordón que hay junto a la cremallera. Un globo de tela se hincha a su espalda. Su cuerpo pega una sacudida cuando el globo se abre por completo, pero luego empieza a caer más despacio. Mi propia velocidad aumenta tanto que la veo empequeñecerse. Busco frenéticamente el cordón, pero mis dedos no encuentran nada, lo que supone un problema porque el suelo está cada vez más cerca. Mis manos se cierran por fin sobre el cordón, y tiro de él con todas mis fuerzas. El paracaídas se abre con tal violencia que la sacudida me roba el aire de los pulmones. Jadeo, intentando respirar, pero no puedo. Cuando mi caída se vuelve más lenta, logro calmarme lo suficiente para respirar hondo, y una vez que toco el suelo me acurruco, tratando de reprimir el último ataque de pánico.

—¿Estás bien? —grita Alix mientras corre hacia mí.

Nota mental: sólo ha hecho falta una experiencia cercana a la muerte para que muestre algo de preocupación por mí.

Trato de responder que sí, pero estoy demasiado abrumada. Alix me levanta del suelo bruscamente, y suelta mi mano en cuanto me mantengo en pie.

—Loricel dijo que ésta era tu oportunidad —me explica—. La que debería haberte dado antes.

Alzo la mirada hacia el dibujo que surca rápidamente el cielo. Cada vez se ve menos, como una extraña nube que desapareciera con la lluvia.

Gracias, pienso.

Alix se da la vuelta y empieza a alejarse.

—¡Espera! —grito—. ¿Dónde vas?

—Hay millones de supervivientes —contesta, girándose hacia mí—. Van a necesitarme.

A ella. No a mí. Nada ha cambiado entre nosotras, aunque todo lo que nos rodea sea diferente.

—¿Y los demás? —pregunto—. ¿Lo han logrado?

—Casi todo el mundo salió en la primera oleada. La niña está a salvo —responde, pero evita decirme lo que quiero saber y se me forma un nudo en el estómago.

—¿Y los chicos?

—Se quedaron para ayudar a todo el mundo a evacuar —se detiene un instante y su rostro cambia un poco. Me resulta imposible interpretar su gesto, como todo en Alix—. Es lo único que sé, pero yo no contaría con que lo hayan conseguido.

—¿Por qué? —pregunto—. Tú saliste. Ellos podrían haberlo logrado también.

Alix vacila antes de responder.

—Ellos... se quedaron para asegurarse de que Loricel pudiera enviarme hasta donde tú estabas. Frenaron a las fuerzas de seguridad de Cormac.

Alix respira hondo antes de añadir débilmente:

—Lo siento.

No me creo ni una palabra de lo que está diciendo, o tal vez me sienta incapaz de hacerlo, porque eso significaría que seré yo quien tenga que contar nuestra historia y deberé hacerlo sola. Viviré una vida a medias, atrapada en un pasado que jamás podré olvidar.

No le pido a Alix que me espere. Alzo los ojos hacia el cielo mientras noto cómo se me va entumeciendo el cuerpo. Es exactamente la sensación que imaginé mientras Arras se desvanecía. Aunque esté viva, me siento tan inmóvil y muerta como esperaba.

Arras se ha convertido en una telaraña de color dibujada en el cielo con trazos de encaje y luminiscencia. El sol aparece a través de los crecientes huecos y por primera vez en décadas sus rayos alcanzan la Tierra. Noto calor en la cara y pienso en hojas color esmeralda y oportunidades perdidas. No habrá ninguna colegiala que tire de mi mano de vuelta a casa. Ni ningún muchacho que me rodee con sus brazos para bailar a la luz de la luna. Es el fin de mi mundo y el comienzo de mi vida.

Jamás me había sentido tan sola.

VEINTISIETE

El campamento es una aglomeración de familias acurrucadas que hablan en voz baja y se sientan sobre abrigos y maletas; nadie estaba preparado para esto. Mientras el nuevo sol se pone sobre la Tierra —un día demasiado corto para una historia de oscuridad—, aparezco arrastrando los pies ante un grupo con el que me he encontrado, aunque apenas se percatan de mi presencia. Algunos me lanzan miradas desconfiadas, pero aparte de eso me siento invisible. Por primera vez en mucho tiempo, no soy nadie. No puedo arreglar el mundo de una pasada en el telar.

Soy libre. Puedo elegir.

Algo me oprime el corazón mientras avanzo entre los supervivientes. Me agarra con sus dedos delgados y fríos, y soy incapaz de deshacerme de ellos.

—¿Está ya en marcha el sistema de radio? —le grita un hombre a otro.

—Todavía no, y tampoco sabemos si alguien más tendrá uno.

—Aun así, debemos trabajar en él —dice el primero cuando se para a conversar con una familia. Es alto y fuerte y se parece a mi padre. Benn estaría haciendo lo mismo en estos momentos. Organizar, ayudar a los demás.

Es lo que debo hacer yo. Ser útil. Ser fuerte. Tengo que seguir adelante.

—¿Estás bien? —me pregunta alguien a mi espalda y me giro hacia la voz, pero me tambaleo y caigo sobre ella.

—¿Alguien tiene agua? —grita. Hay un clamor de actividad a mi alrededor y unos instantes después noto una taza contra mis labios. No me había dado cuenta de que estaba sedienta, pero bebo y dejo que me tumben sobre un lecho de chaquetas.

—¿Recuerdas de dónde vienes? —me pregunta la mujer mientras media docena de rostros preocupados me contemplan.

Miro a cada uno e intento decidir qué contarles. Al final opto por la historia más sencilla.

—Estaba en Cypress.

—¿Cuál es tu apellido, cielo? —continúa ella—. Correremos la voz. Deben de estar terriblemente preocupados por ti.

—Lewys —respondo—. Pero estaba sola.

Sin Cormac a mi lado, nadie reconoce mi apellido, ni a mí. Sin los bonitos vestidos y el pelo recogido, sin las cámaras, soy sólo una chica más. Una superviviente. Nadie me pregunta qué hacía alguien de mi edad sola o qué le ha sucedido a mi familia, pero es imposible que sea la única huérfana que hay aquí esta noche.

Están sorprendentemente tranquilos pero, mientras la mujer me acaricia la frente, alguien pregunta en voz baja:

—¿Han descubierto ya lo que ha sucedido?

Nadie responde, pero finalmente un hombre niega con la cabeza.

—Hay teorías, por supuesto —susurra, y cuando empieza a compartirlas con los

demás me abandono a la oscuridad que oprime con fuerza mis ojos.

Yo no necesito teorías.



Me despierto con la melodía de una antigua nana y el rostro de mi madre surge ante mis ojos, pero cuando parpadeo veo que es joven y tiene el pelo rubio.

—¡Amie! —exclamo entrecortadamente.

—Estás despierta —responde ella con alivio. Hace un gesto con la mano a alguien y rápidamente aparece Pryana, que la ayuda a incorporarme.

—Ganaste. Conseguiste salir —digo con voz débil.

Pryana se encoge de hombros, aunque sonrío ligeramente.

—¿Lo dudaste en algún momento?

—Gracias —cuando esta palabra se desliza por mis labios, me parece demasiado simple, aunque noto su peso entre nosotras. Es lo único que puedo ofrecer a una chica que no me debe nada y a la que debo todo.

—Os dejo solas —antes de marcharse. Pryana se inclina y me rodea con los brazos, estrechándome con un firme y extraño abrazo.

Trago con dificultad e inclino la cabeza, temerosa de romper a llorar. Jamás podré saldar mi deuda con ella.

—¿Cómo me habéis encontrado? —le pregunto a Amie cuando Pryana se ha ido.

—Pryana me sacó —responde—. Sospechaba que irías a Cypress. En busca de Cormac.

Amie espera mi confirmación, pero sólo asiento con la cabeza. Aún no estoy preparada para hablar de ello.

—¿Está muerto? —me pregunta con voz monótona.

—Sí.

Amie contorsiona el rostro y reconozco el dolor de la confusión.

—¿Lo mataste tú?

No puedo mentirle. Ya no. Las mentiras nunca la han protegido.

—Sí.

Aprieta los labios hasta convertirlos en una delgada línea, y ninguna de las dos dice nada. Mis motivos para matar a Cormac no me absolverán de lo que he hecho, ni tampoco su perdón. Pero Amie no se aleja de mi lado. Permanecemos sentadas en silencio, como dos extrañas que no tuvieran nada de qué hablar.

VEINTIOCHO

Los campos de refugiados están llenos de personas destrozadas y heridas, enojadas y agradecidas. Cada campo es una aglomeración de cuerpos, que viven, trabajan y sanan juntos. Aunque no se han nombrado dirigentes, los más fuertes han dado un paso al frente para organizar y guiar hasta que se establezca un sistema de trabajo. Me detengo en cada campo para echar un vistazo entre los heridos; los cadáveres han sido enterrados por voluntarios. Los cadáveres de quienes lograron llegar a la Tierra antes de que Arras se desvaneciera en el espacio.

En los campos de la costa este de América, me cuentan historias sobre los que acudieron a salvarlos. Me hablan de unos hermanos que tenían los ojos iguales y se enfrentaron a las fuerzas de la Corporación cuando éstas llegaron.

Nadie los ha visto.

Amie viaja conmigo; decidió separarse de Pryana en el primer campamento, y agradezco su compañía. No disponemos de transporte, así que caminamos, y los días se convierten en semanas hasta que nuestra nueva realidad deja de ser nueva. Llevamos en la superficie de la Tierra poco más de un mes, y Amie no me ha preguntado aún por qué no dejo de buscar.

Creo que espera respuestas que yo no puedo darle —sobre lo sucedido en Arras—. Esos recuerdos están demasiado envueltos en dolor para poder transformarlos en palabras, así que solemos viajar en silencio. Estoy amarrada a una promesa y obsesionada por la esperanza. Alix me dijo que Sebrina llegó a la Tierra, y debo encontrarla por Jost. En la costa este estoy a punto de desistir, sin embargo nos llegan noticias de un campo periférico en el extremo norte del litoral. Hablamos con uno de los líderes autoproclamados, esperando que pueda indicarnos la dirección correcta.

—Ese puesto está a dos días de caminata —nos explica.

—Amie —me vuelvo hacia mi hermana—. Deberías quedarte aquí mientras yo voy a echar un vistazo.

—No, iré contigo —a pesar de haber dejado atrás una vida lujosa, Amie no se ha quejado ni una sola vez de las condiciones en la Tierra. Las semanas que llevamos aquí han estado repletas de duros desplazamientos a pie mientras buscábamos cerca de las costas. Había pensado tanto en Amie como una responsabilidad, como una víctima, que no me había dado cuenta de lo fuerte que se ha vuelto en ausencia de nuestros padres. Ambas hemos madurado demasiado pronto.

Uno de los hombres del campamento se acerca y susurra algo al oído del cabecilla. Conversan en voz baja y con tono crispado pero, cuando terminan, el líder se vuelve hacia nosotras.

—Puedo ofreceros dos motocicletas.

—No podemos aceptarlas —respondo—. Al final de la semana pondremos rumbo al oeste. Nos será imposible devolvéros las.

—Es un regalo.

No parece deseoso de regalar nada —sin duda la idea ha surgido del otro hombre—, así que niego con la cabeza una vez más, aunque Amie me esté apretando el brazo. Quiere que acepte. A mí también me apetece, pero sé lo valiosa que una motocicleta puede ser aquí.

—Es muy generoso de vuestra parte —le digo—, pero no puedo aceptarlas. Las necesitáis.

—Señorita Lewys, ignoro cómo hizo lo que hizo —interviene el otro hombre—. Y sé que hay multitud de rumores revoloteando por ahí sobre lo sucedido en Arras entre Patton y usted. Aquí no le cae bien a todo el mundo.

Así que me han reconocido. Sabía que ocurriría cuando los supervivientes se repusieran de la conmoción. Aparecí en todas las pantallas de Arras unas semanas antes de su destrucción.

—Cuénteme algo que no sepa.

—Yo no soy una de esas personas, y quiero darle las gracias —concluye el hombre. Me sostiene la mirada sin pestañear, como si estuviera desafiándome a declinar de nuevo su oferta.

—Gracias —no digo nada más. Sé lo que se siente cuando crees no tener nada que ofrecer a alguien necesitado. Sé lo duro que es incluso dar las gracias.

Las motocicletas son grandes y potentes, y proceden de los almacenes de la Corporación próximos a los yacimientos abandonados. Tienen el chasis cubierto de retorcidos tubos cromados y, al mirarlas aparcadas, me parecen casi tan grandes como motoautos. El hombre nos enseña cómo funcionan. No le cuento que ya había montado en una antes ni que me aterroriza hacerlo. Porque no quiero parecer desagradecida, y para dar ejemplo a mi hermana. Necesita más que nada ver que soy fuerte y que puedo desenvolverme en este planeta. El motor arranca con un zumbido entre mis piernas y la vibración recorre mis dedos hasta terminar en sus dañadas puntas. Luego agarro con fuerza el manillar y me impulso con un pie. Nos dirigimos con estruendo hacia nuestra última esperanza.

Con la motocicleta el viaje hasta el puesto fronterizo dura sólo unas horas. Disponemos de una brújula para guiarnos, pero no tardamos en encontrar señales de vida. Ahora que la población de la Tierra ha crecido exponencialmente, los desplazamientos entre los nuevos asentamientos son más habituales. Y dada la cantidad de refugiados y heridos que hay en la Tierra, cada vez más gente se está trasladando a las incipientes comunidades de los alrededores. Pasamos junto a dos jóvenes que caminan por la carretera en dirección al campamento del que venimos. Nos saludan con la mano y me detengo para hablar con ellos.

—Hemos oído que hay un campamento con heridos más adelante.

—Así es, señorita. Estuvieron en la batalla de Allia.

Mi corazón se acelera, y estoy segura de que sus latidos se escuchan por encima del rugido del motor. La capital del sector este. Donde Cormac desplegó sus fuerzas. Sé que Erik y Jost estaban allí.

—¿Os llevamos a algún sitio? —pregunta Amie.

—No hace falta, señorita —el muchacho sonríe ampliamente, y me doy cuenta, con cierto temor, de que la encuentra hermosa.

Aún me cuesta creer que mi hermana pequeña sea ahora casi tan mayor como yo. O que se haya convertido en una mujer. Para mí han pasado sólo unos meses desde que nos separamos, pero para ella han sido años. Ha crecido mientras yo no estaba mirando.

—Deberíamos irnos, Amie.

Me lanza una mirada de fastidio, pero divertida. Tal vez sí sepa cómo protegerla.

No tardamos en llegar al campamento, y dejamos las motocicletas aparcadas junto a las tiendas.

—Aquí no existen los estándares de pureza, ¿sabes? —me dice Amie, dándome un golpecito en el brazo—. Puedo hablar con los chicos.

—No es *hablar* con los chicos lo que me preocupa —respondo secamente.

—Yo no soy la que está recorriendo medio mundo en busca de un chico —Amie se tapa rápidamente la boca con la mano. Estoy segura de que se arrepiente de lo que ha dicho, pero pongo cara de fastidio, para que no se me note la punzada que he sentido en el pecho. Su acusación duele porque es cierta.

Nunca hablamos de Erik. No me ha preguntado por él desde que estamos en la Tierra, pero el amor es un sentimiento que deja marcas. E incluso mi hermana pequeña puede verlas.

—Por eso me preocupo —le digo—. Te aseguro que esto es algo que no te deseo.

Amie me obliga a parar y estudia mi rostro un instante.

—¿Le amas?

Da igual que plantee estos viajes como la búsqueda de Sebrina, porque también deseo encontrarle a él. Y Amie lo nota, así que asiento con la cabeza.

—¿Y por qué no querrías lo mismo para mí? —me pregunta—. Tuvimos suerte de crecer con unos padres que se amaban. Ad. No es malo estar enamorado.

Sólo puedo ofrecerle una ligera sonrisa. No le confieso que esta situación me está matando. El no saber nada. El fingir que soy fuerte cuando necesito desmoronarme. Y que el amor es esto: vulnerabilidad.

—En cuanto a los estándares de pureza —dice Amie, cambiando de tema.

—¿Sí?

—¿Hay alguna posibilidad de que sigas cumpliéndolos?

—Viste a Erik —contesto, sonriendo a pesar mío—. ¿Tú qué crees?

—Olvida mi pregunta.

Zigzagueamos entre las tiendas y nos detenemos a hablar con los supervivientes, pidiendo indicaciones y buscando pistas, como hemos hecho en cada campo. Bajo una tienda, una mujer contempla con desconfianza cómo nos acercamos.

—Hola —la saludo, tratando de parecer amable—. Estamos buscando a unos supervivientes de Allia. Creemos que podrían estar aquí. Dos...

—No sé nada de dos hermanos —me interrumpe la mujer.

Miro a Amie. No he dicho nada sobre dos hermanos. Reprimo mi creciente desconfianza y permanezco callada, para no acusar a la mujer de mentir.

—¿Está segura? —pregunta Amie. Su tono de voz es naturalmente más inocente que el mío.

—Sí.

—Gracias de todas maneras —digo yo, y agarro a Amie del brazo para alejarla de la tienda. Sé que la mujer nos está observando.

—¿Por qué se ha comportado así? —cavila en voz alta.

—Tienen que estar aquí —respondo entre dientes. Mis ojos rebuscan entre las tiendas y sin poder contenerme, empiezo a levantar portezuelas y a mirar dentro. Más de uno me grita, pero agito una mano en señal de disculpa y sigo buscando.

—¿Por qué nos habrá mentido?

—No lo sé.

Al alzar la siguiente portezuela, me encuentro con Alix.

Se ha cortado la larga melena rubia por debajo de las orejas y va vestida con unos vaqueros y una vieja camisa de franela. Nadie consideraría a esta mujer una amenaza, pero yo no sé qué pensar de ella. Sé que es capaz de defenderse con violencia, y de engañar. Por eso no me sorprende verla aquí. Me había dado la impresión de que Alix ocultaba algo desde que apareció en el despacho de Cormac. ¿Por qué si no salió disparada en cuanto llegamos a la superficie de la Tierra?

—Adelice —exclama con sorpresa fingida. Sabía que vendría.

—¿Qué escondes? —pregunto bruscamente, y me agacho para entrar en la tienda.

—Yo también me alegro de verte —se pone en pie para saludarme, pero no acepto su mano extendida. Alix se gira y se la ofrece a Amie, que se la estrecha lanzándome una mirada incómoda.

—¿Está aquí? —le pregunto. Sé que tuvo una historia con Erik, pero ¿sería capaz de mantenerme alejada de él después de lo que ha pasado?

Alix se aparta y se pasa una mano por el pelo. Cuando habla, su voz suena débil y distante.

—Erik está muerto.

En ese instante me desmorono. Amie me rodea la cintura con un brazo, pero la aparto de un empujón. Cierro los ojos con fuerza y trato de borrar esas palabras de mi cabeza.

—Estás mintiendo —la acuso.

Alix se vuelve hacia mí y veo lágrimas en sus ojos.

—Ojalá fuera así.

Entonces sé que es cierto, porque me doy cuenta de que tiene el corazón destrozado. Lo escucho en su voz. Lo percibo en la ausencia que refleja su mirada. Lo noto en el vacío de mi estómago.

—¿Qué ocurrió? —pregunta Amie, porque yo no puedo.

—No estoy segura. Yo no estaba allí —responde Alix, y se agacha para recoger una bolsa del suelo—. Venid.

La seguimos fuera de la tienda y camino de forma automática. Voy tras ella porque es lo que debo hacer, pero me da igual adónde nos dirijamos.

—¿Cómo sabes que está muerto, si no estabas allí? —insiste Amie.

Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho. ¿Por qué no se me había ocurrido eso?

—Vi su cadáver.

El débil parpadeo se apaga.

—¿Dónde está? —le pregunto.

—Lo enterré.

Me da igual saber en qué lugar. Eso no importa. Erik ya no está ahí. Trato de recordar lo que Loricel me explicó sobre la gente que muere de forma natural. Parte de ellos se desvanece y regresa al universo. ¿Quizás vi cómo desaparecía junto a Arras mientras yo estaba en la superficie de la Tierra? No, Alix ha dicho que lo enterró, así que debió de llegar vivo hasta aquí.

—Espera —exclamo, agarrándole la muñeca y retorciéndosela—. La noche del Protocolo Tres me dijiste que no sabías dónde estaba.

—En aquel momento no lo sabía.

—Pero, cuando lo descubriste, ¿por qué no me avisaste? —le reprocho.

—Esto no es Arras —me recuerda Alix—. No se puede mandar un comunicado. Está muerto, Adeline, y no puedo cambiarlo.

No puede cambiarlo, y tampoco es culpa suya. Pero necesito enfadarme con alguien, porque el dolor que siento se está convirtiendo en una especie de infierno deseoso de oxígeno. Ojalá me consumiera y acabara conmigo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Amie, tratando de cambiar de tema.

Alix se detiene frente a un enorme toldo fabricado con varias lonas unidas. Nos indica con un gesto que entremos. Dentro hay varias hileras de camas improvisadas repletas de heridos y convalecientes, y Alix avanza junto a una de ellas. Algunos voluntarios la detienen para hacerle preguntas. Sin duda ha alcanzado una posición preponderante en este campamento.

—¿Siempre fuiste del Plan? —pregunto por fin.

—No, me captaron para la causa —responde ella.

—¿Quién? —insisto.

—Creo que sabes la respuesta.

Quiero que lo diga. ¿Fue Erik quien la convenció de que traicionara a Cormac? ¿Cómo la convenció? ¿Qué promesas intercambiaron? Había más capas que descubrir en Erik, y ahora sólo podré destapar esos secretos a través de Alix.

—Adeline —Alix se vuelve y me mira fijamente—. Comprendo que tengas preguntas, pero sólo necesitas saber una cosa. Erik te amaba.

—Eso lo sé —es lo único que parece real.

—Entonces lo demás no importa.

En el vacío dejado por su muerte, me resulta imposible comprender sus palabras. Por supuesto que hay más cosas que importan. Porque sin respuestas sólo queda su dolorosa ausencia. Si las respuestas pudieran llenar el vacío, seguiría buscándolas.

Pero mientras pienso eso, sé que nunca serán suficientes.

—Nada de lo que pueda contarte te lo devolverá, y hay otras cosas de las que preocuparse.

—¿Como qué? —chillo. Alix ha tenido semanas para enfrentarse a la pérdida, sin embargo para mí es una herida abierta y no necesito que me sermonee sobre cómo curarla. Tal vez ella pueda olvidar, pero yo no. Me han pedido que olvide a demasiada gente ya.

—Como él —Alix señala la cama junto a la que se ha parado. Me vuelvo furiosa hacia el catre y lo que veo me corta la respiración.

Está mal herido y tiene la cabeza envuelta con un grueso vendaje de gasa cubierto de sangre reseca. Caigo de rodillas junto a Jost y le aparto el pelo de la cara, dejando al descubierto las heridas de la batalla que empiezan a cicatrizar en su mandíbula. Está sanando rápidamente, pero el daño es extenso.

—¿Jost? —mi voz es apenas un susurro en comparación con el tamborileo de mi corazón.

—Todavía te queda alguien —me recuerda Alix.

No estoy sola para contar nuestra historia. Este pensamiento inunda el vacío de mi interior, y amenaza con convertirse en alegría.

—¿Vivirá? —le pregunto a Alix y, como para responder mi pregunta, Jost agita una mano y aferra la mía.

—¿Jost? —esta vez le estoy llamando, le estoy pidiendo que me escuche.

Agita las pestañas y abre la boca, pero no sale ninguna palabra, sólo un gemido.

—No está en muy buena forma —dice Alix—, pero es un luchador y tiene una buena razón para vivir.

—Sebrina —adivino.

—Está aquí. No la habéis visto por cinco minutos.

—¿Vive contigo?

—Cuido de ella —responde—, hasta que Jost se mejore.

—Prometí ocuparme de ella. Llevamos semanas buscándola. Tú desapareciste antes de decirme dónde estaba —le explico.

—Aquí está segura —responde Alix, pero niego con la cabeza.

Aunque Jost se recupere, le hice una promesa.

—Ad —escucho mi diminutivo tan imposiblemente bajito que debo de haber imaginado que ha salido de los labios de Jost.

—Estoy aquí —me inclino hacia él y coloco la mano que tengo libre sobre la suya.

—Cuida de Sebrina —dice.

—Te prometí que lo haría —le recuerdo con ternura.

—No creo que yo pueda hacerlo —continúa él. Su mano comienza a temblar por debajo de la mía y una convulsión recorre todo su cuerpo. Un médico se acerca corriendo y le inyecta algo.

—Lo siento, pero volverá a dormirse —me explica.

—No importa. Me quedaré aquí un rato.

—Dormirá bastante —me advierte.

—¿Se recuperará?

—Las lesiones son graves y ha sufrido una reconstrucción bastante profunda.

—¿Una reconstrucción? —pregunto.

—Da la impresión de que un sastre hubiera tratado de curar parte de sus heridas —interviene Alix.

—¿Un sastre? —pregunto horrorizada.

—No todos somos malos —asegura el médico con un guiño, y entonces me doy cuenta con cierta vergüenza de que este hombre es por supuesto un sastre—. Tu amigo se pondrá bien.

—Gracias —respondo.

—Deberíamos dejarle dormir —dice Alix, colocando una mano en mi hombro. Me aparto de ella.

—Necesito estar unos minutos a solas con él, ¿vale?

El médico y Alix intercambian una mirada, pero acceden a mi petición.

—Estaré con Alix —dice Amie, y se inclina para besarme en la frente.

Cuando se marchan, devuelvo mi atención a Jost. Algunas cicatrices apenas son visibles, pero otras se extienden terroríficas por sus hombros. Aparto la sábana para examinar su pecho. Las heridas se prolongan por él. Le ocurrió algo grave y, a pesar de que el médico me haya confirmado que se recuperará, me invade el miedo. ¿Cómo ha sobrevivido a esto? ¿Qué modificaciones le han hecho?

—Sebrina —el nombre apenas escapa de los labios reseca de Jost.

—Está bien —le aseguro—. Alix se está ocupando de ella.

—Prométemelo como se lo prometiste a él —murmura Jost.

No sé muy bien qué trata de decirme. Debe de estar delirando por los medicamentos que le han administrado.

—Promete que la cuidarás —repite.

—Te lo prometo, Jost —siento el peso del juramento en mi pecho, pero él parece tranquilizarse y su mano se relaja sobre la mía.

—Pero tienes que luchar —le pido—. Por ella. Por mí.

—Nunca he dejado de... —sus palabras surgen como un laberinto de confusión en el que me pierdo.

—Descansa —le ordeno, y beso suavemente su mejilla amoratada. Entonces se queda dormido, y yo me levanto para marcharme, preguntándome qué ha querido decir con eso.

Pero lo que me ronda por la cabeza es imposible.

VEINTINUEVE

Cae la noche, llevándose el sol hasta que amanezca un nuevo día en la Tierra. Siempre tengo la sensación de que la oscuridad llega demasiado pronto a este planeta convaleciente, pero agradezco que el campamento se quede en silencio. La gente regresa a sus casas improvisadas y tiendas. Cuando Amie se queda dormida en la que nos ha prestado alguien con mejor corazón que yo, me escabullo hasta el límite del asentamiento, donde todo permanece en calma y el ciclo pende como una pesada manta negra. Aquí puedo ver las estrellas.

De repente aparece Alix, moviéndose tan sigilosamente en la oscuridad que no noto su presencia hasta que está casi a mi lado. Deja caer una harapienta bolsa en mis manos.

—¿Qué es esto? —pregunto, cansada de sus mentiras y secretos.

—Ábrela.

—No la quiero —ya no hay nada que pueda darme. Ni respuestas, ni consejos, y por supuesto tampoco esperanza.

—Tú no eres la única que tiene el corazón roto —dice en voz baja.

No la miro. Resulta fácil saber cuándo alguien está enamorado, sobre todo si es del mismo hombre que tú. Aunque eso no suaviza mis sentimientos hacia ella.

—¿Por eso no me cuentas cómo murió? —le pregunto—. ¿Porque no quieres compartir conmigo sus últimos momentos?

Alix se acerca un poco a mí y responde en voz baja.

—¿Crees que Erik querría que lo supieras? Murió por Jost, para que él siguiera vivo.

Me mira con intensidad mientras me lo confiesa, aplastada por una carga que no comprendo.

—¿Y por qué no me dijiste dónde estaba Jost? ¿Por qué me lo ocultaste?

—Perdona mi despreocupación en relación a Jost y sus deseos —responde ella, eludiendo mi pregunta.

La interrumpo.

—No has actuado con despreocupación, sino de manera calculada. Deliberadamente. Conocías sus deseos. Sabías que yo estaba viva. Lo sé. Lo único que ignoro es por qué me ocultaste la verdad.

Alix abre la boca, pero la cierra de nuevo y se da la vuelta para regresar al campamento.

—Toma esto —grito, tendiéndole la bolsa.

—No es mío —dice Alix—. Por la mañana me habré marchado, así que cuida de Sebrina. Jost no tardará en recuperarse.

Debería pelearme con ella, tratar de detenerla, pero dejo que se pierda en la noche mientras pienso en sus palabras. Alix sentía que Jost le pertenecía. Por eso le mantuvo alejado de mí, aunque no estoy segura de la razón. Excepto que él sea el

último fragmento que quede de Erik. Me concentro en el creciente dolor que agranda el hueco de mi interior en vez de llenarlo. Por eso mantuvo a Jost alejado de mí y por eso no quiere hablarme de los últimos momentos de Erik.

Momentos que son tan míos como suyos. Entonces ¿qué me ha dado? ¿Qué es esto que no le pertenece? Cuando inclino la bolsa, el contenido cae al suelo y se queda ahí quieto, captando la luz de la luna y reflejándola como un faro no buscado, pero con un innegable potencial.

Una pequeña caja de cristal.

TREINTA

Se van levantando edificios con chatarra y materiales encontrados. Nacen bebés. La Tierra se está convirtiendo en un mundo de promesas y deja de ser una mera posibilidad a medida que cada uno de nosotros se reconstruye a partir de lo que quedó abandonado. Yo esperaba sentirme más sola que nunca. Pero hay personas que llenan mi tiempo con emergencias y preocupaciones e incluso risas.

He encontrado un laberinto de habitaciones que he transformado en mi hogar y lo he abierto a mi extraña y variopinta familia.

En ocasiones, en las calles abarrotadas de nuestra incipiente ciudad, me parece ver a mi madre observándome. Otras veces me persiguen susurros. Después de esos días, permanezco encerrada durante semanas, pero he empezado a contarle mi historia a Amie. Ella escucha en nuestro pequeño salón, sin hacer preguntas. De vez en cuando contiene la respiración ante algún descubrimiento, y entonces me parece volver a nuestro dormitorio en Romen. A dos hermanas susurrando cotilleos en la oscuridad. No omito nada, porque merece saberlo todo.

Llegará un día en que acudirá gente en busca de esta historia, y estoy decidida a recordarla.

Me enfrentaré a ese momento para proteger a mi familia —Sebrina, Jost y Amie.

Y cuando finalmente esté preparada para volver a confiar, sacaré la reliquia de una vida pasada que guardo en la estantería más alta de mi armario. Una pequeña caja de cristal que contiene la esencia humana de mi madre —un regalo de Pryana, que me dio todo lo que yo le arrebaté, rescatado por Alix, la chica con el corazón roto.

Algún día tal vez busque las respuestas que no he encontrado en la mujer que me espía desde las afueras de mi vida. Estoy segura de que ella tiene esas respuestas, igual que estoy segura de que nos contempla a Amie y a mí cuando cree que no estamos mirando. Pero aún no estoy preparada para escuchar el relato de mi madre.

Mientras tanto comparto otras historias, éstas menos peligrosas. Leo cuentos sobre héroes cuyos rostros me son desconocidos. Cuentos recogidos por personas muertas largo tiempo atrás. Me sumerjo en los libros y me pierdo en sus páginas.

—Léeme más —suplica Sebrina cuando cierro el desgastado libro. Podría estar escuchando historias toda la noche.

—En algún momento tendrás que dormirte, buhito.

Sebrina ulula y yo sonrío, le aparto el pelo de la frente y le doy un suave beso. Nos estamos acostumbrando a esta vida tranquila a un ritmo que no hubiera imaginado. Tiene sus dificultades, pero si tuviera que elegir entre arar la tierra para cultivar alimentos y enfrentarme a la Corporación, optaría gustosa por esta realidad.

—Ad, ¿cuándo se pondrá bueno Jost? —me pregunta, y el corazón me pega un vuelco. Aún no le llama *papá*. Ojalá lo hiciera.

—Ya estoy mejor —responde Jost desde la puerta, apoyado sobre el marco.

—No tardaréis en tener vuestra propia casa —le digo a Sebrina—, porque tu papá

está cada día más recuperado.

Sebrina frunce el ceño.

—A mí me gusta vivir contigo. ¿A ti te gusta vivir con Adelize? —le pregunta a Jost.

Se produce un silencio incómodo.

—Sí, me encanta, pero tal vez ella quiera tener su propio espacio —dice él.

—¿Quieres que nos vayamos? —Sebrina tiene los ojos muy abiertos y brillantes. Me da la sensación de que se parecen más a los de Erik que a los de Jost, pero sacudo la cabeza para desechar la idea.

—Quiero que os quedéis todo el tiempo que os apetezca.

Subo la manta hasta su barbilla y la remeto a su alrededor formando una especie de capullo. Luego le canto la nana de mi madre, consciente de que Jost continúa ahí. Cuando la respiración de Sebrina se vuelve pesada y rítmica, cierro la puerta con cuidado a mi espalda.

—Lo siento —dice Jost cuando entro en el salón.

—No hay nada de qué disculparse —respondo mientras paso a su lado para sentarme.

—Se está encariñando contigo.

—¿Y no te parece bien? —le pregunto.

—Me parece estupendo —se atreve a mirarme. Hay una tristeza lúgubre en sus ojos—. Pero no quiero que te sientas atrapada, Adelize. Ella no es tu responsabilidad.

—Han cambiado muchas cosas, Jost —le digo.

Pero no hablamos del abismo que nos separa ni de la pérdida que hemos sufrido. Jost y yo no tenemos ninguna manera de avanzar. El pasado nos ha dejado una herida que jamás sanará. Y ambos lo sabemos.

Aun así, la situación es distinta. Jost está distinto. Sonríe con facilidad y bromea, y el fuego de sus ojos ha desaparecido. Ya no le consume la culpabilidad y el deber. Ahora muestran una calmada sabiduría. Tal vez se parezca más a Erik de lo que pensaba. Tal vez necesitaba tener a Sebrina cerca para mostrármelo. Pero hay algo más. Algo que no me atrevo a pensar aunque se cuele en mis sueños y ronde por mi mente durante el día, confundiéndome cuando pillo a Jost con los ojos clavados en mí.

—¿En qué piensas? —me pregunta, y extiende su mano para deslizar un dedo por el contorno de mi marca. Siento un hormigueo en la piel cicatrizada y algo se agita en mi mente, una idea que me niego a aceptar aunque vibre por todo mi ser.

Aparto el brazo.

—En fantasmas.

Nuestros ojos se encuentran y me sube un escalofrío por el cuello.

—Basta de fantasmas —dice él, y extiende de nuevo la mano—. ¿Bailas conmigo?

—No hay música.

—Lo sé —responde.

Tomo su mano, vencida por la curiosidad, y me recorre un estremecimiento al tocarle. Es familiaridad. Una intuición. Miro fijamente sus apacibles ojos azules y contengo la pregunta que revolotea en mis labios mientras empieza a moverse al ritmo de un vals. Entonces me devuelve la mirada y le reconozco.

No es amor el amor que se modifica por momentos.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar y ante todo, quiero dar las gracias a los lectores por llegar hasta el final.

Como ésta es mi última oportunidad para dar las gracias a las personas que han seguido esta trilogía de principio a fin, voy a extenderme un poco. Tengo que empezar agradeciéndole a mi editora, Janine O'Malley, que haya sido mi *doula* literaria en esta aventura. Hemos traído al mundo un bebé bien grande.

Mi especial agradecimiento a todo el equipo de Macmillan por su entusiasmo y apoyo a mis libros. Gracias a Simon Boughton, Allison Verost, Elizabeth Fithian, Ksenia Winnicki, Caitlin Sweeney y el resto del equipo. ¡Sois una verdadera familia para mí!

Este libro no estaría en tus manos sin Mollie Glick, que sacó esta historia del montón de los manuscritos olvidados, luchó por representarla y me llevó de la mano a través de todo el torbellino. Un enorme gracias a Katie Hamblin, antigua asistente de genialidad infinita, por sus numerosas y magníficas notas a los tres libros.

Nuestros libros carecerían de estanterías para colocarse si no fuera por las librerías. Mi mayor agradecimiento a los numerosos libreros que me han recibido en sus establecimientos, sobre todo en las tiendas de mi ciudad natal: Rainy Day Books y Liberty Bay Books.

En mi juventud, conseguía los libros en la biblioteca. Y ahora que soy escritora mi amor por las bibliotecas ha crecido más incluso, en especial por el sistema de la Johnson County Library. ¡Esto va por ti, Joshua Neff! Si no fuera por los amigos, viviría en mi propio mundo imaginario. Gracias por sacarme de mis pensamientos: Lindsey Barjenbruch, Ashley Fuller y Bethany Taylor.

Estoy especialmente agradecida a mis compañeros de escritura, que comprenden que los personajes pueden partirte el corazón y frustrarte constantemente. Gracias a Michelle Hodkin, S. J. Maas, Lissa Price, Josephine Angelini y Jen Armentrout por vuestras sabias palabras y hombros en los que llorar. Fui increíblemente afortunada de estar acompañada en esta salvaje aventura por algunas de las Hermanas Feroces: Jessica Brody, Anna Banks, Ann Aguirre, Emmy Laybourne, Marie Rutkoski, Garagh O'Brien, Marissa Meyer, Lish McBride y Leigh Bardugo.

A mi círculo íntimo de críticos y animadores, gracias: Bethany Hagen, Robyn Lucas, Laurelin Paige, Tamara Mataya, Kayti McGee y Melanie Harlow.

Y por último, no estaría escribiendo esto si no fuera por mi familia. Gracias a mis padres por permitirme leer y proporcionarme transporte hasta la biblioteca. Jessica, creo que soy lo bastante responsable para sacar libros de tu biblioteca privada. Elise, creo que te esperan cosas increíbles. ¡Josh, declárate ya! Gracias, tía Kristi, por pasarme a escondidas libros y CDs. Tengo la fortuna de contar con la mejor familia política del mundo. Jim y Robin, gracias por acogerme como una hija. A mis, a menudo desatendidos, hijos. James y Sydney, sois mi mundo. Y a Josh, que siempre

tiene confianza. Tú eres mi *patronus*.